

**UNIVERSIDAD NACIONAL DE MAR DEL
PLATA
FACULTAD DE PSICOLOGÍA
MAESTRÍA EN PSICOANÁLISIS**

TESIS

AUTOR: Lic. Horacio Martinez.

TEMA: El "lugar" de D. Winnicott en el "movimien-
to psicoanalítico".

DIRECTOR: Dr. Héctor López.

Mar del Plata, mayo de 2006.

ÍNDICE

Introducción Página 4.

Primera Parte: “El movimiento Psicoanalítico”

- (a) Historia y Psicoanálisis Página 14.
(b) La “lógica” del Movimiento Página 22.
(c) El “tiempo medio” Página 24.
(d) Freud y los fundamentos de lo institucional Página 34.
(e) A modo de síntesis preliminar Página 39.

Segunda Parte: “El Movimiento Psicoanalítico en Inglaterra”

- (a) E. Jones y la fundación de la B.P.S. Página 42.
(b) “Matar a la bruja” Página 45.
(c) La concepción freudiana de la religión Página 47.
(d) Los debates sobre la sexualidad femenina Página 51.
(e) La institución desde la óptica kleiniana Página 60.

Tercera Parte: “Donald Winnicott en la Sociedad Psicoanalítica Británica”

- (a) Winnicott y el “humor” inglés Página 65.
(b) Las controversias Página 69.
(c) El papel de Winnicott en las controversias..... Página 71.
(d) De un “gesto” y su rechazo..... Página 74.

Cuarta Parte: “Klein con Winnicott”

- (a) Un método de lectura..... Página 84.
(b) Klein con Winnicott..... Página 88.
(c) El problema del objeto..... Página 97.
c.1. Introducción..... Página 97.

c.2. El objeto, de Freud a Winnicott.....	Página 100.
(d) La pérdida del objeto: la función del odio.....	Página 117.
d.1. Lo que Klein le debe a Abraham.....	Página 117.
d.2. El papel del odio para Winnicott.....	Página 126.

Quinta Parte: “La clínica winnicottiana”

(a) Una ética para el psicoanálisis.....	Página 138.
(b) El tema de la interpretación.....	Página 140.
(c) La clínica de la psicosis.....	Página 144.
(d) El juego.....	Página 153.
(e) La “consulta única”.....	Página 158.
(f) Clínica de la conducta antisocial.....	Página 167.
(g) Algo nuevo ante lo cual rendirse.....	Página 171.
(h) Escrito por los otros.....	Página 173.

Sexta Parte: “Winnicott y el deseo del analista”

(a) Qué es un lector.....	Página 186.
(b) La contratransferencia y el deseo del analista....	Página 195.

Séptima Parte: “Conclusiones”

(a) Winnicott en el Movimiento Psicoanalítico.....	Página 211.
(b) Epílogo.....	Página 222.

<i>Agradecimientos</i>	Página 224.
------------------------------	-------------

<i>Bibliografía General</i>	Página 225.
-----------------------------------	-------------

INTRODUCCIÓN.

El *Movimiento Psicoanalítico* puede leerse desde una lógica discontinuista (Foucault 1968, López 1994) que define momentos, cada uno de ellos con funciones propias. Así, estos autores hablarán de un **momento fundacional**, de “instauración de discursividad”, que es el que le corresponde a Freud como iniciador del movimiento, seguido, en función de la lógica misma de la “instauración”, de un **tiempo de olvido** que habrá de requerir a su vez de un **momento de retorno**. ¿Cómo incluir la obra de Winnicott dentro de esa lógica?

Si adaptásemos a la lógica del movimiento la cronología que le es propia, la obra de Winnicott, como parte integrante de la llamada “Escuela Inglesa” pertenecería, sin más, al tiempo medio, el del “olvido fecundo y necesario”. Allí es donde aloja el texto de López, así como el de otros autores (Grego 1985, Miller 1981, por citar algunos) quienes, identificando la operación de “retorno” con la obra de Lacan, subsumen el período anterior (el que va desde Freud hasta Lacan) en el segundo tiempo. López homologa este segundo tiempo con el de la represión, estableciendo a partir de ello una diferenciación entre la represión propiamente dicha (lugar en el que ubica la obra de Hartmann y la Psicología del Yo) y el retorno de lo reprimido, relacionándolo con la obra de Klein.

Ahora bien: ¿podría pensarse, variando un poco las razones de estas lecturas, que cada “época” presupone un ciclo de fundación, olvido y retorno, y que, por tanto y con relación al kleinismo, Winnicott podría ocupar una función diferente?

Dicho de otro modo: se trata, no de aplicar la “lógica” del Movimiento a la cronología del mismo tomada en toda su extensión, sino de suponer que, por una parte, cada psicoanalista se enfrenta, a lo largo de su vida, con el rigor de la lógica del movimiento, que por tanto lo llevará a atravesar *momentos de descubrimiento*, *momentos de olvido* y represión y *momentos de retorno*. Y por otra parte, que en el interior de cada corriente o escuela psicoanalítica veremos reproducirse los mismos ciclos con las mismas tensiones características. Desprendido de lo anterior: si Klein supone una suerte de “retorno sintomático”, ¿qué decir de la obra de Winnicott *con relación a* la de Klein? ¿Podría la primera leerse como un movimiento de “retorno” respecto a la segunda?

Planteado así el problema general que pretende abordar esta tesis, podemos ahora adelantar su objetivo general: *promover una lectura de la obra de Winnicott que busque situar su “función” en el campo discursivo kleiniano, ubicando a su vez este cotejo en el contexto general del movimiento psicoanalítico tal como es descrito en su “lógica” por autores como Foucault o López.*

La obra de Winnicott ha merecido en los últimos años una suerte de “redescubrimiento”. Tal vez porque se trata de una prosa poco afecta al academicismo, y que transmite por tanto una impresión de falta de rigurosidad, mucho más cercana al develamiento de los problemas concretos de la práctica clínica que a la especulación teórica, desde la muerte del autor, en 1970, sólo una parte de su obra se había traducido al castellano, y en su gran mayoría a través de editoriales españolas. Desde hace algunos años la editorial Paidós comenzó la publicación íntegra de la obra winnicottiana. ¿Habrà llegado el momento de “leer” a Winnicott en Argentina? Es probable, si tomamos en cuenta que, dentro de la corriente kleiniana que dominó el psicoanálisis en nuestro país en las décadas del '50 y '60, Winnicott era un autor marginal, aún incluso desprestigiado en la medida en que no amoldó sus enunciados a los cánones del lenguaje de Klein. Durante las décadas posteriores, que suponen el auge del lacanismo en Argentina, Winnicott corrió igual suerte: sólo el breve reconocimiento que Lacan le prodiga a propósito de la noción de objeto transicional, en la cual este autor considera hallar un antecedente de su concepto de “objeto a”, evitó que el nombre de Winnicott desapareciera del campo. La teoría de Winnicott referida a la psicosis era desconocida o criticada sin demoras en la medida en que no se hallaba relación alguna con los postulados de Lacan al respecto. Lo mismo ocurría con los desarrollos teóricos acerca del análisis infantil. Maud Mannoni, discípula al mismo tiempo de Lacan y de Winnicott, rescata desde temprano en sus escritos la obra del psicoanalista inglés. Pero, a partir de la muerte de Lacan, el movimiento lacaniano tanto local como francés necesitó afianzarse a partir de la “pureza” de sus teorizaciones, razón por la cual la obra misma de Maud Mannoni fue despreciada por tratarse de una autora que, al igual que Winnicott, prefirió realizar sus aportaciones teóricas en su propio lenguaje.

En otras palabras, esta tesis encuentra uno de sus fundamentos en virtud del momento histórico en el que se propone su realización. Hoy es posible leer a Winnicott, porque

hoy resulta posible, en el psicoanálisis argentino, rescatar la singularidad por encima de los dogmas preestablecidos.

En este sentido, el presente trabajo se propone una “lectura” que, entendemos, aún no ha sido realizada. Existen varios textos de autores locales y extranjeros que toman parcialmente la obra de Winnicott, en algunos casos (como ocurre con la ya citada M. Mannoni) para rescatar ciertas particularidades de sus conceptualizaciones; en otros casos (la gran mayoría), para criticar a Winnicott allí donde sus ideas parecen divergir de las de Lacan. Existen también algunos textos, como el de Silvia Fendrik (1993), que buscan situar la obra de Winnicott en un contexto histórico más amplio, pero en ellos no hallamos el marco conceptual del “Movimiento psicoanalítico” como eje ordenador de la lectura.

Pasaré ahora a tratar más en detalle el marco teórico general de la investigación.

El planteo de nuestro problema de investigación nos exige responder a la siguiente pregunta: ¿qué status epistemológico darle al Psicoanálisis?

Un primer aspecto de la respuesta fue esbozado más arriba: se trata de un modelo que surge de las tesis de Foucault y López, y que propone concebirlo como un “discurso”.

Tomemos una definición posible de discurso: *“es el conjunto siempre finito y actualmente limitado de las (...) secuencias lingüísticas que han sido formuladas”* (Foucault 1968b), definición llana a la que me gustaría agregarle una caracterización acerca de lo que se entiende por *dinámica discursiva* o, dicho a la manera de una pregunta: ¿qué es aquello que un discurso produce en su accionar?: *“instaura divisiones y dominaciones, es el instrumento de la violencia simbólica y, por su fuerza, hace ser a lo que designa”* (Chartier 1996).

Respecto al psicoanálisis como discurso, tanto Foucault como López subrayan, por una parte, el lugar de excepción que, con relación al discurso, adquiere su *instaurador*. Excepción, decimos, en la medida en que su obra funda el discurso mismo, operando de allí en más como un límite, imposible de franquear si se pretende permanecer dentro del discurso, imposible de homologar a cualquiera de las otras producciones que el discurso genera en su movimiento.

En función de lo expuesto, cabría formular una segunda interrogación: ¿qué clase de discurso es el psicoanálisis? Foucault lo caracteriza en función de una particularidad: se

trata de un discurso que mantiene lazos indisolubles con su autor. Así, el psicoanálisis es, ante todo, freudiano; es el producto de la pluma de Freud, y lleva la marca de su pensamiento. Esta *función autor* no se diluye con el paso del tiempo, como ocurre con otros discursos que logran estabilizarse en la medida en que se transforman en enunciados sin emisor.

Las particularidades que enumeramos como propias del psicoanálisis lo destacan como un *objeto* particular. Y es en torno a ese objeto que girará nuestra investigación. Enunciado de otro modo, buscaremos corroborar las características del “objeto psicoanálisis” analizando su comportamiento en un corte témporo – espacial: la escuela inglesa, las relaciones conceptuales entre Klein y Winnicott, y entre estos y el discurso psicoanalítico tal como lo caracterizamos más arriba.

Si definimos al psicoanálisis como un objeto, debemos aclarar que con este nombre designamos una cosa muy distinta de aquello que la tradición empirista califica como tal. Para nosotros el término “objeto” designa una “creación”; se trata de un objeto de materialidad discursiva, no natural y dada de antemano, y por tanto su lógica depende de las condiciones de su engendramiento. Estas condiciones no son sólo históricas, sino fundamentalmente estructurales, y por tanto nuestro trabajo supone verificar las características de la estructura sincrónica en sus emergencias diacrónicas.

Caracterizar al psicoanálisis como “discurso”, asignándole las propiedades que detallamos más arriba, es un primer paso para delimitar el campo dentro del cual pretende desarrollarse la presente investigación. Se trata de poder evaluar en detalle la configuración de ese campo, para luego situar en él la obra de D. Winnicott.

Examinemos a continuación la cuestión de la metodología. Entendemos que sería esperable de una *investigación psicoanalítica* que su método se ciñera al propuesto por Freud en sus elaboraciones conceptuales. De esta forma no se trataría tan sólo de una investigación sobre *temas psicoanalíticos*, que podrían estar abordados desde metodologías diversas, sino de una investigación que no sólo aborda temas del psicoanálisis sino que utiliza, para su examen, la metodología psicoanalítica.

¿Qué características fundamentales le adscribimos a esta metodología? En su texto “La interpretación de los sueños” (1900), Freud elabora un método al que considera como el más adecuado para la exploración del inconsciente, método que consiste en “*confiar al propio sujeto (...) el trabajo de interpretación*” (: 407). Por tanto, una metodología que

resulte apropiada para el particular objeto del psicoanálisis supone, de entrada, una inversión respecto a las metodologías tradicionales de la ciencia. En éstas, el investigador es el sujeto, y es quien extraerá de su objeto de estudio un *saber* que pasará a constituir el corpus teórico de la ciencia. En psicoanálisis, por el contrario, el *saber* queda del lado del objeto. El analista, como “sujeto de la ciencia”, nada sabe del inconsciente por advenir. Al mismo tiempo, el analizante, como “sujeto de la experiencia analítica”, tampoco sabe. El *saber* es del inconsciente, pero a su vez sólo *será* allí donde se manifieste: sorprendiendo al analizante, y necesitando del analista sólo como garante de su emergencia. Esto lleva al psicoanálisis a postular la existencia de “otro” sujeto: el sujeto del inconsciente, sujeto que sólo existe en los acontecimientos que jalonan su emergencia.

El método freudiano exige pues una inversión respecto de toda otra investigación. Se trata, al decir de Lombardi (2004), de una “*torsión*” que “*permite al saber inconsciente manifestarse, y revelar que sólo por las huellas y el entramado del significante la configuración subjetiva adquiere una objetividad*”.

Retomemos el problema desde otro punto de vista, aquel que elaborara Lacan (fundamentalmente en sus seminarios XII “Problemas cruciales del psicoanálisis” y XVII “El reverso del psicoanálisis”). Tomando como soporte distintos elementos, en ambos seminarios Lacan avanza en la distinción conceptual entre los términos *Saber* y *Verdad*. Al postularlos como diferentes, y aún más al sostener que en el discurso psicoanalítico estos elementos no se superponen ni se recubren, nos orienta hacia un modo en que podría (y aún, incluso, debería) sostenerse esta distinción en una investigación que se pretendiera psicoanalítica. El método de la investigación psicoanalítica sería aquel que sostiene la “buena pregunta” (Lacan 1958) a fin de que ella haga surgir lo imprevisible, lo no sabido, lo que entonces ingresará en el dominio de “lo que se encuentra” (Lacan 1964: 15). Una manera, dirá en el mismo texto (1964: 14), de “*tratar lo Real mediante lo Simbólico*”; de que la verdad, que tiene para Lacan la estructura que le diera Heidegger al llamarla *aletheia* (la que *muestra ocultando*) pueda semi – decirse.

De esta forma Verdad y Saber se oponen y relacionan del mismo modo que lo hacen Real y Simbólico: se trata de dos dimensiones diferentes, que sin embargo encuentran modos de relación a las que Lacan llama “contingentes”, las que permiten que algo *cese de no escribirse* (1971: 113/4).

En su Seminario XI, Lacan distingue dos campos de la investigación científica: *“el dominio donde se busca y el dominio donde se encuentra”* (1964: 15). Él ubica su trabajo dentro del segundo dominio, cuestión que nos reenvía a la posición del analista que desprendíamos, más arriba, del método freudiano: el analista no sabe de antemano, y por lo tanto no sabe tampoco qué buscar. Pero se topa con lo que encuentra, y es en esa dimensión donde debe permitir la emergencia de un saber.

¿Es posible aplicar este método a los textos psicoanalíticos, y aún a la historia misma del psicoanálisis? Intentaremos despejar las relaciones entre “investigación historiográfica” e “investigación psicoanalítica” en el Apartado (a) de la Primera Parte. De todos modos, como forma de esbozar una respuesta afirmativa a la cuestión planteada, me interesa consignar las orientaciones que he hallado en al menos dos de las investigaciones que he revisado para la confección del plan de tesis. Por un lado Silvia Fendrik (1993) plantea como propósitos de su investigación *“retomar a los ‘personajes’ en otra dimensión simbólica: ¿cómo fueron marcados por sus vicisitudes subjetivas?, ¿qué ha hecho con ellos el deseo? Y más aún: ¿cómo lo que nunca se dijo, lo que se ocultó, los lanza hacia nuevas aventuras?”* Se trata, dirá la autora citando a un comentador de un texto suyo anterior, de *“romper una ficción pasada a fuerza de preguntas”*.¹ En este caso la investigación psicoanalítica aplicada a textos y sagas institucionales sostiene la pertinencia de su método en tanto busca rescatar, como hilo rector de los hechos, al deseo inconsciente.

Por su parte, en la última investigación de Héctor López (2003) encontramos la siguiente afirmación: *“ Como toda investigación, ésta (...) requiere de un método, al menos si pretende que las referencias ‘digan algo’, es decir, alcancen un nivel conceptual, más allá del trabajo de yuxtaponerlas para reducir su dispersión. Porque yuxtaposición no es organización, ni tampoco serie. Éstas requieren de una lógica enunciativa donde el sentido de los enunciados no se sostenga de sí mismos, sino de la relación establecida entre ellos. (...) Ese es el trabajo del investigador, hacer hablar a la letra ”*(:17).

De este modo surge como posible una investigación que habrá de ser “psicoanalítica” en la medida en que se propone una forma distintiva de lectura que habrá de surgir, no tanto de la selección y armado de las series, sino de las interrelaciones discursivas que proponga.

¹ F. Betourné: *Esquisse*. París, 1990. Citado por Fendrik (1993).

Para resumir este punto diremos entonces que la metodología general de esta investigación pretende ceñirse al método freudiano. En el apartado siguiente deslindaremos las técnicas precisas para llevar a cabo este programa metodológico en la lectura y análisis de textos.

Lo expuesto en los párrafos anteriores ha introducido de manera general el tipo de técnicas de las que esta investigación habrá de servirse. Retomando nuevamente las expresiones de Lombardi, para que una investigación resulte coherente con los fines del psicoanálisis, no deberá usar técnicas que supriman al sujeto. Por el contrario, las técnicas deben buscar la expresión de una subjetividad inconsciente que se manifiesta *“en cada momento del discurso en su irrupción de acontecimiento”* (Foucault, 1968b).

Nuestra tarea fundamental será la lectura de textos, que difiere de la escucha del sujeto. Nuestro sujeto de la enunciación ha muerto. Queda su obra, a la que no concebimos como algo acabado ni muerto, sino como algo que puede revivir en cada lectura. ¿Cómo leer? ¿En qué ha de consistir una lectura que resulte coherente con el método psicoanalítico?

M. Mannoni (1979) afirma que, para Freud, la teoría psicoanalítica *“se asemeja al delirio o a la ficción”*. Por su parte De Certeau (1987) sostiene que la ficción *“es un discurso que ‘informa’ lo real, pero no pretende ni representarlo ni acreditarse en él”*. Es necesario hacer *“un duelo por lo real”*, reconocerlo como una dimensión imposible, para poder proponerse una obra que intente abordar ese imposible a través de los medios simbólicos. Así concebida, la literatura psicoanalítica no es “lo real”, o dicho de otra forma, no dice “la verdad”: es, por el contrario, una ficción, que merece lecturas que extraigan de ella su “grano” de verdad.

¿Cómo leer? Hallamos en otro autor, Jean Allouch (1984), una herramienta técnica que nos parece adecuada en función del rigor que el método exige. En su investigación parte de la siguiente pregunta: *“¿Qué se necesita que sea esa lectura para que produzca, sin otra intervención, una reinscripción del ser hablante en un lugar distinto?”*. Su respuesta apunta a una técnica, a la que denomina “leer con el escrito”: *“leer con el escrito es poner en relación lo escrito con el escrito, lo que se llama (...) una transliteración”*. Se trata, para Allouch, de una operación simbólica que consiste en *“escribir ajustando lo escrito al escrito”*, diferenciando así la transliteración de la traducción (operación

imaginaria que busca escribir ajustando lo escrito al sentido) y de la transcripción (operación real que consiste en escribir ajustando el escrito a algo que está por fuera del campo del lenguaje).

“La lectura se confía al escrito, se deja engañar por el escrito, acepta dejar que el escrito la maneje a su antojo”. De esta forma el escrito adquiere el estatuto de sujeto, y el analista investigador se coloca en la dimensión del que encuentra, dejándose sorprender por lo que el escrito tiene para decir(le).

El plan de trabajo supone un recorrido por diversos puntos, que se corresponden con los capítulos de la tesis:

1. Delimitar los alcances del modelo de lectura sobre el Movimiento Psicoanalítico descrito por Foucault y López.
2. Caracterizar las particularidades del Movimiento Psicoanalítico en Inglaterra.
3. Ubicación de Donald Winnicott en la Sociedad Psicoanalítica Británica.
4. Analizar la relación entre M. Klein y D. Winnicott tomando como eje la estructura de sus obras en su mutua relación lógica.
5. Analizar las propuestas clínicas de Winnicott, en especial las referidas a: la interpretación; la transferencia; el lugar del odio; la clínica de niños; la clínica de la psicosis; el lugar del juego y la creatividad.
6. Cotejar la posición de Winnicott respecto al psicoanálisis entendido como discurso, con el concepto lacaniano de “deseo del analista”.

A su vez, el plan de trabajo se ordena en función de una serie de hipótesis:

- I. Hipótesis teóricas (que funcionan a la manera de tesis previas)
 - I.a. La teoría psicoanalítica (como toda teoría) es una “ficción”, es decir, una construcción simbólica que instaura un nivel de “lo verdadero” a partir de la interrelación que crea entre significados. Esta construcción simbólica no abarca todo lo Real, y por lo tanto produce “restos”, que actuando como “verdad insabida” de la teoría producen efectos “sorpresivos” en el ámbito de las prácticas que esa misma teoría instituye. La teoría “progresa” al retomar, en el trabajo de conceptualización, los elementos “sorpresivos” que la clínica presenta².

² Esta hipótesis se fundamenta, básicamente, en los postulados de G. Bachelard (*Epistemología*. Anagrama, Barcelona, 1973). También en Lacan (*Variantes de la cura tipo (1955) y Posición del Inconsciente (1964)*, ambos en “Escritos”, Siglo XXI, México, 1975).

- I.b. El psicoanálisis es una creación discursiva que posee una estructura específica, que supone el interjuego entre momentos de instauración, momentos de olvido y momentos de retorno.
- I.c. Todo autor que inscribe su obra en el discurso psicoanalítico sufre sobre su producción los efectos propios de la estructura del movimiento psicoanalítico.
- II. Hipótesis de investigación (que nos proponemos demostrar o refutar como resultado del trabajo)

La obra de Donald Winnicott, en el contexto del Movimiento Psicoanalítico, puede ser pensada como parte integrante de un “momento de retorno”.

BIBLIOGRAFÍA DE LA INTRODUCCIÓN

- ALLOUCH Jean: (1984) *Letra por letra*. (Edelp, Buenos Aires, 1993)
- CHARTIER Roger: (1996) *Escribir las prácticas*. (Manantial, Buenos Aires, 1996)
- DE CERTEAU Michel: (1987) *Historia y psicoanálisis*. (Universidad Iberoamericana, México, 1995)
- FENDRIK Silvia: (1993) *Desventuras del psicoanálisis*. (Atuel, Bs. As., 1993)
- FOUCAULT Michel: (1968) *¿Qué es un autor?* (En: Revista Conjetural, No. 4, Sitio, Buenos Aires, 1984)
- (1968b) *Contestación al círculo de epistemología*. (En: “El discurso del poder”. Folios, Buenos Aires, 1983)
- FREUD Sigmund: (1900) *La interpretación de los sueños*.
(1912) *Consejos al médico en el tratamiento analítico*.
(En: “Obras completas”. Biblioteca Nueva, Madrid, 1972)
- GREGO Beatriz: (1985) *Estudios psicoanalíticos*. (Lugar – Biblos, Bs. As., 1985)
- LACAN Jacques: (1958) *El seminario, Libro V, “Las formaciones del inconsciente”*. (Paidós, Buenos Aires, 2003).
- (1964) *El Seminario, libro XI, “Los cuatro conceptos fundamentales del Psicoanálisis”*. (Paidós, Buenos Aires, 1987)

- (1964/5) *El Seminario, libro XII, "Problemas cruciales del psicoanálisis"*. (Biblioteca y centro de documentación de la E.F.B.A., Buenos Aires, sin fecha de edición. Traducción de A. M. Gómez y S. Rocchietti)
- (1966) *La ciencia y la verdad*. (En: "Escritos". Siglo XXI, México, 1981).
- (1969/70) *El Seminario, libro XVII, "El reverso del Psicoanálisis"*. (Paidós, Buenos Aires, 2002)
- (1971) *El Seminario, libro XX, "Aún"*. (Paidós, Barcelona, 1981)
- LOMBARDI Gabriel: (2004) *Técnicas y condiciones éticas de la investigación clínica en psicoanálisis*. (Propuesta de Trabajo Docente. Material de la Maestría en Psicoanálisis. U.N.M.D.P.)
- LÓPEZ Héctor: (1994) *El movimiento en psicoanálisis*. (En: "Psicoanálisis, un discurso en movimiento". Biblos, Buenos Aires, 1994)
- (2003) *Las adicciones. Sus fundamentos clínicos*. (Lazos, Buenos Aires, 2003).
- MANNONI Maud: (1979) *La teoría como ficción*. (Crítica, Barcelona, 1980)
- MILLER Jacques – Alain: (1981) *Problemas clínicos para el psicoanálisis*. (En: "Recorrido de Lacan", Ed. Hacia el 3º encuentro del Campo Freudiano, Bs. As., 1981)

PRIMERA PARTE: El Movimiento psicoanalítico.

*¿Cortar con la escritura del deseo,
la sucesión disgregada y confusa de lo deseante?*

Arturo Carrera – Children's corner

(a) Historia y Psicoanálisis.

Buena parte de los capítulos fundamentales del libro de Héctor López *“Psicoanálisis, un discurso en movimiento”* buscan demostrar que la noción de “movimiento” es un concepto que expresa con precisión una característica inherente a la estructura del psicoanálisis (1994b: 55/6). Y al mismo tiempo insisten en despejar las diferencias entre el autor de una obra (entendido como “función”) y la “persona” del autor o, dicho en otros términos, entre el **sujeto** como *función simbólica* (que en tanto que tal es “efecto” de la estructura de discurso) y la **subjetividad creadora** (que López define como de naturaleza imaginaria) (1994c: 67/8).

Dentro de esta misma lógica de oposiciones, el texto titulado *“El movimiento en psicoanálisis”* propone en su inicio despejar los términos “historia” y “movimiento”. Al primero López le asigna el sentido de *“(…) sucesión de acontecimientos, de autores, o incluso de desarrollo de producciones teóricas”* (1994a: 23), y también lo vincula con el registro imaginario. Para oponer a la “historia” así definida una noción de “movimiento” que se centre en el registro simbólico y en aquello que él permite elucidar en términos de estructura, habrá de recurrir a las tesis de M. Foucault desarrolladas en su texto *“¿Qué es un autor?”*. Las mismas serán analizadas en el punto siguiente.

Me interesa primero ahondar en esta diferencia contrastándola con la opinión de un historiador del psicoanálisis. Para ello tomaré el texto de una conferencia pronunciada por Hugo Vezzetti en el *“Primer encuentro argentino de historia de la psiquiatría, la psicología y el psicoanálisis”* (Mar del Plata, 1999) y publicada luego por editorial Polemos en el volumen colectivo *“Historia y Memoria”* (Vezzetti 1999).

Vezzetti parte de definir al psicoanálisis como un *objeto complejo*, que como tal genera diversas historias posibles, en la medida en que las preguntas que organizan esas historias son diferentes. Dentro de esa diversidad el autor rescata, grosso modo, dos formas de historiar al psicoanálisis. En primer lugar aquella que se construye como “memoria

de grupo”, una historia que podríamos definir como “desde dentro”, es decir, escrita por los propios psicoanalistas, que al contar su historia y la historia de sus instituciones *“tienden a la integración, a la unificación en filiaciones e identidades”* (: 63). En contra de esa tendencia, él propone una historia – investigación, que surge *“como un programa de conocimiento que alimenta nuevas preguntas y tiende a diluir certezas y lugares comunes”*. Para llevar a cabo este segundo tipo de historia reclama una “distancia crítica” por parte del investigador, que difícilmente pueda lograrse “desde dentro” del psicoanálisis, pues en toda historia escrita por los psicoanalistas estará en juego el tema de la legitimación.

Este señalamiento supone ya, para el trabajo que estamos comenzando, un desafío. Pues nuestra tarea pretende dar cuenta y, por lo mismo, “convertirse” en una historia: una lectura del pasado, de los acontecimientos institucionales, de las producciones y disputas teóricas, y pretende al mismo tiempo ser escrita “desde dentro”, razón por la que podría verse implicada en la búsqueda de una legitimación. ¿Estaríamos entonces, como psicoanalistas, impedidos de realizar sobre nuestro propio campo investigaciones históricas, por el peligro que supondría deslizar en ellas nuestros deseos, dando por resultado una historia que, lejos de ser “objetiva”, resultaría teñida de subjetividad? Y al mismo tiempo: ¿puede un psicoanalista conformarse con una historia que, por ser “científica”, tenga como uno de sus objetivos despojar al pasado de deseo y subjetividad?

Si el “temor” que las precauciones metodológicas de Vezzetti intentan alejar es el de una historia “mítica”, fundacional e inamovible, ligada estrechamente al relato heroico de la vida de los “grandes hombres”, temor que ya había sido denunciado por Foucault con relación a la historia de las ciencias, pero también, de una forma más general, en un modo de hacer historia prototípico de las historiografías del siglo XIX, coincidimos con él, y como él estamos advertidos de los peligros que engendran ese tipo de relatos que sólo buscan establecer un mito de origen para legitimar las posiciones actuales por medio de filiaciones que garanticen la ortodoxia. Pero creo que un psicoanalista puede sumarle a una historia escrita por un historiador profesional una lectura que habrá de estar atenta al modo en que los deseos circulan y “hacen” historia, más allá de las intenciones y los intereses personales de los personajes. Es por ello que, enfrentado, entiendo, al mismo problema, López necesita recurrir a una estructura: una lógica de engendramiento de los hechos que resulte ajena a los deseos del historiador, pero lo suficientemente

capaz de develar la potencia del deseo que corre por detrás de los hechos que se buscan explicar.

“Quítale al autor de un estudio histórico su título de profesor y sólo queda un novelista” (De Certeau 1987: 118).

Esta suerte de aforismo de M. de Certeau nos arroja de lleno en otra problemática cara al historiador: ¿cómo diferenciar su obra de un texto literario? ¿Cómo dotarlo de objetividad, de referencialidad, de científicidad, en suma? Asuntos que De Certeau analiza una y otra vez, permitiendo que su pensamiento siga direcciones muchas veces contrarias a los deseos de legitimidad del historiador. Éste, dirá De Certeau, intenta convencernos de que sus textos son expresión de lo real: *“Yo voy a enseñarles, lectores, lo que ustedes no saben, y esto es una ley, escrita por las cosas mismas”* (: 117). Y no es que el historiador nos mienta: el asunto en juego es otro. La “cosa misma” habrá de advenir en texto histórico en la medida en que éste ocupe su lugar. Pero el texto viene de *otro* sitio, y en su transposición desfigura, disloca a la “cosa” y la convierte en “sentido” al interior de un sistema de signos. La escritura de la historia reclama así del lector un acto de fe: debemos “creer” en ella, dejarnos convencer de que lo que ella nos cuenta no sólo resulta *verosímil*, sino que *es* la verdad misma. Pero aceptando el valor de verdad del texto por encima del valor de la cosa, la escritura primero y la lectura después hacen que la cosa desaparezca, y que la palabra señoree en su lugar. *“Es necesario”*, dirá De Certeau, *“que ‘nada subsista’ de la cosa para entrar en el juego”*, para que se escriba y yo pueda creer en ello. Pero esta necesidad es también la de todo texto literario, y resulta esencial en la poesía: ésta no se autoriza en los “hechos”, sino que parte de “nada”.

“La historiografía realiza lo inverso. La operación historiográfica consiste en proveer de referencialidad al discurso, en hacerlo funcionar como ‘expresivo’, en autorizarlo por algo de ‘real’, finalmente en instituirlo como ‘supuesto saber’. Su ley es ocultar la nada, llenar sus vacíos” (: 116). Así, el análisis de De Certeau parece confrontarnos con una alternativa: o poesía o historiografía, alternativa que sin embargo resulta ser, como la alienación lacaniana, sin opción. *“La vida social exige la creencia (...) que se articula con los supuestos saberes garantizados por las instituciones. Ella reposa sobre estas sociedades de seguridad que protegen contra la cuestión del otro, contra la locura de la ‘nada’”* (: 120).

Volvamos a retomar el problema al nivel en que lo situaba el texto de Vezzetti. Si la Historia es una institución cuyo objetivo es construir ficciones con un grado de referencialidad que nos permita creer que en ellas hay cierta aproximación a lo real, la historia que se cuenta a sí misma una institución (la historia del Movimiento psicoanalítico, por ejemplo) no sería más que una versión posible, con mayor grado de verosimilitud, sobre todo para sus propios integrantes.

Es aquí donde el historiador profesional propone un primer giro interpretativo: “mi distancia con respecto a la institución”, nos diría, “habrá de permitirme una visión que no se cegará ni se ilusionará con los espejismos que sostienen los ideales institucionales”. En este aspecto su versión pretende ser más legítima, más potente a la hora de *desenmascarar lo real*. Dentro del psicoanálisis esta posición del historiador podría ser suscripta por algunos psicoanalistas. “Es el mismo argumento que utilizo con mis pacientes”, dirían. “Mi visión sobre los hechos de sus vidas no habrá de sucumbir a las repressions y distorsiones que amenazan sus propios puntos de vista”. El otro imparcial garantiza objetividad.

Pero todo esto pone a su vez de manifiesto que en la comunidad analítica existen *diversos modos de conceptualizar a lo inconsciente*, y esas formas diversas autorizan prácticas que también lo son. Si podemos sostener la homología entre las prácticas del historiador y las del analista, el paso siguiente sería darnos una definición de lo inconsciente que justifique y a la vez legitime nuestra empresa.

¿Cómo establecer la función del inconsciente en la historia? Partamos de aquella antigua definición de Lacan en su *“Discurso de Roma”*:

“El inconsciente es ese capítulo de mi historia que está marcado por un blanco u ocupado por un embuste: es el capítulo censurado. Pero la verdad puede volverse a encontrar; lo más a menudo ya está escrita en otra parte” (Lacan 1953: 249).

Esta definición le sirve a Lacan, unas páginas más adelante, para elaborar a partir de ella una *teoría de la historia*. Si el inconsciente no es la expresión psíquica de las apetencias instintuales, la *historia* que el análisis busca restituir no es tampoco la de los accidentes que impidieron la maduración natural de los instintos. Porque el inconsciente, nos dice Lacan, es *discurso*, y por lo tanto relevar su historia es relevar la historia de un *sentido*.

“Lo que enseñamos al sujeto a reconocer como su inconsciente es su historia; es decir que le ayudamos a perfeccionar la historización actual de los hechos que determinaron ya en su existencia cierto número de ‘vuelcos’ históricos. Pero si han tenido ese papel

ha sido ya en cuanto hechos de historia, es decir en cuanto reconocidos en cierto sentido o censurados en cierto orden” (: 251, subrayado mío).

“El inconsciente es discurso”. De esta forma, el “inconsciente” de la institución psicoanalítica es el relato de su historia. Un relato que podrá ir perfeccionando sus versiones hacia la dirección de su historización actual sin por ello llegar a una versión última que resultara ser así la más verdadera. Recordemos aquí el lugar que Lacan da a las versiones de los hechos proferidas en el análisis y su relación con la verdad en el texto *“Intervención sobre la transferencia”*. Allí la función del analista es definida en términos de aquello que permite la prosecución del relato, permitiendo que este realice los giros necesarios (“inversiones dialécticas” las llama) para que a raíz de ellas puedan surgir nuevos desarrollos de la verdad. Pero estos desarrollos no son presentados en una topografía de capas superpuestas que llevara a suponer la imagen de una superficie que se continúa en profundidades que, a medida que descendemos a través de ellas, están más cerca, y por tanto expresan más cabalmente la verdad que yace en el fondo. No: ya en ese entonces Lacan desconfiaba de la existencia de “la verdad de la verdad”. La verdad es aquello que, a medias, se dice en el relato, en cualquier relato, en todo relato. No habrá, por tanto, historias verdaderas, y a su vez, será necesario que una historia se cuente más de una vez, porque cada versión dará lugar al surgimiento de algún aspecto de la verdad.

En su texto *“Una propuesta historiográfica para la historia de la psiquiatría en la Argentina”*, Norberto Conti rescata una historia de la ciencia que tome a ésta como una construcción compleja inseparable de las condiciones de posibilidad de la época en que emerge, en contra de la tradición positivista clásica que supone un devenir progresivo independiente de los acontecimientos “externos”, predeterminado e inalterable. Luego afirma, haciendo concreta referencia a Arthur Danto, dice: *“(...) la reconstrucción del sentido de los acontecimientos históricos no se reduce, tan solo, a la recuperación del contexto y de la perspectiva de los agentes y testimonios inmediatos; pone entonces el énfasis en el papel que cumple en este proceso la conciencia retrospectiva de intérpretes históricamente situados. Estos intérpretes son los únicos sujetos capacitados para articular oraciones narrativas las cuales constituyen el rasgo característico de cualquier discurso histórico (...). La historiografía entonces va más allá de lo dado: la narración histórica organiza y al mismo tiempo interpreta. El sujeto que soporta esa tarea*

es un sujeto históricamente situado y desde allí escribe su narración histórica producto de un presente que, al tornarse en pasado permitirá que ese mismo pasado, desde un nuevo presente, sea interpelado de otra manera” (Conti 1999: 25)

Me resulta atractiva esa imagen del historiador como aquel que tiene por misión establecer un relato válido del pasado para su presente, es decir, para sí mismo y sus contemporáneos, relato que a su vez ingresará en un diálogo intertemporal con los historiadores del pasado y los del porvenir. Si uno no acepta la existencia de “verdades positivas”, las que nos llevarían a creer que sólo puede haber un *único* relato verdadero, entonces, creo, no cabe otra opción que la que Conti propone.

En un texto relativamente reciente E. Galende (1992) sugiere una visión similar, poniendo en correlación las opiniones de Goethe, Nietzsche y Freud: *“La idea de transcripción que introduce Freud en su teoría, si bien no es idéntica a la de Goethe, no es tampoco ajena a ella. (...) «Lo esencialmente nuevo en mi teoría es la afirmación de que la memoria no se encuentra en una versión única sino en varias, o sea que se haya transcripta en distintas clases de signos» (...) Traducir, transcribir la historia como decía Goethe, consiste en poner en inscripción actual lo arcaico, no por fidelidad a lo acontecido sino por las nuevas relaciones que otorgan sentido”*. De cierta forma, el trabajo del historiador termina comparándose con el del analista: *“Debo destacar que las sucesivas transcripciones representan la obra psíquica de sucesivas épocas de la vida. En cada límite de dos de esas épocas el material psíquico debe ser sometido a una traducción. Atribuyo las particularidades de las psiconeurosis a la falta de traducción de ciertos materiales que llevaría a determinadas consecuencias. (...) Cada nueva transcripción inhibe la anterior y aparta de ella el proceso excitativo, incorporándose-lo. Cada vez que falta una nueva transcripción, la excitación será resuelta de acuerdo con las leyes psicológicas vigentes en el período psíquico anterior y por las vías que a la sazón fueron accesibles. (...) La falta de traducción es lo que clínicamente conocemos como represión”* (Freud 1896).

El historiador, como el analista, labora contra la represión y a favor del recuerdo, buscando evitar así la repetición.

Si cada “época” tiene su modo de narrar la historia, las particularidades de ese “modo” nos hablarán también de ciertas características de la época. No existe un modo narrativo

único y, digámoslo así, “neutro e intemporal”. Dentro de las particularidades de un modo narrativo, la forma misma en que la noción de “tiempo” es tratada resultará esencial. En un pequeño ensayo titulado *“La función narrativa y el tiempo”*, Paul Ricoeur (1992) sostiene la siguiente hipótesis: *“Mi primera hipótesis de trabajo es que narratividad y temporalidad están estrictamente ligadas, tan estrechamente como pueden estarlo, según Wittgenstein, un juego de lenguaje y una forma de vida. Considero la temporalidad como la estructura de la existencia – digamos la forma de vida – que llega al lenguaje en la narratividad, y la narratividad como la estructura del lenguaje – digamos el juego del lenguaje – que tiene como referente último la temporalidad”*.

Así la forma narrativa encontrará, en cada época, un modo particular de “hacer lugar” en ella a la temporalidad, que en el análisis de Ricoeur plasma las formas contemporáneas de ser-en-el-mundo. Por tanto, podríamos concluir lo siguiente: analizando los modos en que un relato trabaja y plasma la temporalidad, podremos vislumbrar algo esencial de la época en que ese relato fue construido: las estructuras de la existencia, las formas particulares que el ser adopta en un espacio – tiempo determinado.

Cuando Comte afirmaba, en su famoso *Discurso sobre el Espíritu Positivo* de 1844: *“Según esta doctrina fundamental todas nuestras especulaciones, cualesquiera que sean, tienen que pasar sucesiva e inevitablemente, lo mismo en el individuo que en la especie, por tres estados teóricos diferentes...”* buscaba introducir, a través de su narración, un modo de concebir el devenir temporal – como lo planteábamos más arriba, de manera fija, preestablecida e inmutable – en el cual se pudiera sostener la idea de *previsión racional*, la que, como el mismo Comte establece, permite entender que *“el verdadero espíritu positivo consiste, sobre todo, en ver para prever; en estudiar lo que es para deducir lo que será”*, y todo ello como forma de respuesta al clima social que desde hace más de medio siglo imperaba en Francia. Allí la *estructura de la existencia* clama por un *orden* (político, social, pero también científico) que garantice el *progreso* que ya está inscripto de antemano en la historia de la civilización.

Podemos, así, dejar planteada la idea de una vinculación fuerte entre la *temporalidad* (entendida como *forma de vida* o *estructura de la existencia*) y la forma del relato, haciendo particular hincapié en los modos en que el relato trabaja la temporalidad.

Volvamos, para concluir este primer apartado, al texto de De Certeau, y en él al análisis que realiza sobre la lógica de los relatos. De Certeau sostiene que Freud descubre que

todo relato es *ficción*, novela de los orígenes, ya se presente como tal o pretenda ser testimonio de lo real. En este sentido, los textos psicoanalíticos están sometidos a esas mismas condiciones. Y sin embargo De Certeau encuentra en la obra de Freud dos categorías de textos: están, por un lado, aquellos que aplican la teoría, y por otro, aquellos que son su exposición, aquellos que denotan un *saber de maestro* (rescatando la amplitud semántica del término *maitre*). En esta segunda categoría incluye las “Lecciones”, los “Compendios”, las “Contribuciones”. De Certeau ve así una oscilación del discurso freudiano entre momentos “analíticos”, en los cuales los textos se someten *“a la ley de las transformaciones y deformaciones”*, y momentos “didácticos”, en los que la palabra de Freud se torna voz de mando. Son estos últimos los que se ligan intrínsecamente con la “institución” psicoanalítica.

En medio de esta oscilación De Certeau coloca la figura del *Sujeto supuesto Saber*. Desde ella puede el analista deslizarse hacia cada uno de los dos polos: hacia el polo analítico, subrayando el carácter de *supuesto* y desbaratándolo como mito transferencial, o bien hacia el polo didáctico, haciendo del Saber su emblema. Respecto a sus discípulos, se pregunta De Certeau, ¿qué lugar ocupaba Freud?

El paso siguiente que nos propone el texto requiere analizar la idea de Freud acerca de la “escritura de la historia” (Geschichtsschreibung). Ésta *“se produce a partir de acontecimientos de los que ‘nada’ subsiste: ella ‘toma el lugar’ de los acontecimientos”*.

De este modo la *escritura* asume un doble papel: es *canibal*, porque devora y ocupa el lugar de lo que devora, pero a la vez es *exilio*, pues ese lugar que ocupa no es de ella, ni lo será nunca. *“Existe ya, en el mismo proceso de la escritura, esta dualidad que la hace funcionar (y al analista con ella) ora como desperdicio excluido de lo real, ilusión de conocimiento, desecho de la ciencia, ora como autoridad voraz e institución dominadora”* (: 113).

Esta ambivalencia, concluye De Certeau, es la *esencia* de la escritura, su pecado de origen. Si la escritura intenta decir acerca de aquello respecto de lo cual está excluida desde siempre, sólo podrá autorizarse en su decir haciendo de él *institución*. *“La máquina institucional efectúa y garantiza la operación, casi mágica, que sustituye a la nada por la autoridad”*.

De este modo la relación de los analistas con los textos de Freud no puede menos que estar atravesada por esta ambivalencia, que oscila entre la “lectura ortodoxa”, que vene-

ra la palabra y refuerza la institución, y la “lectura heterodoxa”, que se abre a nuevas significaciones atentando contra el poder de la autoridad.

Veremos que, para Donald Winnicott, decir las cosas en su propio lenguaje llegó a convertirse en una cuestión de principios. Esto parece dejarlo irremediabilmente del lado de la heterodoxia.

(b) La “lógica” del Movimiento psicoanalítico.

En el texto de López *“El movimiento en Psicoanálisis”* (López 1994a) se aplica al movimiento psicoanalítico la cronología propuesta por Foucault en su conferencia *“¿Qué es un autor?”* (Foucault 1968a). Esquemáticamente, ésta cronología supone un momento primero de “instauración”, que habrá de resultar *“heterogéneo a sus transformaciones ulteriores”* (Foucault 1968a: 35); y un momento segundo de “regreso a...”, que se torna necesario en tanto, entre ambos momentos, se ha producido un olvido *“esencial y constitutivo”* (: 37).

El primer interrogante que deseo plantear se dirige a lo que caracteriza a esta cronología. Foucault no se ubica en la función de historiador, y sin embargo su obra encontró un eco importante en la historiografía francesa contemporánea (me refiero, por citar algunos ejemplos, a Michel de Certeau y a Roger Chartier). Muchos de sus textos proponen una metodología afín a la del historiador: reconstruir genealogías, en un afán por despejar *“las condiciones de funcionamiento de prácticas discursivas específicas”* (: 9). En este sentido entiendo que es lícito interrogar los modos en que Foucault concibe las relaciones temporales, para luego ver la forma en que éstas concepciones son retomadas por los psicoanalistas.

En primer lugar vale establecer que algunas de sus referencias teóricas lo ubican en la tradición abierta por la epistemología discontinuista (Bachelard, Canguilhem). En un texto contemporáneo a *“¿Qué es un autor?”* (Foucault 1968b), Foucault define más claramente su adscripción al “discontinuidismo”: *“Ahora bien, aproximadamente en la misma época, en esas disciplinas llamadas historia de las ideas (...), la atención se ha desplazado, de las vastas unidades que forman una ‘época’ o un ‘siglo’, hacia los fenómenos de ruptura. Bajo las grandes continuidades del pensamiento (...) se intenta ahora detectar la incidencia de las interrupciones”* (Foucault 1968b: 89). Foucault no

considera esto como una moda, una suerte de capricho de época, sino que opone este proceder discontinuista a un modo de historizar que resultaría ser *“el correlato de la conciencia: la garantía de que podrá recuperarse lo que se escapa; la promesa de que algún día podrá apropiarse de todas esas cosas que ahora la someten, podrá restaurar su dominio sobre ellas y encontrar allí lo que habría que llamar (...) su morada”* (: 91). Es decir que habría un modo de hacer historia (y ciencia en general) a través del cual se buscaría “conocer para dominar”, al mismo tiempo que “saber para integrar”. El modo opuesto buscaría rescatar, a través de las rupturas y las discontinuidades, los puntos en que “somos dominados”, los puntos a partir de los cuales se evidencia, por una parte, las determinaciones que pesan sobre el sujeto, y por otra, el sin sentido de estas determinaciones, lo que impide una vuelta sobre sí mismo que daría por resultado la “comprensión” de los hechos y el dominio de los mismos. Al mismo tiempo, la oposición continuismo/discontinuidad permite despejar otra “ilusión de continuidad” entre la ciencia y su objeto. Así, una metodología “continuista” habría de partir de la premisa de que no hay salto entre el discurso científico y el objeto, mientras que un planteo discontinuista resaltaría la irreductibilidad del objeto (o experiencia) a la teoría, pues se trata de dos órdenes diferentes e irreconciliables: el de la experiencia real por una parte, y el del discurso por otra.

Por último, rescato el hecho de que Foucault insinúe la emergencia de esta metodología discontinuista a partir de *“las investigaciones psicoanalíticas, lingüísticas, y más tarde etnológicas, (que) desposeyeron al sujeto de las leyes de su deseo, de las formas de su habla, de las reglas de su acción (...)”* (: 91).

Ya en una de sus primeras obras, *“Historia de la locura en la época clásica”* (Foucault 1964), este autor propone un modelo cronológico similar al que vemos reaparecer luego en su conferencia de 1968. En su análisis plantea la existencia de diversas formas de “conciencia de la locura” a lo largo de un período que se extiende desde el 1500 hasta el 1800. Ese período es organizado desde una cronología particular: en cada extremo hallamos formas de conciencia definidas (*“críticas”* hacia el 1500; *“analíticas”* hacia el 1800). Entre medio, un período caracterizado por una práctica específica (el *“Gran Encierro”*) que “conduce” desde unas formas de conciencia hacia las otras. *“Por separados que estén estos dos dominios”*, dirá refiriéndose a estos dos períodos y sus formas de conciencia específica, *“no hay nada importante en el primero que no esté equilibrado en el segundo, lo que hace que esa separación no pueda ser concebible más que en*

relación con las formas de unidad cuya aparición autoriza” (Foucault 1964: I, 272. El subrayado es nuestro).

Estas “*formas de unidad*”, que Foucault descubre y que le permiten trabajar la lógica de ese período como un todo, resultan homologables a las “*condiciones de funcionamiento*” que citábamos más arriba: una suerte de “lógica de estructura”, invisible en la dispersión de los hechos, pero calculable en su lectura.

Propongo un primer resumen de las ideas expuestas hasta aquí:

a) Ciertos aspectos del pensamiento de Foucault son ubicados, por él mismo, en una genealogía que tiene como punto de partida al psicoanálisis, o más bien, al impacto que éste produce sobre las teorías que centran sus postulados en el “dominio de la conciencia” y el “progreso del saber” entendido como acumulación progresiva de sentido, lo que conduciría al logro de “totalidades”.

b) Dentro de su pensamiento hallamos una recurrencia a modelos cronológicos que buscan destacar una “lógica de los acontecimientos” que propone una peculiar manera de entender las relaciones entre causas y efectos. No se trata de un modelo lineal y acumulativo, sino más bien de un conjunto de discontinuidades que hallan su “lógica de engendramiento” a partir de situar las características propias del “período medio” (sea este período medio el “Gran Encierro” en *La historia de la locura...* o el “olvido esencial y constitutivo” dentro de las instauraciones discursivas).

(c) El “tiempo medio”.

¿Pueden hallarse, en el corpus teórico del psicoanálisis, usos similares de esta “lógica de los acontecimientos”? En muchos planteos freudianos es posible encontrar una “lógica de tres tiempos”. Ya en los “*Tres ensayos para una teoría sexual*” (Freud 1905) ésta se hace presente como un modo de plantear los tiempos de la sexualidad: sexualidad infantil – latencia – pubertad. El último tiempo implica un “retorno” a los objetos del primero, posibilitado por el “olvido” que supone la estructura del segundo tiempo. A su vez, el síntoma se explica por la misma lógica: trauma – represión – retorno de lo reprimido (formación de síntomas). En ambos casos el tiempo medio se caracteriza por el rechazo

de los componentes que se presentan en el primer tiempo, rechazo que a su vez garantiza el retorno de estos mismo componentes en el tercer tiempo.

En el texto *“Pegan a un niño”* (Freud 1919) la lógica de tres tiempos adquiere una aplicación clínica, ya que Freud se autoriza en ella para postular su “construcción”. En los relatos de los pacientes, Freud ubica dos “versiones” de la fantasía de flagelación, que dentro de la “lógica temporal” son colocados en el primer y tercer tiempo. La “segunda fase” (aquella que se corresponde con el “tiempo medio”) es caracterizada por Freud como *“la más importante de todas”*. Sin embargo dirá de ella que *“en cierto sentido podemos decir que no ha tenido nunca existencia real. No es jamás recordada ni ha tenido nunca acceso a la conciencia. Es una construcción del análisis, pero no por ello deja de constituir una necesidad”* (: 2469).

Vemos cómo reaparecen en este planteo freudiano las “condiciones de funcionamiento” de un conjunto, que remarcábamos en los textos de Foucault: una serie de hechos discursivos dispersos conforman una unidad a partir de una lógica particular que les es inherente. Pero en el texto antes citado Freud agrega algunas precisiones acerca del “tiempo medio”: no sólo se trata de “lo olvidado”, sino de algo que jamás podrá ser recordado. Un “contenido” diverso, que nunca estuvo en la conciencia, ni podrá estarlo.

Para comprender esta afirmación de Freud habremos de vincularla con otros desarrollos conceptuales: en primer lugar, con la noción de lo “reprimido primordial”, algo que no entra en el circuito “represión – retorno de lo reprimido” pues resulta “fundante” de lo inconsciente. En segundo lugar, con la distinción (planteada en el texto *“Lo inconsciente”*) entre “representación – cosa” y “representación – palabra”. Allí, y como respuesta al interrogante acerca de la dinámica de las representaciones (¿hacer consciente lo inconsciente supone que una representación inconsciente abandona esta localización para “pasar” a la conciencia, o bien se trata de una nueva representación que se aloja en la conciencia, permaneciendo la otra en lo inconsciente?), Freud propone distinguir el complejo representacional en dos partes (cosa y palabra), para luego afirmar que las representaciones inconscientes son “de cosa”, y sólo pueden acceder a la conciencia si se ligan a una representación – palabra. La representación – cosa es lo propio del inconsciente, y ha de permanecer localizada allí. Entonces, cuando Freud “construye” el tiempo medio de la fantasía de flagelación, “pone en palabras” un contenido inconscien-

te, y de esa forma le permite el acceso a la conciencia. Pero esto es una “transposición”: el contenido original, la representación - cosa, esa que “no será jamás recordada y no accedió nunca a la conciencia”, permanece en lo inconsciente.³

El procedimiento de la “construcción”, utilizado en *“Pegan a un niño”* y explicitado en *“Construcciones en Psicoanálisis”*, comanda el análisis que Freud propone en *“Moisés y la religión monoteísta”* (Freud 1934/38). Allí, y partiendo de una unidad (la figura de Moisés tal como aparece en los textos sagrados), Freud propone un análisis que descompone esa unidad en dos momentos, cada uno ligado a una figura diferente (dos “Moisés”) y a concepciones religiosas diferentes (un primer monoteísmo egipcio, en torno a la figura de Atón, un segundo monoteísmo, madianita, referido a la figura de Jahvé). La versión sincrética intenta velar un episodio que Freud reconstruirá y al que le dará el valor del “tiempo medio”, aquel que permite rearticular la lógica del movimiento: un primer Moisés egipcio, su asesinato (tiempo medio), y finalmente un segundo Moisés judío.

En el tercer ensayo que completa su investigación, titulado “Moisés, su pueblo y la religión monoteísta”, Freud denomina a esta lógica en tres tiempos como *“acción retardada”*⁴, y se pregunta: *“¿Cómo podemos explicarnos semejante acción retardada y dónde hallaremos fenómenos similares?”* (: 3279). Por este camino llega a establecer un primer paralelo entre el proceso que viene estudiando y el destino de las teorías científicas, que primeramente producen resistencias, *“disfrazadas con argumentos que permiten refutar las pruebas favorables a la doctrina ofensiva; el pleito de las opiniones encontradas exige cierto tiempo”* (: 3280)⁵. De allí propone otros paralelos con la “psicología individual”: el “tiempo” que necesita el Yo para aceptar una verdad contraria a sus deseos; la distancia que separa al acontecimiento traumático de la producción de síntomas en las neurosis traumáticas. El elemento común, concluye Freud, es la necesidad del “tiempo medio”, al que propone calificar de *“latencia”*. Todo el punto siguiente de su texto (“La analogía”) estará dedicado a profundizar esta “identidad de estructura”: el primer tiempo actuando a la manera de un “trauma”, *“impresiones poderosas ocurridas en esa época precoz y sustraídas a su resolución normal”* (: 3284); el segundo tiempo funcionando al modo de la “latencia”, y en el cual *“la defensa tiene (...) la supremacía;*

³ Esta teoría de la “transposición” o “traducción” encuentra un primer desarrollo en la carta N° 52 de Freud a Fliess, del 6/12/1896.

⁴ “Efecto demorado” en la traducción de Etcheverry.

⁵ Los mismos argumentos aparecen en *“Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico”*, en este caso aplicados al propio psicoanálisis.

en todo caso deja, cual formaciones cicatriciales, alteraciones permanentes del yo” (:3287); por último, el tercer tiempo, verdadero desencadenamiento de la enfermedad (retorno de lo reprimido y formación de síntomas, pero también reelaboración de la antigua historia y “escritura” de la versión oficial).

Establezcamos, antes de proseguir con nuestro análisis, algunas conclusiones:

a) El valor del “tiempo medio” radicará en la posibilidad de conservación que manifiesta. Así, lo “excesivo” del primer tiempo es rechazado pero a la vez “conservado en el olvido”, no sin dejar “formaciones cicatriciales, alteraciones permanentes”. Ahora bien, estas cicatrices surgen en la superficie del Yo, en tanto recibe los embates del trauma. Pero, si retomamos las concepciones puestas en juego por Freud en *“Pegan a un niño”*, habría que concluir que, más allá de lo que ocurre en el Yo, el trauma se fija en lo inconsciente bajo la forma de una representación - cosa, o dicho en los términos del *“Moisés...”*, como un quantum de energía imposible de distribuir, y que por tanto rompe las condiciones de funcionamiento del Principio del Placer.

b) No será ese “quantum” el que “retorne” en el tercer tiempo: será más bien una “transposición”, un traslado de la energía a otros modos de representación. No creo que fuera exacto decir que estos nuevos modos de representación “alteran” el contenido original del trauma, pues justamente el problema es que, en tanto trauma, no tiene contenido alguno. La huella original es la marca de un golpe (por ejemplo, el asesinato del primer Moisés, o el padre pegándole al niño). Luego de acaecida, el tiempo siguiente será un tiempo de acomodación: el Yo “olvida” ese golpe, con la condición de sufrir un desgarrón en su estructura, que Freud propone como “representacional”. Pasado ese segundo tiempo, lo olvidado retornará, no en “sí mismo”, sino transpuesto en representaciones que el Yo pueda volver a integrar en su organización.

c) Una última conclusión, de naturaleza especulativa, surge a partir del entrecruzamiento de razones que aparecen a lo largo de la obra freudiana. Ya habíamos mencionado anteriormente, en nota al pie, una primera elaboración del tema de la “transposición”, en la Carta No. 52 de Freud a Fliess. En ella Freud afirma: *“Estoy trabajando sobre la presunción de que nuestro aparato psíquico se ha originado por un proceso de estratificación: el material existente en la forma de rastros mnemónicos experimentaría de tanto en tanto un reordenamiento de acuerdo con nuevas relaciones, en cierto modo una transcripción”* (Freud 1896: 3551). Esto lo lleva a postular que la memoria no se

encuentra en una “versión única”, y que, a su vez, cada versión supondría una clase particular de “signo”. Las sucesivas transcripciones siguen una lógica temporal: en ciertas épocas de la vida se torna necesario proceder a una nueva transposición: pero habrá materiales que no logran traducirse, lo que nos habla de la permanencia, en el aparato psíquico, de contenidos diversos, pertenecientes a distintas épocas.

Unos meses más adelante, en mayo de 1897, Freud remite a Fliess el “*Manuscrito M*”, cuyo tema es “La arquitectura de la histeria”. Me interesa rescatar de este texto lo que Freud dice acerca de la “fantasía”: *“Las fantasías se originan por la combinación inconsciente de lo vivenciado con lo oído, siguiendo determinadas tendencias. Estas tendencias persiguen el propósito de tornar inaccesible el recuerdo del cual ha surgido o podrían surgir síntomas. La formación de fantasías tiene lugar por un proceso de fusión y distorsión, análogo a la descomposición de un cuerpo químico combinado con otro. El primer tipo de deformación consiste, efectivamente, en la falsificación de la memoria por un proceso de fragmentación, con total abandono de las relaciones cronológicas. (...) Uno de los fragmentos de una escena visual se une entonces con un fragmento de una escena auditiva para formar la fantasía, mientras que el fragmento sobrante entra en otra combinación. Con ello una conexión original ha quedado irremediablemente perdida”* (Freud 1897: 3571. El subrayado es nuestro).

Freud supone, en el quehacer de la fantasía, una intención amnésica: ella quiere borrar lo vivido y convertirlo en otra cosa. Pero esa borradura se realiza recombinaando los materiales que conforman la escritura original de la escena primitiva. Fragmentando los “signos perceptivos” en “partículas”, y procediendo a recombinar esas partículas, la escritura de la fantasía da una nueva versión. Mi pregunta es: ¿se trata realmente de un afán censor, o habría que entender que, tal como lo plantea Freud en la *Carta 52*, y luego en “*Pegan a un niño*”, los signos perceptivos deben sufrir, cada tanto tiempo, una transcripción, pudiendo entonces ser la fantasía una de esas transcripciones?

Si volvemos, por último, al “*Moisés...*”, es posible hallar una nueva elaboración de esta cuestión. Este texto tiene una arquitectura particular: Freud vuelve una y otra vez sobre los mismos temas, y si en un principio la recurrencia se limita al análisis pormenorizado de los hechos históricos, cada nuevo giro del texto incluye más y más tópicos de la teoría, que no sólo son utilizados para el análisis del material, sino que al revés, son puestos en cuestión y reformulados a partir de las dificultades que el material ofrece. Hacia

el final del Tercer Ensayo Freud reanaliza el tema del “retorno de lo reprimido” (es decir, lo propio del tercer tiempo). Para ello Freud vuelve a examinar la forma en que se inscriben las “vivencias primarias” (lo propio del primer tiempo, aquel que opera a la manera del trauma). Al respecto dirá: *“(…) la influencia más poderosa, de tipo compulsivo, procede de aquellas impresiones que afectan al niño en una época en que aún no podemos aceptar que su aparato psíquico tenga plena capacidad receptiva. (...) No es preciso, salvo en sueños, que los niños recuerden jamás cuanto vivenciaron, sin comprenderlo, a la edad de dos años. (...) Esos recuerdos invaden alguna vez su vida en una época posterior bajo la forma de impulsos obsesivos que dirigen sus actos, que les imponen simpatías y antipatías, que deciden muchas veces su elección amorosa (...)”* (Freud 1934/38: 3317).

Reencontramos aquí la preocupación acerca de las vivencias primarias, aquellas que ocurren *“en lo remoto del tiempo”*; justamente en un tiempo, dirá Freud, en donde el niño aún no ha accedido al lenguaje. Recuerdos inconscientes que nunca accedieron a la conciencia, signos primarios intraducidos, representaciones – cosa: su destino supondrá su pérdida y recuperación a partir de la descomposición y traducción que propone la fantasía, o bien su permanencia como signos incomprensibles, que invadirán la vida posterior, imponiendo compulsivamente elecciones irracionales.

Si nos permitimos una breve digresión, en la búsqueda de aplicar estas ideas a los “tiempos” del Movimiento Psicoanalítico, entiendo que el “primer tiempo”, el tiempo solitario del descubrimiento freudiano, el del *“encuentro con lo Real”* (López 1994a), supone también una primera escritura de carácter traumático. La obra de Freud, en tanto “instaurador de discursividad”, podría homologarse con un primer tipo de signo que funcionaría como una suerte de representación – cosa. Ese primer signo llama a otros: el paso del tiempo requiere de transcripciones. La lógica de esas transcripciones se repartiría en dos períodos: uno en el que predomina la represión, y sólo surgen los efectos de las inscripciones iniciales bajo la forma de “cicatrices yoicas”. Por último, un tercer período que, al menos en función de lo expuesto hasta aquí, podría adquirir dos formas: la de compulsiones irracionales (retorno del signo sin traducción), o la de transposiciones que “recuperan destruyendo”.

Respecto al “tiempo medio”, hemos visto que en diversos textos de Freud adquiere cualidades también diversas: en algunos lugares, como en *“Pegan a un niño”* o en el *“Moi-*

sés.. "se lo asimila al hecho traumático intraducible; en otros, se vincula con la labor de "latencia", otorgándosele una función de "conservación" de lo acontecido en el primer tiempo, bajo la forma del olvido. Éste es el carácter que suele atribuirse al "segundo tiempo" del movimiento psicoanalítico, ya sea en la conferencia de Foucault como en el texto de López, y aún en la *"Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico"* del propio Freud. Pero podría añadirse una función más: la de rearticular la "lógica" del movimiento, ya que este tiempo medio resulta "necesario": el movimiento no es sin él. Así está planteado por Foucault: toda instauración es seguida, necesariamente, por un olvido *"esencial y constitutivo"*. Para que pueda construirse una serie ($S_1 \dots S_2$) hará falta un elemento intermedio, heterogéneo a la serie, pero capaz de dotarla de su carácter de tal.

Para ahondar en la lógica de esta serie nos proponemos revisar algunas tesis de Lacan, siguiendo el mismo camino que tomara López en el texto que nos viene sirviendo de fuente básica.

Tomaremos, como una de las referencias en la obra de Lacan a esta "lógica de tres tiempos", su escrito *"El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada. Un nuevo sofisma"* (Lacan 1945). En él, y a partir de la resolución válida que encuentra un problema de lógica, Lacan propone la necesidad de incluir la "estructura temporal" como elemento constitutivo de esa resolución. Las formas de la lógica clásica, nos dirá, *"no aportan nunca nada que no pueda ya ser visto de un solo golpe"* (: 26). En cambio la resolución de este problema implica la inclusión de tiempos diversos, a partir de lo que es visto en el planteo del problema, e incluyendo aquellos elementos que no se ven pero forman parte del mismo. De allí que se proponga *"el examen de la calidad de sus tiempos"* (: 27).

El problema del que habla el texto es el siguiente: tres prisioneros deberán resolver, a través de juicios racionalmente válidos, el siguiente planteo, para poder obtener su libertad:

Planteo: existen cinco círculos, tres de color blanco, dos de color negro. A cada uno de los prisioneros se le colocará un círculo, que no podrá ver. Sólo les será permitido ver los círculos colocados a los otros dos prisioneros. Y a partir de ello, deberán concluir

cuál es el color del círculo propio. En el caso analizado, a cada uno se le coloca un círculo blanco.

Solución: la resolución del problema sigue los siguientes pasos (pensada desde la óptica de uno cualquiera de los tres prisioneros):

1. Veo dos círculos blancos. Me digo: si yo fuera negro, cualquiera de ellos no tardaría en hacer el siguiente razonamiento, *“si yo fuera negro, el otro, que es blanco, ante la presencia de dos negros, no debería dudar que es blanco, y por lo tanto debería salir sin demora para afirmarlo. Si no lo hace, es porque duda, y la única razón de esa duda es que yo soy blanco”*. Llegada a esa conclusión, cualquiera de ellos dos debería salir de inmediato. Si no lo hacen, es porque yo también soy blanco.

En ese momento, los tres al mismo tiempo se levantan para concluir, pero al ver el gesto de los otros dos, vuelven a sentarse en sus sitios. Cada uno piensa:

2. Tal vez me apresuré a concluir que soy blanco, cuando podría ser negro. Pero si yo hubiese sido negro, los otros dos no deberían haber dudado en absoluto. Puesto que dudan, esa misma duda me confirma que soy blanco.

Llegado a ese punto, los tres salen para emitir su conclusión.

El ejemplo le permite a Lacan distinguir tres modalidades del *tiempo*, presentes en la resolución del problema:

- El *instante de ver*; primer momento en que cada uno se enfrenta a la visión que ofrecen los otros dos.
- El *tiempo para comprender*; que incluye todos los razonamientos.
- Finalmente, el *momento de concluir*.

Respecto a éste último, Lacan rescata la peculiaridad de su *precipitación*. en verdad ninguno de los tres puede afirmar con total certeza ser un blanco, y por lo tanto se apresuran en concluir “junto con los demás”, pues un destiempo haría que ninguno de ellos pueda saber quién es. De esta forma, la *conclusión* no se desprende de manera armónica de la *comprensión*, implica, respecto de ella, una ruptura, un **salto**. Este salto enhebra los tres momentos, retroactuando sobre ellos y precipitando un sentido.

Lacan habrá de aislar tres momentos, pero aclara que su espacialización no supone una “alineación sucesiva”: *“Mostrar que la instancia del tiempo se presenta bajo un modo diferente en cada uno de estos momentos es preservar su jerarquía revelando en ellos*

una discontinuidad tonal, esencial para su valor” (: 28). Estos tres momentos serán: el *instante de la mirada*, el *tiempo para comprender* y el *momento de concluir*. Existe entre ellos una tensión que no ha de explicarse en función del “drama” en el que los sujetos están inmersos, sino en nombre de la organización temporal misma: *“es bajo la urgencia del movimiento lógico como el sujeto precipita a la vez su juicio y su partida”* (:30).

Diríamos nosotros: puesto que ninguno de los tres sujetos lo “sabe todo”, dependerán en sus juicios de las acciones de los otros, que los orientarán hacia la conclusión. Pero ésta, a su vez, no resultará el producto acabado del “tiempo para comprender”, pues como dijimos, los datos no alcanzan para acceder a una conclusión. Es necesario la precipitación: una prisa por concluir que supone un salto, que da por terminado el tiempo para comprender sin haberlo agotado en sus razones, sino tan sólo en su acontecer temporal.

“Finalmente, el juicio asertivo se manifiesta aquí como un acto. (...) Lo que hace la singularidad del acto de concluir en el aserto subjetivo demostrado por el sofisma, es que se adelanta a su certidumbre, debido a la tensión temporal de que está cargado subjetivamente, y que bajo la condición de esa anticipación misma, su certidumbre se verifica en una precipitación lógica determinada por la descarga de esa tensión, para que finalmente la conclusión no se funde ya sino en instancias temporales totalmente objetivadas, y que el aserto se desubjetivice hasta el grado más bajo” (: 32).

Dos movimientos, entonces, que se ponen en juego en el acto de concluir: uno, subjetivo, aquel que impone la *prisa por concluir*; pues de lo contrario *ya no sabré quién soy*, el segundo, objetivo, que impone la lógica temporal a cada uno de los sujetos, podríamos decirlo así, “por fuera de sí mismos”: *“Aquí el tiempo subjetivo del momento de concluir se objetiva finalmente. Como lo prueba el hecho de que, incluso si uno cualquiera de los sujetos no lo hubiese aprehendido todavía, ahora sin embargo se impone a él”* (: 33). En nombre de esta “duplicidad”, podríamos arribar a la siguiente idea: en el acto conclusivo, el sujeto no coincide consigo mismo. Idea valiosa que, en un texto que comenta este escrito de Lacan, Ritvo propone como uno de los argumentos más importantes que pueden extraerse de él (Ritvo 1983). Cito algunas de sus tesis para luego retomarlas: *“Hay dos presupuestos que es preciso atacar conjuntamente por su solidaridad recíproca: que todo intervalo es de duración y que los intervalos son encajables en un sistema único. Por el contrario, es preciso postular intervalos de desaparición y en*

sistemas discontinuos, despojados de encaje, de integración. (...) No hay universo del acontecimiento, así como no hay universo del discurso” (: 39). Y más adelante: “Los tres tiempos del sofisma (...) son modos distintos, heterogéneos, discontinuos, en el sentido matemático del vocablo. (...) Los tres momentos están articulados por una ruptura de la continuidad interválica y no por un eje cronológico común, que los espacializaría según un formalismo lineal, como lo destaca explícitamente Lacan” (: 40).

El sofisma lacaniano nos enfrenta con un conjunto lógico de tiempos discontinuos: heterogéneos entre sí, sin sucesión lineal, y que contienen sin embargo una “lógica de engendramiento”. A su vez, algunos de estos tiempos resultan ser “intervalos de desaparición”. Una suerte de obstáculo epistemológico, dirá Ritvo, nos lleva a suponer que toda cronología implica siempre intervalos sucesivos entendidos como una suerte de “presencia gradual del ser”, sea éste un acontecimiento histórico, o, tal como parece presentarlo el sofisma, la producción de una verdad. Ahora bien: en el ciclo de producción de la verdad del sofisma, hay tiempos que Ritvo caracteriza como “de desaparición”. En ellos, no hallamos una coincidencia entre lo que se produce y su tiempo de producción. De allí la idea de caracterizar al acto conclusivo como aquel en el cual el sujeto no coincide consigo mismo. *“En cualquier caso, un acto no es, sino que ha sido. (...) Ahora bien, si es cierto que toda síntesis no haría más que reunir a los momentos heterogéneos y ex - státicos en una totalidad consecutiva, el modo de enlace no puede ser otro que aquel del instante. Instante que no es puntual, ni marca de orden ni fracción alícuota, sino umbral diferencial. Lo que dice Bachelard a propósito del átomo le es enteramente aplicable: sólo existe en el momento del cambio. No puedo sumar los instantes como fracciones de una duración global, puesto que el cambio (siempre brusco) está, cronológicamente considerado, antes y después de sí mismo, persiste como no idéntico y esa persistencia formal (...) se modaliza como desaparición” (: 43 y ss.).*

Retomo, para concluir, lo expuesto al final del apartado anterior, así como las preguntas iniciales de este capítulo. La cronología de Foucault es *discontinua*. ello supone, como dice Ritvo en las citas anteriores, que *la suma de los momentos no dará por resultado un todo*. Pero también supone que su articulación devela una *lógica de engendramiento*. Los momentos no son iguales entre sí, sino heterogéneos; el resultado no es la suma de

todos los momentos, ni tampoco un develamiento escalonado de alguna razón o verdad. Pero cada momento adquiere su valor dentro del conjunto.

A la vez, la noción de *tiempo* utilizada en estos esquemas cronológicos exige la consideración de su heterogeneidad (los tiempos no son todos iguales), así como de un modo de engendramiento que llamaremos *a posteriori*, como una forma, no la mejor, de traducir la locución francesa *après - coup* (intento, a su vez, de traducir el *Nachträglichkeit* alemán). Esta última noción nos llevaría a plantear que el sujeto de cada uno de estos momentos no coincide necesariamente con el “tiempo” en que ejecuta su acto. Aplicado al *movimiento psicoanalítico*, esto supondría efectos tales como los siguientes: Freud no es contemporáneo de sus propias enunciaciones; éstas han de adquirir no sólo valor, sino existencia *después*, es decir, en un momento posterior, pero en tanto *enunciaciones de Freud*. A su vez, las razones por las que se reprime en el segundo tiempo no son coexistentes con estas mismas represiones, las que son engendradas por un “antes” que tampoco puede pensarse como tal en el tiempo presente del segundo momento.

Generalizando: si la lógica del Movimiento Psicoanalítico es una lógica discontinua como la que venimos exponiendo, los actores de ese movimiento han de resultar siempre no coexistentes de sus actos: la generación de un acto presupone, para esta lógica, la desaparición del sujeto “en el momento” del acto. Allí hay cambio, ruptura, y esto se traduce en “desaparición” al nivel del sujeto, considerado clásicamente como el que “antecede” al acto y promueve su ejecución. La cronología discontinua nos propone un nuevo sujeto: *acotencial*, no permanente; que emerge en las rupturas, en los saltos temporales, y que no es, por tanto, anterior; que a la vez no es el resultado de una “sumatoria”, y que sin embargo es *calculable* dentro de la lógica particular de engendramiento que la cronología propone. Un sujeto, diremos por último, que es reconstruido en un *a posteriori* que lo habrá de situar bajo un nombre: *Freud*, por ejemplo, que ya no será el nombre de un individuo que vivió en la Viena de finales del siglo XIX, sino el índice de un acto cuya lógica es construida en un tiempo segundo que, al *leer* aquel acto, se convierte en testigo de su pérdida, haciendo así, de él, un elemento instaurador.

(d) Freud y los fundamentos de lo institucional.

Para concluir esta primera parte retomo una de las indicaciones que rescataba en el texto de Vezzetti comentado en el primer apartado. Luego de cuestionar las “historias oficia-

les” a las que califica de *“verdaderas novelas familiares”*, concluye: *“No voy a insistir sobre el fondo imaginario, el pequeño mito familiar que alimenta esta representación del peso y de la herencia del pasado sostenida en la identificación a un nombre (o a una ‘causa’) y en el sostén de una relación de ‘filiación’ que siempre retorna a ese nacimiento originario situado en la figura de Freud”* (Vezzetti 1999: 65).

Si es posible afirmar que el relato de una “historia” (ya sea esta la del psicoanálisis en su conjunto, o bien la de un grupo de analistas, o aún las memorias de un único individuo) es capaz de variar los orígenes con tal de enunciar una versión que coloque al relator en el lugar del hijo amado por el padre, no dudaríamos en calificar ese relato como “neurótico” en tanto, justamente, busca escamotear el drama central que estalla en su seno: el deseo parricida.

Es el propio Freud el que autoriza esta manera de pensar, en la medida en que él mismo la aplicó para develar los deseos profundos en los que se sostiene toda colectividad humana, sea ésta una religión, una masa artificial o un dispositivo institucional.

Como nuestro trabajo se propone progresar a través del análisis de la institución psicoanalítica en su conjunto (el “movimiento”), y en particular analizando las características de la Sociedad Psicoanalítica Británica, me parece un punto imprescindible, para culminar esta primera parte dedicada a analizar la “lógica” de movimiento, sintetizar los aspectos centrales del pensamiento freudiano referidos a la institución. Utilizaré para ello, como texto – guía, el excelente resumen escrito por P. Guyomard y A. Vanier (1988).

Para Freud, dirán estos autores, toda institución es repetición de una institución originaria. Se deslindan así dos tiempos: el primero, de carácter mítico, es el acto de fundación. El segundo, de carácter ritual y repetitivo, es el tiempo “actual” de toda institución, en el que ejerce la función de “conservación”.

El tiempo fundacional es trabajado por Freud en tres versiones fundamentales: la horda primitiva, Edipo, Moisés. Las tres giran en torno a la figura del *Padre*. En “Tótem y tabú” asistimos a la versión de un mito originario que busca dar cuenta de la fundación del espacio social. Un acto, el asesinato, cobra retroactivamente valor fundante en tanto sus consecuencias (opuestas a los motivos que dieron origen al acto) determinan dos prohibiciones: la de poseer a las mujeres del muerto, y la de ocupar su lugar respecto al goce y al poder. Éste último es *cedido* a un significante, que de ahora en más señorea por sobre los individuos. Se trata, al decir de los autores, de *“un drama anhistórico ori-*

gen de toda historia” (: 166). El tiempo pre-histórico quedará como un enigma que contiene un saber imposible acerca del goce del padre y del goce de las mujeres.

Si este asesinato es el origen de *toda* historia, y si cada nueva institución es repetición de la institución originaria, toda institución ha de estar atravesada por sus rasgos: una violencia instituyente que recuerde el acto del asesinato, un lugar vacío ocupado por un muerto, un valor imposible (saber, goce) adjudicado a él, y el peligro constante de que ese lugar se deifique. Toda institución, por su génesis, corre el peligro de transformarse en “iglesia”.

Este peligro es tal en la medida en que toda institución se sostiene de un elemento simbólico, un Nombre – de – padre, y requiere de los miembros un acto de fe que aporte a ese elemento el valor de núcleo instituyente⁶. Pero si el símbolo mantiene su poder por la fe, es esta misma fe la que puede engendrar en torno al símbolo efectos mágico – religiosos, los que, entendemos, serían el resultado de posicionarse ante el “Padre” renegando del acto común que dio origen a la institución: su asesinato.

Dicho en otros términos: el proceso de génesis supone el siguiente recorrido: goce mítico/asesinato/culpa retrospectiva/pacto instituyente. El final del proceso supone la instalación del símbolo-dominante. Quien se coloca bajo la advocación del símbolo renegando del proceso de génesis, *rechaza* que el padre fue asesinado y *cree* en su poder como si se tratara de un poder propio (rechazando la idea de que el poder del símbolo está hecho de la suma de los poderes asesinos de cada uno de los miembros. Así al menos lo postulaba Hobbes en su “Leviathan”, una de las fuentes de inspiración freudiana).

Las otras dos versiones míticas del origen (Edipo, Moisés) son variaciones y aplicaciones de este proto-mito. En el caso de Moisés, el proceso parece respetarse de manera idéntica: asesinato/culpa/pacto. Las variantes sobrevienen al final, determinando dos destinos posibles: aquel que se inicia en Cristo, un “hijo” que ofrece su vida para pagar la culpa del asesinato del padre, fundando sobre ello una “nueva alianza” que contiene una “versión” del padre que ya no es vengativo sino amante; y aquel otro que habrá de sostener el pueblo judío, que en tanto “pueblo elegido” rechaza la religión del hijo, manteniendo lazos con un padre exigente y vengativo.

⁶ Confróntese, más arriba, los análisis de M. de Certeau.

Edipo pareciera presentar, frente al proto-mito, una serie de anomalías: si bien el asesinato del padre es uno de sus elementos centrales, este asesinato tiene un solo culpable, no es el resultado de un acto común, y por tanto no permite establecer sobre sí un pacto. En segundo lugar, Edipo incluye un segundo elemento (el incesto) que refuerza el sentido de “anómalo” de este personaje: si él mata solo al padre, para luego ocupar su lugar y adueñarse de su mujer, de su acto no se desprende nada que pueda servir a los fines de un “progreso cultural”. Sin embargo Freud (en “Tótem y tabú”) insiste en sostener la “analogía” entre el asesinato de la horda primitiva y los crímenes de Edipo. Siendo los crímenes idénticos, quedan dos alternativas: o bien la historia de Edipo es la “historia del proto-padre”, el último que asesinó al macho dominante para adueñarse de sus pertenencias, y cuya caída no fue por violencia, sino por medio de un “juicio” que lo declaró culpable y a partir del cual se decretó un pacto prohibiendo la repetición de sus crímenes⁷; o bien se trata de un sujeto post-pacto, que revelándose contra éste devela a su vez el elemento que el mito de la horda encubría: la persistencia del deseo incestuoso. Como sea, la “anomalía” de Edipo, que será retomada en el capítulo siguiente, le sirve a Freud para establecer la regla general de la cultura: **todos** albergamos los deseos de Edipo, y por tanto **toda** institución humana subsiste en tanto logra reprimir los dos deseos capitales de la humanidad: matar al padre y gozar de la madre. La institución cumpliría de esta forma una doble función: por una parte es “Ideal del Yo”, entendido como aquello que deriva los deseos insatisfechos de una generación a otra, creando tradición. Por otra parte es “Superyó”: prohibición que, en un mismo gesto, mantiene viva la vigencia del deseo.

Cuando funda la Asociación Psicoanalítica Internacional, Freud parece resistirse a ocupar en ella el lugar de padre – fundador. En su texto “Contribución a la historia del Movimiento Psicoanalítico” podemos entrever esa resistencia en una sucesión de párrafos en los que alternadamente se arroga y rechaza esa paternidad. Veamos:

“El psicoanálisis es una creación mía, yo fui durante diez años el único que se ocupó de él, y todo el disgusto que el nuevo fenómeno provocó en los contemporáneos se descargó sobre mi cabeza ”(: 7).

⁷ ¿Otra versión de la “salida” cristiana: Uno que se hace cargo de la culpa de Todos? Lacan parece coincidir con esta visión, cuando afirma, en la clase del 8/5/73 de su Seminario XX: *“Freud, afortunadamente, nos brindó una interpretación necesaria (...) del asesinato del hijo como base de la religión de la gracia. (...) Salva así, de nuevo, al padre. En lo cual, imita a Jesucristo ”*

Unos párrafos más adelante, sin embargo, sostiene: *“Cuando en 1909, en la cátedra de una universidad norteamericana, tuve por primera vez la oportunidad de dar una conferencia pública sobre el psicoanálisis, declaré (...) no haber sido yo quien trajo a la vida al psicoanálisis”*.

Y luego: *“Y como desde hace tiempo he reconocido que el inevitable destino del psicoanálisis es mover a contradicción a los hombres e irritarlos, he sacado en conclusión que yo debo ser el verdadero creador de todo lo que lo distingue”*.

Una suerte de resignación parece ganarlo. Resignación que vuelve a aparecer al hablar de la institución psicoanalítica: *“el nuevo movimiento (...) no se dejaba conducir por los caminos que yo pretendía marcarle”* (: 43).

En este contexto Freud sostiene: *“yo quería retirarme a un segundo plano, y que lo mismo hiciera la ciudad de donde el psicoanálisis es oriundo”*. Estas razones lo llevan a proponer, en marzo de 1910, a Jung como presidente de la I.P.A., y a Zurich como su sede. *“Yo ya no era joven, veía por delante un largo camino y sentía como algo abrumador que la obligación de ser jefe recayese sobre mí”*.

No es mi intención detener el curso de esta investigación para profundizar el análisis de este acto fundacional. Tan sólo lo menciono para subrayar, por una parte, la tensión que el hecho de erigirse como cabeza del Movimiento generó en Freud, y por otra lo inevitable de este hecho, *más allá de los deseos del “individuo” Freud*. Como lo hemos venido trabajando, el Freud cabeza del Movimiento Psicoanalítico no coincide ni es contemporáneo del Freud – persona. Pero, de allí en adelante, su nombre será el símbolo – dominante, la **causa** de un **campo**. Y ese **campo**, como toda institución, se medirá en torno a la ambivalencia que habrá de plasmarse en las luchas entre las ortodoxias y las heterodoxias.

(e) A modo de síntesis preliminar.

Con la intención de reunir lo esencial de los desarrollos que anteceden, me propongo realizar una síntesis.

1. En concordancia con uno de los iniciales descubrimientos de Freud, podemos sostener una correlación estructural entre la *Historia* y el *recuerdo encubridor*. Si Freud re-

chaza tempranamente en su obra la idea de que el valor de verdad se encuentra en los **hechos**, y desplaza su atención de los hechos mismos al **relato** que acerca de estos hechos se realiza, todo análisis que pretenda aplicar el método freudiano deberá confiarse al relato, sin que ello suponga una “renuncia a lo real”. Sólo en la materialidad del relato podrá cifrarse “algo” de lo real.

2. En el **tiempo, sujeto y acto** no coinciden. El acto analítico, por ejemplo, es sin sujeto: el analista interviene en él a título de objeto. El objeto parece ser lo que, de un acto, se *desprende*, mientras que el sujeto será aquello que, después, pueda reconstruirse. Esta partición entre sujeto y objeto modula el tiempo: la caída (el objeto) es contemporánea del acto, el sujeto es a posteriori. Y a la vez, la modulación del tiempo, y sobre todo el proceso de recuperación del sujeto a posteriori, se correlaciona con lo afirmado en el punto anterior de esta síntesis: no hay sujeto del hecho, sino del relato.

3. Para hacer *institución*, al igual que para hacer *historia*, es necesario escribir, en el lugar del acto, un sujeto. El psicoanálisis, como campo freudiano, es el terreno de la escritura de un sujeto particular, aquel que se le supone al inconsciente.

“Paradójicamente, la diferencia que asegura al campo de Freud su más segura subsistencia es la de ser un campo que por su propia índole, se pierde. En este punto la presencia del psicoanalista es irreductible, por ser testigo de esa pérdida” (Lacan 1964: 133). El psicoanalista hace, de esa pérdida, un sujeto, es decir, historia.

BIBLIOGRAFÍA DE LA PRIMERA PARTE

COMTE Auguste: (1844) *Discurso sobre el Espíritu Positivo* (Aguilar, Buenos Aires, 1965)

CONTI Norberto: (1999) *Una propuesta historiográfica para la historia de la psiquiatría en la Argentina*. (En A.A.V.V. “Historia y memoria”, Polemos, Buenos Aires, 2000).

DANTO Arthur: (1989) *Historia y narración. Ensayos de filosofía analítica de la historia*. (Paidós, Buenos Aires, 1989).

DE CERTEAU Michel: (1987) *Historia y Psicoanálisis*. (Universidad Iberoamericana, México, 1995).

- FOUCAULT Michel: (1964) *Historia de la locura en la época clásica*. (F.C.E., Madrid, 1991. Dos tomos)
- (1968a) *¿Qué es un autor?* (En: Revista Conjetural, No. 4, Sitio, Buenos Aires, 1984)
- (1968b) *Contestación al círculo de Epistemología*. (En: “El discurso del poder”. Folios, Buenos Aires, 1983)
- FREUD Sigmund: (1896) *Carta Nº 52*. (En: “Los orígenes del psicoanálisis”, correspondencia de Freud a Fliess). B.N.
- (1897) *Manuscrito M*. (En: “Los orígenes del psicoanálisis”, correspondencia de Freud a Fliess). B.N.
- (1905) *Tres ensayos para una teoría sexual*. B.N.
- (1914) *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico*. A.E., tomo XIV.
- (1915) *Lo inconsciente*. B.N.
- (1919) *Pegan a un niño*. B.N.
- (1937) *Construcciones en psicoanálisis*. B.N.
- (1934/38) *Moisés y la religión monoteísta*. B.N.
- (B.N.: Obras Completas, Biblioteca Nueva, Madrid, 1972 – A.E.: Obras Completas, Amorrortu Editores, Bs. As., 1978)
- GALENDE Emiliano: (1992) *Historia y Repetición*. (Paidós, Buenos Aires, 1992)
- GUYOMARD Patrick y VANIER Alain: (1988) *Las formaciones de la institución*. (En: Mannoni M., “De la pasión del ser a la ‘locura’ de saber”, Paidós, Buenos Aires, 1989).
- LACAN Jacques: (1945) *El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada. Un nuevo sofisma*. (En: “Escritos”. Siglo XXI, México, 1981. Dos tomos).
- (1953) *Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis*. (En: “Escritos”. Siglo XXI, Buenos Aires, 2002. Dos tomos).
- (1964) *El Seminario, libro XI, “Los cuatro conceptos fundamentales del Psicoanálisis”*. (Paidós, Buenos Aires, 1987)
- LÓPEZ Héctor: (1994a) *El movimiento en psicoanálisis*.
- (1994b) *De motu*.
- (1994c) *La obra freudiana estructurada como un lenguaje*.
- (Todos los textos en: “Psicoanálisis, un discurso en movimiento”. Biblos, Buenos Aires, 1994)
- RICOEUR Paul: (1992) *La función narrativa y el tiempo*. (Almagesto, Buenos Aires, 1992)

RITVO Juan B.: (1983) *Comentario a "El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada. Un nuevo sofisma"*. (Letra Viva, Buenos Aires, 1983)

VEZZETTI Hugo (1999) *Historia del psicoanálisis: complejidad y producción historiográfica* (En: A.A.V.V. "Historia y Memoria", Polemos, Buenos Aires, 2000).

SEGUNDA PARTE: El Movimiento Psicoanalítico en Inglaterra.

*Es la laguna. Es la pasividad. Una madre
como señuelo de madre. Un rostro de agua
en el cerebro muy pequeño con el vértigo
insospechado de la risa: ¿qué es eso?
Arturo Carrera – Children's corner*

(a) E. Jones y la fundación de la British Psychoanalytical Society.

“Desde mi punto de vista, el psicoanálisis en Inglaterra era un edificio cuyos cimientos se llamaban Ernest Jones” (Winnicott 1962: 208). Con este simple y a la vez preciso comentario, Winnicott sitúa el papel de Jones al interior del movimiento psicoanalítico en Inglaterra. Su valor como “cimiento”, sumado a su papel de “historiador” del Movimiento, hacen que la figura de Jones, es decir, el *sujeto* Jones que intentamos reconstruir, decante como resultado de una amalgama entre historia personal e historia institucional.

Nacido en 1879, se recibe de médico en el 1900. En 1903 tiene su primera aproximación a la obra de Freud. En 1906 ingresa como médico residente a la clínica Burghölzli de Zurich, en la época de los primeros contactos entre Freud y Jung. En 1908 asiste al Congreso Psicoanalítico de Salzburgo, en donde conoce a Freud personalmente. Incidentes en su práctica médica lo llevan a emigrar al Canadá, iniciando una correspondencia con Freud que suma 671 cartas. Vuelve a Londres en 1912, y en 1913, por recomendación de Freud, viaja por dos meses a Budapest para realizar un análisis didáctico con Ferenczi. Al mismo tiempo Freud analiza en Viena a la novia de Jones, la que en el interín decide abandonar a éste y casarse con Herbert Jones, a quien Freud humorísticamente llama “Jones II”.

Esta mujer se hace amiga de Anna Freud, y viaja con ella a Inglaterra en 1914. Jones corteja a Anna, y su padre, creyendo que esta actitud está motivada por un deseo de venganza, escribe a su hija: *“Sé de buena fuente que el Dr. Jones tiene la intención seria de hacerte la corte. Es la primera vez que esto sucede, y no tengo ninguna intención de acordarte la libertad de elección de la que han gozado tus hermanas”* (Roudinesco y Plon 1997: 573). Anna tenía en ese entonces 18 años; Jones, 35; Freud, 58. Aunque éste

parezca un incidente menor, e incluso una anécdota a la que podría calificarse de “ri-sueña” dentro de los anales del psicoanálisis, lo veremos reaparecer una y otra vez a la manera de un “leitmotiv” que cifra las relaciones entre los Freud y Jones.

En el interín Jones funda en 1913 la “Sociedad Psicoanalítica de Londres”, la que a partir de 1919 será reemplazada por la “Sociedad Británica de Psicoanálisis” (B.P.S.). En ese mismo año se casa con Katherine Jolk, luego de enviudar de su primera esposa. Tiene 4 hijos, dos de los cuales, al igual que su segunda esposa, se analizarán con Melanie Klein.

Es el mismo Jones quien incita a Klein a instalarse en Londres, y quien la presenta en su “Sociedad”. En los años finales de la década del '20 Klein polemizará con Anna Freud sobre las postulaciones de esta última referidas al psicoanálisis de niños, y este enfrentamiento se prolongará a lo largo de varias décadas, marcando uno de los rasgos más esenciales del psicoanálisis inglés.

Pero veamos como es relatado el arribo de Klein a Londres por uno de los protagonistas principales del suceso, E. Glover:

“La historia del psicoanálisis está marcada por repetidas disensiones y cismas. A partir del fin del liderazgo de Freud, éstas se han hecho suficientemente manifiestas como para acuñar el término “neofreudiano”, que sugiere que el psicoanálisis ha cambiado considerablemente desde la época de Freud. Los primeros grupos psicoanalíticos surgieron siguiendo lo que podría denominarse un “acto de participación”, una especie de “identificación primaria” con Freud por parte de sus adherentes primitivos y más cercanos.

(...) La situación en Londres no era idéntica a la de la Viena de Freud; en tanto que Freud había trabajado solo y sin apoyo durante casi diez años, durante algún tiempo antes de la formación de la London Society un pequeño grupo de psiquiatras y psicólogos ingleses había evidenciado un interés creciente en la “nueva psicología” (...).

En Inglaterra, la psiquiatría no tuvo nunca un papel activo en el desarrollo del psicoanálisis, como sucedió en los Estados Unidos. Por otra parte, la influencia de los grupos culturales ha sido mayor en Inglaterra; en los comienzos de la década del '20, pocos estudiantes de Cambridge que tenían alguna intención de progresar dejaban de profesar interés por la psicología freudiana. (...)

Los miembros y los asociados (de la Sociedad Británica de Psicoanálisis) alcanzaban su status mediante un sistema de aprendices; se los reconocía sobre la base de la reco-

mendación del analista didacta, quien normalmente se interesaba en la supervisión de sus lecturas y los apadrinaba en sus primeros casos. Tal vez, y en parte como resultado de los residuos transferenciales engendrados por este sistema, la sociedad estaba libre de disensiones, ya fueran científicas o personales, una unidad que era muy fomentada por la firme dirección ejercida por E. Jones. (...) Es innecesario agregar que Jones determinaba las reglas de la sociedad tanto en sus asuntos internos como externos, al comienzo en forma exclusiva y después en su mayor parte. (...)

Tiene algún interés histórico que los gérmenes de la disensión científica en el seno de la sociedad estuvieran en el campo del análisis de niños. (...) Las primeras formulaciones de M. Klein fueron bien acogidas por numerosos miembros de la British Society, por tres razones: primero, porque el grupo en su totalidad experimentaba un sentimiento de inferioridad con respecto a sus contribuciones estereotipadas al psicoanálisis; segundo, porque los puntos de vista de la señora Klein eran sustentados enérgicamente por Jones; y tercero, porque sus puntos de vista incluían cantidad de sugerencias originales que iluminaban ciertos problemas del desarrollo temprano. No obstante, la aceptación fue cautelosa; los partidarios más entusiastas de la señora Klein llegaron a constituir un subgrupo no oficial, cuyos miembros se inclinaban a mirar con desprecio a los terapeutas que persistían en las posiciones freudianas más clásicas con respecto al desarrollo mental. A poco, hubo dos subgrupos opuestos dentro de la sociedad, un subgrupo kleiniano y otro constituido por todos aquellos que se oponían activamente a sus últimas teorías". (Glover 1968: 72).

¿Por qué Jones le abre a Klein las puertas de la Sociedad Británica? Que algo de sus conflictos con Freud influyeran como causa en esa decisión no deja de ser probable, e intentaré despejarlo más adelante. Pero me interesa resaltar ahora algunas de las características del pensamiento de Jones reflejado en su obra teórica, con la intención de rastrear en él lo que podríamos calificar como “antecedentes kleinianos” de Jones, o dicho de otra forma, verificar que ciertas preocupaciones teóricas de Jones se reflejan en su obra “antes” de su encuentro con Klein, e incluso mucho antes de que Klein diera a esos mismos temas un desarrollo que los habría de convertir en uno de los pilares centrales de su teoría.

(b) “Matar a la bruja”.

Dentro de la colección de pequeñas biografías que la editorial Basic Books publicara en la década del '60 bajo el título de “Psychoanalytic Pionners” (publicada en castellano por Paidós en 1968 como “Historia del Psicoanálisis”), Lilla Veszy-Wagner es la encargada de escribir la de E. Jones. Ella colaboró como “ayudante de investigación”, integrando un equipo junto a la esposa de Jones y a la secretaria de éste, equipo que llevó a cabo la tarea de revisar y clasificar los documentos que sirvieron de base para la redacción de la biografía de Freud (“Vida y obra de S. Freud”, Nova, Buenos Aires, 1957, 3 volúmenes) y de una autobiografía de Jones publicada en forma póstuma y que llevó por título “Free associations: memoirs of a psycho-analyst” (1959).

¿Asociaciones libres, o libre asociación? En todo caso Veszy-Wagner se encarga de remarcar que *“en Jones bullía una rebelión casi prometeica contra las personas (...) que no pueden soportar la existencia de ningún otro Dios”* (1968: 57. La cita incluida corresponde a “The God Complex”, de Jones). En su autobiografía Jones quiere explicar su “ateísmo”, y para ello recurre a sus recuerdos infantiles, a los que compara con los de Freud, encontrando un origen similar respecto de un mismo problema. Veamos algunas citas de Veszy-Wagner:

“Jones parece haber superado exitosamente su conflicto edípico con el padre, pero su violento ateísmo puede haber sido, al menos en parte, un subproducto de dicho conflicto. Originalmente bautista, el padre de Jones se convirtió más tarde a la religión anglicana y por último se hizo ateo, actitud que su esposa lamentó profundamente. (...) Ernest sentía que la inclinación de su padre al anglicanismo significaba para él algo así como ‘profanar a la madre’” (: 26/7).

La “madre profanada” es la “tierra original”, Gales, a la que Jones dedica un ensayo en 1922 titulado “The Island of Ireland” y en el que la llama “tierra virginal”, describiéndola como una “isla mágica” que representa el vientre materno. Una “madre patria” sin marido, una verdadera “tierra virgen” (: 74).

Es llamativa la cantidad de ensayos que Jones dedica al tema de la religión, tanto que su biógrafa destaca que, de los analistas de las primeras generaciones, sólo Jones y Géza Róheim compartían con Freud el interés por los temas “antropológicos”. En uno de sus trabajos más importantes sobre el tema, “The Madonna’s Conception through the Ear”,

sostiene una conexión entre los significados simbólicos del viento y la actividad sexual, y en un trabajo posterior (“A Psycho-Analytical Study of the Holy Ghost Concept”) arriesga la siguiente hipótesis: el pecado imperdonable que da origen a las religiones “cristianas” es la profanación de la Madre. La solución protestante supone reemplazar a la Madre por la Mujer, mientras que la católica supone el reemplazo de la Madre por la misteriosa figura del Espíritu Santo, reemplazo que para Jones encubre el pasaje de una actitud masculina a una femenina: en el fondo, el cristianismo se sostiene libidinalmente por la sublimación de la homosexualidad, viendo en Cristo un “ideal hermafrodita”.

“Ambos ensayos reducen el concepto de Espíritu Santo a la imagen arcaica de un falo poderoso y concreto que expulsa gases, de lo cual Jones sacó la conclusión de que la creencia en la impregnación gaseosa representa una reacción frente a una fantasía de castración desusadamente intensa” (: 52).

Pareciera, entonces, que en el origen está la madre, tierra virginal profanada por el padre. Pero esta profanación, lejos de instaurar un “nuevo orden patriarcal”, no es más que sustitución de la posición femenina: una suerte de “metáfora fallida” que en lugar de promover un “sentido nuevo”, queda subsumida en el significado de la primera posición. Podemos concluir así que *quien venga a reemplazar a la madre sufrirá su feminización*.

Sin embargo Veszy-Wagner comenta el poco espacio que Jones dedica a su madre en la autobiografía: *“La influencia que mi madre ejerció sobre mí no se prolongó más allá de los ocho años, y no tuvo ningún efecto directo sobre mi desarrollo intelectual”* (: 57).

En lugar de la madre, ocupa un papel importante la figura de la *niñera*. Existen varios datos biográficos que permitirían arriesgar una analogía entre la infancia de Jones y la del “hombre de los lobos”: la coincidencia de su fecha de nacimiento con la de otro acontecimiento trascendente (el nacimiento de Cristo en el hombre de los lobos, la llegada del año nuevo en el caso de Jones); la emergencia de una fobia a los lobos en edad temprana. Con relación a esto último es que Jones propone a su niñera como causa eficiente de la fobia, pues ésta lo había atormentado con cuentos supersticiosos. Lo llamativo es que Jones no sólo ve en ella el origen de su fobia, sino que ubica también en la temprana desilusión que sufre respecto a este personaje la causa de su ateísmo, ligándolo con lo que supone una experiencia similar vivida por Freud con quien fuera su niñera, y otorgando por tanto la misma causa al ateísmo freudiano:

“Ello contribuyó en gran medida a que se convirtieran en ateos militantes que atacaban los credos religiosos como representantes inconscientes de una temprana figura materna cruel y perversa, la imagen de una bruja, y a que se volcaran a la cultura, la verdad y la ciencia como figuras paternas benévolas. La niñera inspiró en Jones un temor al ‘fuego ardiente’, y el ‘Pen-y-ceffil’ (una imagen galesa de pesadilla) lo llenó de escepticismo con respecto a su niñera ”(: 28).

Jones, que se sentía de esta forma hermanado con Freud en las experiencias que dieron lugar a su ateísmo, desconfiaba sin embargo de la franqueza de éste, pues su gusto por el ocultismo le resultaba a Jones “herético”.

Cuando se dispuso a revisar la copiosa correspondencia de Freud, para la redacción de su biografía, descubrió el recelo que su figura había inspirado tanto en Freud como en todos los analistas de la primera generación, por su situación de no judío. Tal vez, entonces, el recurso al ateísmo resultó una forma de hacer surgir una comunidad en el lugar mismo en el que podía brotar una diferencia irreductible.

Con todo, mi interés se centra en rescatar la peculiar visión de la religión que Jones construye a lo largo de su obra, visión que en muchos puntos es opuesta a la de Freud, para poder fundar sobre esta diferencia el carácter particular que adquiere la institución psicoanalítica en Gran Bretaña, carácter que finalmente posibilitará que en su interior se desarrolle el corpus teórico kleiniano.

Adelantando el curso de mis argumentaciones, me propongo demostrar que la concepción freudiana de la religión, solidaria de su concepción de lo social (y, dentro de este terreno, de lo institucional) contiene un **impensado** que será retomado por Klein en la medida en que las características institucionales de la B.P.S. se lo permiten (es decir: en la medida en que Jones, “antes” que Klein, ya había hecho lugar a este “impensado” en sus teorizaciones acerca de la religión).

(c) La concepción freudiana de la religión.

Tal como lo desarrollamos en la primera parte de esta tesis, todo el análisis freudiano de la religión y de la cultura se centra en la figura del padre. El “mito” de Tótem y Tabú se convierte así no sólo en el origen de toda religión (la que se constituiría, a partir de la

culpa retrospectiva, por añoranza del padre), sino también de todo lazo social (el que existiría regulado por el lugar vacío que ocupa el padre muerto como fundamento del pacto).

Al mismo tiempo, Freud equipara las dos prescripciones tabú del totemismo (no matar al tótem, y no mantener comercio carnal con una mujer perteneciente al tótem) con los dos crímenes de Edipo, concluyendo así que *“el sistema totémico constituye un resultado del complejo de Edipo”* (Freud 1912: 1832)

Como Edipo, la humanidad, en su origen, realizó estos crímenes, y su existencia actual depende del destino que la memoria colectiva dé a estos contenidos, del modo en que oponga defensas contra el resurgimiento de esos deseos criminales, y se realicen los rituales necesarios que permitan expiar la culpa. El hombre civilizado es, de esta forma, idéntico al neurótico: culpable de sus deseos, su existencia, plagada de inhibiciones, está regulada por rígidos mecanismos psíquicos que impiden el retorno de los deseos “anti-sociales”.

Recientemente el filósofo francés J. J. Goux propuso una lectura del Edipo que incluye una serie de variantes que me resultan indispensables comentar para la prosecución de mi exposición. En su libro “Edipo filósofo” (1998), Goux se asombra de la semejanza que presentan los mitos del héroe masculino. En una suerte de análisis estructural define una combinatoria, a la que llama *monomito*, organizada en la siguiente secuencia:

1. Un rey teme que un hombre más joven tome su lugar (revelación oracular). Busca matarlo.
2. El héroe escapa. Un segundo rey desea matarlo, pero en lugar de ello le propone una “difícil prueba”.
3. La prueba consiste en el combate contra un monstruo. El héroe vence con la ayuda de los dioses, de un sabio o de su futura esposa.
4. La victoria sobre el monstruo conduce al héroe al casamiento con la hija del rey.

Goux subraya dos detalles de la combinatoria descrita: por un lado, la existencia de *tres reyes* (el primero de carácter persecutorio, el segundo al que define como demandante, y el tercero que asume una posición de dador); por otro, la constante del *género femenino* del monstruo.

Pasando luego al análisis del mito de Edipo, Goux plantea que, en comparación con el “monomito”, manifiesta una *“deformidad estructural”* (: 21). La anomalía de Edipo radica en que éste se presenta como *autodidacta, ateo e intelectual*. no consulta a los dioses, no requiere de su ayuda ni la de ningún otro, no vence al monstruo por la violencia.

En vistas al destino final de Edipo, Goux extrae la siguiente conclusión: *“el que no mata al monstruo hembra en sangriento combate tiene por destino casarse con su propia madre”* (: 33).

A Goux le extraña que tanto Freud como Rank planteen que la Esfinge es un “sustituto del padre”. *“Abusan de nuestra paciencia ante la ostentación de sus propias obsesiones”*, comenta. Las lecturas psicoanalíticas de Edipo no logran destacar este dato, que para el análisis de nuestro autor es esencial, y que lo llevan entonces a proponer que la Esfinge es *“lo impensado dentro del psicoanálisis freudiano”* (: 33).

“Es el matricidio y no – como lo pensaba Freud – el parricidio, lo que se muestra universalmente como la tarea más difícil, la hazaña central realizada por el héroe (...). La gran prueba iniciática en la que el postulante arriesga su vida para salir de la infancia y convertirse en ‘un hombre’, tiene lugar en las profundidades oscuras y cavernosas y no es un ‘asesinato del padre’ a la luz del día en el entorno de la polémica tribal” (: 36).

Este nivel de “lo impensado”: ¿no es el mismo que, tercamente, Jones introduce en sus textos sobre religión? De hecho, vimos su insistencia en situar, más allá del padre, o mejor dicho, “antes” del padre, a la madre virginal y mágica, que sin embargo es también esa bruja cruel y perversa que *está en el origen de toda religión*. El padre viene a profanarla y a situar una ley más allá de ella, por la cual tiene el derecho de arrebatarse el hijo. La virgen María es madre de Jesús, pero Cristo es parte integrante de la Trinidad, que junto con el Padre y el Espíritu Santo fundan la nueva alianza.

Pero para Jones el Espíritu Santo sigue conservando a la madre original en su interior, y la potencia de ésta lo feminiza. Como diría Goux, es necesario “matar al monstruo hembra”, pues no alcanza con profanarlo y reemplazarlo.

Se abre así para el psicoanálisis la posibilidad de una nueva vía de investigación: la figura de la madre. El kleinismo tomará esa vía para explotarla en todas sus consecuencias.

(Una aclaración “entre paréntesis”: los desarrollos a través de los cuales Lacan abordar el tema del Complejo de Edipo en sus relaciones con el Complejo de Castración, en algunas clases de su Seminario V “Las formaciones del inconsciente” (1957/58), marcan diferencias con la versión freudiana del Edipo, y esas diferencias surgen justamente en torno al papel que la madre y su “deseo” juegan allí. Su propuesta se centra en varios postulados fundamentales:

- a. Todo niño ingresa al territorio de la sexualidad a través de un Otro que lo libidiniza (y no, como sostenía Freud, por sus “propias” pulsiones). El “niño” que piensa Lacan no ingresa al Edipo como “deseante”, sino, antes bien, como “objeto de deseo” de otro.
- b. El Edipo se remonta, en su primer tiempo, hasta el momento del nacimiento del niño, o aún antes, pues ese deseo que lo toma como objeto existe (o puede existir) aún mucho tiempo antes de su concepción.
- c. La Madre y el Padre no ingresan en el Edipo como personajes, sino como funciones simbólicas. Por lo tanto, pueden o no coincidir con las personas reales.
- d. La Castración no es una amenaza que recae sobre el niño buscando prohibir sus deseos incestuosos: por el contrario, debe ser entendida como una operación simbólica que permite desalojar al niño de su posición de objeto de deseo, produciendo sobre él la posibilidad de la emergencia del deseo.

Esta relectura del Edipo establece un nuevo antagonismo que no opondrá ya los deseos individuales del niño con las exigencias colectivas encarnadas en los padres, sino un tipo de deseo (al que llama “de la madre”), narcisista y endogámico, contra una “ley” (el “nombre del padre”) que buscará desalojar al niño de la “posición” de “completud fálica” en la que lo ubica el “deseo de la madre” (en tanto allí ES lo que a ella le FALTA), reenviándolo, en calidad de sujeto deseante (es decir, afectado él también por una falta) hacia la exogamia. Así, para Lacan el antagonismo se plasma en la oposición de dos deseos: un deseo narcisista, endogámico y antisocial, y un deseo que tiende hacia el otro, hacia la exogamia y el lazo social. La tensión es similar a la que propone Freud, pero el rol de la familia en ella es diferente y, podríamos decir, doble: por una parte la familia responde a uno de los costados del conflicto, a través del “deseo de la madre”, y por otro lado, a través del “nombre del padre”, alimenta la faz exogámica. Es decir que ella es causa y sede, a la vez, de dos deseos esenciales y antagónicos.

Esta propuesta de Lacan parece retomar algunas de las consideraciones de Klein al respecto: por una parte, la necesidad de incorporar, dentro del complejo de Edipo, las modalidades de “relación de objeto” previas a la instalación de la etapa fálica; por otra, pero en íntima relación con lo anterior, la necesidad de incluir el papel de la madre en el Complejo, no sólo en su carácter de “objeto de deseo” del niño.

Ahora bien: siendo el aporte de Klein esencial para dar del Edipo una visión de conjunto más amplia, su metodología de lectura, que quita como eje central la problemática fálica en tanto entiende que la primitiva relación con la madre gira en torno a otro tipo de objetos y de gratificaciones, parece desvirtuar la esencia del Edipo en sus relaciones con la castración, y derivar hacia la lógica de la frustración.

El trabajo de Lacan retoma el “impensado” freudiano incluyéndolo en la misma línea argumentativa con la que Freud se maneja. Pero esto no quita valor a la tentativa de la “escuela inglesa”: por el contrario, y dentro de la lógica del movimiento psicoanalítico en la cual intentamos mantener el horizonte de esta investigación, las lecturas de Jones primero y de Klein después abren una polémica que hallará en Lacan a un lector atento y nutrido de recursos simbólicos capaces de resolver el callejón sin salida al que habían llegado los autores ingleses. Ya veremos, más adelante, de qué modo Winnicott se incluye en esta problemática, aportando, acerca del tema de la “madre”, elementos que también resultan “impensados” de la teoría kleiniana).

En lo que sigue, y antes de introducirnos en el universo maternal kleiniano, recorreremos brevemente dos aristas colaterales de este asunto, que serán de ayuda para brindar una visión de conjunto: la primera será aquella que podríamos calificar como la “primera controversia” que se genera en el Movimiento Psicoanalítico en la década del '20, y que tiene en Jones a uno de sus partícipes fundamentales: el “problema” de la sexualidad femenina. La segunda, posterior en el tiempo, es la teoría elaborada, entre otros, por Elliott Jaques en torno a la institución y el papel que ésta juega como defensa contra las ansiedades psicóticas.

(d) Los debates sobre la sexualidad femenina.

Desde la primera publicación de los “Tres ensayos de teoría sexual” (1905), y en una serie que incluye, entre otros, a textos como el “Caso Dora” (1905), “Fantasías histéri-

cas y su relación con la bisexualidad” (1908), “Sobre la transmutación de los instintos y especialmente del erotismo anal” (1914), “Pegan a un niño” (1919), “Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina” (1920), “La organización genital infantil” (1923) y “La disolución del complejo de Edipo” (1924), Freud fue cimentando una teoría de la sexualidad humana ordenada en torno al complejo de Castración. Rechazando una determinación anatómica de los sexos, la masculinidad y la feminidad aparecen, en los planteos freudianos, como resultado de un proceso cuyo punto de origen es sin embargo idéntico para ambos sexos: la premisa universal del falo.

Hacia fines de la década del '20 se genera un debate en torno a estos postulados, sobre todo en lo que respecta a dos puntos: la fase masculina por la que atraviesa la niña en el estadio pre-edípico, y la “salida” del complejo de castración, que supone un cambio de objeto y de zona erógena y por tanto “inaugura” la sensibilidad vaginal. Jones critica este último aspecto en un texto de 1927 presentado en el Congreso Psicoanalítico de Innsbruck: “La fase precoz del desarrollo de la sexualidad femenina” (Roudinesco 1997: 992/4).

Pero las respuestas a los planteos freudianos que más animaron el debate provinieron de analistas mujeres, aquellas que, al decir de Robert Fliess *“adquirieron vida y le respondieron con algunos descubrimientos de su propia factura”* (Fliess 1948: 59). Este autor comenta que los artículos más importantes sobre el tema escritos en ese período en apoyo de las argumentaciones de Freud son “Manifestaciones del complejo de castración femenino” (1920) de K. Abraham, y algunos textos de Lampl de Groot y Ruth Mack Brunswick. Por otra parte, surgen otros textos que introducen algunos cuestionamientos, tales como “La psicología de la mujer y su relación con la función reproductora” (1925) de H. Deutsch, y “Sobre la génesis del complejo de castración femenino” (1924) de K. Horney, los que habrán de generar, como respuesta por parte de Freud, otros tres artículos: “Algunas consecuencias psíquicas de las diferencias sexuales anatómicas” (1925), “La sexualidad femenina” (1931) y “La feminidad” (1932).

Lacan, en los comentarios que dedica a este debate a lo largo de su seminario de los años 1957/58, analiza con detenimiento otro artículo de Jones del mismo período (“Sexualidad femenina temprana”, de 1935), así como el artículo de Horney y otro de H. Deutsch titulado “La importancia del masoquismo en la vida mental de la mujer” (1930).

¿Qué sostienen estas autoras? Las posiciones de Lampl de Groot y H. Deutsch resultan próximas a las de Freud, y no buscan contradecir lo esencial de sus afirmaciones sino, por el contrario, confirmarlas mediante experiencias extraídas de los análisis de pacientes mujeres. Y sin embargo los rodeos por los que se internan no dejan de evidenciar ciertos obstáculos. En el caso de la primera autora, su artículo de 1927 “La evolución del complejo de Edipo en la mujer” presenta un resumen que es a la vez una *lectura* de las tesis freudianas sobre el tema. En ella recorta dos períodos en la evolución de la sexualidad femenina: el primero, de naturaleza masculina, en el cual la elección de objeto recae en la madre y se manifiesta la masturbación clitoridiana (*“aunque no es imposible que pueda sentir también sensaciones físicas provenientes de la vagina”*: 81), y el segundo, femenino, caracterizado por la pasividad, la elección del padre como objeto y la aceptación de la castración, aceptación que supone la obtención de un *“placer masoquista”* (:85).

Por esta vía del masoquismo femenino se interna H. Deutsch en su texto “La importancia del masoquismo en la vida mental de la mujer” (1930). Su propósito principal es el de *“analizar la génesis de la feminidad”*, a la que define como una *“disposición (...) pasivo-masoquista”* (:91).

Deutsch rechaza la existencia de sensaciones placenteras en la vagina durante la primera infancia. Siguiendo los pasos de Freud, hace arrancar la sexualidad femenina de una etapa masculina dominada por el placer clitoridiano. Pero a partir de allí sus dudas se concentran en el *pasaje* de esta primera posición a una segunda, propiamente femenina, que supone el cambio de fin, de objeto y de zona erógena. *“¿Qué sucede?”*, se pregunta, *“con la energía dinámica de la libido que está dirigida al objeto y pugna por tener gratificación?”* (:93). La solución *“más frecuente”* que propone nuestra autora es una *regresión* al masoquismo:

“En lugar del impulso activo de las tendencias fálicas surge la fantasía masoquista: ‘Quiero ser castrada’, y esto forma la base erógena masoquista de la libido femenina. (...) La primera relación libidinal de la niña con el padre es masoquista, y el deseo masoquista en su fase temprana claramente masoquista es: ‘Deseo que me castre mi PADRE’” (:94).

Si bien estos planteos parecieran brindar una justificación teórica a la posición social de la mujer a principios del siglo XX, haciéndola aparecer como un ser que se somete al

dominio masculino como forma de hallar satisfacción a un deseo masoquista determinado por un “destino anatómico”, hacia el final del artículo la autora se permite realizar un análisis histórico – social del problema. H. Deutsch sostiene que el tipo de mujer que describe en su artículo está desapareciendo, y en su lugar aparece otro tipo femenino, al que califica de “neurótico”, y en el que resalta la tendencia a la masculinidad (es decir, a quedar fijada al primer estadio de su sexualidad, de naturaleza fálica). En este punto nuestra autora se pregunta por el destino del masoquismo femenino: *“en las generaciones posteriores quizá recurran a la infibulación y a otras formas refinadas de infligirse sufrimiento, como ser ritos asociados con el parto”* (.100).

En su comentario sobre este texto (Lacan 1957/58, clase del 19/3/58, págs. 306/8) Lacan resalta la interrogación de H. Deutsch acerca del goce femenino. Si bien no parece convencerle la identificación que la autora realiza entre goce femenino y goce masoquista, valora el hecho de que *“esto se haya podido plantear”* por parte de una analista con experiencia que se interroga por las consecuencias de sus actos.

Respecto a Karen Horney, en el análisis de su texto “Sobre la génesis del complejo de castración en la mujer” (1924), Lacan remarca como central la tenue frontera que parece separar a la homosexualidad femenina de una posición femenina que reivindica al falo como órgano faltante. Entre una y otra posición, la frontera se cruza por medio de una identificación. Concretamente: en la posición homosexual la mujer, que ha llegado hasta el fin de su complejo de Edipo y espera un hijo-falo del padre, al verse privada de él “regresa” a una identificación. Asume las “insignias” del padre, hecho que habrá de modificar su deseo y el objeto al cual se dirige.

En su obra posterior K. Horney, a diferencia de Lampl de Groot y H. Deutsch, amplió sus divergencias con Freud respecto al tema de la sexualidad femenina. Su biógrafo, Joseph Natterson (1968) destaca estas divergencias respecto a los siguientes puntos:

- a. Contradijo que la envidia del pene es de importancia básica en el desarrollo psicológico de la niña (:63).
- b. Postuló la existencia, en el seno del movimiento psicoanalítico, de un “prejuicio masculino” que impide reconocer la importancia de las tendencias vaginales básicas (:64).

Su “contrapropuesta” sostiene que *“existen sensaciones básicas y tendencias instintivas en la vagina de la mujer que proporcionan las fuerzas motivadoras básicas para los anhelos sexuales femeninos como el deseo de tener un hijo y el deseo del coito y del orgasmo”* (:64). En este sentido en complejo de Edipo vendría a “reprimir” estas tendencias básicas, implantando en su lugar el complejo de castración y la envidia del pene. Por esta vía llega a la conclusión, en su artículo “El problema del masoquismo femenino” (1935), de que *“los estudios etnológicos han demostrado que es probable que la configuración peculiar designada por el término Complejo de Edipo, no exista en condiciones culturales diversas”*.

Estas divergencias condujeron a su expulsión, en 1941, del New York Psychoanalytic Institute, al que había pertenecido desde 1934, luego de dos años de trabajo en el Chicago Institute for Psychoanalysis, y de catorce años en el Instituto Psicoanalítico de Berlín.

Veamos ahora qué sumó a este debate la “Escuela inglesa”.

La oposición de Jones a las tesis freudianas parece tener un origen concreto, y enlaza en un mismo movimiento el debate sobre la sexualidad femenina con otro acerca del psicoanálisis de niños. Ya habíamos comentado que, en 1914, Jones intentó cortejar a Anna Freud, intento que fue coartado por el padre de la joven. En 1927 Jones ya se encuentra casado y elige, como terapeuta de sus hijos y de su esposa a Melanie Klein, quien es reconocida el mismo año como miembro de la S.B.P. También en ese año se produce el primer “enfrentamiento” entre Klein y Anna, en torno al tema del psicoanálisis de niños. Este enfrentamiento se dio en dos tiempos: en el primero, Anna viaja a Berlín y dicta, ante la Sociedad Psicoanalítica de esa ciudad (de la que era integrante Klein), una serie de conferencias en las que critica las tesis de ésta. Al poco tiempo publica estas conferencias en un libro, “Psicoanálisis con niños”. Sobre ese libro Klein realizará una serie de críticas, que serán expuestas ante la Sociedad Psicoanalítica Británica en un Simposium organizado por Jones a tal efecto. En ambos debates (el primero en Berlín, el segundo en Londres) se trata de una conferenciante discutiendo los postulados teóricos acerca de los fundamentos del psicoanálisis de niños vertidos por su contrincante en un texto, y el resultado de esos debates dan lugar, a su vez, a la producción de otro texto.

El de Klein, titulado “Simposium sobre análisis infantil”, encontrará sin embargo dificultades para su publicación. Freud le escribirá a Jones y hablará de una “campana for-

mal” de Klein contra Anna. En la “Zeitschrift”, revista de la Sociedad de Berlín, Radó publica una crítica favorable al libro de Anna, por lo que Jones se siente con derecho a publicar “otro punto de vista” en el “Journal”, la revista de la Sociedad Británica. En uno de los números del año 1927 se publica por primera vez, en inglés, el texto del “Simposium...” de Klein, pero Jones no consigue que ninguna de las publicaciones psicoanalíticas de lengua alemana edite una traducción del texto.

Freud niega que exista una “campana” contra Klein en Berlín, pero le endilga a Jones *“dos cosas(que) siguen siendo imperdonables en el grupo inglés, a saber, la acusación (...), contraria a toda buena costumbre, de que (Anna) no se ha analizado suficientemente, y la observación hecha por Klein de que Anna elude sistemáticamente el análisis de complejo de castración”* (Grosskurth 1986: 197).

La primera de las críticas recaía directamente en Jones, quien en una carta anterior a Freud había intentado “justificar” las, para él, erróneas concepciones teóricas de Anna en función de “resistencias imperfectamente analizadas”. La segunda, dirigida a Klein, me resulta particularmente interesante pues denota que, al interior del debate sobre la “sexualidad femenina”, esta autora señala que es la propia Anna la que deja de lado el complejo de castración y sus consecuencias, como si fuera algo que no formara parte de la neurosis en la infancia. Klein no sigue el camino de Horney: lejos de cuestionar el papel del complejo de castración en la génesis de la sexualidad femenina, insiste en descubrir su papel central en el asunto. Por eso resulta llamativo que a Freud le disguste tal actitud.

Para la misma época se realiza el Congreso Psicoanalítico Internacional en Innsbruck, al que Freud no asiste por hallarse convaleciente de una de las operaciones de mandíbula a las que fuera sometido. En su lugar su hija leerá una conferencia escrita por él. Y habrá de ser en ese mismo Congreso donde Jones lea su trabajo cuestionando las tesis de Freud sobre la feminidad.

Pero volvamos a la primera de las críticas freudianas. ¿Cómo ha sido, en el interín, la trayectoria analítica de Anna Freud? Ya en 1920 la Sociedad Psicoanalítica de Berlín crea el primer Instituto encargado de formalizar la transmisión del psicoanálisis, y poco a poco irá instaurando una triple exigencia para todo “candidato”: el análisis personal con un analista reconocido por alguna Sociedad, la formación continua a través de seminarios dictados en los institutos, y la supervisión de casos clínicos. En el ya mencio-

nado congreso de Innsbruck esta *exigencia* se impondrá como norma para todas las Sociedades pertenecientes a la I.P.A.

El análisis de Anna, llevado a cabo por su padre, tuvo su inicio en octubre de 1918. Cuatro años más tarde Anna le escribe a Max Eitingon, presidente de la Sociedad Psicoanalítica de Berlín, para solicitarle ser reconocida como psicoanalista en dicha Sociedad, pues creía que esto le *“costaría mucho en Viena, y de todos modos fracasaría porque no tengo suficientes antecedentes como para dar una conferencia”* (Young-Bruehl 1988: 94).

El dictado de una conferencia ante los miembros de una Sociedad Psicoanalítica era el paso previo al reconocimiento como analista. En ella el candidato debía dar cuenta de su técnica a través del comentario de un caso clínico.

Eitingon rechaza la solicitud de Anna y la alienta a presentarse ante la Sociedad vienesa. El 31 de mayo de 1922 Anna presenta una conferencia titulada “Las fantasías de flagelación y las ensoñaciones”. A su modo, fue también una contribución al debate sobre la sexualidad femenina. Su texto parte del artículo de Freud “Pegan a un niño”, de 1919. La biógrafa de Anna sostiene la sospecha de que una de las seis pacientes en las que Freud se basa para elaborar su trabajo, justamente aquella de la que da muy pocos datos, era su hija Anna. Esto la lleva a sostener que el “caso clínico” sobre el que se basa la conferencia de Anna es también su propio caso, dado que ella no atenderá a su primer paciente sino en noviembre de ese mismo año.

En su conferencia Anna presenta la evolución, en tres etapas, de la fantasía de flagelación. La primera etapa supone la construcción de la fantasía, como reemplazo de una escena de amor incestuosa entre padre e hija *“distorsionada por la represión y la regresión a la fase sádico-anal”* (:95). Esta etapa se extiende entre los cinco y los diez años, y es sustituida por una segunda etapa de “bellas historias”. El terapeuta de la joven (a quien Anna no menciona con nombre y apellido) le señala una similitud de estructura entre las fantasías iniciales y las bellas historias: tanto en una como en otras surge un conflicto entre un joven y un hombre mayor, que deriva en amenazas de castigo. *“La diferencia”*, escribe Anna en su trabajo, *“radica en su solución, que en la fantasía se produce por medio de la flagelación, y en el ensueño por perdón y reconciliación”* (:96).

Sin embargo, de una a otras Anna cree encontrar un “progreso” dado en términos de “sublimación”, lo que se acentúa en la tercera etapa, en donde la paciente comienza a

escribir cuentos cortos. A través de ellos logra hacer con sus fantasías una *“comunicación dirigida a los otros”*, reemplazando la preocupación por su propia persona por la preocupación por el lector, *“transformando una actitud autista en social”*.

El movimiento realizado parece doble: en su análisis, Anna pasa de su encierro neurótico hacia la búsqueda de una satisfacción que toma en cuenta al otro y lo tiene como destinatario, y a través del relato de su cura logra hacer de su neurosis un testimonio público que le abre las puertas a la Sociedad Psicoanalítica de Viena.

Su postulación es aceptada, pero tanto el padre como la hija ven en la trayectoria del análisis un paso hacia la “masculinidad”: *“En su vida personal, Anna se hallaba en el mismo punto en donde tanto ella como su padre habían dejado a sus pacientes mujeres al final de sus respectivos ensayos, es decir, a punto de escapar del lado erótico de la vida, de la feminidad”*(:99).

Quizá por todo esto es que Freud resulta tan susceptible al comentario de Jones acerca de que su hija se hallaba analizada incompletamente. En todo caso, Jones parece sugerir que un análisis “completo” supone ir más allá de las consecuencias del complejo de castración, lo que equivaldría a decir, en el caso de una mujer, ir más allá de la “envidia del pene” y el “complejo de masculinidad”, elementos que Freud postulará como infranqueables en todo proceso de análisis⁸.

Que fuera, de todos modos, el análisis de su hija el motor que impulsaba a Freud a escribir sobre la sexualidad femenina parece confirmarlo el siguiente hecho: en 1924 re-toma dicho análisis, y en las vacaciones de 1925 escribe “Algunas consecuencias psíquicas de las diferencias sexuales anatómicas”. Aunque es cierto también que entre 1922 y 1925 llevó a cabo otros análisis “didácticos” con mujeres que luego participarán de este debate: Ruth Mack Brunswick, Jeanne de Groot (quien se casaría en el interín con un antiguo pretendiente de Anna, Hans Lampl) y Joan Riviere.

En el período posterior a este segundo análisis, cuando el tema de la sexualidad femenina sea puesto en debate, *“Anna (será) la única de las psicoanalistas mujeres que no escriba sobre la sexualidad femenina”*(:115).

Por el contrario, Anna “abandona” su tratamiento con Freud a partir de ocuparse de Bob, el hijo de Dorothy Tiffany Burlingham. Una “dificultad transferencial” la lleva a

⁸ Cf. “Análisis terminable e interminable”.

comentar este caso, por carta, con Max Eitingon. *“Había”*, le dice Anna en una de sus cartas, *“pensamientos que acompañan mi trabajo pero no tienen un lugar adecuado en él”*(:120). Ella confiesa que no sólo quiere curarlos, sino también “tenerlos”, y que éste sentimiento se extiende también hacia la madre de los niños. Tal sentimiento la avergüenza, *“especialmente delante de papá”*.

Un punto de detención en su análisis, que es al mismo tiempo un punto de detención en el desarrollo de su vida sexual, la lleva a “cambiar de terapeuta”. Por primera vez en su vida, ante Eitingon se permite hablar (aunque sea en forma epistolar) de sus deseos homosexuales.

Anna terminará “adoptando” a los Burlingham, consiguiéndoles un departamento en su mismo edificio, Berggasse 19.

Sigmund Freud terminará aceptando la situación, y comentará en una carta de 1929: *“Nuestra simbiosis con una familia norteamericana (sin marido), cuyos niños mi hija está psicoanalizando con mano firme, se vuelve cada vez más fuerte, de modo que compartimos con ellos planes de verano”*(:123).

Por su parte, Klein participará del debate sobre la sexualidad femenina leyendo, en el ya mencionado Congreso de Innsbruck, su trabajo “Estadios tempranos del conflicto edípico”. En este texto aclarará por primera vez su apartamiento radical de Freud con relación a algunos puntos:

- § El momento de aparición del complejo de Edipo.
- § Lo que constituye la esencia de este complejo.
- § Las diferencias psíquicas entre niños y niñas.

Postulará que existe, tanto para el niño como para la niña, una fase precoz de identificación con la madre (a la que llega por la conexión entre los impulsos sádico-anales y los epistemofílicos). La niña evoluciona desde esta “fase femenina precoz” hacia la feminidad por un desplazamiento de la libido a la zona genital, considerando por ello la existencia de un “reconocimiento inconsciente de la vagina” en estas tempranas fases del desarrollo (Klein 1928: 199). Para el varón, en cambio, el abandono de este “complejo femenino” resulta más problemático. Como una de las consecuencias de este período inicial de la sexualidad para ambos sexos quedará la figura de una madre castradora,

que pasará a integrar el núcleo del superyó y habrá de convertirse en fuente de futuras dificultades neuróticas.

Klein no recibirá nunca de manera directa las críticas de Freud a sus contribuciones, pero luego del Congreso, cuando Anna le relate a su padre las ponencias de Klein y de Jones, le enviará a Jones una “furiosa carta” (Grosskurth 1986: 195).

Finalmente, Freud escribirá en “Sobre la sexualidad femenina” (1931):

“Fenichel (...) también rechaza la ‘anticipación’ del complejo de Edipo preconizada por Melanie Klein (1928), quien lo hace remontar al comienzo del segundo año de vida. Esta determinación cronológica, que también modifica necesariamente nuestra concepción de todas las demás condiciones evolutivas, no concuerda, en efecto, con cuanto nos enseñan los análisis de los adultos, y es particularmente incompatible con mis comprobaciones acerca de la larga duración de la vinculación pre-edípica de la niña con la madre” (Freud 1931: 3088).

(e). La institución desde la óptica kleiniana.

Fue esencialmente Elliot Jaques quien desarrolló, durante la década del '50, una concepción teórica de la institución que aplicaba el marco conceptual kleiniano. En su famoso artículo “Los sistemas sociales como defensa contra las ansiedades persecutoria y depresiva” (1955) sostiene como hipótesis central que *“uno de los elementos cohesivos primarios que reúnen individuos en asociaciones humanas institucionalizadas es el de la defensa contra la ansiedad psicótica. En este sentido puede considerarse que los individuos externalizan aquellos impulsos y objetos internos que de otra manera darían lugar a la ansiedad psicótica, y los mancomunan en la vida de las instituciones sociales en las que asocian”* (:16).

En consonancia con las tesis kleinianas, y con lo que parece ser el espíritu general que hizo que la Sociedad Británica de Psicoanálisis deviniera en “escuela inglesa”, esta tesis de Jaques pone el acento en ese aspecto del quehacer humano que desde entonces se liga con lo “psicótico”: un tipo de ansiedad que no se explica desde la noción de castración, que por tanto no supone una pérdida parcial, sino completa, la destrucción del yo, y que a su vez se vincula con lo más arcaico, con lo que antecede al lenguaje, con la

madre, en suma. Los seres humanos no harán lazos institucionales, como lo pensaba Freud, a partir de la muerte del padre, y sobre todo gracias a ella: al contrario, la institución habrá de ser ese continente maternal que permita albergar un tipo de ansiedad mortífera, cuyo origen es la misma madre.

Las instituciones pensadas por Jaques, sin embargo, no sucumben a la psicosis. Sí es posible hallar en ellas fenómenos psicóticos tales como la “irrealidad”, la “disociación”, la “suspiciosa”. A la inversa, el individuo psicótico es definido como aquel que *“no ha desarrollado la capacidad de usar los mecanismos de asociación en grupos sociales para evitar la ansiedad psicótica”*.

Habría, tras estos primeros postulados, algo que se perfila como una tesis más general, y a la que podríamos formular bajo estos términos: lo que tiene apariencia de *irrational* encuentra su explicación por medio de lo inconsciente. Así, lo inconsciente se abre como una *dimensión de sentido* que aporta a lo manifiesto, carente de razón, el elemento latente que lo torna comprensible, lo cual no deja de ser una “lectura” de Freud.

Entonces, el nivel “inconsciente” de toda institución es al mismo tiempo:

- § El que permite dar razones de lo incomprensible.
- § El que expresa las ansiedades más arcaicas, que son a su vez propias de la psicosis, “proyectadas” sobre ciertos objetos privilegiados que cohesionan⁹.
- § Aquel que se constituye a través de la gramática de la fantasía: *“Hablaré de ‘forma y contenido sociales fantaseados de una institución’ para referirme a la forma y contenido de las relaciones sociales en el nivel de las fantasías individuales comunes que los miembros de una institución comparten por identificación proyectiva o introyectiva”* (:22).

Más allá de las particularidades del esquema propuesto por Jaques, y aún de los ejemplos de aplicación que su texto comenta, me interesa resaltar, en la línea que veníamos desarrollando en este capítulo, las siguientes ideas:

⁹ Jaques propone ampliar el modelo identificatorio constitutivo de la masa, que, tal como Freud lo postula en “Psicología de las Masas...”, es leído por Jaques como una “identificación por introyección” (cuyo modelo sería la melancolía), al que propone sumarle un tipo de identificación por “proyección”, tal como es formulado por Klein en sus “Notas sobre algunos mecanismos esquizoides”. Los soldados que toman a su líder como ideal ponen partes de sí en él, proyectan. Luego, pasan a depender del líder.

- (a) La tesis, constantemente formulada por los autores kleinianos, del “límite” de las investigaciones freudianas, límite dado por el carácter inaugural de las mismas, y por tanto la autorización a avanzar más allá, siguiendo las vías trazadas por Freud.
- (b) Una línea de avance, claramente delimitada por Klein, que supone investigar las *etapas tempranas del desarrollo*, que incluyen: ansiedades y mecanismos psicóticos, sobre un terreno en el cual lo fundamental es la primitiva relación con la madre.

De esta forma, si la investigación freudiana coloca, como límite y fundamento de toda institución, a la relación de los individuos con el padre, las investigaciones de la corriente kleiniana avanzarán más allá del padre, rastreando y situando el lugar que ocupa, en la institución, el vínculo más primitivo con la madre. Si el vínculo con el padre promueve en toda institución efectos que podríamos calificar de “neuróticos” (culpa, obediencia, ambivalencia), el vínculo con la madre abre el juego a los efectos “psicóticos”.

Este enfoque podría arrojar una nueva luz sobre el conflicto que ocupó el centro de la vida institucional de la Sociedad Británica de Psicoanálisis durante medio siglo, establecido entre Anna Freud, que ocuparía el lugar de la hija del padre fundador, y Melanie Klein, quien solicitará para sí el derecho de ir más allá del padre, en todos los sentidos de esta alocución.

Otros desarrollos de la corriente kleiniana relativos a las instituciones son los que propone Wilfred Bion en varias de sus obras. E. Roudinesco, tanto en su “Diccionario de Psicoanálisis” como en su biografía de Lacan, rescata los estudios que Bion realizara junto con Rickman durante la Segunda Guerra Mundial, con soldados afectados de “neurosis de guerra”, con quienes *“experimentaron el principio de los ‘grupos sin líder’, que consistía en organizar(los) en pequeñas células (...). Cada grupo definía el objeto de su trabajo bajo el patrocinio de un terapeuta, el cual apoyaba a todos los hombres del grupo sin ocupar el lugar de jefe ni el de un padre autoritario”* (Roudinesco y Plon, 1997: 112).

Esta modalidad fue elogiada por Lacan en 1946, a su regreso de un viaje de cinco semanas a Inglaterra en el cual realiza una visita a la “Residencia Hartfield”, en una conferencia dictada ante los miembros de “Evolución Psiquiátrica” y titulada “La psiquiatría

inglesa y la guerra”¹⁰. A su vez se entronca con una serie de prácticas institucionales para el tratamiento de las psicosis, como la Comunidad Terapéutica de Maxwell Jones, y las propuestas de Ronald Laing.

Una masa sin líder: ¿un intento de pensar un kleinismo sin Klein? En todo caso Roudinesco (1997) también resalta la “turbulenta” relación entre discípulo y maestra, subrayando que el primero “siempre rechazó” el dogmatismo de la segunda.

BIBLIOGRAFÍA DE LA SEGUNDA PARTE

DEUTSCH Helen: (1930) *La importancia del masoquismo en la vida mental de la mujer* (En: “Escritos psicoanalíticos fundamentales”, Paidós, Buenos Aires, 1981)

FREUD Sigmund: (1912) *Tótem y Tabú*. (B.N.)

(1931) *Sobre la sexualidad femenina*. (B.N.)

(B.N.: Obras Completas, Biblioteca Nueva, Madrid, 1972 – A.E.: Obras Completas, Amorrortu Editores, Bs. As., 1978)

FLIESS Robert: (1948) *Escritos psicoanalíticos fundamentales*. (Paidós, Buenos Aires, 1981)

GLOVER Eduard: (1968) *El psicoanálisis en Inglaterra*. (En: “Historia del Psicoanálisis”, Tomo 7, capítulo 5. Paidós, Buenos Aires, 1968)

GOUX Jean Joseph: (1998) *Edipo filósofo*. (Biblos, Buenos Aires, 1998)

GROSSKURTH Phyllis. (1986) *Melanie Klein*. (Paidós, Bs. As., 1990)

JAQUES Elliot: (1955) *Los sistemas sociales como defensa contra las ansiedades persecutoria y depresiva*. (En: “Defensa contra la ansiedad”, Lúmen-Hormé, Bs. As., 1994)

KLEIN Melanie: (1928) *Estadios tempranos del conflicto edípico*. (En: “Obras Completas”, Paidós, Bs. As., 1990, tomo I).

LACAN Jacques: (1957/8) *El seminario, libro V: Los escritos técnicos de Freud*. (Paidós, Buenos Aires, 2003).

LAMPL DE GROOT Jeanne: (1927) *La evolución del complejo de Edipo en la mujer*. (En: “Escritos psicoanalíticos fundamentales”, Paidós, Buenos Aires, 1981)

NATTERSON Joseph: (1968) *Karen Horney*. (En: “Historia del Psicoanálisis”, Tomo 6. Paidós, Buenos Aires, 1968)

¹⁰ Cfr. E. Roudinesco: “Lacan” (F.C.E., México, 1994), y H. Martínez: “Concepciones psicoanalíticas de las psicosis en el período 1936/46” (En revista “Psicoanálisis y el Hospital”, N° 11, Ediciones del Seminario, Bs. As., 1997)

ROUDINESCO Elizabeth y PLON M.: (1997) *Diccionario de Psicoanálisis*. (Paidós, Buenos Aires, 1998)

VESZY-WAGNER Lilla: (1968) *Ernest Jones. La biografía de Freud*. (En: “Historia del Psicoanálisis”, Tomo 2. Paidós, Buenos Aires, 1968)

WINNICOTT Donald: (1962) *Mi punto de vista personal sobre la aportación kleiniana*. (En: “El proceso de maduración en el niño”, Laia, Barcelona, 1979)

YOUNG-BRUEHL Elizabeth: (1988) *Anna Freud*. (Emecé, Bs. As., 1991)

TERCERA PARTE: Donald Winnicott en la Sociedad Psicoanalítica **Británica.**

*... y a cada figura una deidad impacientada
le pertenecía como resplandor, como
exceso de economías y memoria.
Ninguna teoría,
¿cuántos gestos tenía yo?
Arturo Carrera – Children's corner*

(a) Winnicott y el “humor” inglés.

Algunos autores han intentado distinguir, dentro de la categoría general de lo “cómico”, las diferencias entre el chiste y la ironía. Freud dirá, a propósito de esta última, que ella *“se aproxima mucho al chiste y ha sido incluida entre los subgrupos de la comicidad. Su esencia consiste en expresar lo contrario de lo que deseamos comunicar a nuestro interlocutor; pero ahorra a éste al mismo tiempo toda réplica (...)”* (Freud 1905: 1128). La ironía pertenece a la categoría de las “representaciones antinómicas”, las que *“no consiguen sustraerse a la atención consciente”*. No participa, por tanto, de la dimensión inconsciente como lo hace el chiste, y por tanto no es un medio *“encaminado a la consecución de placer”*.

Por su parte Bergson (1939) sostiene que la ironía es una forma de lo cómico creada por el lenguaje, la que, partiendo de la distinción entre lo que es y lo que debiera ser, enuncia lo segundo como si se tratara de lo primero. Tanto en este como en el anterior sentido, despejado por Freud, la ironía participa del “humor”:

“La esencia del humor consiste en que uno se ahorra los efectos que la respectiva situación hubiese provocado normalmente, eludiendo mediante un chiste la posibilidad de semejante despliegue emocional” (Freud 1927: 2997).

Hay en ello, dirá Freud, un triunfo narcisista: *“el yo rehusa dejarse ofender (...); se empeña en que no pueden afectarlo los traumas del mundo exterior”*.

En un comentario acerca de este texto de Freud, Gerez Ambertín (1999) sostiene:

“El humor presenta una insólita versión del superyó: la amorosa; faz negociadora que abre alternativas múltiples a la clínica (...) Presenta un matiz inesperado donde el superyó sale de parranda con el yo y se permiten una jarana que recrea la festividad del ‘banquete totémico’” (:129).

Héctor López (2000), reflexionando sobre el mismo asunto, nos dice:

“El humor no depende por tanto de una apreciación correcta de una realidad ominosa a la que el yo logra defensivamente adaptarse, sino de encontrar en ella, paradójicamente, elementos humorísticos que permitan el triunfo del principio del placer sobre el sometimiento masoquista al goce del Otro.

Está en juego la afirmación de una rebeldía del sujeto contra la imposición del sufrimiento en el límite de una evitación imposible. En estos casos, dice Freud, el superyó parece mostrar una cara más benigna y permisiva que aquella obscena y feroz que lo caracteriza desde siempre.

El humor es pues, antes que renegación, una solución exitosa de la antinomia goce-placer; donde el sadismo del superyó levanta su mandato de goce, para convertirse en una inusitada instancia protectora del placer del yo” (:6).

La singularidad del “humor anglosajón” ha merecido también comentarios diversos. En la clase del 5 de febrero de 1958 de su seminario sobre “Las formaciones del inconsciente”, Lacan caracteriza el modo en que el kleinismo concibe el aprendizaje de la realidad por parte del sujeto: *“el mundo del sujeto está hecho de su relación fundamentalmente irreal con objetos que no son sino el reflejo de sus pulsiones fundamentales”* (:223). Avanzando desde ese punto de partida, el aprendizaje de la realidad es concebido como un “progreso” desde la irrealidad que las pulsiones imprimen sobre los objetos, hacia una “objetividad”, obtenida como resultado de las experiencias con dichos objetos. En este contexto Lacan incluye una afirmación de Winnicott tomada de su artículo “Primitive Emotional Development”¹¹, a la que califica como paradójica: si la madre se ajusta perfectamente a las necesidades del bebé, para éste resulta imposible distinguir al objeto real del objeto alucinado. O dicho de otra forma: *“cuanto más satisfactoria es la realidad menos constituye una prueba de realidad”* (Lacan 1958: 225). La consecuencia que resulta de sostener la lógica de este planteo lleva a Winnicott a postular la existencia de un campo de fenómenos de naturaleza fantasmática en el que encuentra cabida

¹¹ 1945, International Journal of Psycho-Analysis, 26:137.

la especulación libre, *“por muy extraordinariamente elaborada que esté”*. Germen del que habrá de surgir el espacio transicional, que a su vez habrá de marcar una de las peculiaridades de la posición de Winnicott en el movimiento psicoanalítico.

Pero antes de sumergirnos en esa dirección, deseo detenerme en esa otra peculiaridad que parece resaltar como un rasgo singular de Winnicott dentro del movimiento: el humor. En este contexto, pretendo calificar como una “humorada” el modo en que sitúa el psicoanálisis en Gran Bretaña, a través de esa frase que ya citáramos en el capítulo anterior: *“Desde mi punto de vista, el psicoanálisis en Inglaterra era un edificio cuyos cimientos se llamaban Ernest Jones”* (Winnicott 1962: 208). El texto que incluye esta cita se titula *“Mi punto de vista personal sobre la aportación kleiniana”*. La particularidad del “punto de vista” parece ser algo que Winnicott desea resaltar, y la frase que citamos arranca de igual modo: “desde mi punto de vista”.

Beatriz Grego, comentando este mismo texto (Grego 1996) también resalta la fina ironía que se desprende de algunos dichos de Winnicott. Y esa ironía, que, tal como decía Freud, muestra el empecinamiento del yo que no quiere dejarse arrasar por los embates de lo real, es para Grego el “método” de Winnicott en el movimiento psicoanalítico:

“El redescubrimiento de las ideas de los Maestros es lo que Winnicott llama su método. Método que está advertido que es ‘molesto’ para la comunidad analítica, que apenas lo tolera. Hay en él un exceso de originalidad que todo lector de Winnicott padece cuando este analista se lanza al loco emprendimiento de reinventar todas las palabras acuñadas por el psicoanálisis” (:12).

“Método molesto”, dirá Grego, *“al borde del pasaje al acto”*, y que sin embargo parece salvar a Winnicott del suicidio, en tanto hace de él su forma singular de perseverar.

“Lo primero que quiero decirle” le escribe Winnicott a Klein en una carta del 17/11/52, *“es que puedo advertir cuán molesto resulta que cuando algo se desarrolla en mí por mi crecimiento y mi experiencia analítica, deseo expresarlo en mi propio lenguaje. Es molesto porque yo supongo que todo el mundo quiere hacer lo mismo, y en una sociedad científica uno de nuestros objetivos es encontrar un lenguaje común. Sin embargo, este lenguaje debe mantenerse vivo, ya que no hay nada peor que un lenguaje muerto”*.

Un “gesto” que, como ya veremos, le permite a Winnicott, vía el humor, evitar el sometimiento masoquista al goce del Otro, que en este caso toma la forma de la “lengua kleiniana”.

Pasemos, ahora sí, a esa otra gran característica que parece distinguir el papel de Winnicott en la Sociedad Británica de Psicoanálisis: el espacio transicional. Muchas son las lecturas que ligan el nacimiento de ese concepto con la creación del “grupo medio” que se situó en una posición de independencia respecto a los grupos kleinianos y annafreudianos que dominaban la sociedad británica en los años ’40, y que tuvo a Winnicott como a uno de los representantes más importantes, como si hubiese entre una y otra cosa, concepto y estrategia institucional, una continuidad o, incluso, una relación de engendramiento. La pregunta que nos surge en este contexto es la siguiente: ¿el concepto es “hijo” de las Controversias, o hubiese emergido de todas formas? O dicho de otro modo: ¿la posición de Winnicott, en lo teórico tanto como en lo institucional, es “efecto” de lo que sucedió en la Sociedad Británica de Psicoanálisis, o al revés, las singularidades de Winnicott imprimieron a la Sociedad ciertas características distintivas?

¿Pero porqué debería ser “o lo uno o lo otro”? Seguramente se trata de un interjuego. Así como Freud lo exigía para el síntoma, las realidades humanas, en tanto hijas de lo simbólico, suelen presentar la textura de un tramado.

“Nuestra realidad está tejida así: una tela en que constantemente hay un hilo que parte y un borde que se renueva” (Nasio 1987: 93).

A su vez Jorge Saurí analiza desde la etimología el sentido de la “trama”:

“¿Cuál significancia subyace en el verbo urdir, y en la actividad que designa? A primera vista la relativa al ordenamiento y distribución de hilos donde tejer la trama de una tela. En el área cultural griega el vocablo UPHAINO designó la acción de tejer y, también, la actividad destinada a disponer los cimientos de una casa, la tarea de componer un texto, o bien la de maquinarse un engaño. (...) El latín ORDIOR designó la acción de disponer los hilos y comenzar a tramarlos con otros, pero el uso popular privilegió la significación de disposición y construcción del estambre en el cual asentar el hilado” (Saurí 1999: 20).

¿La urdimbre es estructura o fenómeno, base causal o resultado? Saurí parece volcarse a favor de la estructura, pues menciona a la urdimbre como el *“suelo nutricio y la organización básica en el cual se sustenta la tramazón de las ideas”*.

Provisionalmente, entonces, concluimos que una urdimbre singular dio lugar a una obra también singular, por esos efectos del azar que finalmente, al entrelazarse, se coagulan en una entidad que, a partir de allí, perdura, como dicen los filósofos, perseverando en su ser.

(b) Las controversias.

¿Qué fueron las Controversias? A partir de los antecedentes descritos en el capítulo anterior, y del arribo de un gran grupo de analistas austriacos y alemanes que emigran de sus territorios tras la instalación del nazismo en 1937, comienzan a darse, en el seno de la Sociedad Británica de Psicoanálisis, una serie de debates entre kleinianos y “ortodoxos” que derivarán, en la década del '40, en lo que se dio en llamar las “Controversias”. Estas consistieron en una serie de reuniones, entre los años 1942 y 1944, en las cuales los analistas kleinianos presentaron el núcleo de sus teorías (las exposiciones estuvieron a cargo de Klein, S. Isaacs y P. Heimann). En vistas de que ambos grupos no lograron consensuar sus puntos de vista, se decidió conformar dos grupos de enseñanza dentro de la “Sociedad”: uno kleiniano, el otro annafreudiano¹². Un tercer grupo, formado por analistas que no se sentían representados enteramente por ninguna de las dos posiciones, crea el “grupo intermedio” o “independiente” (integrado, entre otros, por D. Winnicott y E. Sharpe).

Pero más allá de lo que las controversias significaron como estrategia política para evitar la escisión de la Sociedad, el clima que las gestó supuso la primera confrontación entre ortodoxia y heterodoxia luego de la muerte de Freud. Los personajes que se enfrentaban tenían, pues, que legitimar sus posiciones. En oposición a las continuidades, Klein representará una versión de la genealogía psicoanalítica que sostiene, en contra de la legitimidad consanguínea (Anna Freud) una legitimidad “contranatura” que privilegia el pacto, el lazo simbólico, la nueva alianza por sobre los intereses de la sangre, el instinto y la tradición: un cambio que evoca el pasaje de las concepciones tradicionalistas y reaccionarias a otras más liberales, basadas en la tradición contractualista abierta por Rousseau y Hobbes.¹³

¹² Los requisitos establecidos para ser reconocido como analista eran realizar un análisis didáctico, y tomar cursos dentro de la Sociedad. A partir de la Controversias, el postulante podía optar entre una formación kleiniana o annafreudiana. Ver, más adelante, las cartas de D. Winnicott, en las que retoma esta cuestión.

¹³ En los orígenes de la tradición liberal los historiadores suelen situar a John Locke (1632/1704), quien al cuestionar la noción de *ideas innatas* y proponer que el origen de toda idea es la percepción, echa por tierra los argumentos que legitimaban a reyes y nobles en función de su linaje y herencia. (Cf. N. Botana (1997) y P. Bercherie (1980). En oposición a esta tradición, en la Francia postrevolucionaria, Joseph de Maistre (1753/1821) y Louis de Bonald (1754/1840) buscan reflotar los argumentos *restauradores*. “*Todo aquello que conserva la estabilidad y jerarquía del orden social: Iglesia, familia, herencia, padres e hijos, reyes y súbditos, están sostenidos con firmeza por instintos y creencias colectivas. Ese suelo irracional, que nadie debe criticar, es el terreno nutricio de la autoridad*” (Botana 1997: 118). En Inglaterra, voces similares, como la Edmund Burke (1729/1797), se alzan en el mismo sentido: “*Los hombres no están atados por ninguna convención formal, ni menos por una obligación contractual, sino por una*

Bárbara Lantos describe con precisión el “clima” que los ortodoxos de Viena y Berlín perciben a su arribo a Londres en la década del '30:

“Llegué a Inglaterra con grandes expectativas. La recepción que nos brindó toda la B. P. S. bajo la dirección de Jones y Glover fue conmovedora. (...) Manifesté preocupación por mi mal inglés, que pensaba me impedía demasiado a menudo comprender los problemas que se leían o discutían en las reuniones. Kate (Friedlander) dijo que aunque su inglés parecía bastante bueno, experimentaba con frecuencia la misma dificultad. ‘Hablan un lenguaje distinto’, dijo, ‘un lenguaje analítico distinto’” (Lantos 1968: 24).

Parece vislumbrarse en este comentario esa singularidad del lenguaje kleiniano que dos décadas después lo llevará a Winnicott a escribirle a Klein: *“Si usted estipula que en el futuro sólo su propio lenguaje debe ser utilizado para la enunciación de los descubrimientos de otra gente, el lenguaje se convertirá en un lenguaje muerto, como ya se ha convertido en la Sociedad”* (carta del 17/11/52).

Cuando los Freud se mudan a Londres, Anna establece un lema que impone a sus allegados: *“Somos huéspedes en este país y no nos trajeron aquí para crear problemas”* (Lantos 1968:27).

Sin embargo, para ese entonces (1938) los problemas ya estaban planteados. Como lo hemos mencionado en el capítulo anterior, en las décadas del '20 y del '30 el movimiento psicoanalítico se verá sacudido por controversias generadas en torno a grandes temas: la sexualidad femenina, el análisis de niños y el análisis laico. En las tres, Jones y la incipiente “escuela inglesa” se opondrán a las tesis freudianas. Pero será el tema del análisis de niños el que enfrentará a Anna Freud y Melanie Klein en lo que se dio en llamar las “Grandes Controversias”.

Winnicott parecerá acordar con las soluciones kleinianas referidas a los tres pilares en los que se centró el debate: el superyó temprano; el psicoanálisis de niños entendido como un análisis “posible”, idéntico al de los adultos y sin necesidad de un período introductorio no analítico, y con presencia en él de fenómenos de transferencia; y la técnica del juego. Y sin embargo, acordando en estos temas, discutirá cada uno de ellos, y en esa discusión definirá su postura.

ignota madeja de hilos invisibles. (...) Las creencias, las tradiciones, los usos sociales, se sostienen por sí mismos, y si el hombre puede inconscientemente crearlos, más fuerte es el impacto que ellos ejercen sobre la conciencia individual” (:117).

Así, se recurre a nociones que buscan su sostén en metáforas naturalistas, para afirmar que los determinantes biológicos (llámense *instintos* o *inconsciente*) generan en cada individuo improntas innatas que han de resultar inmodificables. Ambas tradiciones (liberal una, conservadora la otra) recurren a argumentos psicológicos para hallar fundamento a sus concepciones políticas.

(c) El papel de Winnicott en las controversias.

Para situar el papel de Winnicott en las Controversias, nos introduciremos por el vértice que traza la siguiente pregunta: ¿cuáles son los “límites” del análisis? En el texto antes citado de Grego, esta autora sostiene que *“lo que Winnicott me enseña es que el psicoanálisis nunca puede constituirse en un sistema cerrado, porque el analista nunca acaba con su propio análisis, porque si lo hace el que acaba es el analista”* (Grego 1996: 18). De allí que ella rescate como un asunto esencial en el “método” winnicottiano el hecho de *“ir un paso más allá en el propio análisis del lugar donde lo llevó el propio analista”* (:14).

El tema del análisis del analista será puesto en cuestión por la Sociedad Psicoanalítica Británica. Antes de las Controversias, en 1930, la “Comisión de Formación” establecerá que *“el análisis personal (...) debe ser el mismo para los analistas de niños y para los demás analistas”* (Grosskurth 1986: 218). Como veíamos en el capítulo anterior, los debates en torno al análisis del analista resultaban, para ese entonces, un punto de cuestionamiento que recaía sobre Anna Freud, analista que, al decir de Jones, se encontraba “imperfectamente analizada”. Y aunque ella se dedicara al análisis de niños, lo que la Comisión de Formación estaba estableciendo era que de todos modos su análisis debía de ser idéntico al de cualquier otro analista.

Ahora bien: Winnicott llega a Klein solicitándole un análisis, luego de haber “frecuentado” durante diez años el diván de Strachey en busca de análisis¹⁴. Con el tiempo se dará cuenta de que es a través del diván como uno se convierte en “kleiniano”: *“En el caso de los colegas y amigos de la señora Klein, es cierto, ya sea por azar o por alguna otra causa, que la inclusión en el grupo depende del hecho de haberse analizado con la señora Klein o con un analizado de la señora Klein o con un analizado de ese analizado. (...) En el caso de los seguidores de la señorita Freud, la cuestión se vincula más bien con el tipo de educación, y ocurre que fija límites menos rígidos. Podría decirse que mientras que los seguidores de la señora Klein son todos ellos sus hijos y nietos, los seguidores de la señorita Freud fueron todos a la misma escuela”* (carta del 3/6/54 a Klein y A. Freud).

Sin embargo Winnicott no logrará llegar al diván de Klein: ésta le propondrá que él tome en análisis a su hijo Erich (análisis que acontecerá entre 1935 y 1939), y que super-

visite con ella “todos” sus casos. Winnicott aceptará renunciar a Klein como su analista, tomará al hijo de ésta en tratamiento, y a ella como supervisora de sus casos, con la salvedad del de Erich. Este “sacrificio” dejará en Winnicott la impresión de una deuda que Klein adquiere respecto de él, deuda que se “cobrará” en 1954, cuando le pida que analice a su segunda mujer, Claire. Este análisis adquirirá caracteres tumultuosos, y resultará el último “didáctico” que Klein conduzca: en su lecho de muerte redactará una nota dirigida a las autoridades de la S. P. B. en la que dejará constancia de las metas alcanzadas y pedirá que otorguen a Claire Winnicott el reconocimiento como analista de la Sociedad (Grosskurth 1986: 473).

Entre un análisis y otro, entre 1935 y 1954, las relaciones entre Winnicott y Klein pasarán de la admiración y el respeto a la distancia y la incompreensión.

Los inicios de la Segunda Guerra Mundial traerán aparejados distanciamientos físicos que debilitarán los lazos dentro de la Sociedad: varios analistas varones, entre ellos el propio Winnicott, realizarán tareas vinculadas con los efectos de la guerra (neurosis de guerra, evacuación de niños, etc.). Por su parte otros analistas se trasladarán fuera de Londres, como será el caso de Jones y de la propia Klein. En 1941, desde Escocia, le escribirá a Winnicott sobre la necesidad de *“extender muchísimo el círculo de nuestras pequeñas reuniones sobre ciertas discusiones y así mantener el tipo de reuniones en las que pueda realizarse una verdadera obra y revivir y acrecentar el interés, sin apartarse formalmente de la Sociedad”* (Grosskurth 1986: 279).

Ante el alejamiento de Jones, la Sociedad queda a cargo de Eduard Glover, quien, a partir del análisis que lleva a cabo con otro de los hijos de Klein, Melitta Schmiedeberg, inicia una “campana antikleiniana”. Desde Escocia, Klein prepara su regreso a partir de este “grupo de leales”, dentro de los cuales contaba a Winnicott, junto con Rickman, Scott y Susan Isaacs.

El 1º de enero de 1942 Klein mantiene una comunicación telefónica con Anna Freud, en la que ambas coinciden en el “estado desesperante” en que se hallaba la Sociedad (: 304). Surge allí por primera vez la propuesta, hecha por Anna Freud, de que ambos grupos “se mantuvieran separados al respecto de la formación”. Al mismo tiempo se pone en debate la conducción de la Sociedad, y el modo de elección de autoridades.

¹⁴ El tono irónico corresponde, otra vez, al propio Winnicott (1962: 208). Él se analizará con Strachey entre 1923 y 1933, y luego con Joan Riviere entre 1933 y 1943.

A partir de esta comunicación, y con la anuencia resignada de Jones, se pautaron cinco reuniones extraordinarias, cuyo tema central sería el futuro de la institución. En medio de estas reuniones, Klein vuelve a telefonar a Anna Freud para proponerle que cada uno de los grupos mantuviera “reuniones privadas para tratar las diferencias científicas” (: 316). Esta opción fue criticada por Marjorie Brierley, quien sostuvo que las reuniones deberían hacerse en el seno de la Sociedad.

La tercera de las reuniones extraordinarias fue utilizada por Glover para atacar al grupo kleiniano, centrandó sus acusaciones en la forma en que éstos conducían los análisis didácticos y las supervisiones, forma que, en opinión de Glover, busca generar “fidelidades” (: 320). Estas críticas, no muy alejadas por otra parte de las que el mismo Winnicott enunciara diez años después, llevaron a Klein a pensar en abrirse de la Sociedad y crear un grupo independiente.

En la siguiente reunión extraordinaria (10/6/42) la asistencia de miembros se amplía, pues el tema en discusión sería la metodología para la elección de autoridades, a lo que se sumó una propuesta de “armisticio” hecha por M. Brierley. Es interesante resaltar que, hasta ese momento, los “enemigos” de Klein eran fundamentalmente su hija Melitta y E. Glover. Anna Freud ocupaba en el enfrentamiento un papel secundario: si bien discutía con Klein acerca de la técnica del análisis de niños, parecía bastarle con que la Sociedad reconociera las diferencias y estableciera alguna reglamentación que buscara limitarlas (como, por ejemplo, la obligación de los candidatos formados en un grupo de supervisar con analistas del otro grupo). Por su parte Glover quería demostrar que Klein era un desviacionista, y para ello contaba con Anna Freud como la más fiel representante de la ortodoxia, papel al que Anna se prestaba con gusto.

En una carta escrita a M. Brierley para esa época, Klein dice acerca del papel que Anna estaba asumiendo: *“Pone de manifiesto que representa las opiniones de su padre (las cuales, según ella, son absolutamente obligatorias para todo el que se llame psicoanalista). Obviamente esto es una falacia... Además, aún cuando Freud en sus últimos años hubiese estado de acuerdo con cada una de las actuales palabras de Anna, ello no resultaría obligatorio para aquellos de nosotros que consideramos estar autorizados a continuar sus descubrimientos a la luz de nuestros propios trabajos”* (carta a M. Brierley de junio de 1942, citada por Grosskurth: 332).

Insisto en resaltar que lo que va a oponer a Melanie Klein con Anna Freud es el reclamo de la primera de poder leer e interpretar la obra de Sigmund Freud a partir de su expe-

riencia, negándose a hacer de la teoría un discurso cerrado que contuviera una verdad ya establecida de una vez y para siempre. En este sentido, la “heterodoxia” se sostiene, en último término, de una concepción del corpus teórico que lo presenta como algo **inacabado**, e incluso podría decirse **inacabable**. La heterodoxia se basa en la idea de que no hay verdad última, pues si la hubiera el psicoanálisis viraría irremediablemente hacia la religión.

Siguiendo con el curso de los acontecimientos, de estas reuniones extraordinarias surgen varias conclusiones:

- § Un armisticio, que exigía a los miembros de la Sociedad “que se abstengan del ataque personal” (: 325).
- § La comisión de formación dispuso que los seminarios sobre análisis infantil se repartieran entre Anna Freud, Klein y Winnicott (: 332).
- § A partir de octubre de 1942 se llevaría a cabo un encuentro científico mensual destinado a discutir las diferencias teóricas. Una comisión compuesta por E. Glover, M. Brierley y J. Strachey organizaría el programa de los encuentros (: 333).

Serán estas reuniones las que habrán de conocerse como “Controversias”. Glover establecerá que el material controvertible será la “nueva teoría de Klein”, y que por tanto Anna Freud no deberá exponer nada, pues ella representa a la ortodoxia.

(d) De un “gesto” y su rechazo.¹⁵

De este modo, entre los años 1942 y 1944, se llevaron a cabo en Londres las “Controversias”. El *Diccionario ideológico de la lengua española*, de Julio Casares (Casares, 1981) define el término *controversia* como una *“discusión extensa y detenida entre dos o más personas y especialmente sobre puntos de religión”* (:219). Aquel que generaba la *controversia*, el *contraventor*, es decir, quien al parecer buscaba controvertir los textos canónicos, era M. Klein. Los *vientos* de ese entonces, de esa circunstancia, soplaban de una manera que podríamos calificar de *conservadora*. En un extremo de la controversia, justamente en aquel que ocupa el lugar del canon, de lo no discutido, se hallaba

¹⁵ Este apartado es una reformulación de lo expuesto en el artículo *“La enfermedad Winnicott”* (“Investigaciones en Psicología”, revista del Instituto de investigaciones de la Facultad de Psicología de la U.B.A., año 9 N° 2, 2004, páginas 115/119).

Anna Freud. Del otro lado, en el banquillo de los acusados, Melanie Klein, quien había construido su formación (que en ese entonces implicaba un análisis personal y la asistencia a las reuniones de una *Sociedad Psicoanalítica*) con dos figuras de la alianza inicial del psicoanálisis: Sandor Ferenczi y Karl Abraham.

El *terreno del psicoanálisis de niños* será el espacio a partir del cual se fundamenten las nuevas postulaciones, ese espacio que Klein reclamaba como “la luz” ante la cual proseguir sus investigaciones. El avance en ese campo la llevará a desarrollar una teoría sobre los estadios tempranos del desarrollo del yo, conjuntamente con una *tempranización* del Complejo de Edipo, a fin de fundar las bases del análisis infantil en concordancia con los postulados freudianos.

Pero las primeras experiencias de análisis infantil no habían brindado resultados halagüeños: Hermine Von Hug-Hellmuth, una de las primeras analistas de niños de Viena, es asesinada en 1924 por su sobrino y antiguo paciente: “(...) *en setiembre* (de 1924) *Hermine Hug-Hellmuth, directora del Centro de Orientación Infantil de Viena, fue asesinada por su sobrino de 18 años, al que ella había criado. El juicio y la consecuente publicidad perjudicaron mucho el incipiente movimiento (...). Entonces, ni siquiera la presencia de Abraham podía frenar a los críticos de Klein en la expresión de su inquietud por los peligros de indagar tan profundamente el inconsciente del niño*” (Grosskurth, 1986: 139).

Parece haber, en ese momento fundacional del análisis infantil, un paso difícil de traspasar: el caso inaugural, el “pequeño Hans”, fue llevado a cabo por el padre del niño; Klein realizará con sus hijos una experiencia similar a la que calificará de “*crianza con rasgos analíticos*” (Klein, 1923), y disimulará el parentesco dándose el lugar de una vecina; Anna Freud realizará una experiencia analítica con su propio padre. *Atreverse* con niños ajenos resultaba entonces un desafío difícil de sobrellevar. Pero ya en su paso por Berlín (1920/24) Klein comienza a analizar a otros niños, hijos de colegas, y en Londres amplía aún más su consulta. Al mismo tiempo, envía a sus propios hijos a analizarse con otros colegas. El campo del análisis infantil va así fundándose.

El despliegue clínico exige una teoría que le dé sustento. En los siguientes 10 años Klein desarrollará las bases de su doctrina. Contra el núcleo de esa doctrina se abatirán los *contradictorios*. “*Resulta evidente que los analistas que discuten en forma más vehemente los descubrimientos de Klein, apoyan todavía aquellas formulaciones de Freud de las que nunca se retrajo o abandonó completamente; y que no han seguido a Freud*

en lo que éste exploró y avanzó posteriormente, a veces con un reconocimiento más intuitivo. Es indudable que esto se aplica en gran medida a la teoría del instinto de muerte, que no sólo es rechazada por muchos analistas sino que a menudo se la trata como si no formara parte de la teoría de Freud y pudiera separarse de su obra” (Riviere, 1952). Klein construirá uno de los pilares acerca del origen de la angustia infantil, quizá el pilar más central de sus teorizaciones, en torno a la noción de instinto de muerte, justamente aquella noción de Freud que menos compatibiliza con las intenciones adaptacionistas de la corriente que se desprende del annafreudismo.

Las *Controversias*, al decir de Joan Riviere, resultarán *ridículas* no darán lugar a un anatema, como así tampoco a una integración: la *Sociedad Británica* se escindiría dando cobijo, de manera disociada, a los ortodoxos y a los kleinianos. Pero esta escisión también generará un grupo intermedio: el de aquellos que no acepten la obligatoriedad de sumirse a la lógica imperante en alguno de los dos grupos controversiales. Donald Winnicott será uno de los integrantes de este grupo.

Me resulta interesante remarcar que, más allá de la inutilidad que las *controversias* puedan haber tenido respecto de la finalidad de consensuar diferencias al efecto de permitir el desarrollo teórico del psicoanálisis, se desprende de ellas un resultado positivo: la emergencia de la teoría winnicottiana. Podría decirse que, así como Klein se vio *obligada* a teorizar las vicisitudes del psiquismo temprano para *autorizar* su análisis infantil, Winnicott se vio *obligado*, de igual forma, a teorizar su *espacio transicional* para *sostener* la existencia del grupo intermedio en el seno de la Sociedad Británica de Psicoanálisis.

Desde 1944 el grupo kleiniano deseará concretar la publicación de un texto que reúna sus ponencias en las *Controversias*, un texto de posible carácter reivindicativo, que verá la luz recién en 1952 bajo el nombre de *Desarrollos en Psicoanálisis*. El grupo kleiniano le pide a Winnicott una colaboración para ese libro. Esto, podemos suponer, implicaría su adhesión al mismo, o al menos un gesto de apoyo. Winnicott escribirá a Klein una carta magistral, en la que le explica los motivos de su abstención. Sus fundamentos resultarán una reivindicación de su posición: su deseo de pertenecer al *grupo intermedio*.

“Lo primero que quiero decirle es que puedo advertir cuán molesto resulta que cuando algo se desarrolla en mí por mi crecimiento y mi experiencia analítica, deseo expresar-

lo en mi propio lenguaje. Es molesto porque yo supongo que todo el mundo quiere hacer lo mismo, y en una sociedad científica uno de nuestros objetivos es encontrar un lenguaje común. Sin embargo, este lenguaje debe mantenerse vivo, ya que no hay nada peor que un lenguaje muerto. (...)

Personalmente pienso que es muy importante que la obra suya sea reenunciada por personas que hagan los descubrimientos a su manera y que presenten lo que descubren en su propio lenguaje. Sólo de este modo se mantendrá vivo el lenguaje. Si usted estipula que en el futuro sólo su propio lenguaje debe ser utilizado para la enunciación de los descubrimientos de otra gente, el lenguaje se convertirá en un lenguaje muerto, como ya se ha convertido en la Sociedad. La sorprendería saber de los suspiros y gemidos que acompañan toda reenunciación de los clisés sobre los objetos internos por parte de quienes voy a llamar kleinianos. (...)

Como verá, lo que me preocupa es algo que considero mucho más importante que este artículo mío. Me preocupa este modo de presentación que podría llamarse kleiniano, y que a mi juicio es el verdadero peligro para la difusión de su obra. Sus ideas perdurarán en tanto y en cuanto sean redescubiertas y reformuladas por personas originales, dentro y fuera del movimiento psicoanalítico. Desde luego, es necesario que usted tenga un grupo en el cual pueda sentirse como en su casa. Todo trabajador original requiere un círculo en el que encuentre un lugar de descanso de las controversias y donde pueda sentirse cómodo. El peligro es, empero, que el círculo se desarrolle hasta convertirse en un sistema basado en la defensa de la posición ganada por el autor original, en este caso usted misma. (...) Usted es la única capaz de destruir este lenguaje denominado doctrina kleiniana y kleinismo y todo eso, con un propósito constructivo. Si no lo destruye, este fenómeno artificialmente integrado deberá ser atacado de forma destructiva. Incita al ataque (...)"(carta del 17/11/1952).

Para Winnicott no existe una posición que pudiera calificarse de "ser kleiniano": el kleinismo es, para él, una teoría, y todo practicante, así como todo lector, debe apropiarse de esa teoría, y para realizar esa tarea necesita *destruirla*. No hay apropiación sin destrucción, y esta lección la aprendió de la propia Klein, quien a su vez la aprendió de Abraham. Por esta vía llegará a disentir teóricamente con Klein respecto al lugar a darle a la destrucción en la cura: mientras que Klein habrá de sostener que la destrucción representa un modo primario de relación con el objeto, propio del estadio esquizo-paranoide, que en la evolución deberá ser reemplazado por la integración y, aún, por la

reparación, Winnicott propondrá la destrucción del objeto como una operación necesaria para poder pasar de la relación al uso del objeto (es decir, desde la zona de control omnipotente en la cual el objeto es aún posesión subjetiva, a un espacio objetivo en el que el sujeto reconoce al objeto una vida propia e independiente¹⁶). Esta idea está presente en su texto *Realidad y Juego*, y es la base de su concepción del papel del adulto respecto al adolescente, presente también en ese texto y en algunos artículos acerca del manejo de jóvenes antisociales.

En 1960 Winnicott escribe un texto, *Deformación del ego en términos de un ser verdadero y falso*, en el cual estudia el desarrollo temprano del yo y el papel que en ese desarrollo cumple la madre. *“No es posible plantear lo que sucede haciendo únicamente referencia al niño”* (1960: 175), dirá, y pasará entonces a describir y analizar dos tipos de respuesta posible de la madre a lo que denominará el *gesto espontáneo* del niño: en la fase de las primeras relaciones objetales, *“la cohesión de los diversos elementos sensorio – motores pertenece al hecho de que la madre contenga a la criatura”*. En ese contexto, *“el gesto del niño da expresión a un impulso espontáneo; la fuente del gesto es el ser verdadero”*. ¿Cómo puede responder la madre? Winnicott propone dos extremos: en uno de ellos hallamos a la madre “buena”, aquella que *“responde a la omnipotencia del pequeño y en cierto modo le da sentido. Esto lo hace repetidamente. El ser verdadero empieza a cobrar vida (...)”*. En el otro extremo hallamos a la madre que “no es buena”, la que es *“incapaz de cumplir la omnipotencia del pequeño, por lo que repetidamente deja de responder al gesto del mismo; en su lugar coloca su propio gesto, cuyo sentido depende de la sumisión o acatamiento del mismo por parte del niño”* (: 175,176).

Esta sumisión será el punto de partida del falso self: una organización defensiva que se establece para proteger al verdadero self de un ambiente incapaz de dejarlo surgir con autonomía. Si estas son las premisas etiológicas del falso self, el rango psicopatológico que alcance es amplio: puede que el falso self se establezca como real, ocupando toda la dimensión de la persona, o bien puede establecerse en una posición de defensa, al lado del self verdadero, que tendrá mayores o menores posibilidades de manifestarse. Aún en la “salud” el falso self se presenta activo, por ejemplo en las actitudes de cortesía: siempre habrá, en la relación con los otros, un círculo de protección de “los sentimientos más íntimos”, círculo ocupado por una suerte de “apariencia”, es decir, de “como sí”, una

¹⁶ Estas ideas serán trabajadas más detenidamente en el capítulo siguiente.

imagen dada que no nos representa legítimamente, pero que al parecer responde a los requerimientos del entorno.

Volvamos, a partir de estas ideas, al contexto de las *Controversias* y a la publicación del texto *Desarrollos en Psicoanálisis*. extrapolando conceptos, podríamos proponer que Winnicott, en la medida en que valora la “espontaneidad”, la capacidad de *reenunciar una obra haciendo los descubrimientos a su manera y presentando lo que descubre en su propio lenguaje*, desea que sus contribuciones sean reconocidas como *gestos espontáneos* que requerirán, por parte de Klein y de algunos integrantes de su grupo, una “buena” respuesta, es decir, justamente, aquella que no suponga sumisión y acatamiento. Volvamos al texto de la carta que le escribe a Klein:

“Le escribo todo esto para mostrarle por qué tengo verdadera dificultad en redactar un capítulo para su libro, aunque tengo tantas ganas de hacerlo. Esta cuestión que estoy comentándole toca la raíz misma de mi dificultad personal, así que lo que usted ve puede ser desechado siempre como la enfermedad de Winnicott, pero si la desecha de ese modo puede perderse algo que a la postre sea una contribución positiva. Mi enfermedad es algo que soy capaz de tratar a mi manera, y no está lejos de constituir la dificultad intrínseca del contacto humano con la realidad interna” (carta del 17/11/1952).

Eso que Winnicott sitúa como *su enfermedad*, podrá ser catalogada de esa manera o no, pero todo depende de la respuesta que se haga a su *gesto creativo*. Y en ese sentido él sitúa ya una primera respuesta, justamente aquella que recibió por parte de su analista de entonces, Joan Riviere: *“Lo que yo quería el viernes era sin duda que hubiera algún movimiento de su parte en dirección al gesto que hago en este artículo¹⁷. Es un gesto creativo, y no puedo establecer ninguna relación a través de este gesto si no hay alguien que salga a su encuentro. Pienso que yo quería algo que no tengo ningún derecho a esperar de su grupo, y que realmente tiene la naturaleza de un acto terapéutico, algo que no pude obtener en ninguno de mis dos largos análisis, aunque obtuve tantas otras cosas. No hay duda de que mi crítica a la Sra. Riviere no sólo era una crítica sincera basada en la observación objetiva, sino que también estaba coloreada por el hecho de que fue exactamente en este punto que su análisis falló conmigo”* (carta del 17/11/1952).

¹⁷ Winnicott se refiere al texto *Angustia asociada con la inseguridad*, que fuera leído ante la Sociedad Británica de Psicoanálisis.

Lo que la carta expone resulta ser una petición de principio: Winnicott descubre al mismo tiempo una dificultad institucional solidaria de una dificultad clínica, la dificultad del kleinismo para aceptar un gesto creativo; desde allí se verá en la disyuntiva de *acatar sumisamente* tanto los postulados teóricos como el estilo clínico del kleinismo, o bien defender su derecho a la espontaneidad, en cuyo caso deberá fundar su *propia clínica*.

Por último, me gustaría revisar el sentido de *la enfermedad Winnicott* con relación a *los puntos no analizados*, es decir, con relación a lo que tanto él como sus críticos consideraran el origen de su particular punto de vista. Parecería ser una tesis, compartida por Joan Riviere y Melanie Klein, que la dificultad de Winnicott por *aceptar* las tesis kleinianas se origina en un aspecto de su personalidad no resuelto en sus dos análisis (con Strachey y Riviere). El mismo Winnicott hace referencia a ello en una de sus cartas (ver Winnicott, 1952). Desearía contraponer estas opiniones con algunas ideas esbozadas por Lacan en la primera clase de su Seminario 11 (Lacan 1964), a fin de proponer una lectura distinta del asunto. En esa clase Lacan se interroga acerca de una función, que denomina *deseo del analista*, aquella que motoriza, que posibilita el análisis. Esa función, dirá, se inicia con Freud, quien por lo tanto no sólo es visto como aquel que *descubre* el inconsciente, sino también como alguien que deseó hacer *algo* con eso. Freud no es sólo un teórico, es a la vez (y quizá fundamentalmente) el iniciador de un *método*, de una nueva forma de *lazo social*. Respecto al deseo del analista, que en su origen es un deseo soporado, tal vez instituido por el propio Freud, Lacan verá su surgimiento en un *punto no analizado*. *“Que para curar a una histérica de todos sus síntomas lo mejor sea satisfacer su deseo de histérica – que para ella es poner su deseo ante nuestros ojos como deseo insatisfecho -, deja enteramente fuera de juego la cuestión específica de porqué no puede sustentar su deseo más que como deseo insatisfecho. Por eso la histérica nos da la pista, diría yo, de cierto pecado original del análisis. Tiene que haberlo. El verdadero no es, quizá, más que éste: el deseo del propio Freud, o sea, el hecho de que algo, en Freud, nunca fue analizado”* (Lacan, 1964: 20).

Más allá de que su presentación bajo la forma de un *pecado original* pareciera concederle cierta connotación peyorativa, debe entenderse que, justamente, la instauración de un pecado original permite sostener el nacimiento de un *nuevo deseo*. Ese nuevo deseo, en el caso de Freud, dio lugar al psicoanálisis como *práctica* del inconsciente. Si la

práctica analítica se sostiene de un deseo, instauro a su vez un trabajo con el deseo *del Otro* (es decir, del paciente, pero también de aquello Otro que suponemos en el paciente en términos de *inconsciente*), un trabajo que adquiere la forma de develamiento, y también de interpretación. La práctica del deseo freudiano permitirá a la histérica develar su deseo, es decir, postularlo en el análisis como un deseo *insatisfecho*. Insatisfecho quiere decir, en este contexto, inhibido: un deseo que, esencialmente, no puede hallar nunca satisfacción. Podríamos entender que Lacan sugiere que, en tanto el deseo de Freud busca interpretar el deseo de la histérica, lleva a éste a proponerse con el status de insatisfecho. Entonces, la teoría **hace** a la histérica en tanto insatisfecha. Pero otro deseo de analista, avanzando más allá del punto ciego de Freud, es decir, de aquel punto que da origen a su deseo en tanto no analizado, podría hacer con la histérica otra cosa¹⁸.

A su vez, en la medida en que el trabajo del análisis se propone *hacer algo* con el deseo, por su propia estructura no puede más que nombrarlo, ponerlo en palabras (tal como, por otra parte, hará el sueño: *realizar* el deseo en *otra escena* que asegura su inhibición en tanto *no realizado en la realidad*). Si el análisis busca algo más allá del *recordar*, del *poner en palabras* con todo el sentido inhibitor que esto supone, ese algo será el *repetir*: lo que Lacan llama, en el contexto del Seminario que venimos citando, la *“puesta en acto de la realidad del inconsciente”*. Y coincidiendo con Winnicott, la repetición, más allá del recuerdo, será la puesta en acto de lo *imposible de recordar*¹⁹. Por lo tanto, el análisis progresará en la medida en que cada analista modifique en algo la función *deseo del analista*, inaugurada por Freud a partir de los puntos ciegos de su análisis. ¿Resultaría muy osado plantear que ese progreso se logra incorporando a la función *deseo del analista* los puntos no analizados de cada analista, que entonces llevarán a cada analista en particular a hacer algo nuevo, en su clínica, respecto al deseo del paciente?

Si así fuera, la *enfermedad Winnicott* resultaría un modo particular de contribución al progreso del psicoanálisis en lo tocante al mantenimiento y actualización de aquello que resulta su función esencial en tanto lazo social vigente.

¹⁸ Por ejemplo, asumir su deseo en términos de una *realización posible*. Entiendo que la clínica lacaniana de la histeria buscará dar ese paso.

¹⁹ Ver, en relación a este punto, el capítulo 5 de la presente tesis.

BIBLIOGRAFÍA DE LA TERCERA PARTE

- BERGSON Henry: (1939) *La risa. Ensayo sobre el significado de lo cómico*. (Losada, Bs. As., 2002).
- BERCHERIE Paul: (1980) *Génesis de los conceptos freudianos* (Paidós, Bs. As. 1988).
- BOTANA Natalio: (1997) *La tradición republicana* (Sudamericana, Bs. As. 1997).
- CASARES Julio: (1981) *Diccionario ideológico de la lengua española* (G. Gilli, Barcelona, 1981)
- FREUD Sigmund: (1905) *El chiste y su relación con lo inconsciente*. (B. N.)
(1927) *El humor*. (B. N.)
(Obras Completas: B. N. Biblioteca Nueva, Madrid, 1972 – A. E. Amorrortu, Bs. As., 1979).
- GEREZ AMBERTÍN Marta: (1999) *El superyó en la clínica freudo lacaniana: nuevas contribuciones*. (Universidad Nacional de Tucumán, 1999)
- GREGO Beatriz: (1996) *Lecturas de Winnicott*. (Lugar, Bs. As., 1996).
- GROSSKURTH Phyllis. (1986) *Melanie Klein*. (Paidós, Bs. As., 1990)
- KLEIN Melanie: (1921) *El desarrollo de un niño*.
(1927) *Simposium sobre análisis infantil*. (En: *Obras Completas*, Paidós, Buenos Aires, 1990)
- LACAN Jacques: (1958) *El Seminario. Libro 5 “Las formaciones del inconsciente”*. (Paidós, Bs. As., 2003).
(1964) *El Seminario, libro 11, “Los cuatro conceptos fundamentales del Psicoanálisis”. Clase del 15/1/64*. (Paidós, Buenos Aires, 1987)
- LANTOS Bárbara: (1968) *Kate Friedlander*. (En: “Historia del psicoanálisis”, tomo 7, Paidós, Bs. As., 1968).
- LÓPEZ Héctor: (2000) *Humor y fin de análisis*. (En: “Cuadernos Sigmund Freud N° 20”, publicación de la Escuela Freudiana de Bs. As.).
- NASIO Juan David: (1987) *Los ojos de Laura*. (Amorrortu, Bs. As., 1990)
- RIVIERE Joan: (1952) *Introducción general*. (En: “Desarrollos del Psicoanálisis”, capítulo I. Paidós Hormé, Buenos Aires, 1978)
- SAURÍ Jorge: (1999) *La urdimbre creencial*. (En “Historia y Memoria”, Polemos, Bs. As., 2000)

- WINNICOTT Donald: (1952) *Carta a M. Klein, del 17/11/52*. (En: *El gesto espontáneo*. Paidós, Buenos Aires, 1990)
- (1954) *Carta a Anna Freud y Melanie Klein, del 3/6/54*. (Ídem anterior).
- (1960) *Deformación del ego en términos de un ser verdadero y falso*. (En: *El proceso de maduración en el niño*. Laia, Barcelona, 1979).
- (1962) *Mi punto de vista personal sobre la aportación kleiniana*. (Ídem anterior).
- (1965) *La psicología de la locura: una contribución psicoanalítica*. (En: *Exploraciones psicoanalíticas I*. Paidós, Buenos Aires, 2000).
- (1968) *La interpretación en psicoanálisis*. (Ídem anterior).
- (1970) *Realidad y Juego*. (Gedisa, Barcelona, 1979).

CUARTA PARTE: Klein con Winnicott.

Análisis comparativo de la estructura de sus obras en su mutua relación lógica.

*Huéspedes de una edad parecida a la infancia
pero que contiene todavía el habla
que desconocimos.
Arturo Carrera - Potlatch*

(a) Un método de lectura.

Tal como lo anunciamos en el subtítulo de este capítulo, nos interesa comparar la obra de Klein y la de Winnicott “en su mutua relación lógica”. Esto supone que el eje de la comparación no consistirá en cotejar una obra respecto de la otra, tomando a cada una como un todo, ni tampoco tomando a la de Klein como obra principal y a la de Winnicott como obra secundaria. No: el eje de la comparación residirá en el “movimiento psicoanalítico”, y será respecto a él que intentaremos establecer una confrontación. Hasta el momento tenemos varias series que convergen:

- a. La lectura de López (1994), apoyada en Foucault (1968) y comentada en la primera parte de esta tesis, que sostiene que la obra de Klein se ubica en el tiempo del “olvido fecundo y necesario”, y que por tanto comporta, respecto al descubrimiento freudiano, una suerte de represión.
- b. La lectura que desarrollamos en el capítulo anterior, que ubica la obra de Klein, en “controversia” con la obra de Anna Freud, como una “heterodoxia” que busca sostenerse en la existencia de una enunciación “interminable”, reclamando para sí el derecho de modificar la teoría en función de los descubrimientos clínicos.
- c. La posición de Winnicott respecto al “kleinismo” (también desarrollada en el capítulo anterior), que denuncia la instauración de éste como una nueva “ortodoxia”.

Es con relación a este último punto que nos interesa retomar nuestra hipótesis de partida: aquella que propone pensar a Winnicott como un autor que realiza una operación de “retorno a ...”, respecto a las consecuencias represivas que tendría el kleinismo con relación al descubrimiento freudiano.

Se hace necesario aquí un primer rodeo, que nos permita despejar una característica del discurso psicoanalítico, resaltada en los “reclamos” de Winnicott a Klein, precisando al mismo tiempo la “lógica de lectura” que nos interesa poner en juego. Esa característica podría plantearse en los siguientes términos: en tanto la teoría es una ficción, que ni cubre todo lo Real ni logra decir lo verdadero sobre la “verdad real” (pues allí donde intenta decir procede por sustitución), las “lecturas” de estas formulaciones teóricas se hacen interminables. Entendámonos: si Freud daba al análisis el carácter de “interminable” (pues los intentos por parte del inconsciente de cifrar lo real del sexo siempre proceden por sustitución, y una sustitución lleva necesariamente a otra y así siguiendo al infinito), la teoría que surge como reflexión sobre esa clínica interminable dirá de ella algo por “transposición”, poniendo, también ella, una cosa en lugar de otra, y habilitando por tanto múltiples lecturas. El corpus de la teoría está “incompleto” por definición. Está incompleto porque procede por sustitución, y no hay término último que cierre el circuito del sentido. Toda significación, como dice Lacan, remite a otra significación. Este es un punto clave pues, como ya hemos visto en el capítulo anterior, la reacción de Winnicott con relación al kleinismo se centra en la pretensión de éste de convertirse en “una teoría *integrada* que (...) no deja lagunas”, pretensión formulada por Joan Riviere en la Introducción al libro colectivo “Desarrollos en Psicoanálisis”, de 1952, y atacada por Winnicott en varias de sus cartas a Klein. Por el contrario, nos interesa sostener, a partir de Freud, la idea de que no hay lectura acabada, porque no hay significación acabada, ni hay tampoco verdad última revelable a través de una exégesis. Si eso fuera posible, el psicoanálisis sería una religión. Cuando Freud, en su texto “El problema de la concepción del Universo” (1932), busca desligar al psicoanálisis de la religión y adscribirlo al campo de las ciencias, denuncia este efecto, y al denunciarlo hace recaer el problema sobre el campo de la ciencia.

Freud define, bajo el nombre de “Weltanschauung”, *“una construcción intelectual que resuelve unitariamente, sobre la base de una hipótesis superior, todos los problemas de nuestro ser, y en la cual, por tanto, no queda abierta interrogación alguna”* (: 3191).

¿El psicoanálisis pretende ser eso? No, y no sólo no es eso sino que nace justamente **en oposición a eso**. Freud afirma en su texto que el psicoanálisis pertenece al campo de la Ciencia, y que la ciencia se opone a toda *Weltanschauung*. La ciencia, dirá Freud, *“se distingue por caracteres negativos, por la limitación a lo cognoscible en el presente y por la repulsa de ciertos elementos ajenos a ella”*.

La única forma de conocimiento que la ciencia acepta es **la investigación**, una *“elaboración intelectual de observaciones cuidadosamente comprobadas”*. Y si bien a partir de ella la ciencia aspira a la totalidad, es decir, a reunir en su saber **todo** el conocimiento posible sobre lo real, en los hechos opera siempre de manera provisional: *“lo que hoy es ensalzado como máxima sabiduría es rechazado mañana y sustituido por otra provisionalidad. El último error es entonces la verdad”* (: 3200). De este modo el régimen de la verdad para la ciencia queda ligado inextricablemente a las condiciones del campo de la representación. Y a ello, dirá Freud, *“debemos sacrificarnos”*. ¿Y porqué sacrificarse a una verdad que siempre resulta provisional? Justamente, para no caer en la religión.

“El contenido de verdad de la religión es lo que menos importa” (: 3197). Ella es *ilusión*, una tentativa de dominar lo real a partir de los deseos.

De la ciencia moderna podría decirse que, en tanto es hipotético – deductiva, labora a partir de enunciados provisionales. Propone hipótesis que son validadas en tanto resultan la mejor explicación posible ante un problema. Si otra explicación resulta superadora, la hipótesis actual se descarta. Así, la ciencia avanza de enunciado provisional en enunciado provisional, pero mantiene en su horizonte la ilusión de, algún día, abarcar lo real. Si el punto de partida de la ciencia moderna es aquel que dice que “la naturaleza es un libro escrito en caracteres matemáticos”, su punto de mira supone un develamiento completo de lo real, dado que de lo real dios escribió un libro, y el científico puede leer en él porque ha hallado la clave. Esa fe del científico lo llevaría a suponer que, al final de los tiempos, de lo real habrá una sola versión, aquella que explique todos los sentidos de la lengua de dios.

Ante este campo el psicoanálisis, que pretende ocupar un lugar en el terreno de la ciencia, aporta, mediante los modos en que define la dimensión del lenguaje, un elemento esencial: aquel que enuncia que no hay una lengua perfecta que logre decirlo todo, o también, para seguir en los términos en que venimos hablando, que no hay lengua que cierre el círculo de la significación. No hay universo del discurso, no hay metalenguaje, no hay un lenguaje más allá del lenguaje que diga lo verdadero sobre lo verdadero; todas estas formulaciones apuntan al mismo asunto, y buscan introducir, en el campo de la ciencia, el problema de la enunciación.

A lo largo de su obra Winnicott ha sostenido una posición similar a la que acabamos de describir. Veamos, a modo de ejemplo, esta cita tomada de una conferencia dictada a alumnos del octavo año del St. Paul’s School de Londres (Winnicott 1945): *“La intuiti-*

ción genuína puede llegar a una verdad total en un instante (...), en tanto que en la ciencia nunca se alcanza la verdad total. Lo que importa en la ciencia es la construcción de un camino satisfactorio que lleve a la verdad. De ahí que la formación científica sea tan importante para todos: a ustedes y a mí nos permite poner a prueba satisfactoriamente nuestros pequeños fragmentos de mundo ”(:39).

Por su parte, la investigación clínica en psicoanálisis es el procedimiento más adecuado para hacer progresar la teoría. Si Freud concibió inicialmente al psicoanálisis como un método terapéutico aplicable sólo a los cuadros de psiconeurosis, ya en las postrimerías de la década del '10 (Freud 1918) él mismo reconoce que los “progresos” del psicoanálisis habrán de venir por la vía de la clínica de las psicosis, la clínica de niños y la clínica “de masas” generada por la apertura de policlínicos psicoanalíticos.

Los interrogantes que crean estas otras alternativas clínicas promueven una revisión tanto de la “técnica” como de los fundamentos teóricos de la disciplina. La clínica confronta al analista con lo Real (en la definición que de él da Lacan en tanto “imposible”, es decir como algo que “no cesa de no escribirse”). A partir de su experiencia inaugural con lo Real, Freud funda un campo disciplinar, que él mismo reelabora a partir de cada nuevo interrogante que la clínica le plantea.

La teoría psicoanalítica parecería requerir, para su sostenimiento, de este incesante movimiento que se da entre los interrogantes generados por la clínica y las redefiniciones propuestas por los analistas. Pero al mismo tiempo, o mejor dicho, en un tiempo sucesivo, lo que fue “apertura a lo real”, “apertura al interrogante”, parece cerrarse en la constitución de una “ortodoxia”. Y es justamente en ese “nudo lógico”, en esa tensión entre Saber y Verdad que de algún modo se replica en la tensión entre Ortodoxia y Heterodoxia, en donde pretendemos centrar la confrontación Klein – Winnicott.

Por último, me interesa resaltar otra “restricción” que nuestro método de lectura comparativa se autoimpone, y para situarlo evocaré una cita de Marta Gerez Ambertín:

“No se trata de limpiar el camino (...) de las asperezas de sus paradojas; se trata de espolear el pensamiento para descubrir los espacios que esas paradojas inauguran. (...) Preferimos soportar los innúmeros impasses con los que hay que enfrentarse a forzar una tajante univocidad que, a más de inexistente, temeraria y frágil, resultaría extravagante ” (1999: 337/8). Haciendo propias estas palabras, diré que no me habrá de guiar

tanto el deseo de agotar las obras de ambos autores, proponiendo una exégesis acabada y definitiva, como aquel otro que busca dejarse sorprender por algún matiz diferencial que permita una apertura a lo no sabido. Como pedía Freud en su texto sobre el Moisés de Miguel Ángel: *“Deducir de rasgos poco estimados o inobservados, del residuo –el ‘refuse’ de la observación -, cosas secretas o encubiertas”* (1914: 1883).

(b) Klein con Winnicott.

¿Pretendemos darle a esta relación el mismo sentido que Lacan le diera cuando escribe, en su texto “Kant con Sade” (1963): *“así Kant, puesto en interrogatorio ‘con Sade’, es decir con Sade haciendo oficio, para nuestro pensamiento como en su sadismo, de instrumento”*? ¿Ha de ser Winnicott nuestro “instrumento” para “dar la verdad” del texto kleiniano? Tanto en el escrito lacaniano como en este, existe un movimiento similar: que de la relación intertextual (o “transliteración”, como querría Allouch) surja aquel objeto que el primer texto intenta ocultar, y que gracias al segundo se devela. Ya veremos que en más de un sentido las relaciones Kant / Sade y Klein / Winnicott se entrecruzan.

También nos dejaremos guiar por las iluminaciones que la lectura de Lacan genera sobre ciertas zonas de la obra de Freud, así como por el trabajo de otros analistas que, inspirados en la lectura lacaniana, han despejado algunos puntos de “impasse” en Klein. Esto nos obligará a nuevos rodeos que, espero, no fatiguen al lector. En nuestro horizonte se perfila el interés de situar una obra (la de Winnicott) en el contexto del Movimiento Psicoanalítico, tarea que conlleva el trabajo de delinear las trazas de ese Movimiento desde su fundación (con Freud) hasta el punto de “retorno” que supone la obra de Lacan. De todas formas me interesa distinguir el carácter *instrumental* que le otorgamos a Winnicott del carácter *procedimental* que damos a la lectura lacaniana. Como mencionaba en la Introducción, el modelo de lectura que intentamos seguir se inspira en la noción de “transliteración”: de ella se desprende un método que procede por cruces intertextuales, y en el que un escrito se lee con otros, con la finalidad de producir a la vez un nuevo escrito que permita “reinscribir al hablante en un lugar distinto”. En suma, se trata, a nuestro entender, de propiciar un nuevo punto de enunciación, causado por la transliteración; un *lugar* desde donde “se diga” algo más acerca de lo dicho.

En esta tentativa, decíamos, distinguimos dos caracteres diversos: el de *instrumento*, asignado a la obra de Winnicott, y el de *procedimiento*, asignado a la lectura de Lacan. El primero, en tanto *obra*, opera como *objeto*. su posición ordena un trayecto que otros textos (los de Klein) establecerán a partir de él²⁰. El segundo, en tanto *método de lectura*, aporta una lógica particular que nos permitirá ir desde los textos de Klein a los de Freud para dilucidar el modo en que los primeros han leído a los segundos, y lo que de ello queda como “resto”.

Para iniciar la operación, retorno al texto “Mi punto de vista personal sobre la aportación kleiniana”, pues en él encuentro, de la pluma del propio Winnicott, una delimitación de sus acuerdos y desacuerdos con Klein.

Bajo la rúbrica de los “acuerdos” podemos colocar:

1. La homologación entre el análisis de niños y el de adultos (1962: 210).
2. La existencia de algo “previo” al complejo de Edipo, que Winnicott califica de “pregenital”, y que debe incluirse como material del análisis (: 212).
3. La existencia de la “posición depresiva”, considerada como *“un grado elevado de integración personal, así como (de) aceptación de la responsabilidad de toda la destructividad ligada con la vida, con la vida instintiva, y con la ira ante la frustración”* (: 213). Bajo este enfoque, la posición depresiva parece vincularse para Winnicott con la castración, en tanto supone *“capacidad para la inquietud y para la culpabilidad”*. Winnicott resalta que ésta es la aportación más importante de Klein.

En el terreno de los “desacuerdos” hallamos:

1. La postulación de la existencia de la posición esquizo – paranoide, que Winnicott rechaza. *“Al parecer, Klein acabó pensando que los niños empiezan de esta manera, ignorando que gracias a unos cuidados satisfactorios por parte de la madre los dos mecanismos resultan relativamente carentes de importancia”* (: 214).

Como contrapartida hallamos el papel que Winnicott le otorga al “ambiente facilitador”, y en él a la “madre suficientemente buena”, conceptos que a sus ojos Klein parece ignorar. Veamos:

“En la etapa que estamos estudiando es necesario pensar en el bebé no como una persona que siente hambre, y cuyos impulsos instintivos pueden ser satisfechos o frustra-

²⁰ Ver, más adelante, una precisión respecto a este punto en lo referido al “objeto de la pulsión”.

dos, sino que debemos considerarlo un ser inmaduro que en todo momento se halla al borde de una angustia inconcebible. Esta angustia inconcebible es mantenida a raya por la importantísima función que la madre desempeña en esta fase: su capacidad para ponerse en el lugar del bebé y saber cuáles son sus necesidades dentro del gobierno general del cuerpo y, por ende, de la persona. El amor, en esta fase, sólo puede demostrarse en términos de cuidados corporales, tal y como sucede en la última etapa de un embarazo completo”(1962b: 67).

Aquí se centra una de las críticas más fuertes y definitivas de Winnicott a Klein, que lo llevan a decir: *“Klein afirmó haber prestado la atención debida al factor ambiental, pero en mi opinión era, por temperamento, incapaz de hacerlo”* (1962: 215). Esta afirmación parece tener una historia. Al respecto, veamos las siguientes opiniones de Padel, un psicoanalista de la B.P.S. contemporáneo de Winnicott: *“durante la década del '50 (...) los artículos de Winnicott estaban dirigidos a Klein, como si estuviera intentando persuadirla de su punto de vista, especialmente el referido a ‘actuar como una madre suficientemente buena’ y a la importancia del entorno”* (citado por Grosskurth 1986: 418).

Klein parecería ocupar para Winnicott, en esos años, dos papeles diversos pero claramente delimitables. Por una parte opera en el sentido de “causa”: su obra funciona a la manera de un “objeto – causa” que hace hablar a Winnicott. Este papel no ha pasado desapercibido en el análisis que S. Fendrik (1993, 2005) hiciera de la relación Klein – Winnicott, y en el que lo relaciona con la noción de “transferencia”, una transferencia de algún modo colateral, tomando en cuenta que, aunque lo deseara, Winnicott nunca logró pasar por el diván de Klein. El segundo papel podría plantearse con relación a la figura del “Otro”: Klein como el Otro de Winnicott; Otro de quien esperaba un reconocimiento muy especial, que podría plantearse en estos términos: “eres kleiniano aunque te pongas enunciar las cosas a tu manera, en tu propio lenguaje”. Esto, como ya venimos viendo, resultará imposible por dos motivos: en primer lugar, porque Klein sólo habrá de reconocer como “kleinianos” a quienes expresen las cosas en el lenguaje creado por ella (recuérdese a este respecto la carta, ya citada en nuestro capítulo anterior, de Winnicott a Klein). En segundo lugar, porque el gesto de Winnicott parece exigir algo más: que Klein variara su concepción respecto a la posición esquizo – paranoide:

“Winnicott nunca había aceptado la posición esquizo – paranoide y la explicación de Klein de la envidia primaria parecía radicalizar considerablemente esta postura (...). El

concepto de envidia propuesto por Klein implicaba la existencia de sentimientos sumamente complejos en el bebé, y Winnicott no podía aceptar ninguna descripción del bebé que ignorase el comportamiento de la persona que cuidaba de él” (: 438).

En este contexto encontramos otro episodio, similar al que relatáramos en el capítulo precedente, y que suma nuevos ingredientes a lo que calificamos como “rechazo de un gesto”. En 1950, y por iniciativa de Roger Money – Kyrle, comienza a prepararse un número doble del Journal of Psychoanalysis, a publicarse en 1952 en conmemoración de los 70 años de Klein. Money – Kyrle, junto con Paula Heimann, serán los encargados de dirigir la publicación. Pero los textos que la integren se habrán de presentar previamente en reuniones a las que asistirá Klein. En la reunión del 30 de mayo de 1951 Winnicott presentará su texto “Objetos transicionales y fenómenos transicionales”. Klein manifestará algunos prejuicios sobre el texto, y solicitará a Winnicott que “revise el artículo para que incorporase con mayor claridad sus ideas” (:417. El subrayado es mío. Huelga decir que “las ideas” a las que se refiere la frase son las de Klein).

Winnicott abandonó la sala con el artículo bajo el brazo, comentando “Aparentemente la Sra. Klein ya no me considera kleiniano”. Punto culminante de una relación (¿transfereencial?) que se sostuvo a lo largo de casi 20 años, y que dará lugar a la emergencia de una obra que ya no parece esperar ningún gesto de parte del kleinismo.

Klein muere el 22 de septiembre de 1960. Entre ese año y el de su propia muerte (1971), Winnicott publicará dos libros que reúnen sus tesis “más allá de Klein”. Estos textos serán “El proceso de maduración y el ambiente facilitador” de 1965, y “Realidad y Juego” de 1971, que se inicia con el célebre escrito sobre los objetos transicionales. De allí en adelante (y por tanto en forma póstuma) se publicarán más de diez volúmenes recopilando sus artículos y cartas.

Pero volvamos a los desacuerdos con Klein, que Winnicott menciona en su artículo de 1962. Terminaré de enunciarlos, para luego explayarme en su análisis.

1. Ya mencionado: la posición esquizo - paranoide.
2. La equiparación entre “mecanismos profundos” (tales como la escisión y la proyección) y “aparición precoz”. Hay en Klein, dirá Winnicott, una *“tendencia a atrasar más y más la edad en que aparecen los mecanismos mentales”* (:215). Vislumbramos aquí la persistencia, en el pensamiento de Klein, de ciertos tópicos propios del

programa de Abraham: en primer lugar tratar de establecer relaciones entre etapas del desarrollo y patología, y en segundo lugar instituir como premisa que cuanto más temprana es la etapa más “gravedad” reviste la patología. Este criterio tendrá un importante peso en el psicoanálisis argentino de los años 50 y 60.

3. La vinculación de la “destrutividad infantil” con nociones tales como “herencia” y “envidia”. Este concepto en particular, uno de los últimos desarrollados por Klein, genera en Winnicott un profundo desacuerdo. En una carta escrita a Joan Riviere el 3/2/56, luego de escuchar la exposición de Klein de sus tesis sobre la envidia, objetará la capacidad de Klein para comprender lo que verdaderamente sucede en los primerísimos estadios del desarrollo, y finalmente dirá: *“Considero necesario que Melanie no trate pacientes psicóticos”* (Winnicott, 1956: 171).

¿Porqué Winnicott rechaza el concepto de envidia, en tanto acepta como la mayor contribución de Klein la posición depresiva? ¿Establece una continuidad entre la noción de envidia y la posición esquizo – paranoide? Por otra parte: ¿por qué sostiene que Klein no tiene capacidad para comprender la psicosis? ¿Qué es lo que ella no entiende?

Intentaremos demostrar más adelante que lo que Winnicott sostiene es que Klein no logra entender cuál debe ser la posición que el analista debe ocupar en la transferencia, y que esto se debe a su errada visión de la primera infancia, del papel que la madre juega en ella, y de la función que el odio ocupa en la “construcción” del objeto.

En la carta que le escribe a Joan Riviere, Winnicott dirá:

“Después del artículo de la Sra. Klein, usted y ella me hablaron y, dentro del marco de la amistad, me dieron a entender que ambas están absolutamente seguras de que yo no puedo hacer ninguna contribución positiva al interesante intento de enunciar la psicología de las primerísimas etapas que Melanie lleva a cabo permanentemente” (:170).

Winnicott le dirá, varias veces y en diferentes cartas: “el problema es que usted no sabe recibir”. Por ejemplo, en la carta del 13/6/58, escrita con motivo de su cumpleaños: *“hay en el mundo muchas personas generosas, pero muy pocas capaces de recibir. Confío de veras en que usted sea capaz de recibir”* (1958: 200).

Volviendo a la primera de las cartas citadas, Winnicott sigue diciendo: *“había en el artículo de Melanie tres temas tan entremezclados que el debate se volvió casi imposible. Me sorprende que Melanie haya escrito un artículo tan embrollado”* (1956: 171).

¿Cuáles son, según Winnicott, esos “tres temas”?

- a. El tema de la envidia tal como aparece en el análisis (contribución positiva, dirá, aunque no nueva).
- b. La envidia del pecho bueno por parte del bebé: esto es considerado por Winnicott como un error de perspectiva en la lectura kleiniana. No se trata de que el bebé “realmente” envidie el pecho bueno: esto es lo que surge, a la manera de un recuerdo encubridor, en el relato de los pacientes adultos (de un modo similar a como se manifiesta, para Freud, el Complejo de Edipo en el relato de sus pacientes).
- c. La psicología de la más temprana infancia, a la luz del concepto de envidia. Respecto a este punto Winnicott escribe: *“Mi dificultad cuando comienzo a hablarle a Melanie sobre su enunciación acerca de la temprana infancia es que siento como si le estuviese hablando de colores a una persona ciega para los colores”* (:172). Esta “ceguera” de Klein está organizada en torno a un escotoma, pues ella *“no ha dado prueba alguna de comprender el papel que cumple la madre en los inicios”*.

Veamos como se manifiesta esta particular “ceguera” en el texto de Klein. Ella afirma por ejemplo: *“Si consideramos que (...) en la mente del niño existe la fantasía de un pecho inagotable (...), se hace comprensible que la envidia surja aun cuando esté adecuadamente alimentado. Los sentimientos del niño parecen ser de tal naturaleza, que al faltarle el pecho éste se convierte en malo porque guarda para sí la leche, el amor y el cuidado que estaban asociados con el pecho bueno. El niño odia y envidia lo que siente como un pecho mezquino que se da de mal grado. (...) Esta envidia primitiva es revivida en la situación transferencial. Por ejemplo: el analista acaba de dar una interpretación que alivió al paciente trocando su estado de desesperación por esperanza y confianza. Con algunos pacientes (...) esta interpretación útil puede convertirse rápidamente en el objeto de sus críticas destructivas. (...) El paciente envidioso escatima al analista el éxito de su trabajo; y si percibe que el analista y la ayuda que éste está dando han sido dañados y desvalorizados por su crítica envidiosa, no lo puede introyectar suficientemente como un objeto bueno ni aceptar con real convicción y asimilar sus interpretaciones”* (Klein 1957: 188/9).

Me he extendido en esta cita porque pretendo extraer de ella varias consecuencias:

- En primer lugar, resulta notorio que para Klein la interpretación tiene el mismo status que el alimento provisto por el pecho; el analista, bajo la óptica kleiniana, ocupa la posición del pecho bueno, nutricio, y la interpretación tiene, en último término, un significado alimentario. Muchos críticos apresurados de Winnicott le han asignado ésta concepción. Como desarrollaré en el capítulo siguiente, el régimen de la interpretación en la lógica de Winnicott tiene un status muy diferente.
- Dentro de la perspectiva kleiniana, el odio es siempre visto como una presencia negativa, expresión de la pulsión de muerte, que a su vez es leída desde un plano biológico que hace de ella el índice de un quantum constitucional. *“La frustración y las circunstancias desdichadas sin duda despiertan algo de envidia y odio en cada individuo a lo largo de su vida, pero la fuerza de estas emociones y el modo de enfrentarlas varía de manera considerable. Esta es una de las numerosas razones por las cuales la capacidad de gozar, ligada al sentimiento de gratitud por la bondad recibida, difiere grandemente en las distintas personas”* (:195). Este tipo de afirmaciones sostienen la existencia de una diferencia “constitucional” entre las personas, que no logra explicarse por las vivencias acaecidas en la temprana infancia. La frustración puede deparar cierto monto de envidia, pero una cantidad excesiva de ella tiene, necesariamente, un fundamento constitucional. Frente a ello, el análisis no encuentra ninguna oportunidad. La insistencia de Winnicott en pensar las capacidades y las dificultades del sujeto en función del modo en que en él ha influido su ambiente, descartando toda base constitucional “negativa”, retoma la tradición freudiana que opone lo “traumático” a lo “constitucional”, y abre las puertas a un análisis “posible”.²¹

Winnicott fue el analista de Erich, el hijo de Klein que fuera inicialmente analizante de ésta, apareciendo, bajo el nombre de “Fritz”, en casi todos los textos de su madre de la primera época. Una madre que analiza a su hijo pequeño, probablemente resulte ciega al papel que ella, en tanto madre, ocupa en la patogenia del caso. Se trata de ese punto

²¹ En la época en que Freud propone, para explicar la causa de la histeria, su teoría traumática, todavía se asiste al apogeo de la teoría de la degeneración hereditaria de Morel, que postula, para todo el campo de las psicosis funcionales, un origen hereditario. Dentro de la clasificación de Krafft Ebing (introdutor de Morel en la lengua alemana, y maestro de psiquiatría de Freud) existe un pequeño rango por fuera de las determinaciones hereditarias: las psiconeurosis, a las que se les sospecha una etiología accidental. Dentro de ese terreno ubicará Freud a la histeria, arrancándola de las determinaciones hereditarias, y haciendo por tanto de ellas un terreno propicio para la instalación de un “tratamiento por el espíritu”. (Cf. MARTI-

ciego en la retina al que Freud hace referencia cuando habla del término “escotoma”: la imposibilidad de ver allí donde ya existe otra cosa en el lugar de la percepción.

El lugar del analista de niños se abre para Klein bajo ese modo particular, y quizá sea esa ceguera, relativa a sus primeros casos (sus propios hijos), la que insista después en el resto de su teorización. No es que ella no pueda ver a la madre. Es más: no deja de concebir su intervención desde el registro de una madre nutricia. Lo que no puede ver es el papel de la madre en la patogenia del hijo. Si Winnicott insiste en resaltar el papel de la “madre suficientemente buena”, es justamente porque ese es un papel “posible”, no “necesario”, y que por tanto requiere de la penetrante observación del analista para detectar las fallas en su función, y lo que éstas acarrearán. Klein universaliza el papel de la madre como “buena”, sin fallas, y carga la patología del lado de la constitución. Y al mismo tiempo, no logra diferenciar la función del analista de la función materna, como si este “vicio de origen” en su clínica se extendiera a lo largo de toda su obra.

Con Winnicott asistimos a la caída del ideal de la analista – madre, heredero del analista – padre que Freud postulara como modelo en el “caso Juanito”, y aplicara al tratamiento de su hija Anna. La caída de este ideal funciona como un límite, en el sentido de una restricción que, de allí en más, se incorpora al campo de la “abstinencia analítica”: “No analizarás a tus propios hijos”. Al instaurarse, dará lugar a la posibilidad de incluir, en el trabajo psicoanalítico con niños, la dimensión del “deseo de los padres”.

Los compiladores de uno de los libros póstumos de Winnicott (“Acerca de los niños”, 1996), Ray Shepherd, Jennifer Johns y Helen Taylor Robinson, rescatan en la *Introducción* al mismo el valor de uno de los textos que lo componen, “La etiología de la esquizofrenia infantil en términos de la falla adaptativa”, escrito para las jornadas sobre “Infancia alienada” que Maud Mannoni organizara en Francia en 1967. Y sobre todo hacen hincapié en las ideas que Winnicott desliza hacia el final del texto (“Nota H”), relativas al vínculo existente entre los sentimientos inconscientes de odio en la madre y la emergencia de esquizofrenia en el hijo:

“H) A esto parece necesario añadir el concepto del odio inconsciente (reprimido) de la madre hacia el niño. Los padres aman y odian naturalmente a sus bebés en diversos grados. Esto no provoca daño. A cualquier edad, y sobre todo en la temprana infancia,

NEZ H.: *La infancia bajo sospecha* (Acta psiquiátrica y psicológica de América latina, 1998 44-4) y *La esquizofrenia en debate* (Acta psiquiátrica y psicológica de América latina, 2004 50-1)

el efecto del deseo de muerte reprimido hacia el bebé es perjudicial, y desborda la capacidad del bebé para tramitarlo” (1996: 29).

Los compiladores aclaran: *“Se concibe a la madre como deseosa de que su bebé muera, aunque este deseo se represente, más concretamente, mediante conductas contrarias. (Esta formulación del deseo de la madre de la muerte del hijo debe distinguirse de la de Freud, luego desarrollada por Klein, sobre la pulsión de muerte)”* (:30).

En la clínica de la esquizofrenia este tipo de ideas generaron un vuelco, similar al que comentamos más arriba respecto a las ideas de Freud acerca de la histeria: aportaron un argumento no constitucional para pensar la patogenia del cuadro clínico, argumento que encontraría eco en autores como Ronald Laing, Gregory Bateson o Maud Mannoni. Argumentos que, como dice Winnicott, *“exigen coraje para debatirlos, pero sin ellos no hay esperanzas, a mí entender, de que algún grupo de hombres de ciencia avancen hacia la comprensión de la etiología del autismo”* (:29).

Vuelvo a la carta a Joan Riviere, escrita en ocasión de la lectura de “Envidia y Gratitude”. ¿Porqué Winnicott no le escribe directamente a Klein? *“Parecería probable que Melanie no quisiera ser molestada por mí (...), en especial teniendo en cuenta que ella no va a encontrarse con ningún analista, salvo aquellos que dan una alegre bienvenida a su contribución”* (Winnicott 1958: 173). Él parece perseverar en su demanda: quiere lograr de “su analista” (¿Riviere, Klein?) que acepte lo que él le pide, y se convierta así en una madre suficientemente buena, capaz de recepcionar y valorar su gesto.

“Debo sostener esto sin reservas pese al hecho de que jamás he sido una madre y ella, desde luego, lo ha sido. También usted ha sido una madre”. Y sin embargo estas madres lo tratan como a un niño, y le dicen: “lo que a ti te pasa es que no eres objetivo, eres un mal chico caprichoso”. Respuesta posible, finalmente, viniendo de una madre. ¿Porqué no recurrir a un padre, a una ley más allá del capricho de estas madres egoístas y veleidosas, incapaces de oírlo en su singularidad?

Pareciéramos volver, de este modo, al tema de nuestra Segunda Parte: la madre, ese impensado. Si la apuesta de Winnicott es hacer del “monstruo-hembra” una “madre suficientemente buena”, Klein no deja de “frustrarlo”. No logrará convencerla, a pesar de sus buenas maneras.

En Klein la madre también resulta, así, un “impensado”: ella sólo logra hacer lugar a los efectos del monstruo sobre el niño, pero carga la responsabilidad en el niño, en su constitución, en sus cargas pulsionales.

Winnicott, al postular su “madre suficientemente buena”, desenmascara, por la contraria, los efectos negativos de la madre. Todo lo que Klein estudió en términos de envidia, disociación, persecución, son para Winnicott los efectos, en el niño, de la “falta” de madre (de la falta de un “deseo materno”, podríamos decir ahora, guiándonos por las lecturas de Lacan al respecto).

En lo que sigue intentaremos abordar otro aspecto de la operación “Klein con Winnicott”, relativo en este caso al papel del odio en la constitución del objeto. Dado que este tema resulta central para establecer las diferencias teórico-clínicas de estos dos autores, intentaremos darle la dimensión que se merece, y por tanto adquirirá el status de un capítulo propio, insertado dentro de esta parte de la Tesis por una razón temática. Al mismo tiempo exigirá nuevos rodeos que habrán de servirnos para encarar, en la dimensión más ajustada posible, los conceptos de los pretendemos dar cuenta.

(c) El problema del objeto.

c.1. Introducción

A propósito del lugar de la madre en las teorizaciones kleinianas encuentro, en la clase del 20/1/60 del Seminario 7 de Lacan, la siguiente afirmación: *“La articulación kleiniana consiste en lo siguiente: el haber colocado en el lugar central de **das Ding** el cuerpo mítico de la madre”* (1960: 131). En estas clases de su seminario Lacan se halla trabajando el concepto freudiano de “Cosa” tal como éste aparece en el “Proyecto de una psicología para neurólogos”. *“Se trata”,* dirá Lacan, *“de ese interior excluido que (...) está de este modo excluido en lo interior (...) de algo que se articula (...) como el **Real-Ich** que quiere decir entonces lo real último de la organización psíquica”* (:126).

A lo largo de estas clases de su seminario Lacan irá construyendo una topografía del objeto freudiano, llevando hasta sus últimas consecuencias la lectura que inicia en el Seminario 4 y que vincula la dimensión del *objeto* con la de la *falta*. A partir de la “Cosa” Lacan puede ubicar ese primer objeto como una presencia-ausencia enclavado en un espacio topográfico complejo, un interior-exterior, que será retrabajado más adelante a

partir de figuras topológicas tales como el Toro y la Botella de Klein. Sin esos recursos, de todas formas el seminario avanza en una descripción tópica que da lugar a un esquema de este tipo:



La sublimación será definida en este contexto como una operatoria sobre el objeto, que consigue *“evarlo a la dignidad de la Cosa”* (:138).

Esta operatoria reaparece en varios lugares de la enseñanza de Lacan. Hagamos su historia:

- § En el Seminario 5 (clase del 23/4/58), Lacan sostendrá que todo elemento Real o Imaginario se eleva a la categoría de significante cuando es *anulado* (Aufhegen). *“De ello resulta que para todo lo que no es significante (...) la barra es una de las formas más seguras (...) de su elevación a la dignidad del significante”* (:351).
- § En el Seminario 7, y tal como lo venimos comentando, la sublimación logra algo similar, en este caso en lo relativo al objeto, y con respecto a la Cosa: una operatoria capaz de “elevar algo” a una dignidad diferente de la que le corresponde, por intermedio del uso de la “barra”.
- § El papel de la barra retorna y se especifica en el Seminario 20, en la lección del 9/1/73 y a propósito de “la función de lo escrito”. Allí Lacan sostendrá que *“la barra es precisamente el punto donde, en todo uso del lenguaje, existe la oportunidad de que se produzca lo escrito”* (:46).

En todos los casos parecería tratarse de una operación de “purificación”, de sublimación en un sentido amplio, y que supone una manera de hacer que un elemento de un registro (Real en la mayoría de los casos) adquiera la “dignidad” de lo simbólico a partir de recibir sobre sí los golpes de la barra, que como una especie de cincel talla la roca para convertirla en símbolo. Esta barra es, en cierto sentido, equiparable a la “castración”, si por tal término entendemos justamente el asunto central que define a lo Simbólico en

tanto que tal: la posibilidad de escribir, de hacer lugar en tanto que símbolo a la dimensión de la falta²².

En este contexto: ¿qué quiere decir Lacan cuando afirma que Klein ubica en el lugar de la “Cosa” al cuerpo mítico de la madre? Entiendo que de esta frase, y en relación con lo que venimos trabajando hasta el momento, se pueden deducir dos consecuencias:

1. La primera va en un sentido que podríamos calificar de “positivo”: que para Klein la madre ocupe el lugar de la Cosa quiere decir que ella despeja lo que hasta allí aparecía oscurecido en los textos psicoanalíticos, a saber, que la madre está “antes” del padre, que ella (el espacio de su cuerpo) es ese primer objeto de goce del cual la operatoria paterna nos viene a separar, sin que el corte posea una efectividad tal que no deje restos. Este es el primer sentido que venimos intentando a su vez proponer como modo de pensar lo que la obra de Klein tiene de heterodoxia: los vínculos del cuerpo de la madre con lo Real, y los modos en que lo real insiste más allá de las articulaciones simbólicas.
2. La segunda consecuencia va en un sentido “negativo”: si la madre como real primitivo es ubicada “antes” del lenguaje, y aún por fuera de su campo, se convierte en un elemento no analizable, o dicho en otros términos, un elemento sobre el que no se puede hacer caer la barra, un elemento por siempre ajeno a la castración, un elemento, en suma, no simbolizable, “natural”, al cual el niño intentará “barrar” sin éxito a través de la proyección de sus pulsiones agresivas, y que por tanto deberá “reparar”.

Todo un programa de lectura se abre a partir de estos postulados, programa que en buena medida guiará las postulaciones de Lacan, a quien D. Rabinovich define como un *“lector genial”* de Klein, *“pues fue capaz, a partir de su lectura, de definir los impases y, no olvidemos, de establecer así mismo las ganancias del camino por ella recorrido”* (Rabinovich 1988: 40)

Si nos dejamos guiar por el minucioso trabajo que Rabinovich realiza en su tesis para despejar algunas dificultades centrales del concepto de “objeto” en psicoanálisis, hallaremos un instrumento preciso que nos permita adentrarnos en la diferenciación de la noción de objeto y del valor atribuido al odio entre Klein y Winnicott.

²² Hablando del papel simbólico del falo, Lacan dirá: *“Se convierte entonces en la barra que, por la mano de ese demonio, cae sobre el significado, marcándolo como la progenitura bastarda de su concatenación significativa”* (1958b, pág. 286).

c.2. El objeto, de Freud a Winnicott

La dimensión del objeto nos introduce en el registro de la “otredad”, aquella que Winnicott calificaba como la dimensión “no-yo”. N. Abbagnano, en su “Diccionario de Filosofía” (1961), afirma que el término “objeto” es de aparición tardía en el discurso filosófico (siglo XIII), señalando desde entonces *“el término de una operación cualquiera”* (:867). En la filosofía moderna se incluirá como término de toda operación cognoscitiva, y el centro de la especulación recaerá sobre el otro polo de la operación: el sujeto. Así nacerá la Gnoseología (*“técnica para la comprobación”* –es decir: descripción, cálculo, previsión controlable- *“de un objeto”* :216), la Estética (*“doctrina del conocimiento sensible”*, según la definición de Kant tomada de la “Crítica del Juicio”, :452), y con el correr del tiempo la Psicología, entendida como ciencia del sujeto.

El psicoanálisis no desdeñará, desde sus orígenes, esta doble faceta del problema del conocimiento: ¿qué se conoce?, ¿quién conoce?, ¿cómo se conoce? Y el desarrollo de este programa, al interior de una disciplina que posee una meta terapéutica, derivará en la construcción de una “Ética” (en tanto *“ciencia de la conducta”*, :466), que resultaría así el corolario de los modos en que un discurso define al sujeto y sus relaciones con el objeto, y desde allí lo que puede valorarse en términos de “mejor” o “peor”, de “salud” o “enfermedad”, elementos de la Ética que desembocan en lo que podríamos calificar de parámetros para la dirección de las curas.

De esta forma, interrogarnos sobre los modos en que Freud, Klein y Winnicott conceptualizan las relaciones sujeto/objeto, habrá de llevarnos a aclarar los criterios éticos que guían sus intervenciones clínicas.

Rabinovich despeja, en la obra freudiana, tres “dimensiones” del objeto:

a) El objeto del deseo: extraído del capítulo 7 de “La interpretación de los sueños” y del “Proyecto...”, se trata de un objeto propio de la realidad psíquica: la huella mnémica del primer objeto de satisfacción. Esta huella quedará asociada, en el psiquismo, a otra creada por la excitación proveniente de la necesidad, y a la que el objeto vino a satisfacer. Luego, si se produce el retorno de la necesidad, habrá recarga de la huella del objeto:

“Tal impulso es lo que calificamos de deseos. La reaparición de la percepción es la realización del deseo, y la carga psíquica completa de la percepción, por la excitación

emanada de la necesidad, es el camino más corto para llegar a dicha realización”
(Freud 1900: 689).

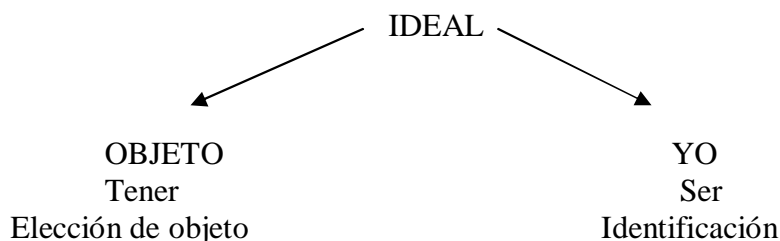
Rabinovich resalta dos caracteres de ese objeto:

(1) Es “desadaptativo”: *“El deseo (...), al invertir nuevamente esa huella mnésica desiderativa, produce el olvido del camino de la satisfacción, condena al organismo a la desadaptación desde el inicio”* (:13).

(2) Está perdido como condición estructural, y no por causas accidentales: *“Esto implica que el objeto está perdido ya en la estructura misma, esa estructura que dibujan el desamparo, el otro prehistórico y la función de comunicación que adquiere la descarga como tal. La pérdida no es pues aquí avatar de la historia o producto de una génesis madurativa, sino la estructura misma del ser humano en lo tocante a su relación con el objeto del deseo”* (:17).

b) El objeto de amor: pertenece por entero a la esfera del narcisismo. Será en torno a algunas precisiones de Freud en su texto “Psicología de las masas y análisis del Yo” que Rabinovich habrá de caracterizarlo. De ellas se desprende el papel que, en esta dimensión del objeto, juega el Ideal: *“Esta distinción entre ser el objeto (identificación) y tenerlo (elección de objeto) debe ahora retomarse en función de su articulación con la función del Ideal. (...) Freud (...) describe la identificación como los esfuerzos de un sujeto para modelar su propio yo de acuerdo al modelo elegido. En la elección de objeto, en cambio, la función del Ideal se observa en la idealización del objeto de amor. (...) Freud concluirá que lo realmente decisivo para determinar la elección de uno u otro camino es si el objeto es colocado en lugar del yo o del Ideal del yo”* (:33/4).

De esta forma podemos vislumbrar el campo del narcisismo como una zona comandada por el Ideal, y dando una doble posibilidad, de acuerdo al sector que ilumine:



c) El objeto de la pulsión: Rabinovich remarca que la dimensión del objeto perdido del deseo es “fundante” de toda categoría de objeto en la obra de Freud, y que por tanto el

objeto de amor y el de la pulsión *“son ya formas de sustitución del objeto perdido del deseo”* (:23). Yendo al caso particular del objeto de la pulsión, dirá de éste que es *“instrumento de la satisfacción, aquello con lo cual se obtiene la satisfacción, y en tanto instrumento es precisamente el aspecto más variable de la pulsión”* (:22), variabilidad que se matiza cuando Freud introduce, como contrapunto, la noción de “fijación”. Masotta (1980: 67) resalta el papel del objeto en tanto permite a la pulsión parcial realizar su “trazado”, sintetizando de este modo la lectura que propondrá Lacan en el Seminario 11:

“En todo caso, hay algo que nos obliga a distinguir esta satisfacción del puro y simple autoerotismo de la zona erógena, y es el objeto que con demasiada frecuencia confundimos con aquello sobre lo cual se cierra la pulsión – ese objeto que, de hecho, no es otra cosa más que la presencia de un hueco, de un vacío, que, según Freud, cualquier objeto puede ocupar, y cuya instancia sólo conocemos en la forma del objeto perdido ‘a’ minúscula. El objeto ‘a’ minúscula no es el origen de la pulsión oral. No se presenta como el alimento primigenio, se presenta porque no hay alimento alguno que satisfaga nunca la pulsión oral, a no ser contorneando el objeto eternamente faltante” (Lacan 1964: 187).

Rabinovich señala que Klein, siguiendo los lineamientos de Abraham, confunde en una a dos de las vías del objeto freudiano: el objeto de amor y el objeto de la pulsión. *“Esta diferencia, que es la diferencia entre las dos series freudianas, no culmina en ninguna fusión de las mismas, pues como bien lo señala Freud, el objeto como pecho se pierde frente a la madre como objeto total de amor, hay incompatibilidad entre el objeto y la persona, entre la totalización del amor y el carácter parcial de la satisfacción pulsional”* (:23).

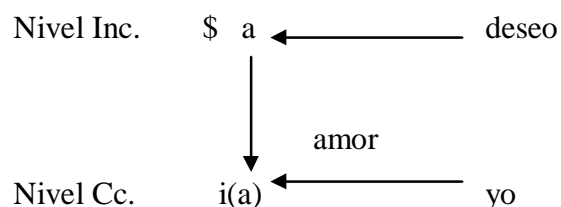
Aquello que Rabinovich, a partir de la lectura de Lacan, logra distinguir en Freud como “dimensiones del objeto”, aparecen en la obra de Klein como líneas cruzadas que velan tal distinción:

1. En el primero de estos cruces, el objeto del deseo se “desdibuja” tras el objeto de amor, emergiendo como “la madre” en tanto objeto total amado. Sólo parece resurgir algo de la dimensión “deseante” del objeto (con sus caracteres de “perdido” e “inasimilable”) tras la noción de “envidia”.

2. En el segundo cruce, Klein, a diferencia de Abraham, mantiene el carácter parcial del objeto con independencia de la “fase”. Así, para ella “lo parcial” no es un carácter propio de las fases oral y anal. Más bien pareciera que el objeto de la pulsión siempre es parcial. Pero su ideal de evolución supone también un “progreso” de lo parcial a lo total, que se logra “desde” el pecho “hacia” la madre. El descentramiento del “falo” como organizador de la dinámica del objeto parcial en privilegio del “pecho” produce una veladura de los efectos de la castración.

Retomemos las dimensiones del objeto en Freud. Habíamos afirmado que la dimensión del objeto del deseo es fundante de toda categoría de objeto en psicoanálisis. Profundicemos sus características. Esta dimensión del objeto en tanto perdido de antemano, imposible de reencontrar y a la vez imposible de olvidar parece brindar la característica esencial del deseo freudiano, que éste autor califica como “indestructible” (Freud 1900: 682, nota al pie 383). Rabinovich plantea que este objeto del deseo se torna, para Klein, *“el núcleo a partir del cual se construye su teoría de la posición depresiva, en la medida en que la función del duelo pasa a desempeñar un papel central en la constitución del objeto del deseo”* (:17). Sin embargo, nos parece que el *duelo*, en tanto supone una operatoria que busca desligar la libido de la representación de un objeto perdido, para que ésta esté disponible a fin de catectizar un nuevo objeto (Freud 1917a) resulta una operación que recae sobre un objeto diverso: el “objeto de amor”, ligado (y aún posibilitado) por el objeto de deseo, pero distinguible en términos teóricos.

Intentaremos caracterizarlos a través de algunos conceptos lacanianos. El objeto del deseo, localizado en lo inconsciente, es aquel que Lacan ubica como “a” en su fórmula del fantasma: \$ a. Este objeto permite, a nivel consciente, establecer un objeto posible de amor: i(a), una imagen “amable” en tanto contiene en su interior al objeto de deseo.



Cuando el objeto de amor, i(a), se pierde, la libido se desprende de su representación y vuelve al yo (duelo), hasta que éste logra ubicar (construir) un nuevo objeto de amor. De este modo el duelo nunca es por el objeto del deseo pues éste, por definición, es “in-

duelable”. Que en Klein se entremezclen estas dos dimensiones del objeto traerá ciertas consecuencias que analizaremos más adelante.

Continuemos con las características que Freud daba a la realización de deseos: si la carga completa de la huella mnémica del objeto resultaba ser “el camino más corto” para la satisfacción, ésta adquiere una modalidad “alucinatoria”, la que realiza una tendencia del aparato a lograr la “identidad de percepción”, marcando de este modo el programa del Principio del Placer: “lograr la satisfacción por el camino más corto”. En este sentido se entiende que Rabinovich diga que se trata de un objeto “desadaptativo”, si entendemos, a su vez, el término “adaptación” como “ajuste a los requerimientos de la Realidad”. El aparato psíquico, regido por el Principio del Placer, rechaza estos requerimientos. Serán necesarias, dirá Freud, “amargas experiencias” para que este Principio sea modificado, y el aparato psíquico se vea obligado a “salir” a la Realidad en busca del objeto. ¿Y cómo se logra esto?: evitando la carga completa de la huella, y “examinando la realidad” para hallar en ella un objeto que pueda compararse con la huella. Se trata, sigue diciendo Freud, de una “conducta de rodeo” (:690), que más adelante (1911) tomará como operatoria central del Principio de Realidad. Dentro de esta operatoria se destaca la función del “juicio”, estudiada por Freud en el “Proyecto...”:

“En presencia de una catexia desiderativa puede surgir una percepción que no coincida en ninguna forma con la imagen mnémica deseada (...). En tal caso surgirá un interés por(re) conocer” (1895: 239).

Tal función de conocimiento se produce por comparación, y de esta comparación surgen dos “porciones” del objeto, *“una de las cuales da la impresión de ser una estructura constante que persiste coherente como una Cosa, mientras que la otra puede ser comprendida por medio de la actividad de la memoria”* (:240).

SUJETO	OBJETO
	Porción constante: COSA = incomprendible
YO ←	Porción comprensible
asimilable	

Así, del objeto surgen dos dimensiones: la “comprensible”, que estará en la base del reconocimiento (y la identificación), y finalmente de la elección de objeto, y la “incom-

previsible”, base de lo “no (re)hallado” y por tanto origen del deseo en tanto dimensión perdida del objeto.

Cuando en el texto sobre “La Negación” (1925) Freud retome el problema del juicio, planteará que su función se reduce a la toma de dos decisiones: *“Ha de atribuir o negar a una cosa una cualidad y ha de conceder o negar a una imagen la existencia en la realidad”* (:2885). La primera operación, que otorga o no una cualidad, calca la función de conocimiento sobre la de incorporación, pues por una parte estas cualidades se reparten en las duplas “bueno o malo”, “útil o perjudicial”, y por otra los aspectos que podríamos calificar de “positivos” en las polaridades (lo bueno, lo útil) se traducen en términos psíquicos como “esto lo introduciré en mí”.

“El yo primitivo, regido por el Principio del Placer, quiere introyectar todo lo bueno y expulsar de sí lo malo. Lo malo, lo ajeno al yo y lo exterior son para él, en un principio, idénticos” (:2885).²³

Surge aquí una primera función del juicio, relativa al Principio del Placer y a un modo inicial de funcionamiento del yo, que hace coincidir consigo lo placiente, expulsando lo displaciente. Otra vez se impone la necesidad de un factor correctivo que haga retornar al Yo a la realidad: *“La otra decisión de la función del juicio, la referente a la existencia real de un objeto imaginado, es un interés del yo real definitivo (...). No se trata ya de si algo percibido (un objeto) ha de ser o no acogido en el yo, sino de si algo existente en el yo como imagen puede ser también vuelto a hallar en la percepción (realidad)”*.

A modo de síntesis de esta “gnoseología” freudiana resaltamos:

1. Los vínculos iniciales del yo con el objeto son “irrealistas” en la medida en que están gobernados por el principio del placer.

²³ Hallamos en Ferenczi (1909) un antecedente de este planteo, en el que se homologan “introyección” y conocimiento, y expulsión y “creación” del mundo exterior: *“Cuando el niño excluye los ‘objetos’ de la masa de sus percepciones, hasta entonces unitaria, como formando el mundo exterior y a los cuales, por primera vez, opone al ‘yo’ que le pertenece más directamente, (...) efectúa en realidad su primera operación proyectiva, la ‘proyección primitiva’. Y si más adelante desea desembarazarse de los afectos desagradables al modo paranoico, no tiene necesidad de un sistema absolutamente nuevo: de la misma forma que ha objetivado anteriormente una parte de su sensorialidad, expulsará una parte aún mayor del yo al mundo exterior (...). Sin embargo, una parte más o menos grande del mundo exterior no se deja expulsar tan fácilmente del yo, sino que persiste en imponerse, desafiante: ámame u ódiame (...). Y el yo cede a este desafío, reabsorbe una parte del mundo exterior y amplía su interés: así se constituye la primera introyección, la ‘introyección primitiva’.”* (:108). Retomaremos más adelante el peso de estas afirmaciones al interior de los planteos kleinianos.

2. La realidad se opone al principio del placer, y el “principio” de realidad introduce un modo psíquico de resolver esta oposición.
3. El principio de realidad, si bien surge como un factor “correctivo”, de ninguna manera supera, y por tanto sepulta, el modo anterior.

A diferencia de las gnoseologías tradicionales, el Yo freudiano comienza incorporando al objeto en tanto su cualidad resulte “buena”, y expulsándolo en tanto resulte “mala”, y este principio nunca cesa en su operatoria. Por tanto, la “realidad”, en el sentido de “mundo exterior”, no es concebida como un objeto previo, sino como el producto de una proyección: es “creación” del sujeto bajo el primado del principio del placer. El principio de realidad como factor correctivo introduce otra dimensión del juicio y “salva” en su existencia a la realidad “objetiva”, pero sin sepultar al principio del placer.

La “gnoseología” que encontramos en Klein, si bien respeta los lineamientos de la gnoseología freudiana, parece regirse por otra ética, en la medida en que para ella lo “bueno” en términos de ética y dirección de la cura es equiparable con lo objetivo. Así, calificará al yo inicial de inmaduro, y la cura se entenderá en términos de “progreso”, de abandono de una posición primitiva para lograr el primado de otras más evolucionadas²⁴.

Estas dos dimensiones del funcionamiento mental (Principio de Placer y de Realidad) se complejizarán cuando intervenga un tercer principio, más arcaico que el de Placer. Éste habrá de manifestarse como una *“obsesión de repetición (Viederholungszwang), más primitiva, elemental e instintiva que el principio del placer”* (Freud 1920: 2517).

Para explicarla, Freud recurre a la comparación del ser humano con una *“vesícula indiferenciada de masa excitable”* (:2518). En ella, la capa exterior se convertirá a la vez en “órgano receptor de las excitaciones” y en “dispositivo protector contra las excitaciones”: *“Para el organismo vivo, la defensa contra las excitaciones es una labor casi más importante que la recepción de las mismas. El organismo posee una provisión de energía propia y tiene que tender, sobre todo, a preservar las formas especiales de la transformación de energía que en él tienen lugar contra el influjo nivelador y, por tanto, destructor de las energías excesivamente fuertes que laboran en el exterior. La recepción de excitaciones sirve, ante todo, a la intención de averiguar la dirección y natura-*

²⁴ Este criterio madurativo le llega a Klein a través de Abraham.

leza de las excitaciones exteriores, y para ello le basta con tomar pequeñas nuestras del mundo exterior como prueba ”(:2519).

Este modelo energético de relación con el mundo superpone, a la función cognoscitiva, otra mucho más importante: la de defensa, y hace del mundo exterior, más que el lugar del objeto deseable en tanto puede satisfacer la necesidad, un sitio que es fuente de peligros. Esta función de defensa no debe confundirse con los mecanismos psíquicos de defensa, cuyo modelo es la represión, pues estos actúan sobre excitaciones provenientes del interior, menos intensas y más adecuadas al funcionamiento del sistema.

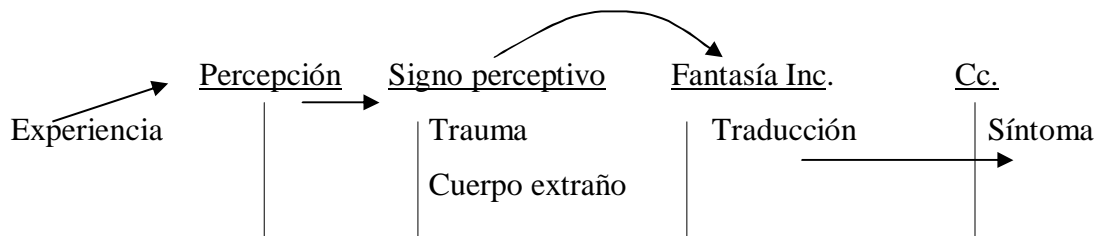
Cuando una excitación externa sobrepasa el umbral de protección de la barrera se produce un “trauma”, y éste genera un desequilibrio energético en el aparato que deja al principio del placer “fuera de juego”. La única labor posible frente a estas grandes masas de excitación será la de *“ligarlas psíquicamente y procurar su descarga ”(:2521).*

La noción de “trauma” recorre de punta a punta la obra freudiana: definido tempranamente en los “Estudios sobre la histeria” como ese cuerpo extraño que es **causa** de los síntomas histéricos sin lograr nunca incorporarse, hasta su disolución, en las cadenas de representaciones, ordena una primera topografía psíquica en la cual opera como “núcleo patógeno”, en torno al cual las redes representacionales se organizan.

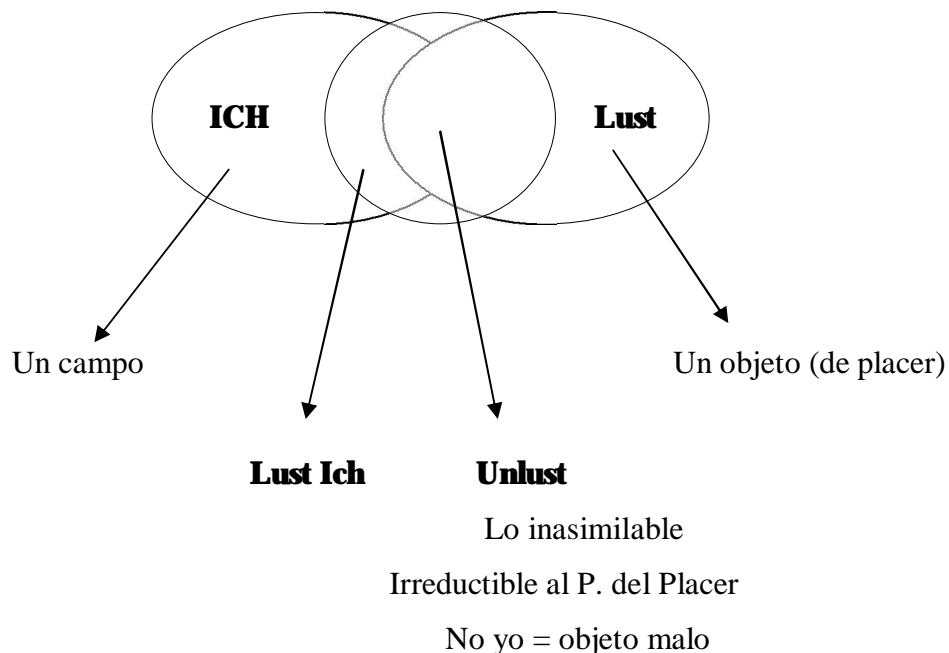
Y si bien en textos posteriores, como es el caso de “Mis opiniones acerca del rol de la sexualidad en la etiología de las neurosis” (1906), Freud parece abandonar el privilegio causal otorgado al trauma, para colocar entre él y los síntomas a las fantasías, no debemos apresurarnos a concluir que, por tanto, descarta definitivamente la importancia del papel del trauma en el origen de las neurosis.

Si recorremos algunos textos intermedios entre 1895 y 1906, por ejemplo parte de su correspondencia con Fliess (Carta N° 52 del 6/12/96, Manuscrito M del 25/5/97), vemos que, en el interín, Freud despliega su teoría de la múltiple transcripción de los signos mnémicos, ubicando dentro de esa lógica a la fantasía, entendida como una combinatoria de huellas que persigue el propósito de *“tornar inaccesible el recuerdo del cual han surgido o podrían surgir síntomas”*(1897: 3571).

Así, esta primera topografía podría dar lugar a una gráfica como la siguiente:



Asimilamos de este modo el trauma con la Cosa, definida, al inicio de este apartado, como aquella “interioridad exterior” que Lacan vinculaba con el Real Ich. Ampliemos esta idea a partir de un esquema que Lacan Construye en la clase del 10/6/68 de su Seminario 11:



El Lust es el objeto de amor (objeto narcisista), y el esquema lacaniano permite despejar con claridad, a este objeto del objeto del deseo y el de la pulsión, a los que alojaríamos en el espacio del Unlust. Del primero de ellos, el objeto del deseo, en tanto lo vinculamos con la Cosa y su carácter inasimilable, asignándole la cualidad de “interioridad exterior”, podemos corroborar la pertinencia de alojarlo en ese espacio central.

A esta altura de nuestro desarrollo, podemos resaltar las diferencias que suponen la concepción kleiniana del objeto: si bien ella hablará, para la posición esquizo paranoide, de la existencia de dos objetos, caracterizados como “bueno” y “malo”, no habrá entre ellos, teóricamente hablando, una diferencia radical. Al contrario, ambos son parte integrante de un mismo objeto, la Madre, y si el bebé los percibe como objetos diferentes esto cae a cuenta de su inmadurez. La evolución del Yo le permitirá, más adelante, co-

rregir esta errónea percepción. Por el contrario, Lacan lee en Freud que el objeto amado (Lust) y el objeto odiado (Unlust) son radicalmente diferentes.

¿Qué dimensión del objeto hallamos en la obra de Winnicott?

En su artículo “Objetos transicionales y fenómenos transicionales” (1970) postulará la necesidad de incluir un “tercer modo del objeto”, a distinguir de los otros dos modos básicos que la teoría psicoanalítica reconoce hasta el momento:

- a) El objeto “subjetivo”: vinculado con la fantasía, la satisfacción oral, la introyección, el primado de la omnipotencia mágica del deseo. Esta primera dimensión reúne aspectos del objeto del deseo (sobre todo en lo tocante a la modalidad alucinatoria que permitiría rehalarlo en la realidad psíquica) con el objeto de la pulsión (en tanto primacía de la satisfacción parcial), y está, por tanto, en un todo de acuerdo con el objeto parcial kleiniano.
- b) El objeto “realista” u “objetivo”: es el objeto fuera del dominio mágico, aquel que se supone que es reconocido por el yo a partir de la primacía del Principio de Realidad. Resulta un objeto “odiado tanto como amado”; “real” en tanto se resiste a la manipulación mágica. Se emparenta con el objeto de la elección de objeto (objeto de amor), y por tanto su “realidad” debe entenderse en términos de “existencia imaginaria”.

Esta primera bipartición resulta ser ya una lectura de la teoría del objeto en Klein (autora que, para Winnicott, representa a la teoría psicoanalítica operante en su medio). La “evolución” del objeto desde formas parciales y subjetivas hacia formas totales y objetivas da lugar, por una parte, a una suerte de gnoseología que nos hablaría de los modos en que el ser humano logra captar la realidad. En segundo lugar, son el punto central de un modelo de dirección de la cura que termina siendo “adaptacionista” en la medida en que coloca a la realidad objetiva como la meta última a alcanzar, siendo a la vez el patrón de medida del grado de salud del paciente.

Ahora bien: entre uno y otro objeto, o aún mejor, entre una y otra realidad, Winnicott postula la existencia de un espacio intermedio. *“Un niño no tiene la menor posibilidad de pasar del Principio de Placer al de Realidad”* (:27) si no es a través de un espacio intermedio, que se construye gracias a los oficios de una “madre suficientemente buena”, quien *“lleva a cabo la adaptación activa a las necesidades (del niño) y que las disminuye poco a poco, según la creciente capacidad del niño para hacer frente al fra-*

caso en materia de adaptación y para tolerar los resultados de la frustración". Este espacio intermedio, "transicional", posee un tipo de objeto propio, que reúne las siguientes características:

- § Es una "posesión", no es un objeto interno, pero para el niño tampoco es exterior.
- § Se sostiene de una paradoja: "¿se trata de un objeto tomado de la realidad, o ha sido creado por el niño?".
- § Pertenece al reino de la Ilusión (opuesta a la Realidad tanto como a la Omnipotencia mágica).
- § Es una defensa contra la ansiedad.

Este objeto, decíamos, se ubica en una zona intermedia, también gobernada por la ilusión, necesaria para el sujeto en tanto *"la tarea de la aceptación de la realidad nunca queda terminada"* (:31), y en la cual tienen lugar ciertas experiencias culturales como el arte, la religión o la filosofía. Esta afirmación de Winnicott se vuelve toda una petición de principio: en ella, y "como al pasar", se dice que el fin último tanto de la concepción gnoseológica como de la dirección de la cura no es la "adaptación" a la realidad objetiva, pues por definición esta tarea nunca queda terminada de manera satisfactoria. La salud no podrá ya medirse en términos de adaptación, ni de primacía de la realidad objetiva por sobre la realidad fantasmática. Se vuelve necesario revisar estos criterios, y fundar otros basados en el papel central que tiene esta zona intermedia para conseguir vincular dos reinos que al parecer resultan inconciliables.

Si tratamos de volcar en un esquema esta tópica winnicottiana, arribamos al siguiente esbozo:

Realidad Subjetiva	Espacio Transicional	Realidad Objetiva
Dominio mágico del objeto Alucinación Objeto subjetivo (huella reactivada)	Ilusión: el objeto (¿deseado?) coincide con aquel que la madre provee	Desilusión Frustración Objeto "real", independiente del sujeto

En la delimitación del objeto transicional surge una dificultad, que Winnicott no nos resuelve en tanto no recurre a la terminología freudiana. (Recordemos que él desea expresar los hechos en su propio lenguaje, y esto nos enfrenta a una paradoja similar a la que postuláramos para el objeto transicional: ¿es algo que creaste, o lo tomaste de lo ya existente?). El problema es nuestro.

Para intentar una solución al mismo, comenzaré por repensar la categoría de “frustración”, que en el esbozo antes propuesto quedaba del lado de la Realidad Objetiva, como un efecto de la Desilusión. Me basaré para ello en el trabajo que, sobre este concepto, realiza Lacan en su Seminario 4, para intentar proponer una respuesta que sostenga que el espacio transicional es necesario en tanto vía de acceso a la realidad, a partir de la pérdida del objeto. D. Rabinovich, en el libro ya citado, esquematiza bajo esta forma los desarrollos de Lacan (:125):

ACCIÓN	OBJETO	AGENTE	
Frustración (daño imaginario) {	I. De Goce	Real (pecho)	Otro simbólico
	II. De Amor	Simbólico (don)	Otro real

Bajo este esquema, la “frustración” aparece como una operación doble: por una parte recae sobre un objeto real, el pecho, que a partir de allí puede ser recortado como tal (y en este sentido puede ser “perdido” de esa dimensión originaria del Lust Ich en donde objeto y Yo se amalgaman en torno a lo “placiente”); por otra parte recae sobre el don, que al ser negado introduce al pequeño en la dimensión de la demanda. Así, la frustración es definida como una operación necesaria para la “humanización” del infans.

“Klein, incluso Winnicott por ejemplo, se topan con el obstáculo de tener que definir el acceso a la realidad a partir de la satisfacción alucinatoria del deseo (...). ¿Cómo salir pues de la realización alucinatoria y acceder a la realidad?” (Rabinovich 1988: 126).

Ya habíamos visto cómo Lacan señala este impasse en Winnicott: *“cuanto más satisfactoria es la realidad menos constituye una prueba de realidad”* (Lacan 1958: 225. Ver Segunda parte de esta Tesis, punto “a”). Pero mientras Klein propone, como “salida”, un progreso del Yo que le permita una visión cada vez más realista del objeto, que parece ir en contra de los efectos de la frustración en la medida en que, en ese avance desde lo parcial hacia lo total, el Yo supera el temor a la pérdida del objeto, Winnicott se ve llevado a rechazar la posición esquizo paranoide, colocando en su lugar, en ese “primer

tiempo” de la relación con el objeto, un estadio de satisfacción alucinatoria, del cual se sale por medio de un proceso de desilusión gradual cuyo agente es la madre, siendo ella la que permite recortar ese “nuevo objeto” de la economía psíquica: el objeto transicional. En este sentido, la postura de Winnicott me parece más cercana a aquella que sostuviera Freud en “La Negación”: *“Otra aportación a la separación entre lo subjetivo y lo objetivo: (...) como condición del desarrollo del examen de la realidad, la pérdida de objetos que un día procuraron satisfacción real”* (Freud 1925: 2885).

Intentemos, por último, vincular el “objeto transicional” con las categorías del objeto freudiano que especificamos más arriba. Lacan equipará el objeto transicional con su objeto “*a*”, *“ese primer objeto de goce, que no es el seno de la madre (...) sino aquel siempre al alcance, el pulgar de la mano del niño”* (Lacan 1967, Parte 1, pág. 32). El objeto “de goce” remite, dentro de la distribución de objetos que veníamos sosteniendo, al objeto de la pulsión: *“¿Y qué es este objeto ‘a’?”*, se pregunta Lacan, *“que no está ni en el exterior ni en el interior, ni real, ni ilusorio, ni esto ni aquello, no entra para nada en toda construcción artificiosa que el común del análisis edifica alrededor del narcisismo”*. ¿Qué es pues ese objeto, que tiende a definirse sobre todo por sus caracteres negativos?: *“el primer objeto es el Lust Ich, a saber yo mismo, la regla de mi placer y que eso queda”*.

“Entonces”, concluye Lacan, *“a toda esa descripción, tan preciosa como fina, del objeto ‘a’, sólo le falta una cosa: mostrar que todo lo que se dice no quiere decir nada, que el brote (...) de lo que el objeto ‘a’ comanda (es) a saber simplemente el sujeto (... que) como tal funciona al principio a nivel de ese objeto transicional”*.

Algunas aclaraciones que nos permitan pasar en limpio estas citas:

- § En la lectura lacaniana el objeto ‘*a*’ aparece ubicado como punto de partida para concebir la dimensión del objeto freudiano. En tanto que tal, se lo caracteriza como “objeto causa del deseo”, con sus notas de “perdido” e “inasimilable”. Sobre esta vertiente del objeto ‘*a*’ se suma la vertiente imaginaria del “objeto de amor”, y la de “plus de goce”, relativa al objeto de la pulsión.
- § El objeto de la pulsión se distingue del objeto del deseo: *“El objeto de la pulsión debe situarse en el plano de lo que llamé metafóricamente una subjetivización acéfala, una subjetivización sin sujeto, un hueso, una estructura, un trazado, que representa una faz de la topología. (...) A este nivel ni siquiera nos vemos obligados a*

tomar en cuenta ninguna subjetivización del sujeto. El sujeto es un aparejo. Este aparejo tiene lagunas, y en esas lagunas el sujeto instauro la función de cierto objeto como objeto perdido. Es el status del objeto 'a' en tanto está presente en la pulsión. (...) El fantasma es el soporte del deseo, no el objeto. El sujeto se mantiene como sujeto deseante por una relación con un conjunto signifiante que siempre es mucho más complejo. (...) Pero el objeto del deseo, en el sentido corriente, es o un fantasma que es en realidad el sostén del deseo o un señuelo”(Lacan 1964: 192/3).

§ A su vez estas vertientes del objeto se reparten en los diversos sectores del Ich (según el esquema de la página 110).

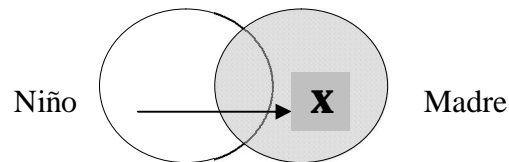
En este último punto Lacan parece discrepar con Winnicott al caracterizar al objeto transicional, en tanto forma del objeto 'a', como Lust Ich, haciendo de él la primera posición del sujeto. Winnicott, en sus términos, califica al objeto transicional como “primera posesión no-yo”. ¿Pertenece el objeto transicional, por tanto, a la esfera del Unlust? No lo creemos: se trata de un no-yo que, sin embargo, es imposible de diferenciar del self verdadero. Más bien pareciera que Lacan sostiene una lectura que hace nacer al sujeto como objeto: la madre suficientemente buena, en función de su deseo, ubica al niño en posición de objeto. La frustración, como primera operación de intervención de la falta, crea un primer corte a partir del cual el niño sitúa “otro objeto” en el lugar que inicialmente él mismo ocupaba con relación al deseo de su madre.

Bajo este modelo, al que podríamos calificar de freudo-winnicott-lacaniano, el niño adviene al mundo como objeto, y luego de esa primera y necesaria pérdida operada por la frustración, pérdida que hay que entender como de sí mismo, o mejor, del lugar que en tanto objeto se ocupaba sin saberlo, habrá lugar para el nacimiento del sujeto como primera diferencia respecto a ese objeto recortado de lo que, en un inicio, fue unidad madre-niño. *“No es su andrajo, es el ser mismo del hombre el que viene a tomar su lugar entre los desechos donde sus primeros retozos encontraron su cortejo, por cuanto la ley de la simbolización en la que debe entrar su deseo lo prende en su red por la posición de objeto parcial en la que se ofrece al llegar al mundo, un mundo donde el deseo del Otro hace la ley”*(Lacan 1959: 267, nota 35). El deseo de la Madre, operando como ese Otro que “hace” la primera ley, ubica al niño en posición de objeto parcial privilegiado: el falo. Será desde allí, desde el falo como posición “primera”, que los otros objetos “de la pulsión”, es decir, los objetos que habrán de circular entre el sujeto

y el Otro a partir de la instalación de la Demanda, adquirirán el sentido de “representantes del sujeto”, o mejor dicho, representantes de ese lugar primero que, como objeto, el sujeto ocupó, y que ahora, en un tiempo segundo, puede convertir en un objeto “cedible” que le permita preservar su lugar por fuera del Otro. Ilustremos la operación:

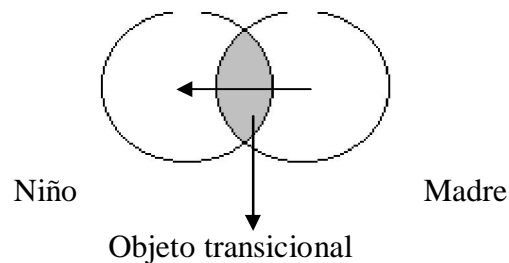
Primer tiempo: equiparable a la “alienación” lacaniana (Seminario 11).

“El niño es (como objeto **X**) en el campo del Otro”



Segundo tiempo: equiparable a la “separación”.

“El niño se separa, y del ‘entre dos’ *cae* un primer objeto”



Así, el niño cede el objeto al Otro, y se recorta de él. El objeto transicional es ese “medium” que al mismo tiempo lo representa y lo separa, al mismo tiempo pertenece al niño y al Otro, pero sobre todo es aquello que permite la apertura de ese campo intermedio donde la relación con el Otro se torna posible.

Esta concepción modifica de forma definitiva la gnoseología kleiniana, pues a partir de ella ya no hay forma de adaptarse a una realidad cuyo eje y consistencia pase por el objeto. No estamos ante un planteo gnoseológico clásico, que se propone establecer los modos posibles de la relación sujeto/objeto entendidos de antemano como campos diferentes. Por el contrario, el psicoanálisis parece exigirnos una formulación, también ella necesariamente paradójal, a través de la cual se sostenga que el objeto surge como “proyección”, mientras que la dimensión del sujeto se crea por “introyección”. Al mismo tiempo, o también como otra formulación posible del mismo principio paradójal, el sujeto nace en posición de objeto, y luego, al abandonar dicha posición, hace surgir, al mismo tiempo, su lugar y el del objeto.

Esta idea atraviesa las formulaciones de Winnicott relativas a la “subjetividad”. En su artículo “El miedo al derrumbe” (publicado en forma póstuma en 1974) sostiene por ejemplo: *“sólo a partir de la no-existencia, la existencia puede comenzar”*, afirmación que nos parece una variante de aquella otra de Freud, que rescatábamos más arriba, concerniente a la necesidad de la pérdida del objeto para posibilitar el desarrollo del examen de la realidad. En los enunciados winnicottianos podemos diferenciar dos posiciones, que en realidad consisten en una formulación general, seguida de una “vuelta de tuerca” que desprende de esa primera formulación una consecuencia singular:

- § La relativa al self, que supone la existencia (posible) de dos dimensiones, la del self verdadero, que en un principio resulta de la inmixión del yo del niño con aquello que la madre le provee, y que es definido en términos de “sostén” (Winnicott 1960), y la del self falso, que por una parte (en un sentido “etiológico”, podría decirse) es fruto de la incapacidad de la madre por responder a los “gestos” de su hijo, y por otra parte es una construcción defensiva que contiene en su interior al self verdadero, protegiéndolo de las incapacidades del medio. Si Freud concibe, como ya hemos visto más arriba, al Yo como aquella parte del Ello que se diferencia a partir sus relaciones con el mundo exterior, “sacrificándose” de alguna manera para proteger al resto del sistema, así el falso self winnicottiano se “sacrifica” para conservar en su interior al self verdadero.
- § Esta dimensión de interioridad, en algunos escritos de Winnicott adquiere un estatuto diferente. Siguiendo la lógica esbozada en el punto anterior, vemos que el self verdadero, aún en los casos más normales, siempre resultará una estructura interior dentro de una estructura segunda, el self falso, que será la que verdaderamente se contacte con el mundo. Si recordamos el esquema que construimos unas páginas atrás para ilustrar la topología winnicottiana, y al mismo tiempo recordamos la idea de que el trabajo de adaptación a la realidad nunca se logra satisfactoriamente, encontraremos lógico postular que el self verdadero, heredero de la omnipotencia temprana, nunca logra pasar al otro lado, al de la realidad objetiva, sino es a través del espacio transicional. Así, se entiende que Winnicott afirme: *“En el individuo sano cuyo ser presenta un aspecto sumiso pero que, pese a ello, existe, es creador y espontáneo, existe simultáneamente la capacidad para el empleo de símbolos. Dicho de otro modo, en este caso la salud se halla estrechamente ligada con la capacidad individual para vivir en una zona intermedia entre el sueño y la realidad”* (1960:

181). Por más sano que el sujeto resulte, siempre su conexión con el mundo objetivo se hará a través de un falso self que, en estos casos, asumirá la forma de la cortesía, las costumbres sociales y la adaptación²⁵. Dicho de otro modo: habrá siempre, en todo sujeto, una dimensión “verdadera” que será al mismo tiempo la más profunda y por tanto la de más difícil acceso, una dimensión que el análisis debería preservar. *“El sí mismo”*, escribe Pontalis en el Prólogo a “Realidad y Juego”, *“no es el centro; tampoco es lo inaccesible, oculto en algún lugar en los pliegues del ser. Se encuentra en el intervalo entre el afuera y el adentro, entre el yo y el no-yo, entre el niño y su madre”* (1979: VII). Así, lo “más propio” (el sí mismo) se encuentra “fuera” (en el espacio transicional), y por otra parte su estofa (si se nos permite expresarnos así) no está relacionada con experiencias de placer, sino por el contrario, surge a partir de experiencias que ponen en evidencia una falla ambiental. Veamos esta secuencia, imaginada por el propio Winnicott: *“el bebé o niño pequeño cuenta con una organización yoica apropiada a su estadio de desarrollo, y entonces algo ocurre como reacción ante una intrusión (un factor externo al que se le dio cabida a través de un funcionamiento fallido del ambiente) y se genera ese estado de cosas llamado X. Este estado puede dar lugar a una reorganización de las defensas (... lo que) nos brinda el cuadro clínico (...). Lo absolutamente personal del individuo es X.”* (1965: 159).

El self verdadero, esa suerte de “núcleo de nuestro ser”, es el resultado de una intrusión motivada en una falla ambiental, tiene un carácter inasimilable para el resto de la organización psíquica, y sólo consigue manifestarse a través de una experiencia cultural enmarcada en un espacio intermedio entre el mundo subjetivo y el mundo objetivo. Veremos en el capítulo siguiente, dedicado a la clínica, de qué manera Winnicott concibe la experiencia analítica a partir de estos postulados.

²⁵ Freud sostiene una idea similar cuando en su texto “Consideraciones de actualidad sobre la Guerra y la Muerte” habla acerca de la hipocresía social.

(d) La pérdida del objeto: la función del odio

d.1. Lo que Klein le debe a Abraham

La obra de Klein toma, en algunos de sus aspectos centrales, las ideas de Abraham acerca del desarrollo del yo y de la relación de éste con los objetos. Al decir que las “toma” queremos resaltar que ellas son un punto de partida, que será reelaborado una y otra vez por Klein hasta hacer de esas ideas “otra cosa”: justamente, el núcleo central de lo que se considera la “teoría kleiniana”.

Klein, que fue paciente de Abraham entre los años 1924 y 1925, luego de cursar un análisis con Ferenczi, pudo tomar la obra de su “didacta” sin temor ni reverencias, haciendo de ella, si se nos permite expresarnos así, un “alimento provechoso” que como tal habrá de sufrir los procesos de fragmentación que preceden a la absorción, pues ésta no puede realizarse en bloque, sino a partir de elementos discretos.

Hagamos un pequeño recorrido por las principales tesis del sistema abrahámico que “alimentan” el pensamiento de Klein, para poder, en primer lugar, situar estas ideas (Abraham / Klein) en el contexto del Movimiento Psicoanalítico, y más precisamente en sus relaciones con los postulados freudianos, para pasar luego a confrontarlas con las de Winnicott.

Las primeras tesis de Abraham referidas al tema de las etapas tempranas de la evolución de la libido y el yo aparecen en un texto de 1908, en el que intenta aplicar las concepciones freudianas al cuadro de la demencia precoz. Abraham sostendrá que *“estos individuos (se refiere a los dementes precoces) en realidad nunca han tenido una capacidad adecuada para transferir su libido al mundo exterior”* (: 53). *“Vemos así que esta enfermedad implica una cesación de amor a objetos (...). Sólo es conocida una condición sexual semejante, a saber, la de la primera infancia; la denominamos, con Freud, ‘autoerotismo’: (...) La característica psicosexual de la demencia precoz es el regreso del paciente al autoerotismo”* (: 55). Hasta aquí se explica la demencia precoz por el autoerotismo. ¿Pero cuál es la etiología, o de otro modo, qué produce esa *fijación* al autoerotismo?

“Concluimos (...) que la constitución sexual de la histeria es congénita. La misma conclusión vale para la demencia precoz. (...) Nunca han superado completamente su auto-

erotismo infantil. La constitución sexual de la demencia precoz se basa, por lo tanto, en una inhibición del desarrollo” (: 58).

Con estas premisas Abraham sostiene las relaciones entre autoerotismo y demencia precoz, produciendo así un importante aporte en la línea abierta por Freud al buscar ampliar las investigaciones en torno a la etiología sexual, desde el terreno de las psiconeurosis, hacia otros cuadros clínicos (paranoia, demencia precoz), línea que ha de dar por resultado la construcción de la categoría de “neurosis narcisistas”. Pero aún no se determinan con claridad los pasos del proceso patogénico, ni hallamos rastros de la extensión del autoerotismo, en tanto “fase demente precoz o esquizoide”, hasta convertirse en una etapa inicial del desarrollo del yo. Para Abraham, esta fijación al autoerotismo es considerada en este texto como un “*desarrollo anormal*” del yo. Abreva, de este modo, en la vertiente más “constitucional” de los planteos freudianos, vertiente que tendrá su incidencia en las tesis de Klein.

Sin embargo, cabe rescatar una mención acerca del modo peculiar en que estos pacientes viven la relación con los objetos: “*El paciente cuya libido se ha apartado de los objetos, se ha colocado a sí mismo contra el mundo. Se encuentra solo, y enfrenta a un mundo que le es hostil*” (: 55); y agrega en nota al pie: “*El apartamiento de la libido del mundo exterior es la base para la formación de las ilusiones de persecución en general*”. En síntesis: la retracción de la libido hace del mundo, hasta entonces “amable”, un universo hostil y persecutorio.

En un texto posterior (Abraham 1911), habrá de profundizar en los aspectos vinculados con la psicogénesis del cuadro maníaco - depresivo, así como en el lugar preponderante que ocupa en ellos el sadismo: “*En las psicosis que nos ocupan, se oculta un conflicto diferente* (al descrito por Freud con respecto a la paranoia). *Se deriva de una actitud de la libido en la cual predomina el odio. Esta actitud está dirigida en primer lugar contra los familiares más cercanos, y luego se generaliza. (...) Los pronunciados sentimientos de insuficiencia que padecen esos pacientes, se originan en su turbadora percepción interna. Si el contenido de la percepción es reprimido y proyectado al exterior, el paciente tiene la idea de que no es amado por su contorno, sino odiado*” (: 109/10. El subrayado es mío).

Algunos años después Freud explicará este “odio” por la introyección del objeto amado y perdido, que pasa a ocupar un lugar en el yo. Otro aspecto del yo se independiza, y ataca al yo que se ha identificado con el objeto (es decir, critica al objeto a través del

yo). La lectura freudiana vuelve a remarcar una diferencia de criterio con respecto a Abraham: mientras que para éste el odio es constitucional, aportado por la pulsión, y proyectado sobre el objeto, para Freud surge de un “accidente”: la pérdida del objeto, y la identificación posterior del yo con el objeto perdido.

Subrayemos las caracterizaciones que se han presentado hasta el momento en los textos de Abraham: una línea que vincula la demencia precoz con el autoerotismo, y en la que los sentimientos hostiles se perciben como proviniendo del mundo (que ha sido destruido por el sujeto al retirarle sus cargas libidinales); otra que vincula la locura maníaco depresiva con el odio (entendido como una polaridad posible de la libido) que se proyecta sobre el objeto y desde allí retorna al sujeto.

Unos años después Abraham publica *“La primera etapa pregenital de la libido”* (Abraham 1916). Allí se propone investigar en detalle la etapa oral (tal como Freud y otros analistas lo han hecho con la etapa anal). El modo de abordaje es a través de casos clínicos que demuestran que *“la vida instintiva del niño persiste en algunos adultos de una manera positiva e inconfundible, y que la libido de tales personas presenta un cuadro que parece corresponder en todos sus detalles a la etapa oral o canibalística establecida por Freud”* (: 192). Abraham postula entonces una etapa oral “normal”, que todo niño atraviesa en su temprana infancia, y a partir de ella, suma argumentos de peso para su teoría de la fijación y la regresión como paradigma de su concepción psicopatológica. Esto se hace posible a partir de la reedición que Freud realiza en 1915 de sus *“Tres ensayos para una teoría sexual”*, reedición corregida y aumentada en la que incluye conceptualizaciones referidas a los “estadios pregenitales de la libido”.

Rescataré de este texto de Abraham las siguientes ideas:

- a. El establecimiento de una relación firme entre “erotismo oral” y demencia precoz, relación que amplía la inicialmente contenida en sus primeros textos (entre el mismo cuadro clínico y el “autoerotismo”), y que será la preferida por Freud, hecho que por lo tanto nos marca un punto de autonomía en las concepciones de Abraham.
- b. La distinción, más allá del comportamiento de la madre durante el destete (normal o neurótico), de un elemento “constitucional” en el niño: *“(…) nos interesan más aquellos casos en los cuales el niño mismo ocasiona dificultades durante su destete. (...) Tal conducta por parte del niño no puede explicarse de otro modo que como una obstinada adhesión al placer que le proporciona la succión por intermedio de*

los labios como zona erógena” (: 197/8). Esta fijación “estorba el desarrollo” de la sexualidad. La libido *“no encuentra el camino hacia un objeto humano de una manera normal”*.

- c. Las relaciones entre oralidad y depresión. Al inicio del texto propone considerar la causa de la depresión en términos de una falta de gratificación de necesidades sexuales. El recurso a un tipo de gratificación autoerótica *“impide la depresión cuando hay amenaza de ella y la elimina cuando ha sucedido”* (: 206). Luego busca explicar dos síntomas típicos de los pacientes depresivos: el rechazo de la comida y el temor a morir de inanición. Su hipótesis explicativa sostendrá que *“(…) en estos pacientes la libido ha regresado a la etapa más primitiva de su desarrollo conocida por nosotros, a la que hemos denominado etapa oral o canibalística”* (: 209).

Ahora bien: ¿cómo diferenciar depresión de demencia precoz, si ambos cuadros suponen una regresión a la etapa oral? *“En los estados de depresión melancólicos”,* dirá, *“la libido parece regresar al primer estadio del desarrollo que conocemos. Es decir que en su inconsciente la persona melancólica deprimida dirige hacia su objeto sexual el deseo de incorporarlo. En lo profundo de su inconsciente hay una tendencia a devorar y destruir su objeto”* (: 210, el subrayado es mío). Mientras que en la demencia precoz surgen con intensidad los deseos orales de succión, en la melancolía aparece un deseo de devoración destructiva. Luego restará comparar las formas del sadismo presentes en la melancolía y en la neurosis obsesiva, para poder distinguirlos también a partir de sus raíces en distintas fases del desarrollo libidinal: oral sádica para la primera, anal sádica para la segunda.

Este texto de Abraham es contemporáneo de *“Duelo y Melancolía”* (Freud 1917a). El manuscrito freudiano fue escrito en 1915, y enviado a Abraham. Su versión definitiva se publica en 1917. En ella Freud cita como antecedentes de su investigación al texto de Abraham de 1911 (*“Notas sobre la investigación y tratamiento psicoanalíticos de la locura maníaco – depresiva y condiciones asociadas”*, comentado en páginas anteriores). Puede notarse entre ambos autores, como ya mencionáramos, una diferencia respecto al tema de la “regresión”: Abraham insistirá en la regresión a la etapa oral, mientras que Freud introduce la noción de “regresión al narcisismo” (: 247). Esta diferencia

siempre habrá de mantenerse: tanto en el caso Schreber (Freud 1910) como en la Lección 26 de las “Conferencias de introducción al psicoanálisis” (Freud 1917b) Freud hablará, para la psicosis, de puntos de regresión a las fases autoerótica (demencia precoz o “parafrenia”) y narcisista (paranoia); mientras que Abraham, aún incluso en su última gran obra sobre el tema (Abraham 1924a) seguirá distinguiendo los puntos de regresión en términos de fases oral, anal y genital, divididas cada una en primaria y secundaria.

Pero antes de pasar al comentario de ese texto abrahámico nos interesa resaltar otro aspecto, el del lugar preponderante que habrá de darle Freud, en su segunda tópica, al “modelo canibalístico” de la melancolía. Si en esta afección el yo recurre a la incorporación del objeto como un recurso patológico para enfrentar la pérdida del objeto amado, en *“El yo y el Ello”* (Freud 1923b) la incorporación del objeto perdido se convertirá en la norma del funcionamiento del yo para con los objetos de elección del Ello:

“Originariamente, en la fase primitiva oral del individuo, no es posible diferenciar la carga de objeto de la identificación. Más tarde sólo podemos suponer que las cargas de objeto parten del yo, el cual siente como necesidades las aspiraciones eróticas. El yo, débil aún al principio, recibe noticia de las cargas de objeto, y las aprueba o intenta rechazarlas por medio del proceso de la represión.

Cuando tal objeto sexual ha de ser abandonado, surge frecuentemente en su lugar aquella modificación del yo que hemos hallado en la melancolía y descrito como una reconstrucción del objeto en el yo. (...) Es muy posible que el yo facilite o haga posible, por medio de esta introyección – que es una especie de regresión al mecanismo de la fase oral – el abandono del objeto. O quizá constituya esta identificación la condición precisa para que el Ello abandone sus objetos. De todos modos, es éste un proceso muy frecuente en las primeras fases del desarrollo, y puede llevarnos a la concepción de que el carácter del yo es un residuo de las cargas de objeto abandonadas y contiene la historia de tales elecciones de objeto” (: 2710/11).

En estas premisas podemos situar el carácter general que Freud dará al odio en sus teorizaciones, y que habrá de diferenciarlo de Abraham primero, y de Klein después: para estos dos últimos autores el odio es una manifestación propia del yo temprano en su correlatividad respecto a las modalidades pulsionales tempranas (sadismo oral y anal), y por tanto es considerado como un elemento que, al manifestarse, denota “regresión” y debe reconducirse terapéuticamente hacia un estadio superior en el cual la ambivalen-

cia de sentimientos referidos al objeto se resuelva. El odio será siempre algo negativo en tanto es regresivo e impide la buena relación con el objeto, y las metas terapéuticas se propondrán superarlo. En tanto que para Freud el odio es un precursor, que interviene no sólo en la constitución del propio yo, tal como se desprendía del texto antes citado, sino también de las relaciones posteriores del yo con sus objetos:

“El odio es, como relación con el objeto, más antiguo que el amor. Nace de la repulsa primitiva del mundo exterior emisor de estímulos por parte del yo narcisista primitivo” (1915: 2051). Y también: *“en el orden de la evolución, es el odio el precursor del amor”*(1913: 1743).

Para Freud el ciclo de constitución del yo a partir de los restos de las cargas de objeto culmina con el Edipo: *“Cualquiera que sea la estructura de la ulterior resistencia del carácter contra las influencias de las cargas de objeto abandonadas, los efectos de las primeras identificaciones, realizadas en la más temprana edad, son siempre generales y duraderos. Esto nos lleva a la génesis del Ideal del Yo, pues detrás de él se oculta la primera y más importante identificación del individuo (...)”*(: 2711). Y más adelante: *“De este modo podemos admitir como resultado general de la fase sexual, dominada por el Complejo de Edipo, la presencia en el ‘yo’ de un residuo, consistente en el establecimiento de estas dos identificaciones enlazadas entre sí* (se refiere a la identificación al padre y a la madre). *Esta modificación del ‘yo’ conserva su significado especial y se opone al contenido restante del ‘yo’ en calidad de ideal del ‘yo’ o ‘super yo’”* (:2713).

Considero que el fruto más acabado de la empresa abrahamiana es su texto *“Un breve estudio de la evolución de la libido, considerada a la luz de los trastornos mentales”* (1924a). Dada su extensión, buscaré resaltar los aspectos más relevantes del texto en función de los intereses de este apartado.

El texto se divide en dos partes: en la primera, titulada *“Los estados maníaco – depresivos y los niveles pregenitales de la libido”*, Abraham se propone revisar sus tesis acerca de la melancolía, profundizando la correlación entre esta afección y dos formas pregenitales de relación con el objeto (ambas ambivalentes), propias cada una de ellas de las fases oral secundaria y anal primaria. El texto se apoya en abundantes ejemplos clínicos, una característica del modo de trabajo abrahamiano que será retomada por Klein. Llega

a través de ellos a la siguiente conclusión: *“Cuando las personas melancólicas sufren una decepción intolerable por parte de su objeto amoroso, tienden a expeler a ese objeto como si fuera excremento, y a destruirlo.* (Esta es una primera reacción, propia de la fase anal primaria). *Cumplen luego el acto de introyectarlo y devorarlo, que es una forma de identificación narcisista específicamente melancólica. Su anhelo sádico de venganza se satisface ahora atormentando al ego (...). Estamos justificados al suponer que el período de autotortura dura hasta que el transcurso del tiempo y el gradual apaciguamiento de los deseos sádicos han apartado al objeto amoroso del peligro de ser destruido. Cuando esto sucede, podría decirse que el objeto puede salir de su escondite en el ego (...)*” (: 353). El ciclo total de la melancolía se basa en las modalidades regresivas de la libido. Es interesante resaltar que, aunque se trata de un texto de 1924, Abraham no incorpora la noción de “pulsión de muerte”. Sus referencias a los impulsos agresivos siempre entienden a estos como una forma particular que encuentra la libido al regresar a fases sádicas. Este será por tanto un importante punto de diferencia con Klein. La segunda parte del texto, *“Orígenes y desarrollo del amor objetivo”*, aportará un cuadro que intenta correlacionar las etapas de la organización libidinal con las del amor objetivo, y a la vez propone algunas correspondencias con cuadros clínicos.

Por su parte Klein, en su primera contribución sobre el tema de los estados maníaco-depresivos (1935), también parte de distinguir, en torno a los estadios tempranos del desarrollo del yo, los puntos determinantes de la paranoia, la esquizofrenia y la depresión. La base de la distinción que busca establecer pasa por una característica del “objeto” en juego: *“En la paranoia las defensas características se dirigen principalmente a la destrucción de los ‘perseguidores’, mientras que la ansiedad del yo ocupa un lugar prominente en el cuadro”*. Con el desarrollo del yo sobreviene *“un cambio de mucha importancia (...), se pasa de la relación parcial a la relación de objeto total. Con este paso el yo llega a otra posición”*(1935: 270).

Resalto entonces que para Klein la distinción inicial entre paranoia y depresión se establece a partir de un progreso en el desarrollo del yo que posibilita el pasaje del objeto parcial al objeto total, siendo la *lógica del objeto* la que gobierna su explicación, en detrimento de la *lógica libidinal* que por el contrario parece guiar las tesis abrahamicas. Así, no sorprende que Klein adjudique al mecanismo de destrucción de la paranoia im-

pulsos sádicos orales, anales y uretrales: no es la “fase libidinal” la que aporta la “razón” del cuadro clínico, sino el carácter del objeto (parcial o total).

“Cuando nos ocupamos de la etiología, es esencial considerar la disposición libidinal no simplemente como tal, sino también considerarla en conexión con las primeras relaciones del sujeto con sus objetos internalizados y externos” (:274).

En 1936 Klein, junto a Joan Riviere, dictarán una serie de conferencias de divulgación bajo el título “La vida emocional de los hombres y mujeres civilizados”, que luego se publicarán con forma de libro con el título de “Amor, odio y reparación”. La parte escrita por Klein se denominará “Amor, culpa y reparación” (1937). En ella sostendrá ciertas afirmaciones que Winnicott no hubiera dudado en suscribir: *“Los sentimientos de amor y gratitud surgen directa y espontáneamente en el niño, como respuesta al amor y cuidado de su madre”* (:314). En este contexto el conflicto aparece cuando, junto a los sentimientos de amor, surgen en el niño sentimientos de odio que *“activan el temor de perder al ser amado”*. Estos conflictos se superan gracias a que *“existe en el inconsciente del niño y del adulto una profunda necesidad de hacer sacrificios para reparar a las personas amadas que, en la fantasía, han sufrido daño o destrucción”* (:315). Esta suerte de premisa masoquista gravada en el inconsciente merecerá una revisión por parte de Winnicott, que abordaremos más adelante. Pero en todo caso, la idea de un sentimiento inicial de amor, contrapartida del amor recibido por el ambiente, será abandonado por Klein a medida que defina los caracteres de la posición esquizo paranoide.

Klein propondrá sus tesis sobre el estadio esquizo paranoide en su texto de 1946 “Notas sobre algunos mecanismos esquizoides”, y reformulará las mismas en 1952 en “Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé”.

Klein reutiliza, como ya expusimos, algunos conceptos de Abraham, sobre todo los relativos a las fases del desarrollo del yo. Planteará la existencia de dos estadios, ambos dentro del primer año de vida, y que por tanto coinciden con las dos etapas de la fase oral abrahamista:

Abraham {	oral 1º	→	demencia precoz / Klein: posición esquizo – paranoide
	oral 2º	→	melancolía / Klein: posición depresiva

De esta manera la esquizofrenia se universaliza, convirtiéndose (como el Complejo de Edipo para Freud) en una etapa necesaria del desarrollo del psiquismo. En ella el yo primitivo deberá luchar contra las exigencias destructivas de la pulsión de muerte. Se apoyará para tal fin en dos mecanismos de defensa, uno de naturaleza esquizoide, la *disociación* o división (*splitting*) del yo y del objeto en dos aspectos que representen a las dos pulsiones también disociadas (eros y thánatos)²⁶. La otra, de naturaleza paranoide: la proyección en el exterior de sentimientos propios. El temor que el yo siente ante el objeto malo amenazante es causa de la “ansiedad paranoide”.

Estas ideas, que Klein desarrolla hacia la década del ‘40, son contemporáneas de las que Fairbairn dedica a la esquizofrenia. Fairbairn postulará, sin embargo, una crítica a Abraham, planteando que la libido no es una energía que busca satisfacciones, sino que su objetivo fundamental es la búsqueda de objetos. Esta hipótesis cuestiona tanto el modelo regresivo (que se pone en marcha a partir de una frustración, es decir, una falta de satisfacción) como la existencia de una fase anobjetal (autoerotismo). De esta forma la esquizofrenia es pensada desde el modelo de lo oral, acentuando con ello un tipo especial de “relación de objeto”. Este término será central en el pensamiento de Fairbairn. El niño es visto por este autor como un ser que “progresa” desde una etapa de *dependencia infantil* (oral) hacia la independencia. El enfermo esquizoide será aquel que *“exhibe (...) un conflicto entre una extrema reluctancia para abandonar la dependencia infantil y un desesperado anhelo por renunciar a ella, y es fascinante y patético observar cómo el enfermo, al igual que un ratoncito tímido, se escurre en forma alternada del refugio de su cueva para espiar el mundo de los objetos exteriores, y se retira luego apresuradamente”* (Fairbairn 1940).

Klein, si bien toma elementos de las tesis abrahamicas, pone el acento en el modelo oral de Fairbairn para pensar el “objeto” del estadio esquizoide, más que en el autoerotismo propuesto por Abraham. Por ello hablará de un *pecho* escindido. La esquizofrenia, entonces, no es algo a lo que se llega por regresión: nacemos en ella, si podemos expresarnos así, y el primer problema humano es superar ese estadio para poder acceder a un modo de relación con el objeto más “sano”, menos psicótico. De esta forma la esquizofrenia se convierte en un modo peculiar de relación con el objeto, caracterizado por la escisión: del yo, del objeto, de las pulsiones.

²⁶ Es necesario recordar que, en *El yo y el ella*, Freud postula una manera de neutralización de la pulsión de muerte a través de la inmisión de las dos pulsiones (vida y muerte). Si van juntas, se compensan; si se separan, la pulsión de muerte comienza su accionar destructivo.

d.2. El papel del odio para Winnicott

Winnicott se diferencia de Klein fundamentalmente en el lugar que le otorga al medio en lo referente a la producción de salud o enfermedad. Los primeros estadios de la vida infantil no son pensados por Winnicott como etapas plagadas de conflictos “psicóticos”. Por el contrario, el niño pequeño disfruta de la omnipotencia que le produce el perfecto acoplamiento entre sus necesidades y la provisión del medio. Las personas esquizofrénicas serán aquellas que construyen un “falso self” para relacionarse desde él con la realidad exterior, y este falso self permanece totalmente dissociado de otro self, interior y oculto. El espacio transicional, que debería vincular a estos dos self, falla en su función. Y esta falla se debe, a su vez, al fracaso del medio en el ejercicio de sus funciones:

“(...) el fracaso de una buena adaptación ambiental activa, produce una deformación psicótica de la organización individuo - medio”. “(...) La esquizofrenia es una enfermedad generada por una deficiencia ambiental, o sea, una enfermedad que depende más que la psiconeurosis de determinadas anormalidades del ambiente” (Winnicott 1965).

En su texto de 1952 “Las psicosis y el cuidado de niños” Winnicott afirma que *“la finalidad del cuidado de niños no reside solamente en producir un niño sano, sino en permitir también el desarrollo definitivo de un niño sano”*, y por lo tanto *“la fundación de la salud mental de cada niño corresponde a la madre durante el período en que se preocupa del cuidado del pequeño”*.

Veamos, por último, como surge, en el contexto de la obra kleiniana, el concepto de **envidia**. Corolario final de una obra sostenida a lo largo de 40 años, “Envidia y gratitud” parece resaltar un elemento que impide a Klein sostener su confianza ciega en las capacidades reparatorias del sujeto.

Cuando, en 1950, propone algunos criterios para evaluar el final del análisis, surge con firmeza la siguiente tesis: *“que la ansiedad persecutoria y depresiva hayan sido suficientemente reducidas”*. Si bien ya no habla de una “reducción a cero”, y por tanto su afirmación hace suponer la existencia de restos inasimilables, de todas formas no parece que el “duelo” suponga una aceptación de la pérdida, homologable a la castración. Sigue aún vigente la idea de que el “paraíso perdido” podrá ser “reconquistado” (Klein 1940: 362). De este modo, “reparación” se asimila a “renegación”: la pérdida vivida

puede ser “superada”, en el mejor sentido de la *aufhebung* hegeliana: abolida, suprimida.

La noción de envidia, en este contexto, viene a sumar un grano de inquietud a la paz del paraíso recobrado: insiste en ella ese resto inasimilable que impide la paz del sujeto.

“La envidia contribuye a las dificultades del bebé en la estructuración de un objeto bueno, porque él siente que la gratificación de la que fue privado ha quedado retenida en el pecho que lo frustró”. Se trata pues de un *“sentimiento enojoso contra otra persona que posee o goza de algo deseable”* (1957: 186).

¿Sería aquello que hace imposible la reparación, el resto real del objeto? ¿Por qué Winnicott lo rechaza como concepto? Para hallar una respuesta me propongo realizar un recorrido por sus tesis acerca del uso del objeto y el odio.

Según la opinión de los compiladores de su obra póstuma (Clare Winnicott, Ray Sheperd y Madeleine Davis) las tesis de Winnicott sobre el “uso del objeto” y el papel del odio en este contexto se desarrollan hacia finales de la década del ’60, y encuentran una formulación definitiva en una conferencia dictada en la Sociedad Psicoanalítica de Nueva York en noviembre de 1968. Una versión de esa conferencia se incluye en el texto “Realidad y juego”. Trabajaremos sobre la versión inicial, recopilada en “Exploraciones psicoanalíticas, tomo 1” (Winnicott 1968).

Winnicott parte de distinguir, de la noción general de “relación de objeto”, el concepto de “uso del objeto”, al que a su vez arriba a partir de su propia experiencia clínica y merced a un modo singular en que su trabajo ha evolucionado. Dicho de otro modo: su texto intenta dar cuenta de su evolución intelectual, a partir de determinados hechos clínicos. Estos hechos se enmarcan en la atención de pacientes de “cierta categoría de clasificación”, a los que más adelante llamaré “fronterizos”, y el papel que, en el trabajo terapéutico con estos pacientes, juega la “interpretación”. Ésta resultará válida en la medida en que el paciente pueda “hacer uso de ella”, y esto significa que el paciente sea capaz de colocar a su analista *“fuera de la zona de los fenómenos subjetivos”* (:264).

El “paciente fronterizo” es aquel en el cual, a juicio de Winnicott, *“el núcleo de la perturbación es psicótico, pero posee una organización psiconeurótica suficiente, que siempre puede presentar alteraciones psiconeuróticas o psicósomáticas cuando la angustia psicótica central amenaza con irrumpir en forma grosera”*. Hasta aquí el texto se viene manejando dentro de la lógica de la escuela inglesa: no hay una frontera firme y

tajante entre neurosis y psicosis; la psicosis presupone la existencia de angustias particulares, diferentes a la angustia neurótica; la neurosis puede servir de “defensa” contra las ansiedades psicóticas.

Ante un caso como el descrito, un analista puede “entrar en connivencia” con la necesidad del paciente de “ser neurótico”, y dejar fuera del trabajo terapéutico al núcleo psicótico, cuestión que, en último término, supondría un fracaso. Sobreponerse a este fracaso supone poder ir más allá de él, aportando una solución a un tipo de análisis que, de otra forma, parecería “interminable”.

Es en este contexto donde Winnicott incluye la distinción entre “relación de objeto” y “uso del objeto”: *“En la primera el sujeto permite que se produzcan ciertas alteraciones en el self, del tipo de las que nos llevaron a inventar el término ‘catexia’. El objeto se ha vuelto significativo. Han actuado mecanismos de proyección e identificación, y el sujeto se ha vaciado en la medida en que parte de él se encuentra en el objeto, aunque enriquecida por el sentimiento. (...) Pero cuando hablo del uso de un objeto doy por sentada la relación de objeto, y agrego nuevos rasgos que abarcan la naturaleza y conducta del objeto. Por ejemplo, si se lo desea usar, es forzoso que el objeto sea real en el sentido de formar parte de la realidad compartida, y no un manojito de proyecciones”* (:265). Hasta aquí tenemos repartidos los posibles vínculos con el objeto dentro de las dos zonas extremas que conforman la topología winnicottiana:

Realidad Subjetiva	Espacio Transicional	Realidad Objetiva
Dominio mágico del objeto Alucinación Objeto subjetivo (huella reactivada) RELACIÓN DE OBJETO		Desilusión Frustración Objeto “real”, independiente del sujeto USO DEL OBJETO

Pero entre uno y otro, entre relación y uso, debe haber una operación que permita el pasaje. Y para distinguir esta operación *“el analista debe tener en cuenta la naturaleza del objeto, no como proyección, sino como cosa en sí”*; debe, necesariamente, tomar en cuenta al ambiente. Esto ya es una primera diferenciación con Klein: de acuerdo a la bipartición establecida por Winnicott, ella no ha pasado de pensar el problema del objeto en términos de “relación con...”, es decir, considerando sólo la faz subjetiva del asunto. Pero para que pueda haber uso del objeto, éste deberá realizar cierta operatoria “en respuesta” a la operatoria del sujeto. Veamos la formulación de Winnicott:

“Para usar un objeto es preciso que el sujeto haya desarrollado una ‘capacidad’ que le permita usarlos. Esto forma parte del pasaje al principio de realidad. No es posible decir que tal capacidad sea innata, ni dar por sentado su desarrollo en el individuo. El desarrollo de la aptitud para usar un objeto es otro ejemplo de que el proceso de maduración depende de un ambiente facilitador.

En la secuencia puede decirse que primero viene la relación de objeto y al final el uso del objeto; pero la parte intermedia es quizá la más difícil del desarrollo humano, o la más molesta de las tempranas fallas que luego hacen acudir en busca de cura. Lo que existe entre la relación y el uso es la acción del sujeto de colocar al objeto fuera de la zona de su control omnipotente, es decir, de percibir al objeto como un fenómeno exterior, no como una entidad proyectiva, y en rigor reconocerlo como una entidad por derecho propio.

Este pasaje (de la relación al uso) significa que el sujeto destruye al objeto” (266/7, el subrayado es mío).

Resulta claro que el “odio”, bajo la forma de destrucción, tiene en este proceso un papel primordial, y que el sujeto tiene “derecho”, podríamos decir, a aplicar su odio sobre el objeto, o en otros términos, que sólo a través de esta operación destructiva existe una posibilidad de que exista un objeto en la realidad. Freud decía, ya lo hemos citado más de una vez, que el pasaje del principio del placer al de realidad está sostenido por la pérdida del objeto. Lo que agrega Winnicott a este proceso es el papel activo del sujeto en la producción de dicha pérdida. Pero aún hay más: a esta acción destructiva, el objeto debe responder con su “supervivencia”: *“El individuo puede llegar a esta posición en las primeras etapas del crecimiento emocional sólo por medio de la supervivencia real de objetos catectizados que, al mismo tiempo, pasan por el proceso de quedar destruidos porque son reales, y de volverse reales porque son destruidos”* (:268).

La lógica kleiniana ha sido subvertida: si para esta autora el odio es un elemento propio de estadios tempranos, del cual el sujeto deberá desprenderse en su evolución, y que en su accionar sólo deja un resultado negativo, que a la vez exige al sujeto la puesta en marcha de mecanismos reparatorios, en los planteos de Winnicott nos encontramos con una versión del odio que lo hace emerger como un componente necesario a los fines de efectivizar el pasaje de una posición a otra con respecto a las relaciones con el objeto.

Veremos una aplicación de esta lógica del odio en dos terrenos: la adolescencia y la cura analítica. Con relación al primer caso, tomaré como eje los planteos del capítulo 11 de “Realidad y Juego”. En él Winnicott insiste en la dimensión inconsciente del deseo de muerte en el adolescente: *“Si en la fantasía del primer crecimiento hay un contenido de muerte, en la adolescencia el contenido será de asesinato”* (1970: 186), y más adelante: *“Si se quiere que el niño llegue a adulto, ese paso se logrará por sobre el cadáver del adulto”*. Otra vez se trata de un pasaje (de niño a adulto), posibilitado por una operatoria en la que el odio juega un papel fundamental, y junto con él, la respuesta del ambiente en términos de “supervivencia”: *“Los padres están en condiciones de ofrecer muy escasa ayuda; lo mejor que pueden hacer es sobrevivir”* (:188). Si intentamos pensar el proceso adolescente con ayuda de las tesis de “Tótem y Tabú”, diríamos: en primer lugar, no hay sociedad hasta tanto no se “mate” un padre; luego, cada nuevo sujeto ocupará un lugar en la sociedad con la repetición simbólica del crimen primordial en el interior del Complejo de Edipo. Pero la diferencia es que para Freud el fin del Edipo supone represión, y por tanto neurosis: “soy culpable de un crimen que jamás cometí, pero que yace en lo inconsciente como deseo”, mientras que Winnicott parece dar un paso más allá: prefiere mirar a la sociedad en términos de “salud”, lo que parece implicar que, en lugar de reprimir, es necesario que el adolescente realice un **acto**. Pero el estatuto de ese acto de asesinato es sin embargo “simbólico”: *“Mucho puede lograrse en el juego y con los desplazamientos, y sobre la base de las identificaciones cruzadas; pero en la psicoterapia del adolescente (y hablo como psicoterapeuta) la muerte y el triunfo personal aparecen como algo intrínseco del proceso de maduración y de la adquisición de la categoría de adulto”* (:187).

Si retomamos ahora las tesis del “Malestar en la cultura”, nos encontraremos con que allí la cultura exige reprimir la agresión. Pero pareciera que para Winnicott hay momentos, como es el caso de la adolescencia, en donde la agresión debe ponerse en acto. Ese acto tendría un sentido de “progreso cultural”. El adolescente mata al padre para progresar hacia lo social. Si esta muerte se impide (y Winnicott insiste sobre todo en el impedimento causado por la caída del padre de su lugar antes de tiempo), el acto no se logra, queda “frustrado”. ¿Cuál ha de ser entonces el destino de esa agresión no expresada? Un “pasaje al acto” como una forma del malestar: *“mientras se encuentre en marcha el crecimiento las figuras paternas deben hacerse cargo de la responsabilidad. Si abdi-*

can, los adolescentes tienen que saltar a una falsa madurez y perder su máximo bien: la libertad para tener ideas y actuar por impulso” (:193). “En términos del juego, o del juego de la vida, se abdica en el preciso momento en que ellos vienen a matarlo a uno. ¿Alguien se siente feliz con eso? Sin duda que no el adolescente. (...) Ya no tiene sentido la rebelión, y el adolescente que triunfa demasiado temprano resulta presa de su propia trampa, tiene que convertirse en dictador y esperar a ser muerto, no por una nueva generación de sus propios hijos, sino por sus hermanos” (:188/9).

Con respecto al terreno del análisis, un modelo de “evolución de la transferencia” lo lleva a Winnicott a suponer que *“sin la experiencia de máxima destructividad (...), el sujeto nunca coloca al analista afuera, y por tanto jamás puede hacer otra cosa que experimentar una especie de autoanálisis, usando al analista como una proyección de una parte de su self”* (1968:269). Resulta claro que para Winnicott el analista siempre ocupa el lugar del objeto, y que la evolución del tratamiento supone el pasaje de la “relación” al “uso” de ese objeto particular que es el analista, pasaje que sólo se logra a partir de experiencias de destrucción, en las que el analista sobrevive. Si estas experiencias no son posibles, Winnicott se pregunta: *“si el analista es un fenómeno subjetivo, ¿qué ocurre con la eliminación de los desechos?”*, y en una nota a pie de página agrega: *“La próxima tarea para quien trabaje en el campo de los fenómenos transicionales es reformular el problema en términos de productos de desecho”*, tarea que él mismo no logró abordar, y que deja como problema para los teóricos futuros. Retomaremos este asunto en el capítulo siguiente.

En su artículo “Los elementos masculino y femenino escindidos que se encuentran en hombres y mujeres” (1966), y a partir de los factores “novedosos” con los que se topa en un caso clínico (que también trabajaremos en detalle en el capítulo siguiente), Winnicott “decide rendirse” ante los hechos, obligándose a dar cuenta conceptualmente de tal hallazgo. De esta forma aporta una última vuelta de tuerca a la temática del objeto, que resumiremos brevemente para dar fin a este apartado.

La “novedad” lo obliga a ir más allá de la idea ya establecida de una “predisposición a la bisexualidad”, e incluso del destino de represión que le cabe a la parte homosexual en juego para cada sexo, en los casos en los que triunfa la elección heterosexual de objeto. Winnicott aborda el tema desde el ángulo de la “disociación”, lo que lo lleva a suponer

la existencia de elementos masculinos y femeninos “puros”, que se mantienen como tales en un sujeto en tanto labora en él el mecanismo de la disociación.

De allí pasa a describir las características de cada uno de estos elementos en su forma “pura”:

§ El elemento femenino puro *“se relaciona con el pecho (o con la madre) en el sentido de que el bebé se convierte en el pecho (o en la madre), en el sentido en que el objeto es el sujeto”* (:216, el subrayado es de D. W.). Winnicott vincula esto con el concepto de identificación primaria, que aportaría al sujeto la dimensión del SER; *“el ser se transmite de una generación a otra por la vía del elemento femenino de hombres y mujeres”*. En este contexto, la envidia encuentra cabida en tanto *“es un término que se podría aplicar a la experiencia de una falla atormentadora del pecho como algo que ES”* (:219). Esto remite, nuevamente, al papel del ambiente, y en él, fundamentalmente al rol de la madre. *“O bien la madre tiene un pecho que ES, de modo que el bebé también puede SER cuando él y ella no se encuentran aún separados en la mente rudimentaria del niño; o bien la madre es incapaz de efectuar esa contribución, en cuyo caso el bebé tiene que desarrollarse sin la capacidad de ser o con una capacidad de ser mutilada”* (:218). Como puede verse, el concepto de envidia encuentra finalmente un lugar en el pensamiento de Winnicott, pero en las antípodas del sitio que tiene en el pensamiento kleiniano. Si para Klein significa el resto de voracidad inmanente en el niño a causa de su dotación pulsional, para Winnicott es el resultado de una falla en la provisión maternal: el niño envidia en la mujer la presencia de un objeto-ser del que fue privado, y a consecuencia de lo cual su propio ser se halla mutilado.

§ El elemento masculino puro se define por el HACER: *“el elemento que llamo ‘masculino’ actúa, al relacionarse, tanto en forma activa como pasiva, basadas ambas formas en el instinto”* (:215). Es, por tanto, heredero de la “libido de naturaleza masculina” postulada por Freud en los “Tres ensayos...” (1905: 1223): *“la libido es regularmente de naturaleza masculina”*, dirá Freud, *“aparezca en el hombre o en la mujer, e independientemente de su objeto”*.

De este modo la dimensión subjetiva, para Winnicott, queda repartida en dos espacios de características propias y opuestas entre sí, definiéndose entonces como una “subjeti-

vidad escindida”. Veamos en detalle esta escisión, volcando sus elementos en un cuadro:

Elemento femenino	Elemento masculino
Identificación con el pecho “El sujeto es el objeto” Identificación Primaria = SER	Elemento pulsional (Ello) Siempre activo = HACER

Esta división del sujeto no deja de evocar aquella otra propuesta por Lacan a través de varios sistemas de oposiciones, de los cuales rescataré uno que, de algún modo, acompañó el desarrollo de este capítulo. En primer lugar tenemos esa primera división contenida en la fórmula del fantasma: $(S) \bar{a}$, y que remite a la parte de ser que el sujeto pierde a partir de su alienación en el orden simbólico. Esa parte, nombrada “objeto \bar{a} ”, es, sin embargo, primera, pues tal como lo hemos venido desarrollando, señala la primera posición del sujeto en tanto objeto. También en Lacan se vincula con la dimensión de lo femenino, tal como aparece caracterizado en su Seminario 20 al tratar la lógica de la sexuación, desarrollada en la clase del 13/3/73, relativa a los elementos que integran los lados “hombre” y “mujer”. Del lado “hombre” Lacan ubica al sujeto (\$) y al significante que lo representa (que él nota como Φ , pero que podría igualmente representarse por el S_1), relacionándolo con aquella libido de naturaleza masculina de la que hablamos más arriba. Del lado “mujer” coloca, entre otros signos, al objeto \bar{a} . Este reparto, que no está muy alejado del que propone Winnicott en el artículo que venimos comentado, parece ser, tanto para un autor como para el otro, el modo de resolver la dificultad que deja planteada Freud cuando ubica, como sostén de las diferenciaciones masculino-femenino a la polaridad activo-pasivo. Homologar, sin más, actividad con masculinidad y pasividad con feminidad resulta un reduccionismo, del cual sin embargo es difícil salir “hacia arriba”, pues la diferenciación hombre-mujer nunca parece alcanzarse a nivel psíquico, detenida como está por efecto del complejo de castración, que a lo sumo permite arribar a la polaridad fálico-castrado. Así las cosas, Winnicott y Lacan, cada uno por su lado, aportan elementos que permiten pensar el problema de la sexuación desde una arista que no parte de considerarla como un efecto que recae sobre un “individuo”, sino, por el contrario, sobre un sujeto dividido, y dividido justamente (entre otras cosas) por el efecto que el lenguaje imprime en la sexuación. De allí en más parecería abrirse una lógica que permitiría pensar en “dimensiones” masculinas y femeninas, imposibles de integrar

y que por tanto constriñen al sujeto a deambular por posiciones que, de acuerdo a su vinculación con el ser o el hacer, se rigen por una u otra de estas dimensiones.

BIBLIOGRAFÍA DE LA CUARTA PARTE.

ABBAGNANO Nicola: (1961) *Diccionario de Filosofía*. (F.C.E., México, 1963).

ABRAHAM Karl: (1908) *Las diferencias psicosexuales entre la histeria y la demencia precoz*.

(1911) *Notas sobre la investigación y tratamiento psicoanalíticos de la locura maniaco-depresiva y condiciones asociadas*.

(1916) *La primera etapa pregenital de la libido*.

(1924 a) *Un breve estudio de la evolución de la libido, considerada a la luz de los trastornos mentales*.

(1924 b) *La influencia del erotismo oral sobre la formación del carácter*.

(1925) *La formación del carácter en el nivel genital del desarrollo de la libido*.

(Todos los textos en: *Psicoanálisis clínico*. Hormé, Buenos Aires, 1980)

FAIRBAIN Ronald: (1940) *Revisión de la psicopatología de las psicosis y psiconeurosis*. (En: "Estudio psicoanalítico de la personalidad". Hormé, Buenos Aires, 1970).

FERENCZI Sandor: (1909) *Transferencia e introyección*. (En: "Psicoanálisis", tomo I, Espasa Calpe, Madrid, 1981).

FENDRIK Silvia: (1993) *Winnicott: "Not less than everything"*. (En: "Desventuras del Psicoanálisis", Ariel, Bs. As., 1993).

(2005) *Psicoanálisis de niños. La verdadera historia. Tomo 2: Winnicott y la Sociedad Británica*. (Letra Viva, Bs. As., 2005).

FOUCAULT Michel: (1968) *¿Qué es un autor?* (En: Revista Conjetural, No. 4, Sitio, Buenos Aires, 1984)

FREUD Sigmund: (1895) *Proyecto de una psicología*. (B. N.)

(1895 b) *Estudios sobre la histeria*. (B. N.)

(1896) *Carta Nº 52 a Fliess, del 6/12/1896*. (B. N.)

(1897) *Manuscrito "M"*. (B. N.)

(1900) *La interpretación de los sueños*. (B. N.)

(1905) *Tres ensayos para una teoría sexual*. (B. N.)

- (1910) *Un caso de paranoia (dementia paranoides) autobiográficamente descrito.* (B. N.)
- (1913) *La disposición a la neurosis obsesiva.* (B. N.)
- (1914) *El Moisés de Miguel Ángel.* (B. N.)
- (1915) *Los instintos y sus destinos.* (B. N.)
- (1917 a) *La aflicción y la Melancolía.* (A. E.)
- (1917 b) *Conferencias de introducción al psicoanálisis. Nº 26: La teoría de la libido y el narcisismo.* (A. E.)
- (1918) *Los caminos de la terapia psicoanalítica.* (B. N.)
- (1920) *Más allá del Principio del Placer.* (B. N.)
- (1923 a) *Psicoanálisis y Teoría de la libido.* (B. N.)
- (1923 b) *El yo y el Ello.* (B. N.)
- (1925) *La Negación.* (B. N.)
- (1932) *Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis. Lección 35: “El problema de la concepción del Universo”.* (B. N.)
- (En: “Obras completas”. B. N.: Biblioteca Nueva, Madrid, 1972 – A. E.: Amorrortu, Bs. As., 1979)
- GEREZ AMBERTÍN Marta: (1999) *El superyó en la clínica freudo lacaniana: nuevas contribuciones.* (Universidad Nacional de Tucumán, 1999)
- GROSSKURTH Phyllis. (1986) *Melanie Klein.* (Paidós, Bs. As., 1990)
- KLEIN Melanie: (1921) *El desarrollo de un niño.*
- (1923) *El análisis infantil.*
- (1935) *Contribución a la psicogénesis de los estados maniaco – depresivos.*
- (1937) *Amor, culpa y reparación.*
- (1940) *El duelo y su relación con los estados maniaco – depresivos.*
- (1946) *Notas sobre algunos mecanismos esquizoideos.*
- (1950) *Sobre los criterios para la terminación de un psicoanálisis.*
- (1952) *Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé.*
- (1957) *Envidia y gratitud.* (En: Obras completas. Paidós, Buenos Aires, 1990)
- LACAN Jacques: (1958 a) *El Seminario, libro V, “Las formaciones del inconsciente”* (Paidós, Bs. As., 2003).
- (1958 b) *La significación del falo.* (En: “Escritos”, Siglo XXI, México, 1975)

- (1959) *De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis*. (Ídem anterior)
- (1960 a) *El Seminario, libro VII, "La ética del psicoanálisis"* (Paidós, Bs. As., 1988).
- (1960 b) *Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano*. (En: "Escritos", Siglo XXI, Bs. As., 2002)
- (1963) *Kant con Sade*. (En: "Escritos", Siglo XXI, México, 1975)
- (1964) *El Seminario, libro XI, "Los cuatro conceptos fundamentales del Psicoanálisis"*. (Paidós, Buenos Aires, 1987)
- (1967) *El Seminario, libro XV, "El acto analítico"*. (Inédito, Versión de S. García Espil, Discurso Freudiano, Buenos Aires, sin fecha).
- (1973) *El Seminario, libro XX, "Aún"*. (Paidós, Barcelona, 1981)
- LÓPEZ Héctor: (1994) *Psicoanálisis: un discurso en movimiento*. (Biblos, Bs. As., 1994).
- MASOTTA Oscar: (1980) *El modelo pulsional*. (Catálogos, Buenos Aires, 1986).
- PONTALIS J. B.: (1979) *Encontrar, acoger, reconocer lo ausente*. (Se lo halla como "Prólogo" a la edición española de "Realidad y Juego", Gedisa, Barcelona, 1979).
- RABINOVICH Diana: (1988) *El concepto de objeto en la teoría psicoanalítica*. (Manantial, Buenos Aires, 1988).
- ROUDINESCO E. Y PLON M.: *Diccionario de Psicoanálisis*. (Paidós, Buenos Aires, 1998)
- VARIOS: *Historia del Psicoanálisis*. (Paidós, Buenos Aires, 1968)
- Tomo V, capítulo V: *Melanie Klein* (por John Lindon).
- Tomo I, capítulo I: *Karl Abraham* (por M. Grotjahn).
- WINNICOTT Donald: (1945) *Hacia un estudio objetivo de la naturaleza humana*. (En: "Acerca de los niños", Paidós, Bs. As, 1998)
- (1952) *Las psicosis y el cuidado de niños*. (En "Escritos de pediatría y psicoanálisis", Laia, Barcelona, 1977)
- (1956) *Carta a Joan Riviere, del 3/3/56*. (En: "El gesto espontáneo", Paidós, Bs. As., 1990).
- (1958) *Carta a Joan Riviere, del 13/6/58*. (Ídem anterior).
- (1960) *Deformación del ego en términos de un ser verdadero y falso*. (En: "El proceso de maduración en el niño". Laia, Barcelona, 1979).
- (1962 a) *Mi punto de vista personal sobre la aportación kleiniana*. (Ídem anterior).

- (1962 b) *La integración del ego en el desarrollo del niño* (Ídem anterior).
- (1965) *La psicología de la locura: una contribución psicoanalítica*. (En: "Exploraciones psicoanalíticas 1". Paidós, Buenos Aires, 1991)
- (1966) *Los elementos masculino y femenino escindidos que se encuentran en hombres y mujeres*. (Ídem anterior)
- (1968) *El uso de un objeto y el relacionarse mediante identificaciones*. (Ídem anterior)
- (1970) *Realidad y juego*. (Gedisa, Barcelona, 1979)
- (1974) *El miedo al derrumbe*. (En: "Exploraciones psicoanalíticas 1", op. cit.)
- (1996) *Acerca de los niños*. (Paidós, Bs. As., 1998)

QUINTA PARTE: La clínica winnicottiana.

*¿Quién puso de relieve la regularidad oculta
de ciertos afectos tan vivos
que parecían desordenados?
Arturo Carrera - Potlatch*

(a) Una ética para el psicoanálisis.

En el capítulo anterior sosteníamos la existencia de una correlación entre Gnoseología (entendida como el modo de concebir las relaciones sujeto / objeto) y Ética, entendida a su vez como un discurso en torno al acto. En el sentido moderno, esta relación adquiere relevancia a partir de Kant. Su gnoseología marca una diferencia irreductible entre, por un lado, el fenómeno y su concomitancia respecto al aparato de conocimiento subjetivo, y por el otro el noúmeno (o “cosa-en-sí”), incognoscible en tanto se ubica más allá de los límites de la estructura de conocimiento. Para Kant la Ética (entendida como Razón Práctica) se vuelve necesaria justamente en la medida en que existen objetos que no se pueden conocer. Dicho de otra forma: si el conocimiento abarcara todo lo Real, no habría necesidad de una Ética que dijera cómo actuar. Todo cabría en la dimensión del Saber. Pero si existen objetos que se ubican más allá de las posibilidades del Saber, se impone como necesaria una reflexión que oriente mi acción respecto a esos objetos.

De allí la necesidad de establecer una definición del Bien que, al mismo tiempo, no dependa del objeto (pues este no se puede conocer), y que adquiera una dimensión Universal.

Llevadas al campo del Psicoanálisis, la aplicación de estas premisas nos permitiría deducir que las concepciones acerca del sujeto y del objeto que el analista construya teóricamente serán correlativas de la Ética que sostenga en su clínica. En este sentido es clave el lugar que la Teoría le asigne a lo no – representable. Si el analista sostiene la idea de que en el aparato psíquico existe un registro memorable de *todos* los sucesos, la cura que proponga habrá de consistir en una reconstrucción cuya finalidad se sostendría en hacer consciente *todo* lo inconsciente, lo que traería como resultado que el yo venga a desalojar al ello, haciendo realizable la expectativa hegeliana que pregonaba la coincidencia entre lo Real y lo Racional. La gnoseología de Hegel pretende avanzar más allá

del punto de detención kantiano, sosteniendo la tesis de que no existe una dimensión incognoscible del objeto. Si todo lo Real puede ser conocido, no hay necesidad de Ética, o al revés, la necesidad de una Ética nos hablaría de una incompletud del Saber. Todas las corrientes analíticas que se proponen como finalidad terapéutica fortalecer al Yo, ampliando su dominio sobre el Ello, caben dentro del programa hegeliano: en suma, apuntan al ideal de un Saber Absoluto; el establecimiento de un sujeto que, en cada caso, *sepa* como actuar.

Ya desde sus primeros escritos Freud hace lugar a lo incognoscible: das Ding en el “Proyecto...”, el ombligo del sueño en la “Traumdeutung”, las diversas versiones del trauma y, por último, la compulsión de repetición, son formas en que lo incognoscible emerge en su discurso.

De esta manera, las premisas clínicas (“hacer consciente lo inconsciente”, “donde Ello era, Yo debo advenir”) son proposiciones éticas, y no programas del Saber. En esa “pequeña” diferencia radica la ética posible del psicoanálisis. Si todo puede saberse porque su sentido está escrito de antemano, la práctica del psicoanálisis se convierte en un camino de iniciación, que adentra al analizante en las sendas del Saber, llevándolo desde la posición de ignorancia a la de sabiduría, gracias a los buenos oficios del analista. Por el contrario, si hay una dimensión incognoscible, e irreductible a todo saber, la práctica analítica es un “trabajo” que busca lograr cierta inscripción “contingente” de lo que no cesa de no escribirse.

Otro aspecto peculiar de la gnoseología freudiana está referido a la localización de lo incognoscible, pues éste no habita en el exterior, sino que lo hace, si se me permite expresarme así, en el interior del sujeto: se trata de ese interior – exterior, o real – interior que Freud llamara “el núcleo de nuestro Ser”. El análisis, como una práctica de auto – conocimiento, se topa con este obstáculo interior que torna necesaria la dimensión dialógica: si sólo se tratara de re – conocer lo que ya está inscripto como Saber, el auto – análisis resultaría posible. Pero en tanto existe esa dimensión real en el seno de nuestro ser, se vuelve necesaria la presencia del psicoanalista, pues será a través de esa presencia, que también contiene un aspecto irreductible al Saber, como el analizante logrará ponerse en relación con la suya.

Vimos también en el capítulo anterior cómo la teoría que Winnicott construye es sensible a esta dimensión de lo irrepresentable. Quizá por haberse producido en el contexto del kleinismo, Winnicott persigue ese irrepresentable a partir de la experiencia. A través

de descripciones sutiles de sus observaciones clínicas, logra situar el modo en que cierta clase de experiencias fallidas con la madre dejan como residuo en el hijo esa marca sin sentido que se convierte en el núcleo de su ser. Y ante esto no vacila en proponer que la cura analítica debe repensarse hasta poder dar lugar a un trabajo posible respecto a esa dimensión central.

López no duda en alojar a la Psicología del Yo en el lugar del “olvido fecundo y necesario” que, de acuerdo a la lógica foucaultiana, sigue al momento de instauración discursiva realizado por Freud, lugar que se homologa al de la represión en tanto ésta, justamente, es el modo de hacer con lo irrepresentable que resulta más afín al Principio del Placer. Pero en ese contexto la obra de Klein se diferencia, pues ella adquiere el sentido de un “retorno de lo reprimido”. Así como en los autores de la Psicología del Yo el concepto de pulsión de muerte no encuentra lugar, Klein lo convierte en el centro de sus preocupaciones teóricas y clínicas. Y sin embargo, se entiende que ese “retorno” sigue bajo la lógica de la represión, en tanto la pulsión de muerte y su neutralización se convierten en la tarea fundamental del Yo. Por otra parte, reducir la pulsión de muerte, como concepto, a una noción biológica y constitucional, impide teorizar su posible tramitación simbólica.

En este sentido, Winnicott parte desde otro lugar: abandona las premisas constitucionales, y busca el origen de esta tendencia en las experiencias tempranas con la madre. Este movimiento es similar al que realiza Lacan, al reconsiderar la pulsión de muerte desde una perspectiva que se centra en las incidencias del lenguaje en el sujeto, incidencias que lo llevan a investigar las condiciones de su producción efectiva, y en ellas el papel de la madre en tanto Otro primordial.

Veremos en los apartados que siguen el modo peculiar en que Winnicott concibe la clínica psicoanalítica a partir de estas premisas.

(b) Nuevamente Klein con Winnicott: el tema de la interpretación.

Me propongo resaltar algunas características de la clínica winnicottiana, de acuerdo, por una parte, a una secuencia conceptual:

§ Las particularidades clínicas que surgen como “reacción” a la clínica kleiniana.

§ La clínica de la psicosis.

§ La clínica de niños, y en particular el papel del juego.

§ La clínica de la conducta antisocial.

Por otra parte, me interesa estudiar en detalle algunas particularidades emergentes de los relatos clínicos de Winnicott, en la medida en que supongo que ellos son un terreno propicio para la irrupción de “impensados teóricos” que funcionarían, o bien al modo de un real que exige su teorización, o bien como una suerte de aspectos inconscientes de la transmisión que, sin llegar a tramitarse a través de conceptos, se manifiestan bajo el modo de “verdades insabidas”.

Con relación al primer punto, enumeraré algunas características del modo en que Winnicott concibe la “interpretación”, comparándolas con el status de la interpretación kleiniana:

En el texto *“Realidad y Juego”* Winnicott expondrá un modelo de trabajo terapéutico al que podríamos considerar en las antípodas del modelo kleiniano, sobre todo en lo que éste supone respecto de la *interpretación*. para Klein es **función** del analista **interpretar**, ya sea para dismantelar la angustia y posibilitar el acceso a la fantasía, ya sea para promover insight, ya sea para analizar la transferencia. En el capítulo 3 de *Realidad y Juego*, referido al tema del juego, Winnicott postulará que éste es una *“forma básica de vida”*, y es *“por sí mismo una terapia”*. En la medida en que el jugar **es** terapéutico, podría sostenerse la idea de la existencia de una psicoterapia profunda *“sin necesidad de una labor de interpretación”* (Winnicott, 1970: 75). *“La interpretación”*, concluirá, *“fuera de la madurez del material es adoctrinamiento, y produce acatamiento”*. La interpretación debe darse sobre la base de la existencia de un *“juego mutuo”*, de la *“superposición de dos zonas de juego”*, y ese juego debe resultar espontáneo.

En el capítulo siguiente expresará: *“Mi descripción equivale a un ruego a todos los terapeutas, de que permitan que el paciente exhiba su capacidad de jugar, es decir, de mostrarse creador en el trabajo analítico. Esa creatividad puede ser robada con suma facilidad por el terapeuta que sabe demasiado”* (: 83). Si bien es posible pensar que esta modalidad clínica, descrita en el texto que comento, y que supone sesiones de duración indefinida (dos o tres horas) y una actitud silenciosa y paciente de parte del analista, surge como una alternativa frente a un tipo particular de pacientes, a los que Win-

Winnicott califica de *fronterizo* o *esquizoide*, deseo sostener la idea de que la misma habrá de extenderse, para Winnicott, hacia la clínica en general, *basándose en su propio caso*, o dicho de otra forma, *en aquello que el califica como “su enfermedad”*²⁷. Es decir, entiendo que no se trata de una modalidad clínica *especial*, que sólo merece ser aplicada a cierto tipo de casos. Por el contrario, la impresión que me deja la lectura de éste y otros textos de Winnicott es que esta clínica se generaliza *en la medida en que Winnicott supone que en todo paciente hay un núcleo primario escindido*, y que el psicoanálisis es la única experiencia que podría permitir una re-vinculación con él.

En la misma línea de lo expuesto en el párrafo anterior, hallamos estas afirmaciones en un texto de 1968: *“El propósito de la interpretación debe incluir el sentimiento del analista de que se ha hecho una comunicación que debe ser reconocida como tal”* (1968b: 251, el subrayado es nuestro). El primer sentido de la interpretación psicoanalítica, entonces, radica en el reconocimiento del gesto comunicativo del paciente, y por tanto, en el reconocimiento del paciente como “persona”. Nótese que Winnicott no da prioridad a la significación: no importa *qué quiera decir* el paciente con lo que dice, lo importante es reconocer su gesto de *querer decir*. *“Esta es quizá la parte importante de toda interpretación, pero ocurre que este simple propósito queda oculto debajo de un montón de otras cuestiones, tal como las consignas referidas al uso de símbolos. (...) Tan pronto el analista se embarca en esa clase de interpretación, deja atrás el suelo firme y se interna en una zona peligrosa, donde usará sus propias ideas, las que pueden estar equivocadas desde el punto de vista del paciente en ese momento”*.

Otra vez, la interpretación de símbolos (cara a la clínica kleiniana) resulta una manera de responder a un gesto espontáneo con ansiedad: en este caso, la ansiedad del analista que lo lleva a trasladar lo informe (en tanto no sabido) del material que el paciente propone a términos conocidos de la teoría. *“Aquí estamos discutiendo acerca de diversas variedades de psicoanalista, ya que hay muchas, y sin duda una de las tareas del analizando es llegar a saber cómo es su analista (...). Esto no deja de ser natural, ya que se parece a lo que sucede con el niño que debe llegar a saber qué clase de padres hay que puedan ser usados como tales”* (: 252). Los analistas están en la misma línea de los padres: son *interpretantes, dadores de sentido*, y Winnicott parece vincular el concepto de *madre suficientemente buena* (entendida como aquella que acepta el gesto espontáneo

²⁷ Cf. la Tercera Parte de esta Tesis.

de su hijo sin ansiedad, y por lo tanto sin responder buscando sumisión a sus propios significados) con la idea del *analista lo suficientemente bueno*, que habría de responder al gesto espontáneo de su paciente de la misma forma.

En este contexto pueden incluirse las ideas de Winnicott relativas a las posibilidades de uso del analista por parte del paciente:

“En la clínica psicoanalítica, los cambios positivos que se producen en esta zona (se refiere a la zona de pasaje del analista como objeto subjetivo a objeto objetivo, de la ‘relación’ al ‘uso’) pueden ser muy profundos. No dependen del trabajo interpretativo, sino de la supervivencia del analista” (1968: 269).

Melanie Klein (y Joan Riviere) respondieron a los ataques de Winnicott con “interpretaciones”, las que generaron nuevos ataques. Winnicott resalta que la supervivencia incluye “la idea de la inexistencia de una cualidad retaliativa”. En este contexto, la Interpretación puede incluirse dentro de las respuestas retaliativas. Klein centra su clínica en el análisis de la transferencia, e incluso sostiene que un análisis no podría darse por acabado si no se expresa en él, para luego ser interpretada, la transferencia negativa. Y sin embargo no pudo llegar a despejar el papel de objeto que el analista debía jugar allí. Para Klein la transferencia debe interpretarse, pues lo que está en juego es una concepción que opone un analista sabio, advertido, a un paciente que desconoce lo que sus sentimientos inconscientes expresan en la escena analítica. Interpretar, en este contexto, es traducir, aportar el saber del analista para “clarificar” al paciente.

Winnicott rechaza doblemente esta función de la interpretación. En primer lugar la rechaza porque entiende que, en el análisis, el saber del analista puede resultar un obstáculo, y no una ayuda. Aquí se comprende su ruego: que el analista se abstenga y que el paciente llegue solo a la interpretación. ¿Qué entiende Winnicott por interpretación?: en un contexto (Winnicott 1968b) en donde reconoce que hay comunicaciones verbales y no verbales, interpretar es “reconocer un gesto”. Es decir: que el analista, ocupando el lugar del Otro de la comunicación, dé a una manifestación del paciente el status de comunicación, **pero sin que importe su sentido**. La intervención del analista es vista más como una *presencia* que como un *saber*. Retomando el tema del odio, visto en el capítulo anterior, y la necesidad de que el analista sobreviva para permitirle al paciente hacer de él un objeto “usable”, Winnicott insiste en que la presencia del analista adquiera un status “real”.

Así, comentado un análisis en donde él realiza un “error” que tiene para la paciente consecuencias catastróficas (Winnicott 1964), Winnicott insiste en sostener que su “error” se debe a procesos inconscientes personales: *“Lo cierto”,* dirá a su paciente, *“es que yo soy así, y si usted continúa conmigo comprobará que vuelvo a hacer cosas similares con una motivación inconsciente, porque así soy yo”* (:126). Su intervención resulta un “gesto” que espera de la paciente un reconocimiento que le permita tolerar la existencia real del psicoanalista.

(c) La clínica de la psicosis.

En un texto recogido en “Exploraciones psicoanalíticas I” (1965), Winnicott se interroga acerca de una clínica posible de la “locura”. Siguiendo la lógica de sus propias tesis, sostendrá que la locura que perturba al paciente, y que lo hace temer un *derrumbe* futuro, es en realidad el recuerdo de algo ya acontecido. Pero se trata de un recuerdo muy peculiar, pues de ese acontecimiento no han quedado trazas psíquicas que puedan ser rememoradas: *“El paciente tiene necesidad de recordar la locura original, pero ocurre que ésta corresponde a una etapa muy temprana, antes de que se hubieran organizado en el yo los procesos intelectuales capaces de abstraer las experiencias catalogadas y presentarlas a la memoria consciente para su uso. En otras palabras, la locura que tiene que ser recordada sólo puede serlo reviviéndola”* (: 155). Pareciera que Winnicott describe una situación similar a aquella otra de la que habla Freud en su texto *Recuerdo, repetición y elaboración*, hay un momento en que las cadenas asociativas se detienen, y el paciente, en lugar de recordar, *repite*. Pero esta repetición no tiene para Winnicott un cariz resistencial, pues en la medida en que lo que se debe recordar no se encuentra disponible en un material psíquico “recordable”, sólo es posible acceder a esa experiencia reviviéndola. Y nuevamente aquí se presenta un desafío para el analista: ¿podrá éste soportar el establecimiento de la locura en el tratamiento? ¿Podrá tolerar que la transferencia se enloquezca, y aceptar que eso ocurra sin necesidad de darle un *sentido*?

“Como es natural, cuando un paciente intenta revivir la locura se presentan enormes dificultades, una de las cuales es encontrar un analista que comprenda lo que está pasando. (...) En un caso como éste, cualquier tentativa del analista por obrar con cordu-

ra o con lógica destruye el único camino de regreso que el paciente puede forjarse hacia esa locura que necesita recuperar mediante la experiencia, ya que no puede recuperarla mediante el recuerdo. Así pues, el analista tiene que ser capaz de tolerar sesiones enteras, y aún largos períodos de análisis, durante los cuales no es aplicable la lógica a ninguna descripción de la transferencia” (:155/6).

¿Ocurre que Winnicott, al descubrir (o postular) su teoría del falso self, ve en *todos* sus pacientes este problema, y que por tanto trata a *todos* igual? Pareciera que no, si tomamos en cuenta estas afirmaciones:

“Si nuestros diagnósticos fuesen mejores nos ahorraríamos, y les ahorraríamos a nuestros pacientes, mucho tiempo y desesperación” (1968c: 280). *En el contexto del “uso” del analista, también afirma:* “Muchos de nuestros pacientes se presentan con este problema ya resuelto: pueden usar los objetos, a nosotros y al análisis (...). Pero otros necesitan que sepamos darles la capacidad de usarlos” (1968: 272).

La psicosis es para Winnicott algo relativo a lo pre – edípico, y esta distinción Edípico / Pre – edípico resulta para él la clave de su psicopatología.

“La palabra ‘psiconeurosis’ da a entender al psicoanalista que el paciente, durante la infancia o la niñez, llegó a cierta fase del desarrollo emocional y que, habiendo logrado la primacía genital en la fase del Complejo de Edipo, se han organizado en él determinadas defensas contra la angustia de castración. Estas defensas constituyen la enfermedad psiconeurótica, cuyo grado se refleja en el grado de rigidez de las defensas. (...) Cuando uno de los rasgos importantes sea la angustia de aniquilamiento en vez de la angustia de castración, la mayoría de los psicoanalistas diagnosticarán una psicosis en vez de una psiconeurosis. (...) El término ‘psicosis’ se emplea para dar a entender que durante la primera infancia el individuo no fue capaz de alcanzar el grado de salud personal que da sentido al concepto de Complejo de Edipo, o bien, alternativamente, que la organización de la personalidad adolecía de ciertas debilidades que se pusieron de manifiesto al llegar el momento en que fue necesario soportar la máxima tensión del Complejo de Edipo” (1959: 156).

Todo el campo pre – edípico está gobernado por la madre. Sin embargo, el padre tiene en él su papel: *“(...) Freud no sabía que hoy tenemos que enfrentarnos con este problema: ¿Qué sucede con la presencia efectiva del padre y con el papel que cumple en la experiencia de la relación entre él y el niño, y entre el niño y él?” (1969: 289).* Una lec-

tura que se sostenga en la “sospecha lacaniana”, tan común en algunos psicoanalistas de hoy, no tardaría en hacer oír su crítica: “Winnicott no puede desprenderse de la experiencia, no puede pensar en funciones simbólicas, sino en presencias reales, confundiendo los registros”. Sin embargo, para sorpresa del lector suspicaz, uno párrafos más adelante agrega: *“y también hay muchas cosas que tener en cuenta sobre la imago del padre en la realidad interna de la madre, y el destino que le cabe allí”*.

Este hermoso artículo que vengo comentando, una deriva del tema del uso del objeto en sus vinculaciones con el “Moisés...” de Freud, concluye con la siguiente afirmación:

“Para avanzar hacia una teoría viable de la psicosis, los analistas deben abandonar totalmente la consideración de la esquizofrenia y la paranoia con referencia a la regresión respecto del Complejo de Edipo. La etiología de estos trastornos nos lleva inevitablemente a etapas que preceden a la relación triangular. El extraño corolario es que en la raíz de la psicosis hay un factor externo. Y a los psicoanalistas les resulta difícil admitir esto después de todo el trabajo que se tomaron para llamar la atención sobre los factores internos al examinar la etiología de las psiconeurosis” (:293, los subrayados son del autor).

Otra vez reencontramos esa pauta, intrínseca al pensamiento de Winnicott, que en un mismo movimiento centra la causa de cierta clase de trastornos en una falla ambiental “primaria” (el “factor externo” de la cita anterior), y desacredita las tesis kleinianas y su modelo de una regresión a “fantasías inconscientes”, que en tanto “inscripciones” permiten ser interpretadas.

Si retomamos las afirmaciones de Winnicott en su texto “La psicología de la locura” (1965), surge con claridad que la clínica de la psicosis se basa en las posibilidades de “experienciar”, más que en intervenciones interpretativas: “el miedo no es a una locura que vendrá, sino a una locura que ya ha sido experienciada”. *“El paciente tiene necesidad de recordar la locura original”*, pero como esa locura tuvo lugar en un tiempo primitivo en donde el yo no cuenta con procesos psíquicos capaces de registrar y posibilitar un recuerdo posterior, *“la locura que tiene que ser recordada sólo puede serlo viviéndola”* (:155). Como ya hemos mencionado más arriba, la dificultad en este caso estriba en encontrar un analista capaz de soportar la situación, y que permita que se des-

arrolle en el tratamiento una “locura encuadrada”²⁸, que incluye la transferencia delirante: *“el analista tiene que ser capaz de tolerar sesiones enteras, y aún largos períodos de análisis, durante los cuales no es aplicable la lógica a ninguna descripción de la transferencia”* (:156). En esos momentos el paciente se encuentra *“sometido a la compulsión de llegar a la locura (...) a partir de cierto impulso básico”* a convertirse en “normal”. La suposición de este impulso básico parece ser el deseo que habita en Winnicott y le permite sostenerse como analista en la cura de estos pacientes.

La meta terapéutica es ir al corazón de la angustia: *“la cura sólo sobreviene si el paciente puede llegar hasta la angustia en torno de la cual se organizan las defensas”* (:157). *“Pero si el analista no es capaz de contemplar las cosas de este modo, sino que por temor, o por ignorancia, o por los inconvenientes que le trae tener entre manos a un paciente tan enfermo, tiende a desperdiciar estos sucesos del tratamiento, no podrá curar al paciente. Continuamente procurará modificar la transferencia delirante, o llevar al paciente de un modo u otro hacia la cordura, en vez de posibilitar que la locura se convierta en una experiencia manejable a partir de la cual el sujeto pueda tener una recuperación espontánea”* (:159).

Ronald Laing, discípulo en más de un sentido de Winnicott, retomará estas ideas en sus críticas antipsiquiátricas:

“Un hombre de 24 años. Se le ha estado aplicando un electroshock cada tres semanas porque

*el efecto del electroshock desaparece al cabo de diez días y entonces permanece sumido en sus pensamientos
y tiene que encerrarse en una habitación
y no ser interrumpido
debe concentrarse mediante un enorme esfuerzo
no puede permitirse el lujo de complicar la situación
ni con un movimiento
ni pronunciando una sola palabra*

²⁸ Con este término queremos señalar que se trata de una locura que habrá de vivirse dentro de un campo que posee sus propias reglas. Winnicott no propone que la cura “enloquezca”: por el contrario, es necesario que el analista “comprenda lo que está pasando”, y permita, mediante un encuadre diferente pero riguroso, que esa locura tenga lugar como experiencia para el paciente.

*permanece despierto el mayor tiempo posible porque si no este proceso se interrumpiría con el sueño
no le importa ni siquiera la comida
se despoja de sus ropas
orina y defeca en el mismo sitio en que se encuentra: de pie, sentado, tumbado, inmóvil*

*cuanto más absorto está
más cerca se siente de su objetivo
nota que le aplasta una tremenda presión proveniente de todas partes
es como nacer; dice*

*cada vez que se le interrumpe, compulsivamente, con los electroshocks,
tiene que volver a empezar desde el principio.*

No conozco ninguna institución psiquiátrica en el Reino Unido, y quizás sólo dos o tres en los Estados Unidos, en la que se “permitiera” o incluso “ayudara” a “pasar” por la experiencia que le atraía.

No conozco ningún lugar en el que se permita, aunque sólo sea por puro interés de investigación, a un psiquiatra, joven o viejo, observar el desarrollo natural del proceso, ¿no podría ser que el paciente estuviera intentando pasar por la experiencia del nacimiento?

¿Es posible que, en un ambiente propicio y con terapeutas bien preparados para ser comadronas, consiguiera “nacer”?

¿No podrían ser sus “síntomas” reales, si los vemos desde un punto de vista “correcto”, el camino por el que encuentra un alivio a su agonía?

Estando así las cosas,

dice que se matará si no se le permite “sumirse” en sus pensamientos,

lo que hace que se le apliquen cada vez más electroshocks.

Además, los psiquiatras dicen que se ha convertido en un “adicto” a los electroshocks, desde el momento en que los obliga a aplicárselos; por eso tienen que encontrar métodos y medios para “alejarse”.

Quizás una operación en el cerebro antes de que sea demasiado tarde.

Si se extirpa ahora una pequeña parte de su cerebro, podrán evitarse posteriores operaciones”(Laing 1976: 121/2).

Hay, en esta clínica, un modelo de “regresión” que, tal como lo enunciamos más arriba, diverge del modelo kleiniano. Se trata de una regresión a “situaciones” más que a “contenidos” (y por tanto de una clínica de la “experiencia” más que de la “interpretación”), y por tanto la necesidad de “encuadrar” la experiencia se convierte en un asunto central de la técnica. *“En algunos casos”,* dirá Winnicott, *“se advierte al final (o incluso al comienzo) que el encuadre y su mantenimiento son tan importantes como la forma de encarar el material. (...) Es como si el paciente poco a poco nos sedujera para entrar en connivencia con el bebé que hay en él, y que de un modo u otro recibió atención inadecuada en las primeras etapas”*(1964: 123).

El sentido profundo de la idea de “regresión” para Winnicott surge con precisión en su texto “El miedo al derrumbe” (1974): *“la experiencia original de la agonía primitiva no puede convertirse en tiempo pasado a menos que el yo sea capaz primero de recogerla dentro de su experiencia presente y su control omnipotente actual (presumiendo que la madre / analista cumpla la función auxiliar de soporte del yo)”*(1974: 115).

Se trata de un intento de amarrar lo desamarrado. Mientras que el análisis kleiniano tiene un sentido “progresivo”, siendo por tanto que en él se “regresa” para “superar”, en Winnicott se regresa para *experienciar lo vivido pero no registrado*. En este sentido no es plenamente una regresión, pues no se vuelve a ninguna modalidad anterior: es un viaje hacia una “nada” anterior.

Habita, probablemente, en todo esto un anhelo singular, situable en los términos del deseo que anima al “analista Winnicott”: poder ser una mejor madre que aquella que le tocó en suerte al paciente. Esto lo lleva a preocuparse por los detalles del ambiente capaces, más que de proveer, de *recibir* lo que en el paciente está a punto de manifestarse. Y sin embargo, ese anhelo choca una y otra vez con la “realidad” de ese analista, que en algún punto sabe que no podrá ser una madre. Ilustremos el asunto a través del siguiente ejemplo (tomado de Winnicott 1963):

“En el caso que trataré aquí no estoy tomando notas (... pues) comprobé que interferían en mi análisis de esta mujer al hacer que se enfatizaran demasiado los detalles en la

mente consciente. La reacción inconsciente, o menos consciente, quedaba así distorsionada. (...)

En la actualidad, la base del tratamiento es mi silencio. Toda la semana pasada permanecí en un silencio absoluto (...). A la paciente esto le parece un logro suyo, mantenerme silencioso. (...)

La semana pasada fue, quizás, en este aspecto, la más 'exitosa' de todas (...). Esta semana casi perfecta concluyó de una manera extraña. Yo no tenía idea alguna de que hubiese habido alguna perturbación, pero el lunes la paciente me informó que lo que yo había hecho al final de la sesión del viernes la molestó mucho. (...) Parece ser que en el momento en que ella se levantaba se produjo un sonido como el de un papel que alguien arruga. El lunes pudo hablarme de esto y de su reacción, pero no antes de haber encontrado la manera, menos delirante, de quejarse de mí. (...) Ella dice que al conseguir que yo no hable me convierte en una mujer; me castra, me vuelve impotente, etc., etc., y entiende muy bien que yo no pueda soportarlo; incluso llegó a pensar que yo estoy celoso de ella al darle lo que necesita, porque jamás lo tuve para mí. (...) 'La única explicación -dijo- es que usted no es capaz de hacer lo que sabe necesario, y todo el asunto es falso. El motivo -continuó diciendo- es que usted no soporta que se lo convierta en mujer; o cualquier otra cosa que el silencio signifique para usted'. (...)

En primer término, yo debía aceptar mi situación como alguien que no dice nada. Esto me fue extremadamente difícil en la mañana del martes, no porque me importase estar callado sino porque podía entender lo que estaba sucediendo, y no hay nada más difícil de soportar para un analista que la transferencia delirante del paciente. Esto surtió en mí el efecto de producirme un cosquilleo en la garganta que, empero, pude ocultar; y admito que si hubiese podido pronunciar tres palabras el cosquilleo habría desaparecido. El no poder hablar produce en mí un efecto curioso, al demandarme una escucha distinta de la habitual. Hasta cierto punto, yo siempre escucho con la garganta, y mi laringe va siguiendo los sonidos que oigo en el mundo y, en particular, la voz de alguien que me habla. Esta ha sido siempre una característica mía, y en una época fue un síntoma serio” (1963: 104/6).

Detengo aquí esta cita, (y pido disculpas al lector por su extensión), pues creo haber condensado en ella todo lo necesario: creo que puede desprenderse de este ejemplo el tipo de “objeto” que el analista encarna en la clínica winnicottiana. Aunque desee ser un

continente, y se ofrezca como tal, no resulta más que un “hueso”: algo que podrá ser destruido hasta su punto real, ese que, como residuo, deberá caer de la escena. Hay entonces, también para Winnicott, un “límite” a respetar en la clínica de la locura: límite que al mismo tiempo es una apuesta que busca hacer retornar al paciente a la realidad compartida, reconociendo en el analista una presencia real que, como resto de la operación, deberá ser evacuado al final del trayecto.

Llegamos de esta forma a perfilar una suerte de “clínica de lo esquizoide”, que parece diferir de la vía abierta por Freud y seguida por Lacan en torno a la paranoia, pues en ella resulta clave el papel restitutivo del delirio. Aquí no hay restitución, sino clivaje, y más aún, una suerte de trauma catastrófico originario no simbolizado, que se ha convertido en el centro del sujeto. Un centro que, como dirá Pontalis (1979), es “ausencia”.

Es probable que la clínica de Winnicott, a partir de su desprendimiento de Klein, haya virado cada vez más hacia ese territorio, en busca de la restitución simbólica de una experiencia inenarrable. Es probable, también, que en esa búsqueda hubiese algo personal, en el sentido de que haya sido en ese punto donde sus análisis (con Strachey, con J. Riviere) se hayan detenido. De esta forma, es probable que Winnicott se haya convertido, en los últimos años de su vida, en el analista que hubiese deseado tener. Beatriz Grego parece llegar a una conclusión similar en su texto de 1996: *“A Winnicott, el horror le hace posible llegar a pensar algo fundamental: que toda creatividad en psicoanálisis debe estar relacionada con ir un paso más allá en el propio análisis del lugar donde lo llevó el propio analista”* (:14).

Desde el campo lacaniano en lengua francesa han surgido varias críticas relativas a esta “clínica de lo esquizoide”. Fundamentalmente hacen hincapié en la cuestión diagnóstica. Así, por ejemplo, Jean Claude Maleval (1978), cuestionando el empleo del concepto de *Spaltung* que lleva a cabo Bleuler, y por el cual pone en continuidad el pensamiento onírico y el pensamiento autista del esquizofrénico, como si sólo los diferenciara una cuestión de grado, dirá: *“Ahora bien, la ‘pequeña diferencia’ (entre ambos tipos de pensamiento) está precisamente cargada de consecuencias (...); constituye una de las diferenciaciones fundamentales entre el delirio histérico y el delirio psicótico (...). Pues bien, sobre todo entre los anglosajones, se hace gala de una cierta tendencia a olvidar la ‘pequeña diferencia’ (...)”* (:231).

También Colette Soler (1984) cuestiona a M. Milner, y a Winnicott a través de ella, en tanto él fue el supervisor del caso, acusándolos de “ligereza diagnóstica”. El argumento es el mismo que encontramos en Maleval: los anglosajones creen curar la esquizofrenia, cuando en realidad no logran darse cuenta de que están frente a un caso de histeria.

Pero Soler agrega una crítica más, que retomaremos en el siguiente punto: dirá que M. Milner *“pretende curar con algo que no sólo sería indecible, pues está fuera del significante, sino que además no se alcanzaría, no se ceñiría por la vía del significante”* (:117).

Más exhaustiva a la vez que más directa es la crítica que Jacques-Alain Miller (1981) le dedica a Winnicott en lo concerniente a su teoría y clínica de la psicosis.

En primer lugar Miller, como es su costumbre, crea un grupo de polaridades en torno a las cuales hará girar sus argumentos. Veamos algunas:

1. *“La pregunta que plantea el análisis de Juanito no es la de una madre suficientemente buena, sino la de una madre suficientemente deseante”* (:116).

Así, de esta primera polaridad Miller desprende una clínica freudo-lacaniana que “se dispone en torno del deseo de la madre”, matematizado como \emptyset , y la opone a una clínica winnicottiana que gira en torno a *“un Otro sin falta que el niño completa de manera asaz adecuada”* (:117).

2. Una segunda polaridad se organiza alrededor de la posición del analista en la cura: para Lacan *“el analista es un sujeto desidentificado, cuyo análisis le permite tomar distancia de sus identificaciones durante el ejercicio del psicoanálisis”* (:117). *“Este es un modelo muy diferente del de la completud que Winnicott propone como modelo de la cura analítica. (...) La novedad de Winnicott es haber propuesto la identificación del analista a la madre”* (:118).

3. En torno a la polaridad situación/interpretación, que Miller despeja de la lectura de un texto de Winnicott (“On transference”, de 1956), ubica una clínica winnicottiana en la que la situación prima por sobre la interpretación, y en la cual *“la acción propia del analista no se define a partir de la interpretación”* (:121).

En su lectura de este texto winnicottiano, Miller subraya el intento de anexar a la clínica psicoanalítica una nueva clase de pacientes (*“los pacientes sin yo”* :120), para la cual es

necesario a su vez modificar la “situación” analítica, haciendo que esta vaya *“más lejos en el sentido del cuidado”*.

Esta es la línea que Miller busca explotar: la petición de principio de reconocer la existencia de cierta clase de pacientes que han sufrido en su temprana infancia daños originados por una falla materna; la necesidad concomitante de ofrecer a estos pacientes una “situación analítica” particular, diferente a la descrita por Freud; el lugar que en ella ocupa el analista, quien, en tanto *“madre reparadora, obtiene la refacción de la estructura psíquica primera”* (:124).

Ya hemos señalado más arriba los límites que esta propuesta encuentra en el propio Winnicott, así como la gama de singularidades que sus planteos incluyen, y que Miller se ve necesitado de saltar para dar cuerpo a su lógica de oposiciones binarias. Rescato, de todos modos, una indicación que surge al final de su texto: todo aquello que Winnicott lee en términos de falla, desadaptación, y a lo que le otorga un sentido *negativo*, en Lacan obtiene, por el contrario, un sentido *positivo*. *“En Lacan la falta siempre tiene una función positiva y estructurante”* (:126). Esta afirmación nos enfrenta con el siguiente problema: ¿podría ser que las proposiciones lacanianas tengan una validez “general”, que justamente se problematiza allí donde es necesario dar cuenta de un hecho singular? Así, podría ser factible que un enunciado general del tipo “la falta siempre tiene una función positiva” requiera ser puesto en cuestión para que su “generalidad” no oblitere lo singular de la experiencia del niño o del psicótico. Es una de las premisas difíciles sobre las que pretende sostenerse el texto de Miller: *“Puede percibirse que la tensión que recorre la enseñanza de Lacan no la hace monolítica. Es una enseñanza cuya renovación fue tan larga y sin fracaso porque estaba animada por una contradicción, una tensión: la tensión entre una clínica de los efectos de la verdad – una clínica que retoma los casos uno por uno, que se impone comenzar de cero cada vez – y, al mismo tiempo, una clínica que tiene las exigencias del matema”* (:112).

(d) El juego.

“La naturaleza más primitiva de la mente del niño hizo necesario encontrar una técnica analítica más adaptable a él, y la hemos encontrado en la técnica del juego. (...) La diferencia entre nuestros métodos de análisis y el análisis de adultos es puramente de

técnica y no de principios. (...) No sólo nos ajustamos a las mismas normas del método analítico para adultos, sino que llegamos también a los mismos resultados. La única diferencia reside en que adaptamos sus procedimientos a la mente del niño". (Klein 1932: 2, 34).

De este modo caracteriza Klein la técnica del juego, buscando legitimar su práctica como "analítica" en tanto la técnica sólo busca producir el mismo resultado, adaptándose a las características de la mente infantil.

¿Y cuáles son esas características, como para exigir tal modificación? En su comentario de la obra de Klein, B. Grego (1985) señala que el problema técnico tiene su origen en una experiencia propia del psicoanálisis infantil: la falta de asociaciones libres en los niños, y es a partir de este problema que Klein busca dar al juego el estatuto de lenguaje, capaz de comunicar. "*En verdad*", dirá Grego, "*Klein da dos respuestas. Una es que el juego es asociación libre, jugando el chico asocia*" (:66). Hasta aquí, homologa "juego" con "asociación libre", dándole al "jugar" un carácter comunicativo. "*La otra respuesta dice: pero en verdad el chico no sabe hablar*", es decir, podría asociar, pero no lo hace porque se produce una "*inhibición del lenguaje verbal por angustia*".

"*La representación por medio de juguetes*", dirá Klein en el "Symposium...", "*al estar hasta cierto punto alejada de la persona misma del sujeto está menos investida de angustia que la confesión por medio de la palabra*".

En este contexto Grego lee: "*si bien dijimos que una acción puede ser de derecho 'palabra', aunque también puede no serlo, ahora tenemos que decir que precisamente cuando una acción está en el lugar de una palabra es cuando no es palabra*" (:75, el subrayado es de la autora).

Esta "acción" en el lugar en donde debía haber habido una palabra será leída por Grego como **acting-out**: "*es precisamente cuando la cadena discursiva se ha interrumpido y la acción en cuestión está por ende fuera de la cadena discursiva*" (:75). Sería necesario, concluye la autora, que pudiera distinguirse, en cada caso, si el juego del niño tiene un sentido comunicativo o no, cuestión que los analistas kleinianos nunca tomaron en cuenta.

Como sea, es claro que el estatuto del juego en Winnicott está mucho más cerca de la **acción** que de la comunicación. En primer lugar esto se evidencia por el uso del término

“jugar” (to play) que introduce la forma verbal, diferenciando así la acción del resultado (el “jugar” del “juego”). Tanto en la edición castellana como en la francesa la versión del título “Playing and Reality” traduce el primer término como “juego”²⁹. Veamos el comentario de J. B. Pontalis que aparece como prólogo en ambas ediciones:

“Una de las cosas que nos ha sorprendido a lo largo de la lectura de este libro es la frecuencia con que aparecen los participios substantivados”. Se trata, dirá Pontalis, de términos que indican “un movimiento, un proceso que se está realizando, una capacidad (...) y no el producto terminado” (Pág. III, el subrayado es del autor).

Traducciones como “el jugar”, o aún “el jugando” hubieran estado, al parecer, más cerca del espíritu de Winnicott. La acción de jugar define para él la práctica analítica: *“La psicoterapia se da en la superposición de dos zonas de juego: la del paciente y la del terapeuta. Está relacionada con dos personas que juegan juntas”* (Winnicott 1970: 61). Es posible, dirá luego, que el psicoanalista (no habla de nadie en particular, pero es probable que la generalidad apunte a un solo caso: Melanie Klein, quien es nombrada dos veces en el párrafo anterior al que estoy citando) *“haya estado muy ocupado utilizando el contenido del juego como para observar al niño que juega, y para escribir sobre el juego como una cosa en sí misma. Resulta evidente que establezco una diferencia significativa entre el sustantivo ‘juego’ y el verbo substantivado ‘el jugar’ (playing)”* (:63).

¿El psicoanálisis, entendido como la acción de jugar, remite a una práctica ajena a la dimensión de la palabra? Así lo entiende Grego (1985), en el mismo texto en el que, unas páginas antes, analiza la técnica de juego en Klein: *“Puesto que se trata de una teoría de otra práctica que el psicoanálisis, de una práctica de juego, Winnicott deja el lugar del psicoanalista”* (:126). Esta valoración sigue la vía abierta por Lacan en el Seminario XV: *“Como verán la próxima vez, extraído de su mismo texto, (Winnicott) está en una posición que se confiesa deber en tanto que tal y de manera confesada, salir del acto analítico, toma la posición de hacer, por lo que asume, como se expresa otro analista, responder a todas las necesidades del paciente. No estamos acá para entrar en detalle de a qué conduce eso. Estamos para indicar cómo el menor desconocimiento – y cómo no habría de existir si todavía no está definido – de lo que pasa con el acto analítico arrastra inmediatamente a quien lo asume y tanto más cuanto más seguro está, cuanto más capaz es – cito este autor porque considero que no hay quien ni siquiera se*

²⁹ Quedará en el fondo inexplicable de las cosas que el traductor castellano haya invertido los términos.

le acerque en lengua inglesa – llevándolo enseguida, negro sobre blanco, a la negación de la posición analítica” (Lacan 1967/8: 1, 32/33).

Pero no nos precipitemos en un gesto de anatema sin antes tratar de comprender cuál es el punto de vista de Winnicott. Veámoslo por partes:

a. En primer lugar, Winnicott dirá que el “lugar” en donde se aloja el jugar es el espacio transicional. En él, el jugar tendrá como función permitir el dominio del espacio exterior (“el mundo repudiado, el no yo, lo que el individuo ha decidido reconocer”) sin renunciar del todo a la persistencia del “adentro”. Dicho en otros términos: el jugar es la acción que tendría como resultado hacer posible la tarea imposible de la adaptación a la realidad, *“la perpetua tarea de mantener separadas y a la vez interrelacionadas la realidad interna y la exterior”* (Winnicott 1970: 19).

En este punto parecería que Winnicott prosigue la línea abierta por Freud en su texto “El poeta y la fantasía” (1907), dado que allí se postula que la actividad de la fantasía es heredera directa del juego del niño, siendo a la vez el motor de la producción artística.

b. Tratando de describir una “genealogía” del jugar, Winnicott parte de lo que denomina “el proceso de ilusión-desilusión” (1970: 31; 72), que supone una actividad por parte de la madre consistente en un *“ir y venir que oscila entre ser lo que el niño tiene la capacidad de encontrar y (alternativamente) ser ella misma, a la espera de que la encuentren”* (:71). Esta alternancia permite que la madre pase de la posición de objeto subjetivo a la de objeto objetivo. Entre medio, el niño vive una “experiencia de control mágico” conjugada con una experiencia del “dominio real” de los objetos, posibilitada por la *confianza* que la presencia y actitud de la madre imprime en todo el proceso. Esto, llegado el momento, permitirá que el niño juegue “a solas en presencia de alguien”, *“sobre la base del supuesto de que la persona a quien ama y que por lo tanto es digna de confianza se encuentra cerca, y que sigue estándolo cuando se la recuerda, después de haberla olvidado”* (:72).

La última etapa del proceso supone la posibilidad del “jugar con otro”, aquello que Winnicott llama la “superposición de dos zonas de juego”, eje de la definición, transcripta más arriba, de la psicoterapia:

Ahí, en esa zona de superposición entre el juego del niño y el de la otra persona, existe la posibilidad de introducir enriquecimientos. El maestro apunta a ese enriquecimiento. El terapeuta, en cambio, se ocupa en especial de los procesos de crecimiento del niño y de la eliminación de los obstáculos evidentes para el desarrollo” (:75).

El terapeuta no es un *maestro*. no ocupa una posición cuya función se rige por un ideal pedagógico. Más bien debe permitir que el jugar resurja allí donde ha quedado obstaculizado. Para ello recurre a la interpretación, y por tanto la tarea terapéutica no queda “por fuera del campo de la palabra”. Pero debe tomarse en cuenta que es el *espacio de juego* el que define los modos de la interpretación: *“La interpretación fuera de la madurez del material es adoctrinamiento, y produce acatamiento. Un corolario es el de que la resistencia surge de la interpretación ofrecida fuera de la zona de superposición entre el paciente y el analista que juegan juntos” (:76).*

Toda una doctrina se desprende de este corolario. Veamos:

En primer lugar: la interpretación busca movilizar una suerte de inhibición que impide jugar. Esta es su función básica. En segundo lugar: la interpretación es “posible” en el interior de un espacio definido como el de la superposición de dos zonas de juego. En cada uno de ellos, los sujetos intervinientes llevan a cabo una acción continua que a la vez relaciona y diferencia el espacio de omnipotencia (¿Principio del Placer?) con el espacio exterior (¿Principio de Realidad?). Cuando uno de estos sujetos cesa en su acción, el otro, *desde la suya*, verbaliza esta detención para promover la continuidad del trabajo. En este sentido, podríamos agregar que el analista no puede cesar en su tarea de *jugar*: *“cuando aquel (el analista) carece de capacidad para jugar, la interpretación es inútil o provoca confusión” (:76).* Recordemos que para Winnicott el analista no es maestro: no *ordena*, no *impone una significación*. invita, por el contrario, a un movimiento en el que él mismo está inmerso.

¿Podría tratarse de una forma de definir la transferencia desde la lógica del juego, y aún más, una forma de situar la interpretación como correlativa de la transferencia, haciéndose necesaria allí donde una acción se detiene? De este modo la interpretación no es una forma de traducir un material desde un Saber (tarea muy cercana a la del maestro), sino una verbalización cuyo objetivo es relanzar una acción que ha quedado inhibida.

(e) La “consulta única”.

En su último libro (“Realidad y juego”), y al incluir un ejemplo para ilustrar su teoría del objeto transicional, Winnicott vuelve al relato de un tipo particular de entrevista que al parecer era común en su práctica hospitalaria en Paddington Green. Lo que caracteriza a este tipo de entrevistas es su carácter de “excepcional”, que Winnicott expresa en estos términos: *“Yo sabía que en esa clase de entrevista tenía muy pocas posibilidades de acción: no podría recibir a esos padres o al niño más de una vez cada seis meses, ya que la familia vivía en el campo”* (1970: 35). Es decir que, en primer lugar, hay algo que imprime una particularidad a la técnica que se lleva a cabo en este tipo de encuentros: la sospecha, que funciona como una suerte de premisa, de que ellos pueden ser “únicos”, hecho al parecer corriente en el contexto de la consulta hospitalaria. Y sin embargo, a partir de una particularidad impuesta “desde fuera”, Winnicott construirá una modalidad técnica en la que depositará grandes expectativas, llegando a publicar un libro enteramente dedicado a este tema: “Therapeutic consultations in child psychiatry” (traducido al castellano como “Clínica psicoanalítica infantil”, 1971).

El interés que lo lleva a publicar el libro (editado en forma póstuma) es el de transmitir una aplicación posible del psicoanálisis a la psiquiatría infantil, resaltando el valor del “aprovechamiento cabal de la primera entrevista”. Winnicott constata, a partir de su amplia experiencia profesional como pediatra, que muchos de los niños que acudían a su consulta habían soñado con él la noche anterior a la misma. Veamos cómo lo explica el mismo Winnicott: *“De todas maneras, para mi sorpresa, me encontraba coincidiendo con una idea preconcebida. Los niños que habían tenido tales sueños pudieron referirme que era yo la persona con quien habían soñado. Para decirlo con un lenguaje del que no estaba en condiciones de valerme en aquel entonces, me descubrí a mí mismo en el rol de objeto subjetivo. Lo que ahora percibo es que en ese rol de objeto subjetivo, que raramente perdura más allá de la primera o de unas pocas entrevistas iniciales, el terapeuta dispone de una gran oportunidad para establecer contacto con el niño”*. Luego vincula esta situación con la de la hipnosis, y concluye diciendo: *“Me he valido de este concepto (...) para explicar la gran dosis de confianza que los niños suelen demostrarme (...) en tales ocasiones especiales, que poseen una cualidad a la que he*

descrito con la palabra 'sagrada'. O ese momento 'sagrado' es aprovechado, o bien todo se echa a perder" (1971: 12/13, el subrayado es del autor).

Se trata entonces de un instante rodeado de condiciones únicas, donde el papel de objeto que el analista ocupa adquiere un máximo de fulguración, para luego decaer. Evoca aquella "transferencia primaria" de la que habla Lacan en "La dirección de la cura" (1958: tomo 2 pág. 598), ligada también ella a la demanda de amor, *"pues si el amor es dar lo que no se tiene, es bien cierto que el sujeto puede esperar que se le dé, puesto que el psicoanalista no tiene otra cosa que darle"*.

Este parece ser el punto de partida: que el analista constata una carencia, una restricción, y haga de ella el motor de su intervención. Winnicott se enfrenta con esta carencia tempranamente. Veamos el episodio, tal como aparece relatado por Silvia Fendrik (2005: 21/26). La B. P. S. crea un departamento Infantil que ofrecía tratamiento psicoanalítico a niños. Winnicott ocupa allí un lugar similar al de un admisor. En 1942 eleva a la B. P. S. un informe detallando los casos recibidos y los resultados obtenidos. Sus conclusiones resultan sorprendentes: *"En este punto estoy hablando conmigo mismo... siempre pensaba que el psicoanálisis era el tratamiento superior. Ello me llevaba a sentirme satisfecho de haber aportado mi granito de arena cada vez que analizaba o enviaba a un niño a ser analizado. Ahora creo que, en primer lugar hay que tener en cuenta si es factible, pero no hay que pensar que es el único camino, porque entonces el valor de una consulta aislada siempre sería negativo"* (Fendrik 2005: 26. La cita de Winnicott corresponde a "Consultas en el Departamento Infantil", de 1942, incluido en "Escritos de pediatría y psicoanálisis").

De los catorce casos que comenta, ninguno culmina en un tratamiento psicoanalítico, básicamente porque *"ninguno de los analistas capacitados para llevarlos a cabo tenía horas disponibles"*. Entonces: se trata de un dispositivo creado por una institución en el que ofrece lo que no puede dar. Constatada esta carencia: ¿qué hacer? ¿Seguir sosteniendo la idea de que aquello que se ofrece (pero que no se puede dar) es sin embargo lo único que resultaría útil? Esta opción se parece mucho a la "frustración", tan cara a los analistas ingleses. Winnicott se decide por otra opción: *"Al relatar estos casos"*, dice Fendrik, *"vemos que Winnicott no plantea como única solución que haya más analistas de niños, ni intenta reformular las condiciones para un 'análisis propiamente dicho', adaptándolo a las respectivas posibilidades, de tiempo o de dinero, como sucede hoy"*

día”(25). Fendrik no halla en Winnicott un “furor curandi”, ni una sumisa obediencia a los patrones técnicos impuestos por la B. P. S. Por el contrario, ve en su actitud un *“compromiso ético frente al encuentro de un niño con un analista, aunque formalmente no pueda ser llevado a cabo un análisis”*(:26).

Este parece ser el punto fundamental de la posición de Winnicott: que haya un analista, aunque no haya un análisis. Ese analista que Winnicott imagina es alguien que, fundamentalmente, ha llevado a cabo *“un tratamiento analítico profundo y prolongado”*, y que, a la par, lleva *“profundamente incorporada una teoría del desarrollo emocional del niño y de la relación de éste con los factores circundantes”* (Winnicott 1971: 10/11). Con estos requisitos es probable que se logre un terapeuta *“capaz de asimilar los conflictos del paciente, esto es, asimilarlos y aguardar a que su resolución se opere en el paciente mismo, antes de perseguir ansiosamente su cura”*. Hay allí un paso a franquear, comparable, dirá Winnicott, con la situación de un celista *“que, sólo después de transitar el arduo sendero de la técnica, y una vez que ésta se da por supuesta, se halla en condiciones de hacer música”*(:14).

Un analista puede hacer otra cosa que un análisis cuando es capaz de “usar” la teoría y la técnica a los fines del problema a resolver en una consulta, sin sentirse preso de una suerte de alienación a los patrones institucionales, que lo llevarían, por el contrario, a intentar amoldar las diversas problemáticas clínicas a una técnica única y estandarizada. El mismo asunto, aunque expuesto en otros términos, aborda Nasio (1987) cuando escribe: *“Una buena teoría no basta para pensar y enfrentar el hecho de la psicosis: es preciso además que ella sea habitada por el psicoanalista, y tome la forma de un ‘automatismo conceptual fecundo’, es decir, que llegue a condensarse en una certidumbre que obligue a elaborar nuevamente, y a escribir. El automatismo infecundo es en cambio esa otra certidumbre que contenta al psicoanalista, y que se contenta con permanecer certidumbre, como si el instante de ver se satisficiera con ver sin convocar a su final desenlace, el momento de concluir”*(:96).

Winnicott vuelve, en el texto que venimos comentando (1971) como en muchos otros, a ciertos tópicos sobre los que ve la necesidad de insistir: fundamentalmente, a aquel que sostiene lo inadecuado de la “interpretación de contenidos” en este tipo de entrevistas. Por el contrario, lo que Winnicott busca es la “comunicación” con el niño. Para lograrla, se apoya en una técnica auxiliar: el Squiggle Game (juego de garabatos). Pero nadie

debe autorizarse en el manejo de ésta técnica auxiliar para dar a entender que es capaz de llevar a cabo una “consulta terapéutica”. En esto el juego de garabatos es similar al diván freudiano: su presencia no garantiza la del analista. *“Ese juego es, simplemente, un medio de hacer contacto con el niño. Lo que ocurra en el juego y en el curso de la entrevista depende de cómo utilicemos la experiencia del niño y el material que se presenta”* (:11).

Daniel Ripesi (2003) resalta como una característica distintiva de la clínica winnicottiana este uso de ciertos objetos que permiten una suerte de ingreso tangencial al tema de la entrevista: *“La intervención winnicottiana no ‘revela’ directamente nada presuntamente oculto, sino que ofrece el soporte de una posibilidad expresiva del propio paciente en el uso que hace de ellas. De modo que las intervenciones del analista reconocen, como los bajalenguas, cierta metapsicología que podría describirse así: necesitan de una tónica, un lugar – como la esquina del escritorio que separa y reúne al mismo tiempo -. Un lugar que habilite la exploración posible según los ritmos propios del paciente. De modo que, a partir de ese ritmo, el espacio dé lugar a una experiencia de idas y venidas, de avances y retrocesos que nutran y den sostén al movimiento transferencial del tratamiento. La tónica de un ‘entre’, donde algo se sitúa a mitad de distancia: próximo pero ajeno, a la mano pero distante, ni mío ni del otro...”* (:46).

Veamos ahora, brevemente y a través de un caso notable, el modo en que se despliega esta técnica en manos de su creador. Tomaré para ello el primero de los casos relatados en “Clínica psicoanalítica infantil”, el caso Iiro, un niño de 9 años. Todas las circunstancias que rodean a la entrevista parecen extremar las posibilidades de comunicación: se trata de un niño finés, que sólo habla en esa lengua, lengua que Winnicott desconoce. Estaba internado en una sala de ortopedia de un hospital de Finlandia al que Winnicott concurre para dar un curso sobre las consultas terapéuticas. Su público era heterogéneo: médicos, matronas, enfermeras, psicólogos. Decide basar su exposición en un caso conocido por todos, y es ahí donde le proponen llevar a cabo esta entrevista con Iiro, auxiliado por una intérprete.

Sin embargo, al poco rato el auxilio de la intérprete se torna innecesario: la olvidan para enfrascarse en el juego de garabatos. En él se da la siguiente secuencia:

- 1) Garabato de Winnicott, que Iiro lee como “la pata de un pato”.

- 2) Para cerciorarse de que estaban “hablando de su incapacidad”, Winnicott dibuja una pata palmeada de pato.
- 3) Entonces Iiro opta a su vez por dibujar, presentando su propia versión de una pata palmeada.
- 4) Garabato de Winnicott, que Iiro transforma en un pato nadando en un lago (y al que, por tanto, no se le ven sus patas).
- 5) Garabato de Iiro, que él mismo transforma en un cuerno.

Se apartan del tema “patos” y pasan a hablar de la música. El niño dice algo acerca de su deseo de tocar la flauta. Aquí Winnicott arriesga una intervención: “Sería difícil para un pato tocar la flauta”. Ambos ríen.

Siguen garabatos y dibujos que abordan otros temas (caballos, cabello, zapatos) hasta que Winnicott realiza un nuevo garabato, y al verlo reconoce en su trazo una “intención deliberada”, pues era muy fácil de ser transformado en una mano. Sin embargo, Iiro hace de él una flor. Luego Iiro continúa dibujando en otra hoja, y con mucha rapidez produce un dibujo que representa una mano deformada. Winnicott le pregunta en qué estaba pensando cuando dibujaba, y el niño responde, sorprendido: “Lo hice sin pensar”.

En lo que queda de la entrevista, Iiro volverá a dibujar en dos oportunidades “manos deformadas”, que representan, cada vez con mayor precisión, su mano izquierda. Puede hablar ahora de sus deformidades en manos y pies, insistiendo en la necesidad de las intervenciones quirúrgicas para “poder llegar a tocar la flauta”. “Para mí”, escribe Winnicott, “que podía ver sus manos en la mesa, era evidente la imposibilidad absoluta de que alguna vez pudiera tocar la flauta”.

¿Por qué este niño se entrega sumisamente a los cirujanos, apostando a una mejoría imposible? Winnicott le habla de la necesidad de ser aceptado y amado tal como nació. En ese momento Iiro le informa que su madre sufre la misma afección.

Culminada la entrevista con el niño, su madre pide ver a Winnicott. De esta entrevista dirá Winnicott: *“Durante la mayor parte del tiempo, la madre habló simplemente de los temas que ya había discutido con la asistente social. Y de pronto, en forma inesperada, sucedió algo que arrojó luz sobre todo el caso y confirmó la idea que se me había ocu-*

rrido durante la entrevista con Iiro” (1971: 34). La madre rompe a llorar, y le habla de sus temores y culpas ligadas al hecho de heredar a alguno de sus hijos sus malformaciones. “Sabía que no debía tener hijos precisamente por esa razón. Cada vez, cuando el bebé nace y es normal, siento un inmenso alivio. Con Iiro, sin embargo, no tuve ningún alivio porque allí estaba él, con los dedos de las manos y los pies como los míos y había sido castigada. Cuando lo vi, lo odié. Lo repudié por completo, y durante un lapso (...) supe que nunca más podría volver a verlo. (...) Entonces comencé a pensar que yo podía lograr que sus dedos se modificaran utilizando repetidamente la cirugía ortopédica. Decidí inmediatamente insistir en que los dedos de Iiro fueran operados, aun cuando eso parecía imposible”.

Winnicott no va en busca de esta entrevista. Es más, ni siquiera tiene pensado conocer a la madre del niño. Pero el encuentro, fortuito, tiene lugar, y en él Winnicott hace espacio para que emerja una dimensión de no-dicho que de algún modo había vislumbrado en los dibujos y actitudes de Iiro.

Es probable que Winnicott apostara a que, en todo encuentro con un psicoanalista, cada persona tuviera una cuestión central a comunicar, y esta apuesta lo llevara a ofrecerse como ese otro capaz de registrar el gesto (dibujo, juego, decir inesperado) que estaba pronto a traducirse en mensaje. Y no añadía a esto ninguna pretensión más: todo se agota en esa posibilidad de transformar una “nada” en mensaje que ha sido reconocido. Sólo cuando la carta llega a destino el remitente adquiere su status de tal, y eso modifica su posición. Iiro había hecho pasar su mensaje, y su madre, espontáneamente, vino a corroborarlo. Los demás (asistentes sociales, cirujanos, pediatras, etc.) sabrán qué hacer con eso: el analista ya cumplió su misión, y sigue su camino.

“Puede decirse que el trabajo que realicé al entrevistar al niño y a la madre dio algún resultado. Incidentalmente, me proporcionó material preciso para la descripción ante el grupo de profesionales que esperaba mi informe acerca de un niño que ya conocían. Y lo que es más importante, se me informó posteriormente que, después de este trabajo, se había adoptado una actitud más realista con respecto a la corrección de los dedos de Iiro. Las limitaciones habían sido aceptadas con mayor facilidad, y esto provocó un alivio general de la tensión” (1971: 34/5).

En su “Psicoanálisis de una niña pequeña” (caso “Piggle”, 1977) vemos asomar, en el devenir de las sesiones, un momento significativo que Winnicott resalta colocando, en

el margen del texto, frases como “clave de la sesión” o “esto es significativo”. Vuelve aquí a aparecer el tema de la sesión o entrevista como un momento privilegiado, en cuyo interior debe constatarse una comunicación.

En este caso es llamativo, y ha sido comentado por otros analistas, el encuadre particular que Winnicott le da: *“En este análisis, debido al hecho de que la niña vivía a considerable distancia de Londres, el tratamiento fue hecho ‘a pedido’ (...)”*. Otra vez una “contingencia exterior” (la distancia geográfica que media entre analista y paciente) parece venir a perturbar el standard. Y otra vez Winnicott vuelve a hacer, de la excepción, una variante legítima: *“A este respecto, el método ‘a pedido’ tiene ventajas sobre el de sesión diaria cinco veces por semana. Por otra parte, no se debe creer que un compromiso sea de gran valor; o bien el niño debe analizarse sobre la base de una sesión diaria, o bien debe ser visto a pedido”* (1977: 22/3).

A estas alturas resulta por lo menos curioso el modo en que Winnicott se relaciona con los standard: en el primer libro que comentábamos en este apartado (“Clínica psicoanalítica infantil”) sostiene que, o bien debe analizarse al niño cinco veces a la semana, o bien debe llevarse a cabo una consulta terapéutica única, o a lo sumo una pequeña serie de ellas. Prácticamente en la misma época, en “Psicoanálisis de una niña pequeña”, vuelve a generar una oposición, en la cual uno de los polos sigue siendo el tratamiento standard de cinco sesiones semanales, variando el otro polo, que en este caso es el “tratamiento a pedido”. Pero lo paradójico es que Winnicott siempre elige la segunda opción, y encuentra en ella ventajas. Da a entender que lo mejor es el tratamiento standard, pero dadas las circunstancias, elige emplear el “otro” modelo, siendo ese otro cada vez una cosa distinta. En este contexto resulta aún más curiosa la siguiente afirmación, recogida por Fendrik (2005): *“Al final de su vida Winnicott admitió que había analizado aproximadamente entre 12 y 20 niños, pero atendido cerca de 60.000 casos a lo largo de cuarenta años”* (:104). Entonces resulta que lo standard, lo “institucionalmente correcto”, fue en la labor clínica de Winnicott una actividad menor, mientras que las excepciones se multiplican por millares. ¿Por qué sigue defendiendo entonces el valor de la técnica standard?

El “caso Piggle” fue presentado por Winnicott bajo una forma un tanto curiosa: en ocasión del Congreso Psicoanalítico Internacional de Roma (1969), la B. P. S. ofrece a los asistentes una instancia de Pre – Congreso en la cual se habrá de trabajar fundamentalmente cuestiones ligadas a la técnica psicoanalítica a través de presentaciones de casos

y supervisiones públicas. Winnicott ha sido invitado como supervisor. Pero invirtiendo los papeles, se presenta como analista y le ofrece a uno de sus pocos discípulos (Ishak Ramzy, de Kansas, E.E.U.U.) que haga las veces de supervisor. El caso que presenta es el de “la Piggie”. Según lo relata el propio Ramzy en la “Nota Preliminar” que precede la publicación del caso (1977: 15/17), luego de la lectura del material *“una de las cuestiones que se discutieron (...) fue la de si el tipo de tratamiento que Winnicott describía con el nombre de ‘psicoanálisis a pedido’, con sus sesiones poco frecuentes e irregulares, era análisis o psicoterapia. Él respondió llamando la atención sobre lo que había hecho con la transferencia y el inconsciente, y no sobre los acuerdos formales de la situación analítica, ni sobre la frecuencia y regularidad de las sesiones”*.

Convocado a dar razones, Winnicott no duda en calificar como “psicoanálisis” la práctica que lleva a cabo, basándose en el lugar que en ella ocupa la transferencia y el inconsciente, y dejando de lado cualquier consideración relativa a una técnica estandarizada. Freud lo hubiera apoyado, siendo coherente con lo que sostiene en su texto “Contribución a la Historia del Movimiento Psicoanalítico”, en donde postula un “mínimo” exigible a toda intervención que pretenda denominarse “psicoanalítica”: que tome en cuenta las nociones de “transferencia” y de “resistencia” (Freud 1914).

Es en otro lugar donde podremos hallar razones para comprender el mantenimiento de la técnica standard en las postulaciones teóricas de Winnicott, aunque poco y nada de ello se registre en su práctica. Ese otro escenario es Francia: desde su creación, en 1953, luego de una escisión de la Sociedad Psicoanalítica de París, la Sociedad Francesa de Psicoanálisis reclama a la I.P.A. su reconocimiento como integrante. Con el fin de evaluar el funcionamiento de la nueva sociedad, la I.P.A., bajo la presidencia de Heinz Hartmann, designa una comisión encargada de evaluar el modo en que se imparte la enseñanza y la forma en que se conducen los análisis didácticos. Esta comisión estará dirigida por Winnicott, e integrada además por Phyllis Greenacre, W. Hoffer y J. Lampl de Groot, representante esta última de la ortodoxia vienesa. La comisión viaja a París en el otoño de 1953 y procede a entrevistar a los alumnos por una parte y a los didactas por otra. Winnicott entrevista en esa oportunidad a Fraçoise Dolto. Según los datos obtenidos en una entrevista con la misma Dolto, Roudinesco cuenta en su libro “La batalla de cien años” que *“Winnicott le dice (a Dolto) que su trabajo es muy interesante, que está adelantado treinta años y que debe ser mantenido dentro del ámbito de la S.F.P. Pero*

enseguida agrega un veredicto que consta de tres puntos: en primer lugar, los pacientes y los alumnos hacen sobre Dolto una 'transferencia silvestre' y por lo tanto nociva. En segundo lugar, tiene demasiada intuición e insuficiente método para ser didáctica. Y por último, debe mantenerse apartada de los jóvenes para no 'influir' sobre ellos" (1986: tomo 2 pág. 311).

El informe de la comisión lleva a la I.P.A. a rechazar el pedido de afiliación. La historia continúa durante los siguientes diez años, ya sin la participación activa de Winnicott, y centrándose cada vez más en la figura de Lacan, a quien se le cuestiona la conducción de sus análisis didácticos: *"en 1959 tiene en su diván una veintena de analizandos y, en 1962, cerca de una treintena. A esto se agregan los controles y la clientela privada. De este modo, todos saben que no puede materialmente respetar la norma de las cuatro sesiones semanales con una duración de cuarenta y cinco minutos"* (:314). A mediados del año 1963 se producirá un veredicto definitivo de parte de una nueva comisión evaluadora: *"excluir a Lacan, Berge y Dolto de la lista de los didácticos. El informe agrega además una cláusula terrible: la actividad de formación de Lacan debe ser desterrada para siempre del reino del psicoanálisis y la comisión de enseñanza debe vetar la presencia de alumnos en sus seminarios"* (:332) Esto llevará a Lacan a fundar la Escuela freudiana de París, primera institución psicoanalítica por fuera de la I.P.A. y sus estándares.

En este contexto puede decirse que el papel de Winnicott resulta mucho más "conservador", y por lo mismo lo obliga a sostener un doble discurso: para la I.P.A. propalará un discurso "adaptado", mientras que con los franceses de la Escuela freudiana (Mannoni, el mismo Lacan) mantendrá una relación amistosa y de intercambio profesional. Por último, en su clínica, se permitirá todas las innovaciones que le parezcan necesarias, aunque las calificará de "psicoterapia" para no enfrentar los criterios institucionales.

No creo necesario arribar a un juicio sobre la persona Winnicott. En este contexto, su caso resulta ejemplar para ilustrar los efectos nocivos que la institución tiene sobre los discursos: obliga a censurar, falsear, presentar las cosas de una manera "aceptable", manteniendo en suspenso la emisión de una palabra que resultase más verdadera con relación a lo que efectivamente ocurre en las curas. Una institución que se engaña a sí misma, deseando oír tan sólo aquello que la eterniza en un continuo ronronear repetitivo y, por eso mismo, mudo.

(f) Clínica de la conducta antisocial

También puede hallarse en los textos de Winnicott un criterio diagnóstico en el cual se basaba para decidir si lo mejor a aplicar en cada caso era una “consulta terapéutica” o bien un “psicoanálisis”: se trataba del grado de confiabilidad que le merecía el ambiente que rodeaba al niño. *“¿Qué ocurre en cambio cuando Winnicott intuye, percibe, sospecha o constata que el ambiente ha sido – y sin duda seguirá siendo – un obstáculo insalvable? Sólo caben entonces dos posibilidades excluyentes: directivas o tratamiento analítico”* (Fendirk 2005: 60).

Este criterio surge de evaluar *“el grado y la calidad de la deformación, o deficiencia, ambiental que fuese reconocible como etiológicamente significativa”* (Winnicott 1959: 165). En la obra de Winnicott hallamos desarrollos sobre este asunto en al menos dos textos. El primero que comentaremos se titula “Proveer para el niño en la salud y en la crisis” (1962). Allí encontramos una periodización de la primera infancia que divide a ésta en cinco etapas, junto con el análisis del daño que provoca en cada etapa la falla en la provisión ambiental:

	Dependencia extrema	Dependencia	Más dep. y menos indep.	Más indep. y menos dep.	Independencia
FALLO AMBIENTAL	Defecto mental no orgánico, esquizofrenia.	Trastornos afectivos, tendencia antisocial.	Dependencia patológica.	Carácter desafiante, estallido de violencia.	No es perjudicial.

La evolución propuesta va desde la “dependencia extrema” hacia la “independencia”, y hace evidente que, cuanto más depende el niño de la provisión ambiental, más catastrófico será el daño que resulte de una falla en dicha provisión.

En otro artículo, “El niño deprivado y cómo compensarlo por la pérdida de una vida familiar” (1950), Winnicott propondrá un modelo para clasificar “hogares desechos”:

- a. Hogar bueno corriente, desintegrado por un accidente.
- b. Hogar desecho por la separación de los padres, que son buenos como tales.

- c. Hogar desecho por la separación de los padres, que no son buenos como tales.
- d. Hogar incompleto por ausencia del padre. La madre es buena. Los abuelos pueden asumir un rol parental. (A esto podríamos agregar una nueva pareja de la madre que colabore en el mismo sentido).
- e. Hogar incompleto, la madre no es buena.
- f. Nunca hubo hogar alguno.

Vemos surgir también aquí una gradiente que permite sostener que cuanto más se avanza hacia los últimos ítems peor es el pronóstico en términos de la capacidad del medio para proveer lo necesario en cada etapa. Winnicott propone que además de los ítems mencionados se tome en cuenta la edad actual del niño y la que tenía cuando el ambiente dejó de ser bueno, el temperamento e inteligencia del niño y su diagnóstico.

Cuando la falla ambiental está dada desde un comienzo, y se mantiene como una pauta estable, Winnicott habla de “privación” y vincula este efecto con la esquizofrenia infantil. Mientras que en los casos en los que la provisión ambiental fue buena en un inicio, y por alguna causa se vio interrumpida, establece la categoría de “deprivación”, a la que vincula con la presencia de “tendencias antisociales”: *“Cuando existe una tendencia antisocial ha habido una verdadera deprivación y no una simple privación. En otras palabras, el niño ha perdido algo bueno que, hasta una fecha determinada, ejerció un efecto positivo sobre su experiencia y que le ha sido quitado; el despojo ha persistido por un lapso tan prolongado, que el niño ya no puede mantener vivo el recuerdo de la experiencia vivida”* (1956: 148, el subrayado es del autor).

Es otra vez la frecuentación de experiencias similares y repetidas las que llevan a Winnicott a teorizar sobre este asunto, en este caso provistas a partir de los efectos de la Segunda Guerra y de su papel como consultor del Plan Oficial de Evacuación de Personas. Winnicott es sensible a los efectos que tienen sobre el niño la separación de su hogar y el ingreso a una institución. Frente a ello dicta conferencias radiales, cursos para asistentes sociales y cuidadores, escribe numerosas cartas al Times, a los magistrados, a los funcionarios... Pero al mismo tiempo elabora una teoría sobre la deprivación que va más allá de los efectos puntuales de la Guerra y la evacuación.

Ha sido en líneas generales poco estudiado el impacto que la Segunda Guerra, y sobre todo la evacuación de niños, causó en los analistas ingleses³⁰. Anna Freud coordinó las tareas en una serie de guarderías establecidas en Londres (las guarderías Hampstead), que serán con el tiempo el punto de partida de su centro de entrenamiento para terapeutas infantiles. Es conocida, por su valor contrario, la actitud que Klein mantuvo en su famoso caso Richard, analizado en ese mismo período en su retiro en Escocia: su insistencia en interpretar como fantasías sádicas del niño las descripciones que Richard hacía del avance de las tropas alemanas ha sido tomado, en más de una oportunidad, como ejemplo para discutir el valor de sus intervenciones. Pero las teorizaciones de Winnicott tuvieron un destino incierto: habiendo producido, en un período de más de veinte años, alrededor de 30 textos relativos al tema, las referencias a ellos en la bibliografía psicoanalítica contemporánea que aborda temáticas similares es llamativamente escasa.

¿Qué es lo que sostiene Winnicott? Expongámoslo sistemáticamente:

1. En primer lugar, relaciona el hecho de la evacuación, como ya hemos visto, con la noción de “deprivación”, a través de la cual quiere dar cuenta de una falla que se produce en el proceso de maduración del niño a partir de una falta de provisión ambiental.
2. Luego hace el movimiento contrario, es decir, no parte de la evacuación como suceso accidental, sino que se propone buscar los efectos de la deprivación en niños que, no habiendo sido evacuados, han sufrido sin embargo una falta de provisión ambiental en algún período de su vida.
3. En uno y otro caso encuentra los mismos efectos: actos que pueden inscribirse bajo la denominación común de “conductas antisociales”: *“dicha tendencia presenta siempre dos orientaciones (...). Una de estas orientaciones está representada típicamente por el robo y la otra por la destructividad. Mediante el primero, el niño busca algo en alguna parte y, al no encontrarlo, lo busca por otro lado si aún tiene esperanzas de hallarlo. Mediante la segunda, el niño busca el grado de estabilidad ambiental capaz de resistir la tensión provocada por su conducta impulsiva; busca un suministro ambiental perdido (...)”* (1956: 149, el subrayado es del autor).

³⁰ Cf. Martínez H.: (1994) *La escuela inglesa y la conducta antisocial* (En: “Psicoanálisis, un discurso en movimiento”, Biblos, Bs. As., 1994) y *La infancia bajo sospecha* (En: *Acta psiquiátrica y psicológica de América latina*, 1998, 44(4), págs. 358-362).

4. Finalmente, lee estas conductas antisociales como “gestos esperanzados”: *“se infiere que la capacidad para causar fastidio observada en el niño antisocial es una característica esencial y, en el mejor de los casos, favorable”* (:150, el subrayado es del autor). Otra vez Winnicott instala aquí un ruego: pide a los especialistas que puedan valorar el gesto del niño de provocar fastidio, pues en ese momento él ha recuperado su esperanza. Si hace eso, es porque siente que se ha topado con un medio confiable en cierta forma, y hacia él dirige su reclamo inconsciente bajo la forma del robo o de la destructividad. De esta forma, lo que comúnmente se lee como signo negativo es puesto en positivo: todo es cuestión de la capacidad que alguien puede ofrecer para “tolerar” ese gesto.

Y sin embargo Winnicott descrea que un analista pueda y deba ser capaz de colocarse en ese lugar: *“el psicoanálisis no es el tratamiento indicado para la tendencia antisocial. El método terapéutico adecuado consiste en proveer al niño de un cuidado que él pueda redescubrir y poner a prueba, y dentro del cual pueda volver a experimentar con los impulsos del ello. (...) Si el niño es un paciente psicoanalítico, el analista tiene dos alternativas: 1) hacer posible que la transferencia cobre peso fuera del marco analítico; 2) prever que la tendencia antisocial alcanzará su máxima potencia dentro de la situación analítica y estar preparado para soportar el impacto”* (:155/6).

Si la falla, parecería decir Winnicott, se produjo en uno de los espacios claves del entramado social - la familia -, es la sociedad misma la que debe, por sí o a través de alguna institución legitimada socialmente, volver a restablecer los vínculos rotos, cancelando así la deuda que mantiene con el “antisocial”. Su gesto debe ser leído por la sociedad como un gesto esperanzador, pues sigue reclamando lo que le deben, señal de que aún considera posible la cancelación. Un analista solo no podrá hacer frente a esta demanda, pues es toda una sociedad la que está en deuda. (Piénsese en el contexto de la Segunda Guerra: ¿quién podría hacerse cargo, él solo, de reparar el daño causado a esos niños?). No es sólo una posición ético - profesional frente al drama de los niños deprivados: las proclamas de Winnicott son también un reclamo social. En las recopilaciones póstumas que se publicaron bajo los títulos “Deprivación y delincuencia” y “El gesto espontáneo” pueden hallarse cartas a magistrados, funcionarios y aún cartas abiertas publicadas en periódicos que dan testimonio de esta faceta de la teoría de la tendencia antisocial.

Maud Mannoni se inspiró fuertemente en estos postulados winnicottianos para llevar a cabo su proyecto de Escuela Experimental en Bonneuil sur Marne.

(g) Algo nuevo ante lo cual rendirse.

En este apartado deseo resaltar el lugar que Winnicott da en sus escritos a la emergencia de un “impensado” en su clínica, que lo fuerza a teorizar en un movimiento que supone, en un primer momento, abandonar los saberes establecidos, adentrándose en lo desconocido hasta poder asignarle a lo sucedido una significación estable que lo reintroduzca en el campo de la teoría. Un ejemplo de este proceso lo encontramos en el caso relatado en el capítulo 5 de “Realidad y Juego” (1970: 102/109). Se trata de un paciente que viene analizándose desde hace 25 años con diversos analistas. *“Él y cada uno de nosotros, analistas y terapeutas, trabajamos mucho, y se introdujeron muchos cambios en su personalidad. Pero sigue habiendo algo que según afirma le hace imposible detenerse. Sabe que no ha llegado a lo que buscaba”* (:102). Lo interesante del recorte clínico que Winnicott nos ofrece es que sitúa en un momento preciso del análisis en el que ha emergido algo que resulta “nuevo para él”. No se trata de la emergencia de un nuevo material, sino de un cambio *“en la forma en que enfoco el elemento masculino de su personalidad”*, es decir, un cambio en la significación que el material adquiere “a los ojos del analista”. Este cambio de enfoque lleva a Winnicott a variar sus intervenciones:

“En viernes el paciente llegó e informó más o menos lo acostumbrado. Lo que me llamó la atención ese día fue que habló sobre la envidia del pene. Uso la expresión adrede, y debo solicitar que se acepte el hecho de que era adecuada en ese caso, en vista del material y de su presentación. (...)”

El cambio correspondiente a esta fase en especial aparece en la forma en que la manejé. En esa ocasión le dije: ‘Estoy escuchando a una mujer. Sé muy bien que usted es un hombre, pero yo escucho a una mujer, y hablo con ella y le digo: «Usted está hablando sobre la envidia del pene»’ (...)” (:102, el subrayado es del autor).

Esta intervención, dirá Winnicott, vino a romper un círculo vicioso en el que se sucedían buenas interpretaciones, buenos resultados inmediatos, seguidos de una desilusión que aparecía *“en cada ocasión debido al reconocimiento gradual, por el paciente, de que algo fundamental había quedado intacto”*. A ese “algo fundamental” Winnicott se

atreve a ponerle un nombre: sitúa, con su intervención, a una mujer que busca hablar por boca de su paciente.

“Al cabo de una pausa el paciente dijo: ‘Si le hablase a alguien sobre esa mujer, me dirán que estoy loco’.

*Las cosas habrían podido quedar así, pero en vista de los sucesos posteriores me alegro de haber ido más lejos. **Mi observación siguiente me sorprendió**, y remachó el argumento. ‘No se trata de que usted – continué – le haya dicho eso a nadie; soy yo quien ve a la mujer y oye hablar a una mujer, cuando lo cierto es que en mi sofá hay un hombre. **El loco soy yo mismo**’” (:103, los subrayados son del autor, las negritas me pertenecen).*

Los efectos sobre el paciente no se hicieron esperar: dijo sentirse “cuerdo en un ambiente demente” y por tanto “liberado de un dilema”. La intervención terapéutica había dado resultados. ¿Pero qué había ocurrido exactamente?: *“Cuando me concedí tiempo para pensar en lo que había ocurrido, me sentí confundido. No había ahí ningún concepto teórico nuevo, ningún nuevo principio de técnica. En rigor, mi paciente y yo habíamos recorrido antes el mismo terreno. Y sin embargo había algo nuevo, en mi actitud y en la capacidad de él, de utilizar mi trabajo interpretativo. Decidí rendirme a lo que eso pudiera significar en mí mismo, y el resultado se encontrará en este trabajo que presento”* (:105).

Rescato, del ejemplo, dos movimientos:

1. El primero, que le permite al “analista” Winnicott “escuchar” más allá del saber referencial establecido, más allá, podríamos decir siguiendo la lógica del apartado anterior, de los estándares interpretativos.
2. El segundo, que obliga al “teórico” a dar cuenta de esta anomalía en su escucha, a fin de hacer de ella un instrumento que permita la reformulación de la teoría.

El primer punto es crucial en lo relativo al lugar que un analista pueda hacer en su clínica para la emergencia de lo sorprendente, en la medida en que conciba que **el inconsciente se presenta bajo la forma de la sorpresa**. Y el segundo no lo es menos en esa otra dimensión en donde lo singular de un análisis debe confrontarse con lo general de la teoría a fin de promover en ella una incesante tarea de resignificación, todo esto en la medida en que pueda concebirse que **la teoría psicoanalítica es un corpus inacabado e inacabable**.

No es este el único ejemplo que nos muestra esta faceta de la clínica winnicottiana. Hallamos condiciones similares en varios textos recogidos en “Exploraciones psicoanalíticas”, encontrados entre los papeles de Winnicott y que, al parecer, cumplían para éste la función de terceridad necesaria para procesar el material clínico allí donde éste presentaba una rareza que exigía su justificación. Son textos que, si bien nunca llegaron a publicarse en vida del autor, parecen tener una vocación de escritura, en el sentido en que se dirigen a un otro con el cual Winnicott desea compartir su experiencia, y ante el cual busca argumentar su proceder, siempre teniendo como telón de fondo la teoría como un corpus al que el analista “ataca”, para luego corroborar su subsistencia y continuidad. Así, la teoría surge como Otro, ineludible pero a la vez insoportable, al que el analista necesita confrontar con cada elemento notable de su clínica, no tanto para hallar la buena respuesta que calme sus angustias, sino para verlo resurgir, dañado pero renovado, luego de cada combate.

(h) Escrito por los otros.

Veamos, para finalizar, el relato que otro analista (Guntrip 1975) hace de su experiencia como analizante de Donald Winnicott. El texto de Guntrip es doblemente interesante, pues no sólo da cuenta del trabajo de Winnicott desde el punto de vista de su paciente, sino que además lo compara con el trabajo de otro analista (Fairbairn) con quien Guntrip cursó un análisis anterior.

El subtítulo del trabajo de Guntrip es por demás significativo, viniendo de un hombre que se ha analizado por más de 15 años, y que es él mismo analista: “¿Hasta qué punto es completo el resultado de la terapia psicoanalítica?”. La pregunta, al parecer, es por el fin del análisis, y ya en la primera página del texto Guntrip define su posición con respecto a ella: *“No intentaré responder de una manera puramente teórica a la pregunta del subtítulo, pues no creo que la teoría sea el problema principal: es un sirviente útil pero un mal amo, susceptible de dar origen a ortodoxias de toda clase”* (:12). Éste, podríamos decir, es un primer efecto de sus dos análisis, ambos cursados con personajes “heterodoxos” dentro de la escuela inglesa: una cierta desconfianza a la teoría allí donde ésta vira hacia el dogma. Pero si no es en el campo de la teoría, ¿la respuesta intentará

buscarse en la experiencia clínica? Este parecería ser el camino que sigue el texto, pues a poco de andar el autor propone cambiar su pregunta de inicio por esta otra: ¿hasta qué punto fue completo el resultado de nuestros propios análisis didácticos?

La pregunta cede al relato de la experiencia, va del subtítulo al título, y adquiere poco a poco un carácter comparativo: *“Completaré mi descripción de Fairbairn como analista y como hombre señalando la diferencia en cuanto al ‘tipo humano’ entre él y Winnicott, un factor que desempeña un gran papel en la terapia”*. La comparación, podría decirse, tomará el sesgo, inevitable, de la transferencia. Fairbairn aparece en el relato de Guntrip como un hombre a la vez imponente y distante, que recibía a sus pacientes en la antigua mansión familiar en Edimburgo. *“Fairbairn se sentaba detrás de un gran escritorio y me daba la sensación de ser una especie de alto dignatario en un sillón de terciopelo y respaldo alto. La cabecera del diván daba al frente del escritorio. A veces sentía que podía inclinarse sobre el escritorio y golpearme en la cabeza”*(:14). En la transferencia Guntrip le demandaba a Fairbairn que actuara como un padre que proporcionaba apoyo, *“pero este deseo se veía anulado por una clara transferencia negativa con mi madre severa y dominante”*. El análisis se basaba en interpretaciones “edípicas”, que Guntrip rechazaba: *“la insistencia de Fairbairn en hacer interpretaciones edípicas que yo no podía aceptar como definitivas lo colocaba en el papel de la madre dominadora”*(:16). En este contexto, que Winnicott le haya dicho en más de una oportunidad en el curso del análisis: “En usted no hay signos de haber tenido jamás un complejo de Edipo”, dieron a Guntrip una gran tranquilidad a la vez que una enorme curiosidad, pero en todo caso ubicaron a Winnicott en un papel transferencial completamente diferente.

La atmósfera del consultorio de Winnicott le daba a Guntrip una mayor libertad de movimiento: si en lo de Fairbairn no entiende bien porqué se ubicaba en el diván, temiendo que su analista lo golpee en la cabeza, habiendo podido sentarse en un sillón, en lo de Winnicott *“me sentaba de costado en el diván o bien me recostaba cuando sentía deseos de hacerlo, y cambiaba libremente de posición según lo que sentía o decía en ese momento”*. En sus primeros encuentros con Winnicott, y luego de comprobar que éste se despedía siempre con un gesto cordial y un apretón de manos, cayó en la cuenta de que Fairbairn jamás estrechó la suya.

En este punto de la comparación Guntrip se ve necesitado de ahondar en el relato de su historia, *“para que el fin de mi análisis con Fairbairn resulte significativo”*(:17). Una pieza clave de esta historia se sitúa en torno a un episodio traumático ocurrido cuando

contaba tres años y medio de edad: la muerte de su hermano Percy, sobre la que pesa una amnesia que ninguno de sus dos análisis lograron resolver. ¿Pero de qué amnesia se trata? El episodio es incluido por Guntrip como un capítulo de su vida, perfectamente eslabonado con los anteriores y los posteriores. Puede situar, por ejemplo, que a partir de la muerte de su hermano inició *“una activa batalla con mi madre que duró cuatro años y cuyo objetivo era obligarla a ‘relacionarse’; luego renuncié al intento y crecí apartado de ella”* (:13). Guntrip describe a su madre como una *“ ‘madrecita’ abrumada antes de casarse ”*, la mayor de once hermanos a los que crió, pues su propia madre, una mujer frívola que había sido reina de belleza, *“dejó que la hija mayor se encargara de todo desde que tuvo edad para ir a la escuela”* (:17). Esto imprimió en ella un *“profundo sentido del deber y la responsabilidad”*, rasgo que parece haber seducido al padre de Guntrip, pastor metodista, fundador y director de una misión. Pero lo que el padre desconocía, o en todo caso no pudo advertir, es que su esposa *“ya había cumplido con su cuota de maternidad y no deseaba tener hijos”* (:17). Ya vieja le dirá a Guntrip: *“jamás debí casarme y tener hijos, la naturaleza no me hizo para ser esposa y madre”* (:18). A pesar de ello, el matrimonio tuvo dos hijos. Al primero, Harry, la madre lo amamantó con la creencia de que eso evitaría un nuevo embarazo. Lo destetó de golpe, al año de edad, para abrir una tienda. Queda entonces embarazada nuevamente, y a los dos años de Harry nace Percy. Ella decide no amamantarlo: al parecer, su negocio la absorbía por completo. El padre sostendrá tiempo después que *“Percy hubiera vivido si ella lo hubiera amamantado”* (:17). Guntrip define ese período, hasta sus siete años, como el *más severamente perturbado de su vida*.

Cuando su hermano murió, Harry, según relatos de su madre, se abalanzó sobre el niño muerto diciéndole: *“No lo dejes ir. Nunca lo volverás a encontrar”*. Luego de este episodio Guntrip enfermó de un mal misterioso, que de allí en más lo acompañaría, manifestándose ante cada nueva pérdida con que la vida lo enfrentara.

Guntrip sostiene que fue a analizarse con Fairbairn *“para superar la amnesia con respecto al trauma provocado por la muerte de mi hermano, para llegar a lo que había detrás de ese episodio. Sentía que allí se encontraba la causa de mis vagas experiencias previas de aislamiento esquizoide e irrealidad, y sabía que tenían que ver con mis más tempranas relaciones con mi madre”* (:13).

Sin embargo, Fairbairn situará en otro lado el *núcleo de la psicopatología* de su paciente: hablará de un trauma reprimido, sobre el cual se instala una relación de objeto con la

madre ubicada en el lugar del *“objeto malo”* (:14). En otros términos, la lectura de Fairbairn no dejará de ser kleiniana: las fantasías tiñen los modos de relación con los objetos, que son entonces vividos como malos y persecutorios, cuando “en realidad” no lo son. La dirección de la cura también tomará un sesgo kleiniano: tenderá a “reparar” el objeto-madre dañado por la fantasía.

Habría, por parte de Guntrip, una suerte de “demanda transferencial”: que su analista lo ayude a liberarse de una madre a la vez opresiva y depresiva, ocupando el lugar de un padre bueno y protector. Pero, por el contrario, los hechos de la transferencia colocarán a Fairbairn en el papel de *“una madre severa y dominante”*, la que realiza interpretaciones intelectuales precisas, del tipo de las que Winnicott calificaría de “adoctrinantes”.

Entretanto, Guntrip publica sus primeros artículos. Con relación a uno de ellos Winnicott le escribirá lo siguiente: *“lo invito a estudiar el tema de su relación con Freud, de modo que pueda tener su propia relación y no la de Fairbairn. Éste arruina su excelente labor con su deseo de derrocar a Freud”* (:21). También le llegará a Guntrip la opinión, emitida por Winnicott, de que su apoyo a la teoría de Fairbairn se debía a que ésta no le permitía analizar su agresión en la transferencia.

Como fuera, el movimiento que llevó a Guntrip a finalizar su análisis con Fairbairn se inició a raíz de un episodio azaroso: la muerte de un amigo cercano, hecho que lo sume de nuevo en aquel misterioso mal que le aquejara tras la muerte de su hermano, y a partir del cual Guntrip siente que *“se le retiran todas sus fuerzas”* (:20).

Viaja de todos modos a Edimburgo *“con la sensación de que ahora podría llegar al fondo del problema”*, pero se topa con la inesperada noticia de una enfermedad grave que aqueja al propio Fairbairn y que le impedirá trabajar en los próximos seis meses. *“Tuve que restablecer la represión, pero de inmediato comencé a ‘intelectualizar’ el problema que no podía elaborar con él en persona”* (:20). Sin embargo, pareciera que se trató de algo más que de una mera “intelectualización”: durante ese período, Guntrip escribirá la base de su libro “Fenómenos esquizoides, relación de objeto y self”, avanzando *“más allá del punto en que se había detenido Fairbairn”* (:21), entendemos que “en sus teorizaciones”, ¿pero porqué no, también, en su propio análisis? Recordemos la frase de B. Grego: *“toda creatividad en psicoanálisis debe estar relacionada con ir un paso más allá en el propio análisis del lugar donde lo llevó el propio analista”*

(1996:14). “Escribiendo” más allá de Fairbairn... era lógico que Guntrip se dirigiera a Winnicott. Pero ese paso aún debía esperar.

El retorno a las sesiones supuso un cambio de posición transferencial, que Fairbairn leerá en estos términos: *“desde mi enfermedad ya no soy su padre bueno o su madre mala, sino su hermano que muere en usted”*. La transferencia, pensada desde las relaciones de objeto, tiene sus límites. Guntrip dirá que se halla enfrentado a un dilema: abandonar a Fairbairn, que sería un equivalente de “matarlo”, o bien quedarse con él hasta el final, reviviendo, con su muerte, todos los abandonos precedentes. Pero el dilema no está determinado por la “situación”, sino por la “lectura” de la situación que el analista propone: una lectura en la cual los objetos pertenecen por entero al campo imaginario³¹.

De un lado u otro de su paradoja, Guntrip ve con claridad que se ha quedado sin analista, y no duda de que Winnicott *“era el único hombre al que podía recurrir en busca de ayuda”* (:22). La distancia que separaba a Guntrip de Londres llevó a Winnicott a establecer, “nuevamente”, un encuadre no tradicional: dos sesiones al mes, ambas en un mismo día.

El análisis con Winnicott le sirvió, en palabras del propio Guntrip, para modificar *“toda la naturaleza del problema al permitirme recuperar una madre buena inicial y encontrarla recreada en él y en la transferencia”* (:22).

El tipo de intervenciones de Winnicott parecían dirigidas a situar un “derrumbe” ocurrido en la vida de Guntrip antes de la muerte de su hermano: la pérdida de una madre que, inicialmente, fue buena. Este primer episodio, que podríamos calificar, en el lenguaje de Winnicott, como “deprivación”, lo llevó a Guntrip a depositar en Percy su propio self infantil, necesitado de cuidados. Al morir Percy, el derrumbe fue completo. *“Cuando Percy murió, usted se derrumbó, desconcertado, pero logró salvar bastante de usted mismo como para seguir viviendo, con gran energía, y colocó el resto en un capullo (...), reprimido, inconsciente”* (:23).

Interpretaba, por tanto, el ímpetu vital que parecía desplegar Guntrip en todos los campos y períodos de su vida, salvo cuando el misterioso mal lo aquejaba, como el accionar de su falso self. De allí que a Guntrip se le hiciera difícil tolerar su inactividad, pues en

³¹ Es válido recordar en este punto una de las innovaciones que la teoría de Fairbairn propone para pensar las relaciones de objeto: la libido, dirá este autor, no busca satisfacciones, como pareciera creerlo Abraham, sino objetos.

esos momentos sentía como si *“perdiera mi batalla con mi madre para mantener vivo mi self”* (:26).

Hacia fines del año 1970 Guntrip contrae una neumonía. A principios de 1971, luego de su recuperación, se entera que Winnicott, a su vez, también está enfermo. Al averiguar por su salud recibe un llamado de Winnicott, quien le informa que ya está mejor y que retomará su trabajo. Pero dos semanas después la secretaria de Winnicott le avisa que éste ha fallecido. *“Esa misma noche tuvo un sueño sorprendente. Vi a mi madre, de negro, inmobilizada, contemplando fijamente el espacio, ignorándome por completo mientras yo la miraba y me sentía congelado hasta la parálisis total: era la primera vez que la veía así en un sueño, ya que antes siempre me había atacado. Mi primer pensamiento fue: ‘He perdido a Winnicott, y estoy solo con mi madre, hundida en la depresión y sin tener noticias de mi existencia. Así me sentí cuando murió Percy’. Sólo en los últimos tiempos me he dado cuenta de que estaba totalmente equivocado. No soñé así con mi madre cuando murió mi compañero de estudios o cuando mi colega dejó la iglesia. En esas ocasiones me enfermé, como había ocurrido después de la muerte de Percy. Esta vez se trataba de algo muy distinto. Ese sueño fue el primero de una serie que prosiguió noche tras noche...”* (:26).

El proceso al que dio lugar la muerte de Winnicott le permitió a Guntrip recuperar sus recuerdos y vivencias perdidas, y dar por cerrado su caso. En respuesta a sus primeras preguntas, dirá hacia el final de su texto: *“¿Qué es la psicoterapia psicoanalítica? En mi opinión, consiste en proporcionar una relación humana confiable y comprensiva de un tipo que establece contacto con el niño traumatizado profundamente reprimido, de modo tal que permite al paciente volverse cada vez más capaz de vivir, en la seguridad de una nueva relación real, con la herencia traumática de los más tempranos años formativos, a medida que se insinúan o irrumpen en la conciencia”* (:28).

Esta reflexión me evoca otra, escrita por Maud Mannoni unos años después: *“El psicoanalista, durante su psicoanálisis personal, se ve forzado a volver a conectar con el niño que en él existe (es decir, con las etapas de la infancia que pudieron asemejarse a una “crisis” de locura); de esta forma, a través de un lenguaje olvidado, descubre de nuevo las palabras perdidas de un dialecto materno (o de una lengua materna). Estas palabras encontradas de nuevo, asociadas a los juegos, las risas y los dramas de su infancia serán las que, en su práctica como psicoanalista, le servirán para hablar con el paciente (“loco”, “retrasado” o neurótico).*

Las escuelas psicoanalíticas apenas ponen ya el acento en la importancia que reviste para un joven psicoanalista su “encuentro” con el paciente. Encuentro que implica, en primer lugar, descubrimiento de sí mismo, a través del drama que el otro le hace oír. Es fácil deshacerse de este grito, de esta conminación de odio o de amor dirigido al psicoanalista, con la objetivación de lo subjetivo. El paciente, lejos de hacernos conectar con una parte de nosotros mismos, se convierte en un extraño, cuyos síntomas vamos a observar, de forma muy profesional, cuyas posturas vamos a describir, en quien vamos a investigar los “signos” de una “enfermedad” cualquiera” (1979:9)

En ese texto Mannoni hace referencia a la experiencia analítica relatada por Guntrip. En su breve análisis (:67), ella resalta una “bipolaridad” existente en la teoría psicoanalítica: de un lado ubica un “saber controlado”, que opera como una lengua muerta, y al que vincula con el “saber” de Fairbairn, que actúa como obstáculo en la cura. Del otro lado habría “otro tipo de saber”, que se desprende a posteriori del proceso de la cura: una suerte de “núcleo de verdad”, y como tal insabido a lo largo del tratamiento, pero que intenta cercarse a partir del trabajo interpretativo y reconstructivo. Este tipo de saber lo vincula a la posición de Winnicott, tanto en su faceta de analista como de teórico, pues afirma que él no tiene la ambición de crear una teoría “totalizante”, y lo liga también a las propuestas de Freud en su texto “Construcciones en psicoanálisis” (1937):

*“El analista ni ha experimentado ni ha reprimido nada del material que se considera; su tarea no ha de ser recordar algo. ¿Cuál es entonces su tarea? Su tarea es hacer surgir lo que ha sido olvidado a partir de las huellas que ha dejado tras sí, o más correctamente, **construirlo**”* (:3326).

Construir un pasado a partir de los “restos arqueológicos” que aún se hallan vivos, y que conservan, según Freud, lo esencial. Pero esa esencia, como hemos venido viendo a lo largo de esta investigación³², si bien no está “perdida”, pues como dice Freud *“todo lo esencial está conservado”* (:3367), sin embargo resulta intraducible. Se llega así a delimitar un “núcleo de verdad” que reúne las siguientes características:

§ Opera como “causa” de los síntomas, y en general de todo el cuadro clínico. En este contexto, “causa” debe entenderse como “cuerpo extraño”: una partícula extraterritorial, extrasistema, que al pugnar por ser reabsorbida, obliga al sistema a producir

³² Cf. Capítulo 1, en particular lo trabajado en torno al “tiempo medio” y su irreductible carácter inconsciente; también el capítulo 4 en lo referente a las huellas del objeto de la primera experiencia de satisfacción, y el trabajo que sobre esas huellas realiza la fantasía.

un trabajo que no ha de resultar efectivo a los fines de la “reabsorción”. Ese trabajo, ese intento fallido de reabsorción, es la enfermedad misma.

§ En el trabajo analítico, el núcleo de verdad define la detención de la rememoración. Es ese punto subrayado por Freud en “Recuerdo, repetición y reelaboración” (1914) en el cual se manifiesta un cambio de registro, pasándose del régimen de la rememoración al de la repetición. Para el analizante, por tanto, resulta “imposible” recordar el núcleo de verdad.

§ Ante esa imposibilidad, el trabajo analítico se propone “construir” una versión del núcleo de verdad. En la obra de Freud hallamos una multiplicidad de ejemplos de ese tipo, a veces aplicados a la historia singular de un paciente, a veces a la de todo un pueblo, o aún de la humanidad entera, como es el caso de la construcción que cierra su texto “Tótem y tabú”.

Frente a la construcción propuesta, el analizante suele presentar una particular reacción: *“Las representaciones procedentes de una mayor profundidad, que constituyen el nódulo de la organización patógena, son las que más trabajo cuesta al enfermo reconocer como recuerdos. (...) Se nos plantea aquí la cuestión de cómo conciliar esta circunstancia con nuestras propias opiniones psicológicas. ¿Deberíamos prescindir de esta negativa de reconocimiento por parte del enfermo (...), o habremos de suponer que se trata realmente de ideas que no han llegado a existir; esto es, de ideas para las cuales sólo había una posibilidad de existencia, aceptando así que la terapia consistiría en la realización de un acto psíquico no cumplido?”* (Freud 1895: 165).

§ Pero existen ciertas circunstancias especiales en las que el paciente logra “percibir” esas huellas imperdibles e imposibles de rememorar. El régimen que delimita el retorno de esas huellas, por fuera de la rememoración y aún de la repetición en acto, es el de la percepción alucinatoria: *“He sido sorprendido por la manera en que en ciertos análisis la comunicación de una construcción evidentemente acertada ha evocado en el paciente un fenómeno extraño y al principio incomprensible. Se les han provocado vivos recuerdos – que ellos mismos han calificado como ‘ultraclaros’ –; pero lo que han recordado no ha sido el suceso que constituía el objeto de la construcción, sino detalles relacionados con aquel. (...) Esto ha ocurrido, o bien en sueños inmediatamente después de que la construcción había sido presentada, o bien en estado de vigilia, asemejando fantasías. (...) El ‘surgimiento’ de lo reprimi-*

*do, puesto en actividad por la presentación de la construcción, ha intentado llevar las huellas mnémicas importantes a la conciencia; pero una resistencia ha logrado no, en verdad, **detener** este movimiento, pero sí **desplazarlo***”(Freud 1937: 3371).

Hasta aquí el “núcleo de verdad” se dice por transposición. Sería el caso de Guntrip y la escena traumática olvidada, recuperada, luego de la muerte de Winnicott, a través de una serie de sueños. Pero habría, como decíamos, otro régimen de retorno: *“Estos recuerdos podrían haber sido descritos como alucinaciones si a su claridad se hubiera añadido una creencia en su presencia actual. (...) Me di cuenta de que a veces se presentaban verdaderas alucinaciones en otros pacientes que ciertamente no eran psicóticos. Tal vez pueda ser una característica general de las alucinaciones (...) que en ellas reaparezca algo experimentado en la infancia y luego olvidado”*(1937: 3371). Ese “algo” será nombrado por Freud “verdad histórica”.

- § Por último, el analista también puede participar de ese régimen de percepción alucinatoria. Encontramos en la obra de Juan David Nasio varios intentos de dar cuenta de esta particular percepción: *“A veces, con una palabra, un sueño o una alucinación el psicoanalista cumple sin quererlo el deseo de otro – el analizando – que no sabe reconocer en esos cumplimientos el empeño de su propio deseo. Y a la inversa, determinada intervención psicoanalítica, considerada como significativa de un deseo, puede volver al psicoanalista en la forma de una alucinación surgida en el analizado”* (1987: 84). Esa segunda posibilidad es remitida al texto de Freud sobre “Construcciones...”. Pero retomemos la primera posibilidad: un elemento “no reconocido” en el analizante puede retornar en las producciones discursivas del analista (dichos, sueños), así como en otro tipo de experiencias que adquieren el estatuto de “percepción alucinatoria”. En otro texto Nasio intenta precisar esta percepción: *“¿Cómo conceptualizar la función de la imagen en el trabajo del psicoanalista? A las diversas variantes de la acción psicoanalítica (...) debemos añadir ahora (...) la escucha visual. (...) Ya no se trata del silencio preparando una palabra interpretativa, ni de la reconstrucción de elementos de la historia del paciente precediendo a una intervención explicativa, sino cabalmente de una disposición subjetiva del practicante, harto peculiar. La escucha está tan polarizada en el decir del paciente, que el analista no sólo olvida su yo sino que **mira lo que escucha**. (...) Para un sujeto, mirar significa ser el objeto que él mira”*(1990:84).

Suspendamos por un momento el análisis de las implicancias teórico – clínicas de estas últimas afirmaciones, y volvamos al caso “Guntrip”. En un texto reciente dedicado al análisis de ese material clínico, Rabain (2004) incluye nuevos elementos que avanzan en la dirección abierta por Nasio. Se trata de un poema escrito por Winnicott a los 67 años de edad, es decir, en un período en el cual se encontraba tratando a Harry Guntrip. En el poema, titulado “El árbol”, Rabain resalta los siguientes versos:

“Mi madre bajo el árbol llora,

llora,

llora.

Así la conocí yo.

*Un día, tendido sobre sus rodillas
como hoy sobre el árbol muerto*

*Aprendí a hacerla sonreír
a detener sus lágrimas*

a remover su culpa

a curar su muerte interior

Reanimarla me daba vida” (:56).

Rabain señala la similitud existente entre la imagen de la madre descrita en el poema de Winnicott y aquella otra que surge en uno de los sueños que Guntrip tiene luego de la muerte de su segundo analista: *“El sueño cambió de pronto y estaba en una habitación iluminada, donde volvía a ver a Percy. Sabía que era él, sentado en las faldas de una mujer que carecía de rostro, brazos o pecho. No era más que las faldas para sentarse, no una persona. Percy se veía profundamente deprimido, con las comisuras de los labios hacia abajo, y yo trataba de hacerlo sonreír”*. Acerca de ese sueño comenta: *“había retrocedido hasta la época anterior a su muerte (la de Percy), para ver a la madre despersonalizada y ‘sin rostro’, la madre deprimida y de negro, que no había podido relacionarse con ninguno de los dos”* (Guntrip 1975: 27). Llegado a ese punto Guntrip cree haber recuperado el contenido de la escena traumática que en vano buscó reactivar a lo largo de sus dos análisis, y que ahora, luego de la muerte de Winnicott, se presentifica en el espacio alucinatorio del sueño.

Frente a esta “extraña coincidencia” Rabain se pregunta: “¿Pensaba Winnicott al escribir su poema en la escena que acosaba el pensamiento y el cuerpo de su paciente? ¿Qué poderes de atracción y fascinación podía suscitar en su analista la escena reprimida por Harry Guntrip, donde se representaba a un niño muerto y a una madre agónica? ¿Qué misteriosas identificaciones inconscientes podían instar y movilizar la contratransferencia de Winnicott? ¿Acaso una profunda y enigmática empatía le permitía ‘sentir con’ su paciente la misma emoción, el mismo dolor secreto, y compartir con él un libreto común?”(2004: 63).

Por otras sendas teóricas, los interrogantes de Rabain lo llevan a un punto muy similar al que alcanzara Nasio en los textos citados más arriba. De lo que se trata, al fin de cuentas, es de encontrar una explicación satisfactoria para una clase de experiencia que, si bien no resulta frecuente, es posible en aquellos análisis que son conducidos hasta ese punto que Lacan llamaba “el hueso de lo real”: “*al inconsciente reprimido de la primera tópica*”, concluirá Rabain, “*le sucede esa parte de desconocido, irreductible para siempre pero recreada por la experiencia de la transferencia*” (:71). Esta experiencia, este modo de concebir la transferencia como “puesta en acto” de ese irreductible, forma parte de la concepción clínica winnicottiana, en la medida en que él piensa el análisis como “*un lugar de búsqueda de experiencias ausentes*”.

De esta forma el derrumbe, lo esquizoide, el self verdadero, son nociones que van delimitando esa experiencia con lo imposible hacia donde la clínica psicoanalítica nos conduce, en la medida en que pueda hacerse, en ella, un lugar para que “eso” pueda advenir.

BIBLIOGRAFÍA DE LA QUINTA PARTE.

FENDRIK Silvia: (2005) *Psicoanalistas de niños. La verdadera historia. Tomo 2: Winnicott y la Sociedad Británica.* (Letra Viva, Bs. As., 2005)

FREUD Sigmund: (1895) *Psicoterapia de la histeria.* (B. N.)

(1914) *Contribuciones a la historia del Movimiento Psicoanalítico.* (A. E.)

(1937) *Construcciones en psicoanálisis.* (B. N.)

(En: “Obras Completas”, A. E. = Amorrortu, Bs. As., 1978 – B. N. = Biblioteca Nueva, Madrid, 1972)

GREGO Beatriz: (1985) *Estudios psicoanalíticos.* (Lugar Biblos, Buenos Aires, 1985)

- (1996) *La enseñanza de Winnicott*. (En: “Lecturas de Winnicott”, Lugar, Buenos Aires, 1996)
- GUNTRIP Harry: (1975) *Mi experiencia analítica con Fairbairn y con Winnicott* (publicada originalmente en The International Review of Psycho-Analysis, volumen 2 parte 2, traducido al castellano por Noemí Roseblatt y publicada en la Revista de Psicoanálisis de la A.P.A. Volumen 38 N° 1 de 1981)
- KLEIN Melanie: (1932) *El psicoanálisis de niños*. (En: Obras Completas, tomo 2, Paidós, Buenos Aires, 1991)
- LACAN Jacques: (1958) *La dirección de la cura y los principios de su poder*. (En: “Escritos”, tomo 2, Siglo XXI, Bs. As., 2003).
- (1967/8) *El Seminario, libro XV, “El acto analítico”*. (Versión mecanografiada de “Discurso Freudiano”, traducción de Silvia García Espil, en 4 partes).
- LAING Ronald: (1976) *Las cosas de la vida*. (Crítica, Barcelona, 1977)
- MALEVAL Jean Claude: (1978) *El delirio histérico no es un delirio disociado*. (En: “La escucha, la histeria”, Paidós, Buenos Aires, 1984)
- MANNONI Maud: (1979) *La teoría como ficción*. (Crítica, Barcelona, 1980)
- MILLER Jacques – Alain: (1981) *Problemas clínicos para el psicoanálisis*. (En: “Recorrido de Lacan”, Ed. Hacia el tercer encuentro del Campo Freudiano, Buenos Aires, 1984)
- NASIO Juan David: (1987) *Los ojos de Laura*. (Ammortu, Bs. As., 1988).
- (1990) *El dolor de la histeria*. (Paidós, Buenos Aires, 1991).
- PONTALIS Jean Bertrand: (1979) *Encontrar, acoger, reconocer lo ausente*. (Incluido como “Prólogo” a la edición castellana de “Realidad y Juego”, Gedisa, Barcelona, 1979)
- RABAIN Jean-François: (2004) *El árbol de Winnicott*. (En: “Winnicott insólito”, Nueva Visión, Buenos Aires, 2005)
- RIPESI Daniel: (2003) *¿Intervenciones winnicottianas?* (En: Revista “Imago Agenda” No. 98, Bs. As., abril de 2004).
- ROUDINESCO Elizabeth: (1986) *La batalla de cien años. Historia del Psicoanálisis en Francia. Tomo 2 (1925-1985)* (Fundamentos, Madrid, 1993).
- SOLER Colette: (1984) *Una pasión de transferencia, Marion Milner y el caso de Susanna*. (En: “Psicosis y Psicoanálisis”, Manantial, Buenos Aires, 1984)

- WINNICOTT Donald: (1950) *El niño privado y cómo compensarlo por la pérdida de una vida familiar*. (En: "Deprivación y delincuencia", Paidós, Bs. As., 1990)
- (1956) *La tendencia antisocial*. (Ídem anterior)
- (1959) *Clasificación: ¿Existe una aportación psicoanalítica a la clasificación psiquiátrica?* (En: "El proceso de maduración en el niño", Laia, Barcelona, 1979)
- (1962) *Proveer para el niño en la salud y en la crisis*. (Ídem anterior)
- (1963) *Dos notas sobre el uso del silencio*. (En: "Exploraciones psicoanalíticas 1". Paidós, Buenos Aires, 1991)
- (1964) *Importancia del encuadre en el modo de tratar la regresión en psicoanálisis*. (Ídem anterior)
- (1965) *La psicología de la locura: una contribución psicoanalítica*. (Ídem anterior)
- (1968 a) *El uso de un objeto y el relacionarse mediante identificaciones*. (Ídem anterior)
- (1968 b) *La interpretación en psicoanálisis*. (Ídem anterior)
- (1968 c) *El uso de la palabra "uso"*. (Ídem anterior)
- (1969) *El uso de un objeto en el contexto de Moisés y la religión monoteísta*. (Ídem anterior)
- (1970) *Realidad y juego*. (Gedisa, Barcelona, 1979)
- (1971) *Clínica psicoanalítica infantil*. (Hormé, Bs. As., 1980)
- (1974) *El miedo al derrumbe*. (En: "Exploraciones psicoanalíticas 1", op. cit.)
- (1977) *Psicoanálisis de una niña pequeña*. (Gedisa, Barcelona, 1980)
- (1996) *Acerca de los niños*. (Paidós, Bs. As., 1998)

SEXTA PARTE: Winnicott y el “deseo del analista”.

*¿Qué es lo que no cesa de entregarse
como trueque de apariencias
haciendo estremecer en cada uno
el indicio de lo real?
Arturo Carrera – Potlatch*

(a) ¿Qué es un lector?

Me dormí leyendo la reedición de “Escrito con un nictógrafo”, el primer libro de poemas de Arturo Carrera, publicado originalmente en 1972. En la noche sueño con una especie de máquina virtual, algo así como una matriz, necesaria, imprescindible para “leer” los poemas de Carrera.

El libro incluye, al final, una “Nota” que funciona como una suerte de manifiesto poético. En ella podemos leer: *“...escribiendo en lo oscuro, ‘a ciegas’, en las hendiduras de una caja cúbica –también ese espacio primario busca la exención del sentido”*. Y más adelante: *“he tratado de eliminar continuamente todas las intenciones –la voluntad de expresión. Así define Straub el découpage. Sé bien (...) que el poema no es capaz de expresar ninguna cosa”*.

De este modo puede definirse una poética: la exención del sentido, perseguida como estilo, es capaz de dar lugar a la pluralidad de sentidos... en la lectura. Se trata de una poética que busca *“tocar el fondo vacío del lenguaje”*. Definición que no deja de evocar uno de los asuntos centrales discutidos en capítulos anteriores: que haya o no alguna clase de entidad en el fondo original del lenguaje, en ese fondo que es a la vez causa y principio, divide las aguas en lo tocante a la ontología y la ética.

Teresa Traynor rescata en su texto “La desconstrucción en las fronteras del psicoanálisis” los ecos de una polémica que, en torno a este tema, enfrentó a Lacan y Derrida.

La posición de éste último aparece reflejada en estas citas: *“Si bien Derrida retoma el carácter inmotivado del signo lingüístico, entiende que éste sería impensable sin la instancia de la huella, marca que supone un espacio de inscripción y un tiempo no cronológico. Es la relación con un pasado que se sustrae a la memoria, que interrumpe la*

'presencia' e introduce en la vida de los signos lo incalculable” (1994: 250/1, el subrayado es de la autora). Y más adelante: *“Huella, difference, archiescritura, entame, espaciamiento, texto, etcétera, son los elementos de una serie, a los que Derrida califica como ‘indecidibles’ (...). Estos indecidibles constituyen el dispositivo derrideano para desconstruir la tradición logocéntrica”* (:251), que desde los griegos en adelante propone una supremacía del habla por sobre la escritura, y piensa a esta última como subsidiaria del habla, como su “mera representación”, tal como lo enuncia de Saussure en su “Curso...”. Habría entonces para Derrida una preeminencia así como una prevalencia de la escritura por sobre el habla, y en su concepción la huella surge como fundadora de un primer espacio simbólico. *“Derrida pone el inconsciente primero y la cultura después”*, dirá Traynor, y equiparará “inconsciente” con “huella”, entendida ésta como “archiescritura”, *“lo cual invierte la postulación de Lacan acerca de un sujeto constituido a partir de lo simbólico, en el campo del Otro (...); de un inconsciente, en fin, constituido según las leyes de un lenguaje que lo preexiste”*.

Este debate, y más concretamente las postulaciones de Derrida, han sido retomadas hoy día por autores como la ya citada Roudinesco, o bien en nuestro medio y en el campo concreto del psicoanálisis de niños por Ricardo y Marisa Rodulfo. Dejaremos pendiente de resolución la tensión que esta polémica encierra, para desplegarla en el punto siguiente a propósito del análisis del concepto de “contratransferencia”.

Volvamos al problema del “lector”. A finales de la década del '60 Foucault vio la necesidad de lanzar su interrogante acerca del autor, y, salvo en los casos de los instauradores de discursividad, llegó a concluir que “no importa quién habla”. A principios del siglo XXI se impone un interrogante similar, probablemente heredero de aquel otro: ¿qué es un lector?, y sobre todo, ¿qué es un lector con relación a un autor? ¿Podría ser que, dentro o fuera de los discursos “instaurados”, en la medida en que haya “lectores”, por su propio accionar recreen la categoría de “autor”? Como si pudiese afirmarse: todo lector necesita un autor; el acto de leer constituye un índice supuesto a la lectura, que acaba cobrando el status de “autor”. Recurro, otra vez, a Carrera para “ilustrar” la acción del lector:

*“este lugar escucha
este lugar escribe*

*cambia la palabra
el señuelo, la trama
este lugar construye una trampa ”*

Una “trampa” en la medida en que la lectura violenta las intenciones del escritor, intentando instaurar un orden del sentido, allí donde, por ejemplo, el escritor deseaba que el sentido fuera múltiple, fugaz, evanescente, pero también allí donde el sentido se pretendía, desde el escritor, como “otro” que el producido por la lectura.

A la luz de estas premisas, Winnicott será el autor que cada lector haya construido. El “Winnicott” al que hemos arribado al final de nuestro recorrido se habrá de parecer un poco al Winnicott previo que cada lector de esta tesis haya construido en sus lecturas, pero también se habrá de diferenciar en uno u otro punto, adquiriendo un matiz singular.

Hallo un elemento significativo en los “lectores” de Winnicott que he frecuentado a lo largo de esta tesis: todos han pasado por Winnicott *dos veces*. Grego, en 1985 y 1996; Fendrik, en 1993 y 2005. En ambos casos, la primera lectura (el texto que da cuenta de esa primera lectura) mantiene un tono crítico y de desconfianza con respecto al “autor” al que se consagran. Con la segunda vuelta, sin embargo, algo ha variado: se deponen las resistencias, se logra una reconciliación con las peculiaridades del autor, como si ya no hiciese falta resaltar sus singularidades leídas a la luz de algún canon preestablecido, y fuese posible ahora aceptar el gesto provocativo que parece dimanar de su obra.

Así, también con Winnicott resulta necesario el tiempo de un “retorno”: sus escritos no escapan a la “lógica” del Movimiento.

En su libro “El último lector” (2005), Ricardo Piglia se propone reproducir *“pequeños informes de una sociedad imaginaria –la sociedad de los lectores- que siempre parece entrar en extinción o cuya extinción, en todo caso, se anuncia desde siempre”* (:25). Estos informes no habrán de realizarse a partir de lectores reales, sino ficcionales, es decir, a partir de las lecturas y los lectores que las ejercitan, tal como son relatados por la propia literatura. Pues, dirá Piglia, *“la pregunta ‘qué es un lector’ es, en definitiva, la pregunta de la literatura. Esa pregunta la constituye, no es externa a sí misma, es su condición de existencia”*.

Si extendiéramos este principio a toda escritura, y no sólo a la literatura de ficción, retornaríamos a uno de los elementos que, obstinadamente, ha insistido a lo largo de toda esta tesis: ¿qué es **leer** en psicoanálisis? ¿Qué papel juega, en cada lectura, los criterios de ortodoxia y heterodoxia, la fidelidad al texto freudiano, y al mismo tiempo la necesidad de “desear” su destrucción para poder operar una lectura?

Tal vez este tema resulta obligado en la medida en que partimos, y siempre mantuvimos como horizonte de referencia, al Movimiento Psicoanalítico. Ya señalábamos en nuestra Introducción que, en el Movimiento, Freud ocupa a la vez un lugar único y esencial, que a esta altura del recorrido podríamos calificar de **causa**: es el origen del Movimiento entendido como serie discursiva y textual, y sin embargo no pertenece a esa serie, convirtiéndose de ese modo en una suerte de interioridad exterior que, en un mismo acto, engendra, nomina y delimita.

La “escena de lectura” también es, en el psicoanálisis, una escena ficcionalizada por la propia literatura analítica. El mismo Freud da varias versiones de ella: cuando describe al lector-detective de “El Moisés de Miguel Ángel”, quien se emparenta con Morelli y su predilección por los detalles y los desechos de la observación; también cuando lee la historia del pueblo judío en su otro “Moisés”, cotejando textos hasta dar con el punto de falta de sustento en donde cree ver la labor de transposición que autoriza “su” lectura.

Pero quizás la escena de lectura que mejor define al lector freudiano (es decir, tanto a Freud como lector, como a aquel que lee a Freud, y aún al lector que Freud imagina leyendo su obra) es la que se narra en “Tótem y tabú”, y que a primera vista no parece una escena de lectura. Me refiero a aquella en la que Freud imagina al clan de los hijos asesinando y comiendo al padre. Si ese padre, por el mismo acto de ser devorado, se convierte a la vez en símbolo y nombre propio, la devoración deviene acto de lectura, y los hijos pasan a ser, de este modo, los primeros lectores.

Recurro nuevamente a Traynor para ilustrar con su escritura esta idea: *“El habla es el padre y la escritura el hijo parricida, por lo tanto producto bastardo de un padre muerto”* (Traynor 1994: 249).

Hay, también, otras escenas de lectura incluidas en la historia del Movimiento. En la biografía de los pioneros siempre se destaca el “momento” en que el azar los topa con algún texto de Freud. Y a partir de allí, de una manera fulgurante, el lector queda atrapado, no por el texto mismo, que en muchos casos produce rechazo y hasta airadas críti-

cas, sino por el movimiento que parece originarse en el texto mismo, vehiculizando una suerte de “deseo freudiano”: que haya analistas.

Winnicott no aparece, en este escenario, como un verdadero lector. Si bien es posible hallar, en su biografía, una “escena primaria de lectura”, de la cual daría cuenta la carta a su hermana Violet (1919), retomada por Fendrik (2005), otros relatos lo ubican como un lector renuente a frecuentar los textos freudianos: *“En distintos momentos de su vida, aun cuando ya era un prestigioso analista, Winnicott declaraba una dificultad crónica para tomar parte en las discusiones teóricas, pretextando su relativa ignorancia de la metapsicología freudiana. Antigua inhibición difícil de superar, o síntoma relacionado con una necesidad compulsiva de defender su propio lenguaje, esta dificultad era para él causa de un singular y persistente malestar. En una carta a Jones, escrita en el año '52, cuenta que en una oportunidad Strachey (...), en lugar de interpretar sus inhibiciones para leer a Freud, intentó convencerlo para que hiciera un esfuerzo: ‘después de todo la parte que usted necesita leer no es demasiado voluminosa’. El comentario de Strachey lo molestó mucho en su momento, y seguía provocándole enojo cada vez que lo recordaba”* (Fendrik 1993: 117).

Strachey será quien, finalmente, lo dirigirá hacia Klein, no sin antes darle a leer “El psicoanálisis de niños” (Fendrik 2005: 15). A partir de allí, el universo de lecturas de Winnicott se centrará en la obra kleiniana, y como suele ocurrir toda vez que uno de los “hijos-lectores” ocupa el lugar del padre-muerto, la obra de Klein vendrá al lugar de la de Freud. Habrá que esperar mucho tiempo para que Winnicott se sienta expulsado del kleinismo (recordemos aquella escena en torno a la publicación del artículo sobre los objetos transicionales que culmina con la frase de Winnicott: “Ella ya no me considera kleiniano”), y pueda entonces imprimir a su obra la dirección de un regreso... a Freud.

*“Los ‘nostoi’ significa en griego ‘los regresos’, y son una serie de epopeyas que cuentan la vuelta a sus hogares de los héroes griegos que habían ido a la guerra de Troya. (...) Esos signos escritos en la carne anticipaban el **nostos**, el regreso, del que daban por descontado que estaría tan alejado del momento de la partida, que sus portadores volverían al lugar de origen tan desfigurados por las intemperies y las decepciones, por la distancia muda y por el tiempo desdeñoso, por los andrajos deshilachados de experiencia y de ser que les quedarían como única conquista, que creían prudente munirse*

de algún signo imborrable para ser reconocidos por quienes los habían visto partir, y seguían esperando, pacientes, su regreso, en el hogar o en el Hades” (Saer 2005: 94).

Una marca en el cuerpo que asegure, al regreso, ser reconocido más allá de los cambios sufridos sobre la apariencia física, una marca indeleble que es, a la vez, el término que nombra la operación de regreso.

El “nostos” de un analista atraviesa sus escritos como una filigrana, o como aquel rojo fadian del que hablaba Freud en su libro sobre el chiste. En esa primera carta recogida en su correspondencia y dirigida a su hermana Violet, una suerte de “carta de bachillerato”, Winnicott escribe: *“¿Me dejas que te explique un poco acerca de este método que Freud ha inventado con tanta sagacidad para la curación de trastornos mentales? Lo diré todo en forma extremadamente simple. Si hay algo que no resulte simple para que cualquiera lo entienda, quiero que me lo digas, porque en la actualidad estoy practicando de manera de poder algún día contribuir a que los ingleses conozcan el tema, para que lean de corrido”* (1919: 46). Decirlo todo en forma extremadamente simple: ¿no es ésta una definición precisa acerca del “estilo” de Winnicott en el Movimiento Psicoanalítico, una definición que acaso nos hable de su deseo, o más bien, de algo que se emparenta con su deseo de analista, o aún mejor, con el deseo de analista tal como resuena en él? Podrá, así, pasar por Klein y volver a Freud, con la tranquilidad de saber que, en su estilo, habremos de reconocer la marca que lo identifica.

Italo Calvino también se interesa por los “nostoi”, y resalta, en su lectura de La Odisea, la siguiente particularidad: *“Ulises no debe olvidar el camino que ha de recorrer, la forma de su destino: en una palabra, no debe olvidar la Odisea. Pero tampoco el aedo que compone improvisando o el rapsoda que repite de memoria fragmentos de poemas ya cantados deben olvidar si quieren ‘decir el regreso’. (...) Lo que Ulises salva del loto, de las drogas de Circe, del canto de las sirenas no es sólo el pasado o el futuro. La memoria solo cuenta verdaderamente –para los individuos, para las colectividades, las civilizaciones- si reúne la impronta del pasado y el proyecto del futuro, si permite hacer sin olvidar lo que se quería hacer, devenir sin dejar de ser, ser sin dejar de devenir”* (1983: 22/3).

Lo que propone Calvino parece, a primera vista, una exigencia imposible: ¿cómo reunir en un mismo movimiento el ser y el devenir? Y, sin embargo, el “movimiento” psicoanalítico parece deber su existencia a esa imposibilidad: desde la aventura inicial de un

escritor que se hace causa, anunciando su propio y necesario asesinato, hacia la saga interminable de los hijos-lectores que no pueden dejar de repetir el gesto obstinado del asesinato ritual y de la aún más ritual ceremonia antropofágica por la que se hacen hijos de aquel padre, que a un mismo tiempo les da nombre y filiación, dejando a la posteridad los productos de ese movimiento incesante: nuevos libros, digestiones diversas de las letras del padre.

Pero entonces: ¿la teoría psicoanalítica está condenada a no ser más que “novela familiar”? O, tal como lo formula Fendrik (2005: 81), ¿no encuentra otro estatuto que el del síntoma? Veamos qué elementos encontramos en la “novela familiar” de Winnicott, que nos orienten hacia la comprensión de su particular relación con el texto freudiano.

“El padre”, dirá Fendrik (2005), *“aparece como el principal protagonista de los recuerdos que Winnicott vuelca en las primeras páginas de su diario”* (:74). De ellas rescata la siguiente anécdota: *“Mi padre tenía una fe religiosa sencilla; un día en que le hice una pregunta que podía habernos envuelto en una interminable discusión se contentó con decirme: ‘Lee la Biblia; allí hallarás la respuesta exacta’. Así fue como me dejó que me las arreglara solo, ¡Dios sea loado!, para resolver el problema”*.

Se trata, pues, de un padre que, en la brevedad de la anécdota, impulsa y orienta doblemente a su hijo: en primer lugar, para que encuentre solo la solución a sus problemas, pero en segundo lugar, para que busque esa solución en el Libro.

“Lo que salva a Robinson del horror, lo que le permite escapar de la locura y reconstruir el sentido de lo que está viviendo, son los libros que rescata entre los restos del naufragio (mejor sería decir el libro). (...) Si el bovarismo es la tendencia a verse en la lectura como otro del que se es, Robinson hace lo contrario: descubre quién es al leer la Biblia y se despoja de todas las falsas identificaciones que lo han llevado a la ruina” (Piglia 2005: 152/4).

De los modelos de lectores posibles, Robinson Crusoe representa, para Piglia, al lector creyente, aquel que reencuentra un sentido posible de su vida al leerla en un libro, pero también aquel que se sostiene, a partir de la lectura, en la fina línea divisoria entre civilización y barbarie: *“Un lector sería entonces el que encuentra el sentido en un libro y preserva un resto de la tradición en un espacio en donde impera otra serie (el terror, la locura, el canibalismo) (...). En un sentido, podemos pensar que sin la lectura el naufrago se animaliza”* (:159).

Tenue frontera entre la locura y la razón, entre la civilización y el canibalismo, ¿el libro no habrá de ser también, para el psicoanalista, su pequeña tabla de flotación que lo mantiene a reservas del naufragio en las profundidades?

Prosigamos con las relaciones de Winnicott con El Libro. El compilador y editor de la correspondencia de Winnicott, F. Robert Rodman, comenta en la Introducción a “El gesto espontáneo” los derroteros que siguió la fe de Winnicott: *“Las razones de la conversión de Winnicott al anglicanismo mientras se encontraba cursando sus estudios médicos, o los efectos que esto tuvo en él, se ignoran”* (1987: 31). Cita, sin embargo, una carta de Winnicott a Bion, del 5/10/67: *“No es posible para mí tirar por la borda la religión por el sólo hecho de que la gente que organiza las religiones universales insiste en creer en milagros”*, y añade Rodman: *“La religión anuladora de la creatividad, los sistemas cerrados que no daban cabida al descubrimiento personal y al cambio, provocaban su reacción airada”* (:33).

El anglicanismo permite y fomenta la lectura personal del Libro, fuera del canon establecido: está, por tanto, en la línea abierta por aquel comentario inicial del padre. La religión forma parte, para Winnicott, de la “experiencia cultural”, la que se asienta a su vez en el espacio transicional, a medio camino entre el mundo subjetivo y las exigencias de la realidad. El derecho del habitante de ese espacio a ser tolerado en sus formulaciones paradójales, pareciera hablarnos en todo caso de un dios bastante permisivo, más propenso a reconocer la creatividad en su criatura que a crear él mismo, una suerte de dios suficientemente bueno, muy alejado del goce.

La imagen caricaturesca de dios que Freud utiliza en su “Introducción del narcisismo”, tomada de Heine, nos aporta un elemento más para pensar la “psicogénesis de la Creación”. Allí, el Dios de Heine reconoce: *“La enfermedad fue sin lugar a dudas la causa final de toda la urgencia por crear. Al crear yo me puedo mejorar, creando me pongo sano”* (Freud 1914: 2024). Bajo esta óptica, el mundo como creación divina surge como el remedio que el propio dios se procura para desembarazarse de su insoportable dolor narcisista.

La pregunta “¿porqué dios creó el mundo?” atravesó los debates teológicos durante siglos, dando lugar a variadas respuestas, que finalmente se resumen en dos grandes líneas: o bien lo hizo por pura gratuidad, es decir sin deseo, pues en tanto que ser omni-

potente dios no puede desear, o bien lo hizo por alguna causa, cuestión que siempre trae aparejada la pregunta por el goce de dios: ¿para qué nos quiere?

En esa segunda línea parece avanzar el texto de Schreber, que él escribió, entre otras cosas, para sumar su propia experiencia personal al debate teológico. Schreber descubre en dios un goce no regulado, un goce, podríamos decir, de naturaleza femenina. Dios lo quiere mujer, es cierto, pero no olvidemos que para extraer de su cuerpo una voluptuosidad de la que no puede apartarse.

El texto freudiano busca dar otra versión del goce de dios: se trata, como en la tradición mosaica, de un dios de la palabra, que instituye las dimensiones del pecado y la culpa, sometiendo a los hijos a un acotamiento del goce. Para Freud, claramente, dios es un sustituto del padre. Hemos entrevisto, en la segunda parte de esta tesis, el giro que la “escuela inglesa” introduce en este terreno, al reclamar la atención del “Movimiento” hacia el papel de la madre en el origen. Resultaría, a estas alturas, simplista proponer una oposición binaria que enfrentase los polos del padre y de la madre como una suerte de relevo de la eterna lucha entre Eros y Thánatos. Prefiero mantenerme en la dimensión de la “buena pregunta” antes que precipitarme en la búsqueda de una respuesta, y, en todo caso, adentrarme en la particular forma de argumentación que Winnicott construyó a lo largo de su obra para hacer lugar a la madre en el universo paternal freudiano. La madre suficientemente buena, ya lo hemos dicho, abre las puertas a una lectura que se perfila sobre el fondo de otra madre que puede no serlo: una madre abrumada por su ansiedad y su odio inconsciente, que conforma el fundamento mismo de la prehistoria de un sujeto singular al que Winnicott calificó de “esquizoide”. Su propia convicción lo fue llevando hacia el reencuentro de esa madre en la cura y, por tanto, en la transferencia.

¿Cómo se sostiene el lugar del analista cuando se arriesga más allá del punto en que su análisis personal se ha detenido? Las “resistencias del analista” fueron tempranamente teorizadas por Freud como un obstáculo que se interpone en la cura a partir de los puntos ciegos que el análisis personal no ha logrado iluminar. ¿Pero cómo es posible que un análisis didáctico llegue hasta el punto en donde la teoría del analista didacta no ha llegado? Estos interrogantes reabren cuestiones planteadas a lo largo de nuestra investigación, sobre todo en lo tocante a las relaciones entre el análisis personal y el horizonte de analizabilidad (en el sentido de lo expuesto por Greco acerca de la necesidad de ir, en la conducción de las curas, más allá del punto en donde nuestro análisis personal se detu-

vo), y por otro lado en las relaciones entre experiencias clínicas y teorizaciones, entendiendo que estas últimas siempre irán un paso más atrás de lo que el psicoanálisis, como experiencia con lo real, nos enseña.

Intentemos avanzar relanzando nuestras preguntas en un campo sobre el cual aún no hemos trabajado, y que reúne de un modo singular varias aristas del problema: el campo de la contratransferencia.

(b) La contratransferencia y el deseo del analista.

Los diccionarios de psicoanálisis (como el de Laplanche-Pontalis o el de Roudinesco-Plon) suelen historizar cada concepto que introducen. En el caso de la noción de “contratransferencia”, todos coinciden en afirmar que tiene su origen en el discurso inaugural que Freud pronunciara en el Segundo Congreso Internacional de Psicoanálisis reunido en Nuremberg en 1910, incorporado luego a sus obras completas bajo el título de “Las perspectivas futuras de la terapia psicoanalítica”. Freud habla allí, entre otras cosas, de aquellos factores que habrán de colaborar en el progreso interno de la disciplina, y entre ellos destaca el papel de las innovaciones técnicas. Dirá entonces: *“Otras innovaciones de la técnica atañen a la persona del propio médico. Nos hemos visto llevados a prestar atención a la contratransferencia que se instala en el médico por el influjo que el paciente ejerce sobre su sentir inconsciente, y no estamos lejos de exigirle que la discierna dentro de sí y la domine. (...) Hemos notado que cada psicoanalista sólo llega hasta donde se lo permiten sus propios complejos y resistencias interiores, y por eso exigimos que inicie su actividad con un autoanálisis y lo profundice de manera ininterrumpida (...). Quien no consigue nada con ese autoanálisis puede considerar que carece de la aptitud para analizar enfermos”* (Freud 1910: 136).

Freud promete, en esa circunstancia, publicar una “metodología general del psicoanálisis”, que según Strachey estaba escrita en parte para ese entonces, pero nunca llegó a la luz. Algunos trabajos, quizá componentes de esa “metodología general”, se fueron publicando a partir de 1911. En uno de ellos, “Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico” (1912), Freud insiste sobre el asunto y establece un criterio que de allí en más resultará definitivo: *“el médico debe ponerse en estado de valorizar para los fines de la interpretación, todo cuanto se le comunique, sin sustituir por una censura*

propia la selección que el enfermo resignó (...). Debe volver hacia el inconsciente emisor del enfermo su propio inconsciente como órgano receptor. (...) Si el médico ha de estar en condiciones de servirse así de su inconsciente como instrumento de análisis, él mismo tiene que llenar en vasta medida una condición psicológica. No puede tolerar resistencias ningunas que aparten de su conciencia lo que su inconsciente ha discernido. (...) Para ello no basta que sea un hombre más o menos normal; es lícito exigirle, (...) que se haya sometido a una purificación psicoanalítica” (1912: 115).

Con el paso del tiempo, se resolverá la ambigüedad que pesaba sobre el término “purificación”, resolución que dejará definitivamente atrás el “autoanálisis” e impondrá como requisito el análisis personal del candidato con un analista de mayor experiencia.

Por tanto, en la obra de Freud la noción de contratransferencia va íntimamente ligada a la idea de resistencia del analista, vinculada con las limitaciones de su análisis personal. Hemos visto, en la segunda parte de esta investigación, que resultaba un reproche corriente entre los analistas de la segunda generación decir “no está suficientemente analizado”, y que este reproche solía utilizarse para justificar la incapacidad del analista para dar cuenta teóricamente de algún asunto. Es, por ejemplo, el reproche que Jones y Klein hacen a Anna Freud cuando ésta se resiste a aceptar los planteos kleinianos, reproche que enfurece a Sigmund Freud en su doble carácter de padre y analista de la cuestionada. ¿Cómo llega entonces a reintroducirse la noción de contratransferencia en la escuela inglesa?

La historia suele situar esa responsabilidad en dos textos: “Odio en la contratransferencia”, escrito por Winnicott en 1947, y “Sobre contratransferencia”, presentado por Paula Heimann en el Congreso de Zurich de 1949. El texto de Winnicott busca rescatar la necesidad de hacer consciente el odio que provoca en el analista cierto tipo de pacientes: *“Por más que no pueda evitar odiarlos y temerlos, cuanto mayor conciencia de ello posea, tanto menos serán el odio y el temor motivos determinantes en su actitud con los pacientes”*²³. Esta opinión va en la misma línea que hemos comentado en capítulos anteriores, en lo relativo al papel patógeno que el odio inconsciente ejerce en la madre. Si el grave trastorno que aqueja a esos pacientes tuvo su origen en aquel odio materno, es lógico que la situación transferencial reproduzca esa estructura, o dicho de otra forma: resulta plausible que el paciente “demande” al analista una respuesta diferente al odio frente a un gesto que, sin embargo, parece concitarlo. “El paciente los ubicará en el pa-

pel de una madre odiante”, parece decir Winnicott, “y lo que yo les ruego es que no respondan con odio, sino que puedan hacer consciente ese odio como un efecto transferencial, y así logren ponerlo en palabras”.

Hasta aquí, entonces, el texto de Winnicott no rebasa los límites impuestos por Freud al problema de la contratransferencia, puesto que no propone otra cosa que situar la existencia de sentimientos originados en la situación transferencial e impedir que permanezcan en estado inconsciente para que no obstaculicen la cura.

Por su parte Heimann avanza en otra dirección: secretaria, confidente y al mismo tiempo paciente “secreta” de Klein durante muchos años, la escritura de su texto sobre la contratransferencia es el gesto que inaugura su emancipación. Cuando Klein le pide a Heimann que no exponga su trabajo en el Congreso de Zurich, ésta le responde: *“¿Piensa que deseo permanecer a su sombra toda mi vida?”* (Grosskurth 1986: 396).

Si alumbramos nuestra lectura del texto desde esta perspectiva, hallaremos así mismo otras resonancias en los comentarios que ha merecido por parte de otros analistas, como es el caso de Mustapha Safouan: *“Paula Heimann constató que los ‘debutantes’ no sabían analizar. En vez de hallar aquí una razón para interrogarse sobre los métodos que habían dado lugar a semejantes resultados, Heimann incriminó a los aprendices: éstos se habían dejado subyugar por el ideal de un ‘cerebro mecánico que puede producir interpretaciones sobre la base de un procedimiento puramente intelectual’”* (1988: 113).

Pero justamente: lo que Safouan no termina de ver es que Heimann se ubica del lado de los “aprendices”, y que por tanto, más que criticarlos lo que hace es cuestionar a sus didactas, es decir, en primer lugar, a Klein y sus interpretaciones cerebrales, proponiendo un giro que busca llevar al analista hacia el terreno de los “sentimientos”.

Sigamos con la cita de Safouan: *“desde el lugar en que hablaba no hacía otra cosa que proponer un nuevo ideal para compensar procedimientos demasiado ‘intelectuales’, Heimann enunció otra definición de la contratransferencia que esta vez extiende su uso a todos los sentimientos que el analista experimente frente a su paciente”*. En este punto Safouan introduce una cita de la propia Heimann: *“Nuestra hipótesis fundamental es que el inconsciente del analista incluye el de su paciente. Esta relación a nivel profundo aparece en la superficie en forma de sentimientos que el analista observa en su respues-*

³³ Citado por P. Grosskurth (1986: 397), el texto de Winnicott está incluido en su libro “De la pediatría al psicoanálisis”.

ta al paciente, en su contratransferencia. Es la manera más dinámica en que le llega la voz de su paciente”³⁴.

¿Por qué habla de “sentimientos”? Estos parecen ser, por una parte, el modo en que los contenidos inconscientes (equivalentes, para la autora, con “profundos”) emergen a la superficie (de la conciencia), y al mismo tiempo el modo “dinámico” en que dichos contenidos se manifiestan, lo que debe entenderse, también dentro de una lógica binaria, como lo opuesto a lo racional, más ligado al mundo de las defensas. Estas ideas se basan en una tesis, compartida por otros analistas kleinianos, y planteada por S. Isaacs en “Naturaleza y función de la fantasía” (1943):

“Las fantasías primarias, representativas de los primeros impulsos de deseo y agresividad, se expresan y manejan con procesos mentales muy alejados de las palabras y del pensamiento consciente relacional, y están determinadas por la lógica de la emoción. (...) Existen numerosas pruebas que demuestran que las fantasías están activas en la mente mucho antes del desarrollo del lenguaje. (...) Los significados, como los sentimientos, son mucho más antiguos que el lenguaje (...)”(:43).

Cualquier analista que haya frecuentado las tesis lacanianas tendrá dificultades en imaginar la existencia de “significados anteriores al lenguaje”, puesto que para de Saussure, punto de partida de los desarrollos de Lacan, el significado es parte integrante del signo, que es a la vez la unidad constitutiva de la lengua, y si bien Lacan modificará la estructura del signo saussureano, el significado mantendrá siempre una posición segunda, de “efecto” con respecto al significante. Los postulados de S. Isaacs introducen en el psicoanálisis el otro polo del debate que mencionáramos unas páginas atrás al comentar el artículo de Traynor, momento en que evocábamos a su vez un debate mayor desarrollado en el capítulo anterior.

P. Heimann parece completar la idea esbozada por Isaacs: si el contenido del inconsciente son las fantasías, y estas están inscriptas en “el lenguaje de las emociones”, un lenguaje pre-verbal, el único medio con el que cuenta el analista para acceder a esos contenidos son sus propios sentimientos, percibidos contratransferencialmente. Me interesa subrayar que esta idea, de un modo tal vez algo ingenuo, introduce en la teoría psicoanalítica una nueva concepción metapsicológica que repercute tanto en los aspectos topológicos como dinámicos, dando del inconsciente una definición que pone en

³⁴ P. Heimann: “On counter-transference”, I. J. P. 1950, vol. XXXI, pág. 81/4, citado por M. Safouan (1988: 113).

serie las nociones de profundo – arcaico – pre verbal – emocional, oponiéndolas término a término al espacio de la conciencia (que se define entonces por los caracteres de superficial – actual – verbal – racional). Esta concepción teórica es solidaria de un modo de concebir la práctica clínica. Safouan, en el texto que venimos comentando, lo expone en estos términos: “(el analista) *debe saber instrumentar* (sus sentimientos) *como una clave que le permita comprender el inconsciente de su paciente, puesto que son los signos precursores de su comunicación profunda con éste*” (1988: 113).

El derrotero que siguió el concepto en el kleinismo incluyó a autores como M. Little, Money – Kyrle y H. Racker, de la mano de quien el tema llegará a la Argentina³⁵. En el artículo de este último “Transferencia y contratransferencia” (1968) podemos leer: “*La verdad es que* (la situación analítica) *es una interacción entre dos personalidades (...); cada personalidad tiene sus condiciones de dependencia externas e internas, sus angustias y sus defensas patológicas; cada uno es igualmente un niño con sus padres internos (...)*”³⁶.

Safouan, comentando estas citas, dirá que en ellas Racker “*denuncia severamente el ‘círculo vicioso’ que atribuye nuestras insuficiencias a nuestras contratransferencias, y nuestras contratransferencias a problemas contratransferenciales insuficientemente resueltos en nuestros análisis didácticos*” (1988: 124).

¿Cómo “salir airoso” de este círculo, o de otra forma, dónde encontrar las garantías?

B. Grego, otra lectora de Racker, dirá al respecto: “*Si se piensa que allí están en juego dos inconscientes, si paciente y analista son dos personas cada una con su propio inconsciente, hay que explicar por qué la introspección no le da noticias al analista más que de sí mismo. (...) La pregunta que salta a la vista es: ¿del inconsciente de quién se trata?*” (1985: 22).

Grego afirma que Heimann recurre, en su búsqueda de garantías, a la noción de “asimetría”: si bien la situación analítica es definida como una “relación interpersonal”, la “persona” del analista se diferencia por su previo pasaje por un análisis didáctico. Así, la asimetría se funda en el didáctico, que es finalmente de donde Heimann extrae la garantía. Con respecto a Racker, Grego dirá que éste elabora una teoría más sofisticada de la contratransferencia. Su búsqueda de garantías lo lleva a plantear una doble división: por una parte la contratransferencia, concebida como un bloque, es dividida por Racker

³⁵ Racker, de origen austríaco, emigrará a la Argentina en 1939, y a partir de 1947 integrará la A.P.A.

³⁶ H. Racker: “Transference and counter-transference”, Nueva York 1968, pág. 23/70, citado por M. Safouan (1988: 124).

en una contratransferencia positiva (ligada al Eros y leída por Grego como *“un amor real del analista hacia su paciente”*: 37, y que resulta una *“forma de comprensión que dobla la escucha analítica”*:34), y otra negativa, resultado de la identificación del analista con los objetos internos del paciente, y que genera respuestas retaliativas por parte del analista.

La segunda división recae sobre el yo del analista: si la contratransferencia positiva es una herramienta del análisis, pero es ajena a lo racional y consciente (pues opera sobre la base de una comunicación de inconsciente a inconsciente que engendra reacciones sentimentales), deberá existir un aspecto del yo del analista que registre estas comunicaciones emocionales, una suerte de yo irracional y vivencial, que luego traslada esta información al yo racional, quien emitirá la interpretación correspondiente (:40).

Así, la garantía ya no descansa en el didáctico, sino, en última instancia, en un resultado de éste: la escisión permanente del yo del analista. Nuevamente vemos resurgir, en un intento por extenuar la lógica del kleinismo, un postulado que refuta una de sus bases teóricas. Si para Klein el análisis tiene, como hemos visto, un sentido progresivo que va desde un yo escindido y débil hacia un yo más integrado y fortalecido, Racker cree entender que el fin del análisis didáctico debería, por el contrario, garantizar una escisión permanente del yo, que sin embargo se convirtiera en la garantía sobre la que se basa la operatividad del analista.

Así, la noción de contratransferencia llegará a su apogeo de la mano de los analistas kleinianos, siendo sin embargo una noción que no sólo no está presente en los desarrollos de Klein, sino que ella misma se encargó de cuestionar allí donde la vio surgir. En el caso de Heimann, el uso de este concepto parece adquirir el sentido de una refutación del modelo del analista racional y sabio que Klein ponía en acto en su análisis.³⁷ Según Fendrik (1993), para Klein es el saber que el analista posee, y no sus sentimientos, los que deben orientar sus intervenciones: *“Para ella la verdad que el análisis revela de ningún modo puede basarse en los sentimientos que el analista puede experimentar hacia su paciente. Son sus conocimientos psicoanalíticos los que guían la cura, en la*

³⁷ Los siguientes cuatro párrafos retoman lo expuesto en un trabajo titulado “Aportes para una clínica psicoanalítica con niños”, publicado en la Revista “Perspectivas en Psicología”, año 1 número 1, Facultad de Psicología, U.N.M.D.P., 2004, bajo la firma de A. Cacciari, M. Dimov, M. Domínguez, S. Krauss, P. Pioletti y H. Martínez.

que debe asumir plenamente el saber que el paciente le atribuye, y que en efecto tiene que poseer” (1993: 132).

El analista kleiniano interpreta desde su saber, desde el conocimiento que tiene acerca de las fantasías inconscientes y el modo en que éstas deben traducirse. El paciente, a su vez, es visto como un sujeto sin saber, y el análisis se convierte en una técnica de formación, a través de la cual el paciente “aprende” aquello que no sabe acerca de su inconsciente, gracias a un analista que sí sabe, porque conoce los contenidos universales del inconsciente, iguales en cada uno.

Fendrik desprende de esta concepción la siguiente consecuencia: si el analista analiza desde su saber, y sus sentimientos nada tienen que ver en el asunto, sería posible que el analista tomara como pacientes a individuos de su entorno más cercano (hijos, colegas, amigos). Sabemos que éste fue el caso en la mayoría de los análisis didácticos emprendidos por Freud en los primeros tiempos del movimiento psicoanalítico, y sabemos también, por los propios testimonios de Freud, de las complicaciones que esto le trajo aparejado en lo tocante a la resolución de los vínculos transferenciales. A pesar de ello, Freud se permitió continuar con esa práctica, y emprendió un análisis con su propia hija Anna. Por su parte, Klein inició su práctica analítica con niños analizando a sus propios hijos (Eric, Hans, Melitta). Sin embargo, mantuvo en secreto esta información, al igual que el largo análisis que sostuvo con Paula Heimann como paciente entre los años 1935 y 1953. ¿Por qué entonces, se pregunta Fendrik, si Klein no consideraba que la superposición de funciones resultara un obstáculo para el análisis, no se atrevía a defender públicamente su posición?

No pudiendo hallar una respuesta por parte de Klein, Fendrik cree poder leerla en el lugar que el tema de la contratransferencia ocupó en los debates de los autores de la corriente kleiniana. Como si una cosa fuera la contracara de la otra: algo que podríamos interpretar al modo de una “formación reactiva”, o bien al modo de un “retorno de lo reprimido”. Ambas modalidades parecen desprenderse como efecto del corpus teórico kleiniano en lo que éste tenía de dogmático para los discípulos de Klein. Así, no es muy arriesgado sostener que los ruegos de Winnicott para que los analistas actúen de manera silenciosa, respetando el trabajo creativo del paciente que ha de llegar sólo a una interpretación que podría *“ser robada con suma facilidad por el terapeuta que sabe demasiado”* (Winnicott 1970), resulta una “reacción” ante la técnica de interpretación kleiniana basada en el saber infalible del analista. De la misma manera, Fendrik sostendrá

que el retorno de los kleinianos al tema de la contratransferencia puede ser leído como un *“síntoma de la praxis analítica”*. Síntoma, en tanto se hace cargo, sin saberlo, de un no dicho a nivel de las teorizaciones kleinianas. Este síntoma presupone, para Fendrik, confundir los sentimientos del analista con la función que Lacan denomina “deseo del analista”. Retomaremos esta idea más adelante.

Frente al tema del analista que analiza a sus propios hijos, Winnicott, como lo hemos intentado demostrar en la Cuarta Parte de esta Tesis, realiza un “acto” que habrá de determinar, en el interior del Movimiento Psicoanalítico, una serie de consecuencias, que resumidamente podemos agrupar en dos grandes ítems: (a) la ampliación de la regla de abstinencia a partir del lema “no analizarás a tus propios hijos”, (b) la posibilidad de incluir, en el terreno del análisis de niños, a los padres como parte integrante de dicho terreno. Pero, por sobre todo, me interesa resaltar la conclusión a la que arribábamos al analizar este acto winnicottiano: se trata, decíamos, de la caída de un Ideal que, no habiendo sido teorizado por los analistas, sin embargo parecía operar en ellos, y que traducido en palabras diría algo así como “no hay mejor analista que un padre-madre”, o bien, “es deseable que se reúna en la figura del analista la autoridad paterna”. Freud deja traslucir una idea similar en sus comentarios al caso “Juanito”, y Klein hace otro tanto en su texto “El desarrollo de un niño” (1921).

Por otra parte, y en lo atinente al tema de la “contratransferencia”, Winnicott vuelve a fijar su posición al respecto en 1960, en un texto al que titula justamente “Contratransferencia”. Allí comienza diciendo que *“la palabra contratransferencia debería ser devuelta a su acepción originaria”* (:191), es decir, debería servir para definir *“la anormalidad de los sentimientos”* del analista, y la necesidad de que éste prosiga su análisis personal. Dado el contexto de producción del escrito (se trata de la reconstrucción de su participación en un simposio sobre la contratransferencia llevado a cabo en la British Psychological Society, en el que Winnicott debate con un analista jungiano), es notable el esfuerzo por precisar la terminología, a tal punto que en un pasaje dirá, con relación al vocabulario utilizado por su interlocutor: *“Es imposible comunicarse conmigo mediante este lenguaje”*. Pero más allá de las diferencias discursivas, es necesario, dirá Winnicott, precisar el sentido de los términos de uso corriente tales como “ego”, “inconsciente”, etcétera.

De este modo, pareciera que Winnicott realiza un movimiento hacia la búsqueda de “fundamentos” (y no, en este caso, de “garantías”) en las palabras mismas y en lo que ellas significan. El siguiente paso, una vez definida la noción de transferencia como aquello que *“concierna a la forma en que un fenómeno sumamente subjetivo aparece repetidamente durante el análisis”* (:192), es precisar la “situación analítica” en la que estos fenómenos de transferencia se manifiestan. Recurre para ello a Hipócrates: *“Todo esto empezó con Hipócrates, posible fundador de la actitud profesional. El juramento hipocrático nos da la visión de un hombre o una mujer que constituye una visión idealizada del hombre o la mujer de la calle. Pero así es como somos cuando ejercemos nuestra profesión”* (:193, el subrayado es del autor). De este modo, el analista es definido como una persona común y corriente que, al ocupar su rol profesional, debe estar a la altura de las exigencias que delimitan ese rol. Luego agrega: *“Freud previó el desarrollo de toda una gama de fenómenos subjetivos dentro de la relación profesional; el análisis del propio analista era en efecto el reconocimiento de que el analista se encuentra sometido a tensión al mantener una actitud profesional. Es a propósito que empleo estas palabras. No estoy diciendo que el análisis del analista tenga por objeto librarlo de la neurosis; su finalidad estriba en incrementar la estabilidad del carácter y la madurez de la personalidad del analista, dado que ésta será la base de su trabajo profesional y de la habilidad para mantener una relación profesional”* (:193). En este contexto Winnicott recurre a la noción de vulnerabilidad: si la actitud profesional del analista se erige sobre sus defensas disminuirá su capacidad. *“El psicoterapeuta (analista o psicólogo analítico) debe permanecer vulnerable y, pese a ello, conservar su papel profesional durante las horas de trabajo. Me imagino que es más fácil encontrar un analista profesional de buena conducta que un analista (de conducta igualmente buena) que conserve la vulnerabilidad propia de una organización defensiva flexible”* (:194).

Llegado a este punto puede volver sobre la noción de contratransferencia: *“En la medida en que todo esto sea cierto, el significado de la palabra ‘contratransferencia’ no puede ser otro que ‘los rasgos neuróticos que estropean la actitud profesional y que desbaratan la marcha del proceso analítico tal como lo determina el paciente’ ”* (:196, el subrayado es del autor).

En el texto de Miller que trabajamos en el capítulo anterior (1981), éste autor minimiza el recurso que Winnicott hace a Hipócrates para fundar en él lo que llama la “actitud profesional” del analista, al señalar que este recurso es una muestra del “humor británi-

co” de Winnicott (Miller 1981: 121). A diferencia de Miller, me interesa rescatar el valor de este recurso: creo que, en el contexto de la conferencia de Winnicott, el recurso a Hipócrates tiene el valor de un “símbolo”³⁸. Que el fundamento de aquello que caracteriza la posición del analista en la transferencia sea un símbolo permite, en primer lugar, separarlo y diferenciarlo de la función del Ideal que, como vimos en otros autores que han abordado el tema de la contratransferencia, suele ser un referente ineludible. Pero en segundo lugar, el recurso a un símbolo es, a nuestro entender, el mejor modo de retomar la lógica freudiana para repensar el problema de la contratransferencia, un modo mucho más abarcador que aquel otro que se detiene en las indicaciones concretas de Freud respecto del tema. En éstas, y como ya hemos visto, Freud sostiene que los sentimientos del analista no deben entrar en juego en el análisis. Se trata de una petición de principios, que sin embargo deja sin resolver dos problemas: (a) ¿qué se entiende por “sentimientos”?, y (b) ¿cuál es la garantía, o dicho de otro modo, el punto de apoyo al que recurre el analista para dejar fuera sus sentimientos?

Para resolver ambos cuestionamientos la noción de “símbolo” se vuelve esencial. Pues ante la primera pregunta (¿qué son los sentimientos?), recurrir a la lógica del símbolo permite sostener que la transferencia pone en juego los restos insignificantes de una operación simbólica. Si la transferencia, como lo postula Freud (en “Recuerdo, repetición y elaboración” y en “Más allá del Principio del Placer” fundamentalmente) es un modo de la repetición, ésta debe entenderse como el resultado de un ciclo cuyo eje es: *experiencia (trauma) – inscripción – resto – repetición*. De esta forma el “sentimiento” (o “afecto”, como suele llamarlo Freud) no es el dato bruto de la experiencia, sino el resto inasimilable de la misma luego de los intentos de simbolización³⁹. Por tanto puede postularse que la tarea del análisis, en tanto busca dar lugar a la transferencia (entendida, como lo venimos planteando, como la puesta en acto del resto de experiencia), es la de propiciar un nuevo intento de simbolización de aquello que, hasta allí, no logró ser simbolizado. Y de esta forma se entiende también que los “sentimientos” del analista nos hablan de un material insuficientemente trabajado en su propio análisis.

Esta preeminencia del símbolo se opone entonces a toda concepción que haga de los sentimientos un estadio previo a la simbolización, más puro, profundo y verdadero, solidaria de una noción de inconsciente preverbal, afectivo.

³⁸ En lo que sigue homologo el sentido del término “símbolo” con el de “significante”.

³⁹ Esto es así si no incluimos ese otro afecto, la angustia, que parece ser el producto del desamarre del quantum de excitación de su correspondiente representante.

Por otra parte, recurrir a la noción de símbolo para responder a la segunda pregunta (¿cuál es la garantía contra la aparición de los sentimientos?) también aporta, como decíamos, una respuesta mucho más abarcadora del problema. Pues en la medida en que se intenta buscar la garantía por la vía de la figura del “analista ideal” (sea éste el que no tiene sentimientos, o bien el que puede ponerlos al servicio del análisis), el intento se estanca en el atolladero de la identificación y el tema del “ser” del analista. No se trata, como sostenía Racker, de una garantía que pase por una modificación permanente del yo. Si lo pensamos desde la noción de símbolo, el analista deja de ser concebido como un “ser”, y adquiere otra serie de caracteres:

- § Es, en primer lugar, el Otro de la comunicación, aquel que, con su presencia, recrea el circuito del mensaje.
- § Desde allí, puede ser llamado a ocupar el lugar del Otro del sentido, aquel que sanciona los mensajes, y es aquí donde opera un primer nivel de la “abstinencia”, que reclama que su saber no se entrometa en la producción de sentido.
- § De esta forma su presencia podría llegar a convertirse en una “garantía”: la de que no hay sentido absoluto, o dicho de otra forma, que no hay universo cerrado del discurso.

Así, el analista ocupa el lugar del símbolo faltante, sin “serlo”, lo que garantiza, no la significación concebida como “detención” de la cadena hablada, sino la significación entendida como movimiento perpetuo.

Por eso, si la garantía está en el símbolo, un símbolo que podría escribirse $S(\emptyset)$, el analista debe, para ejercer su función, “pagar con su ser” (Lacan 1958: 567).

En el artículo citado más arriba (Cacciari y otros 2004), retomando la pregunta por el deseo del analista, escribíamos: *“Esbozamos una respuesta posible: el deseo del analista puede entenderse como aquello que lleva a un analista a sostener, frente a cada paciente, la apuesta por un análisis posible. Es aquello que, por ejemplo, le permitió a Klein sostener a Dick como su paciente, a pesar de que éste no hablara ni registrara su presencia (...). Pero este deseo nada tiene que ver con los sentimientos que el analista pueda abrigar por su paciente, sean estos de piedad, amor, odio, etc. Klein parecía habitada por este deseo, pero bajo la forma de un deseo desmedido de analizar “a todo el mundo” (Fendrik 1993), que la llevó a proponer el análisis de niños como un método preventivo que, en lo ideal, debería aplicarse “a todos”. Un deseo que, al parecer, carecía de límites, y que pudo haber llevado a sus discípulos a interrogarse por los*

“sentimientos” de Klein: ¿qué quiere? ¿Cuál es la medida de su deseo? ¿Cómo nos hallamos implicados en él? Si Klein sostenía la imagen del analista omnipotente, que todo lo sabe y todo lo quiere, esta imagen parece ajena a la noción de castración, central en la teoría psicoanalítica, y que justamente es aquella que hace pensable un límite frente a la omnipotencia, frente a un deseo “sin ley”. Sin embargo, el lugar que la noción de castración ocupa en las teorizaciones kleinianas es muy reducido, y en su sitio surge la idea de reparación, que nos habla de que nada debe perderse, y que el duelo debe ser atravesado para reencontrar, más allá de él, al paraíso que creíamos perdido” (:28).

Si el analista no es **ser**, sino **símbolo**, el “deseo” que Lacan le atribuye no se emparenta para nada con lo que un ser “siente”. El deseo deducible de un símbolo del tipo $S(\emptyset)$ es el deseo indestructible del que habla Freud, es, diríamos, la cifra que escribe la juntura imposible entre sexo y lenguaje.

En cierto sentido, entonces, me encuentro en condiciones de afirmar que lo que Winnicott sostiene en su artículo, como punto final de su participación en el debate sobre la contratransferencia, le permite definir la posición del analista en la transferencia como algo ligado al concepto lacaniano de “deseo del analista”. Pero todavía es necesario, por una parte, despejar con mayor nitidez los alcances de este concepto, y por otra, delimitar el modo en que Winnicott llega a esa posición, es decir, de qué manera es posible colegir la forma en que Winnicott alcanzó su “fin de análisis”.

Desarrollemos pues estos asuntos. A lo largo del Seminario 11 (1964) Lacan intenta despejar la noción de “deseo del analista”. Hacia el final del mismo propone pensarlo como aquella función que permite aislar al objeto a , situándolo a la mayor distancia posible del Ideal del Yo. Acerca del Ideal del Yo realiza una serie de consideraciones en el Seminario 5 (1957/8), que pueden resultarnos de utilidad para comprender más cabalmente esta propuesta: *“Insistí en que toda identificación del tipo Ideal del Yo se debía a la puesta en relación del sujeto con ciertos significantes del Otro que llamé insignias, y esta relación a su vez se incorporaba a un deseo distinto del deseo que había puesto frente a frente esos dos términos, el sujeto y el Otro como portador de dichas insignias” (:312)*. Se trata por tanto de una identificación que sin embargo no debe ser pensada como una modificación del Yo, sino más bien como algo nuevo que se añade a la estructura del sujeto: *“No es un objeto, es algo añadido en el sujeto” (:297)*. Ese “al-

go” añadido tiene la materialidad del significante, pero, aclara Lacan, se trata de significantes particulares en tanto *“no son significantes puestos en juego en una cadena significativa”* (:302), razón por la cual prefiere darles un nombre que los diferencie: “insignias”. Estas insignias serán portadas por el sujeto como *“la patria que el exilado lleva pegada a la suela de sus zapatos”* (:297). Son las marcas del padre, que operan a la manera de las marcas que los pastores realizan en su rebaño. En el Seminario 5 la referencia freudiana de estas reflexiones es el libro “Tótem y Tabú”. En él, cuando Freud analiza la función del tótem le adscribe este carácter de “marca”: *“El totemismo es un sistema a la vez religioso y social (...). Los miembros de una tribu se nombran según el tótem y creen también que descienden de él. (...) Los miembros de un clan totémico se consideran como hermanos”* (Freud 1911: 1813/4). El tótem, antecesor del padre, o mejor dicho, “función” del padre en la estructura, uno de sus “nombres” posibles, marca a los hijos, dándoles a la vez identidad, nombre y filiación, sometiéndolos al mismo tiempo a la ley de prohibición del incesto.

Ya hemos visto en capítulos anteriores cómo el nombre de Freud opera de un modo similar en la constitución del campo denominado Movimiento Psicoanalítico. Entonces, la pregunta de Lacan por el deseo del analista abre un surco que llega hasta ese mismo nombre. Lo que en un analista debe restar como residuo al final de su análisis: ¿es algo del carácter de una identificación, o bien de un deseo?

“Todo análisis cuya doctrina es terminar en la identificación con el analista revela que su verdadero motor está elidido. Hay un más allá de esta identificación, y está definido por la relación y la distancia existente entre el objeto a minúscula y la I mayúscula idealizante de la identificación” (...) *“Quiero decir que la maniobra y la operación de la transferencia han de regularse de manera que se mantenga la distancia entre el punto donde el sujeto se ve a sí mismo amable y ese otro punto donde el sujeto se ve causado como falta por el objeto a y donde el objeto a viene a tapar la hiancia que constituye la división inaugural del sujeto”* (Lacan 1964: 278/9).

Todo analista, podríamos extraer como corolario, enfrenta esta encrucijada al final de su análisis, momento que coincide, no temporal sino lógicamente, con su posicionamiento como analista: la de definir esta posición con relación a un “ser” con el cual se identifica, maniobra que lleva como objetivo último el resultar “amable” a un Otro del que recibir la confirmación, la “insignia” de analista, o bien la de definirla a partir de un “objeto” de cuya pérdida (sólo posible y registrable a partir de una simbolización) depende

su propia causación. Resaltemos que entre una opción y otra hay una consecuencia irreductible: la primera opción mantiene vigente, al final del análisis, a un Otro no barrado del que dependo (y dependeré siempre) para confirmar mi “ser amable”. La otra opción, al recalcar la falta constitutiva de todo sujeto, debería promover *“la liquidación permanente de ese engaño debido al cual la transferencia tiende a ejercerse en el sentido del cierre del inconsciente”* (Lacan 1964: 275), es decir la liquidación del Sujeto supuesto Saber, figura posible del Otro no barrado.

El analista – idealizado no podrá nunca ir más allá de la ortodoxia, pues necesita del Otro garante de su ser. No puede, por tanto, ejercer esa función que Winnicott denomina “odio” y que, en este contexto, equiparamos con la “necesidad” de asesinar al padre para poder así “servirse de él”. Si en lugar de mantener vigente a un Otro para asegurarnos de sus insignias (un nombre, una filiación), procedemos a su asesinato (y no recaemos bajo el costado superyoico del padre encarnado en la “culpa retrospectiva”), habremos de quedar en la orfandad. Llegado a ese punto, el camino de la culpa nos llevaría a una vía retrógrada: la de “comer el libro” a la manera de una eucaristía identificatoria. El otro camino posible que vislumbramos es el de cierta “heterodoxia” que, de algún modo, supondría engendrar una posición de sujeto que resultaría “nueva”, y a la que definiríamos como “sintomática”. Explico esa denominación en estos términos: la posibilidad de existencia de esa figura que Lacan denomina “sujeto supuesto saber” se basa, en última instancia, en la inconsistencia del Otro, en la “incompletud” de la batería significante que vuelve imposible que ésta garantice nuestra felicidad a través del imperio de la palabra. El resto real que esa inconsistencia genera, ese resto que unas páginas más arriba denominábamos *la cifra que escribe la juntura imposible entre sexo y lenguaje* da lugar, entre otras cosas, a la exigencia superyoica y a la producción del síntoma. Una y otra serían formas de recurrir al significante en su esencia, es decir, a la función del significante “nombre del padre”. Ambas, podríamos decir, serían **versiones** del padre que podrían distribuirse sobre una gradiente que vaya de la alienación a la separación:

versiones del padre



Así, la sumisión al imperativo superyoico coincidiría con una anulación de la potencia enunciativa del sujeto que, como dice Lacan, sólo puede responder en esa posición con un “Oigo”: “oigo la voz del padre que ordena lo imposible”. Del otro lado tendríamos al síntoma, que representaría un modo de enunciación posible del sujeto, un modo, podríamos decir, de “servirse del padre” sin quedar, por ello, arrasado por su voz.

En la historia del Movimiento podemos constatar salidas sintomáticas: la de Lacan, que supuso en su momento una “excomunió” (negación de su pertenencia al clan identificado con el padre a través de la comida totémica) que lo llevó a fundar su propia institución bajo la advocación del nombre de Freud (“Escuela Freudiana”) pero engendrando la posibilidad de una lectura abierta a las heterodoxias; la de Winnicott, salida que él mismo calificó de “enfermedad”, y que bajo ese rótulo concentraba lo más original de su posición: ese gesto imposible de reconocer por Klein quien, a partir de su rechazo, lo hizo avanzar más allá de ese Otro inolvidable, construido y sostenido en una transferencia que se mantuvo por más de veinte años, y, lejos en el tiempo de la culminación de sus dos análisis, lo enfrentó con la irremediable caída del sujeto supuesto saber, arrojándolo en la orfandad. Sin haber sido nunca la analista de Winnicott, Klein ocupó ese papel en la transferencia, y al hacer patente los límites de su saber le permitió a Winnicott advenir como un analista singular, un analista que logró aportar al Movimiento su propio síntoma como el nombre de uno de los modos “legibles” de ejercer esa función.

BIBLIOGRAFÍA DE LA SEXTA PARTE

CACCIARI Analía y otros: *Aportes para una clínica psicoanalítica con niños*, (Revista “Perspectivas en Psicología”, Año 1 N° 1, Facultad de Psicología, U.N.M.D.P., 2004)

CALVINO Italo: (1983) *Las Odiseas en la Odisea*. (En: “Por qué leer los clásicos”, Tusquets, Barcelona, 1997).

CARRERA Arturo: (1972) *Escrito con un nictógrafo*. (Interzona, Buenos Aires, 2005)

FENDRIK Silvia: (1993) *Desventuras del psicoanálisis*. (Ariel, Bs. As., 1993)

(2005) *Psicoanalistas de niños. La verdadera historia. Tomo 2: Winnicott y la Sociedad Británica*. (Letra Viva, Bs. As., 2005)

FREUD Sigmund: (1909) Análisis de la fobia de un niño de 5 años (caso “Juanito”)

- (1910) *Las perspectivas futuras de la terapia psicoanalítica*. (En: “Obras Completas”, Amorrortu, Bs. As., 1978, tomo XI).
- (1911) *Tótem y tabú*. (B. N.)
- (1912) *Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico*. (A. E., tomo XII).
- GREGO Beatriz: (1985) *Estudios psicoanalíticos*. (Lugar-Biblos, Buenos Aires, 1985)
- GROSSKURTH Phyllis: (1986) *Melanie Klein*. (Paidós, Buenos Aires, 1990)
- ISAACS Susan: (1943) *Naturaleza y función de la fantasía*. (En: “Desarrollos en Psicoanálisis”, Paidós-Hormé, Bs. As., 1978)
- KLEIN Melanie: (1921) *El desarrollo de un niño*. (En: “Obras Completas”, Paidós, Buenos Aires, 1990, tomo 1.)
- LACAN Jacques: (1958) *La dirección de la cura y los principios de su poder*. (En: “Escritos”, tomo II, Siglo XXI, Bs. As., 2003)
- (1957/8) *El Seminario, libro 5, “Las formaciones del inconsciente”*. (Paidós, Buenos Aires, 2003)
- (1964) *El Seminario, libro 11, “Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis”*. (Paidós, Buenos Aires, 1987)
- (1967) *Del psicoanálisis en sus relaciones con la realidad*. (En: “Intervenciones y Textos II”, Manantial, Bs. As., 1988)
- MILLER Jacques-Alain: (1981) *Problemas clínicos para el psicoanálisis*. (En: “Recorrido de Lacan”, Ed. Hacia el Tercer encuentro del Campo Freudiano, Bs. As., 1984)
- PIGLIA Ricardo: (2005) *El último lector*. (Anagrama, Barcelona, 2005)
- RODMAN F. Robert: (1987) *Introducción*. (En: “El gesto espontáneo”, Paidós, Buenos Aires, 1990).
- SAER Juan José: (2005) *La grande*. (Seix Barral, Bs. As., 2005)
- SAFOUAN Mustapha: (1988) *La transferencia y el deseo del analista*. (Paidós, Bs. As., 1989)
- TRAYNOR Teresa: (1994) *La desconstrucción en las fronteras del psicoanálisis. La polémica Derrida-Lacan*. (En: “Psicoanálisis, un discurso en movimiento”, Biblos, Buenos Aires, 1994)
- WINNICOTT Donald: (1919) *Carta a Violet Winnicott, del 15/11/19*. (En: “El gesto espontáneo”, Paidós, Bs. As., 1990)
- (1960) *Contratransferencia*. (En: “El proceso de maduración”, Laia, Barcelona, 1979)
- (1970) *Realidad y Juego*. (Gedisa, Barcelona, 1979)

SÉPTIMA PARTE: Conclusiones.

*Todo lo que te dimos lo perdiste aunque
en la respiración llega el oro de nuestro siglo,
los granos asirios de la primera cebada cambiados
en otras monedas rústicas,
la extrañeza de tu solitaria escritura impetuosa
enfrentada ahora a las calamidades
de este mundo, de estos universos tan visibles.*
Arturo Carrera – Potlatch

(a) Winnicott en el Movimiento Psicoanalítico.

Me propongo, en este apartado, resumir los aspectos centrales de cada una de las partes que componen esta tesis, haciendo foco en el problema que ella intenta dilucidar, esto es: ¿cuál es el “lugar” de Donald Winnicott en el Movimiento Psicoanalítico?

Partiremos, para ello, de lo que fuera la definición de nuestro **Objetivo General**: *promover una lectura de la obra de Winnicott que busque situar su “función” en el campo discursivo kleiniano, ubicando a su vez este cotejo en el contexto general del movimiento psicoanalítico tal como es descrito en su “lógica” por autores como Foucault o López*, definición que se explicita, ampliando sus puntos de mira, en esta otra formulación: *corroborar las características del “objeto psicoanálisis” analizando su comportamiento en un corte témporo – espacial: la escuela inglesa, las relaciones conceptuales entre Klein y Winnicott, y entre estos y el discurso psicoanalítico.*

Pasemos ahora a la **Primera Parte**, en la que intentamos despejar la “**lógica**” del **Movimiento Psicoanalítico**, tal como aparece postulada por Michel Foucault y Héctor López. Dicha lógica, decíamos, se inscribe en una cronología que supone un momento primero de “instauración”, que habrá de resultar *“heterogéneo a sus transformaciones ulteriores”*; y un momento segundo de “regreso a...”, que se torna necesario en tanto, entre ambos momentos, se ha producido un olvido *“esencial y constitutivo”*. Analizando la obra de Foucault, encontramos en ella una recurrencia a modelos cronológicos que buscan destacar una “lógica de los acontecimientos” a través de la que se propone una

peculiar manera de entender las relaciones entre causas y efectos. No se trata de un modelo lineal y acumulativo, sino más bien de un conjunto de discontinuidades que hallan su “lógica de engendramiento” a partir de situar las características propias del “período medio”. Así, ya no se trata de “series” en las que se suceden momentos idénticos entre sí en cuanto a su valor, ni tampoco de una serie cuyo resultado surge de la sumatoria de cada uno de los momentos componentes. Aplicado al Movimiento Psicoanalítico, este modelo arrojará un resultado que intentábamos enunciar bajo los siguientes términos: *si la lógica del Movimiento Psicoanalítico es una lógica discontinua, los actores de ese movimiento han de resultar siempre no coexistentes de sus actos: la generación de un acto presupone, para esta lógica, la desaparición del sujeto “en el momento” del acto. Allí hay cambio, ruptura, y esto se traduce en “desaparición” al nivel del sujeto, considerado clásicamente como el que “antecede” al acto y promueve su ejecución. La cronología discontinua nos propone un nuevo sujeto: acontencial, no permanente; que emerge en las rupturas, en los saltos temporales, y que no es, por tanto, anterior; que a la vez no es el resultado de una “sumatoria”, y que sin embargo es calculable dentro de la lógica particular de engendramiento que la cronología propone. Un sujeto, diremos por último, que es reconstruido en un a posteriori que lo habrá de situar bajo un nombre: Freud, por ejemplo, que ya no será el nombre de un individuo que vivió en la Viena de finales del siglo XIX, sino el índice de un acto cuya lógica es construida en un tiempo segundo que, al leer aquel acto, se convierte en testigo de su pérdida, haciendo así, de él, un elemento instaurador.*

Decíamos también que, dentro de esta particular cronología, el **“tiempo medio”** adquiriría un valor singular. Analizarlo tendría una doble significación: por una parte, ampliar su horizonte, para no dejarlo reducido meramente a la función de “olvido”; por otra, comenzar a despejar la pertinencia de ubicar la obra de Winnicott en ese “momento” de la cronología del Movimiento. De ese análisis, hecho fundamentalmente a partir de la obra freudiana, arribábamos a las siguientes conclusiones: (a) El valor del “tiempo medio” radicará en la posibilidad de conservación que manifiesta. Así, lo “excesivo” del primer tiempo es rechazado pero a la vez “conservado en el olvido”, no sin dejar “formaciones cicatriciales, alteraciones permanentes”. (b) No será ese “quantum en exceso” el que “retorne” en el tercer tiempo: será más bien una “transposición”, un traslado de la energía a otros modos de representación. No creo que fuera exacto decir que estos nuevos modos de representación “alteran” el contenido original del trauma, pues justamente

el problema es que, en tanto trauma, no tiene contenido alguno. La huella original es la marca de un golpe (por ejemplo, el asesinato del primer Moisés, o el padre pegándole al niño). Luego de acaecida, el tiempo siguiente será un tiempo de reacomodación: el Yo “olvida” ese golpe, con la condición de sufrir un desgarrón en su estructura, que Freud propone como “representacional”. Pasado ese segundo tiempo, lo olvidado retornará, no en “sí mismo”, sino traspuesto en representaciones que el Yo pueda volver a integrar en su organización.

Llevado nuevamente a su aplicación sobre el Movimiento Psicoanalítico, el “tiempo medio” no será, entonces, tan sólo un tiempo de “latencia”, sino que también agrega a sus funciones la de rearticular la lógica del Movimiento, creando las condiciones de posibilidad para el advenimiento del tercer tiempo.

De la síntesis preliminar con la que concluíamos la Primera Parte, rescato para estas conclusiones las siguientes ideas:

- En el acaecer temporal, tal como éste es pensado dentro de los modelos discontinuistas, **sujeto** y **acto** no coinciden. El objeto parece ser lo que, de un acto, se *desprende*, mientras que el sujeto será aquello que, en un tiempo a posteriori, pueda reconstruirse.
- Esta partición entre sujeto y objeto modula el acaecer temporal: la caída (el objeto) es contemporánea del acto, el sujeto es a posteriori.
- Para hacer *institución*, al igual que para hacer *historia*, es necesario escribir, en el lugar del acto, un sujeto.
- El “nombre” Freud funciona entonces al modo de la **causa** de un **campo**: una suerte de Sujeto Supuesto al Movimiento.

En la **Segunda Parte** de esta Tesis, dedicada al Movimiento Psicoanalítico en Inglaterra, se buscó situar una serie de cuestiones:

- (a) El lugar “fundacional” de E. Jones.
- (b) Los conflictos entre Jones y S. Freud y sus repercusiones sobre las relaciones entre A. Freud y M. Klein.
- (c) Y de manera más fundamental, los debates teóricos que permiten ubicar a la **madre** como una suerte de **impensado** en el universo teórico freudiano, y que, concomitantemente, va adquiriendo un papel cada vez mayor en la obra kleiniana.

Ya en la **Tercera Parte** nuestro interés se centró en la indagación del modo peculiar que adquirió el asiento de Winnicott en el interior de la Sociedad Británica de Psicoanálisis en los tiempos del apogeo del kleinismo. Ese modo peculiar da cuenta de un “deseo de originalidad”, que B. Grego define como un “**método molesto**”: *“El redescubrimiento de las ideas de los Maestros es lo que Winnicott llama su método. Método que está advertido que es ‘molesto’ para la comunidad analítica, que apenas lo tolera. Hay en él un exceso de originalidad que todo lector de Winnicott padece cuando este analista se lanza al loco emprendimiento de reinventar todas las palabras acuñadas por el psicoanálisis”*.

Winnicott es consciente de lo que su método genera, sobre todo en Klein, a quien le escribe en una carta del 17/11/52: *“Lo primero que quiero decirle es que puedo advertir cuán molesto resulta que cuando algo se desarrolla en mí por mi crecimiento y mi experiencia analítica, deseo expresarlo en mi propio lenguaje”*.

Si el **lugar** a partir del cual Winnicott ingresa al Movimiento Psicoanalítico es la “escuela inglesa”, el **momento** de dicho ingreso va a estar determinado por un conflicto: las Controversias. En ellas, Klein ocupará inicialmente el papel del *heterodoxo*, pero su estrategia la llevará a instituir un discurso del que ella misma habrá de ocupar el lugar de Sujeto Supuesto (o “instaurador” en los términos de Foucault): el kleinismo, que pasará a convertirse entonces en una nueva *ortodoxia*. Las Controversias le servirán a Winnicott para “calibrar” lo que quiere decir “ser kleiniano”; en la misma carta que citamos anteriormente escribirá: *“Como verá, lo que me preocupa es algo que considero mucho más importante que este artículo mío. Me preocupa este modo de presentación que podría llamarse kleiniano, y que a mi juicio es el verdadero peligro para la difusión de su obra. Sus ideas perdurarán en tanto y en cuanto sean redescubiertas y reformuladas por personas originales, dentro y fuera del movimiento psicoanalítico. Desde luego, es necesario que usted tenga un grupo en el cual pueda sentirse como en su casa. Todo trabajador original requiere un círculo en el que encuentre un lugar de descanso de las controversias y donde pueda sentirse cómodo. El peligro es, empero, que el círculo se desarrolle hasta convertirse en un sistema basado en la defensa de la posición ganada por el autor original, en este caso usted misma. (...) Usted es la única capaz de destruir este lenguaje denominado doctrina kleiniana y kleinismo y todo eso, con un propósito constructivo. Si no lo destruye, este fenómeno artificialmente integrado deberá ser atacado de forma destructiva. Incita al ataque (...)”*

Winnicott no puede identificarse con una posición que pudiera calificarse como “ser kleiniano”: lejos de un “modo del ser”, el kleinismo es, para él, una teoría, y todo practicante, así como todo lector, debe apropiarse de esa teoría, y para realizar esa tarea necesita *destruirla*. Esta manera de pensar prefigura el lugar que el odio va a adquirir en la teoría winnicottiana.

Hacia el final de esta Tercera Parte, en un intento por nombrar la singularidad del “analista Winnicott”, aquello que permite distinguir su voz en el monocromatismo de la escuela inglesa, recurrimos, basándonos en sus propias palabras, a la idea de **enfermedad Winnicott**. Ésta habrá de desbrozarse en los siguientes caracteres:

- Las esperanzas puestas en un Otro capaz de aceptar un “gesto espontáneo” de parte del sujeto, sin ahogarlo en sus propias significaciones.
- La existencia, en el sujeto, de un núcleo irreductible al análisis, que no se presta a recibir una significación, y que por tanto no sólo define un modo de concebir el fin del análisis, sino que al mismo tiempo plantea una petición de principio al Psicoanálisis como teoría: que éste no se convierta en un sistema “cerrado”, sino que tolere, también él, en su centro, un nódulo irreductible, que obligue a los analistas a una tarea de escritura que de antemano sabe que habrá de acercarse a ese núcleo siempre de una manera “asintótica”.

Estas consideraciones surgen, en buena medida, por contraposición con lo que podríamos definir como el modelo de análisis didáctico kleiniano, que pareciera tener como objetivo erradicar del candidato toda espontaneidad.

Como una suerte de conclusión de lo visto en esta Tercera Parte vemos evidenciarse una **primera polaridad** inherente al Movimiento Psicoanalítico: aquella que se establece entre las posiciones de **ortodoxia** y **heterodoxia**, creando entre ellas un “nudo lógico”: lo que en un tiempo es “apertura” (a lo real, al interrogante, a lo sorprendente, a lo impen-sado) se cierra luego para pasar a constituir una ortodoxia. Será en torno a ese nudo como habrá de proseguir el camino de la confrontación entre las obras de Winnicott y Klein, lo que constituirá, propiamente, el asunto de la Cuarta Parte.

El modo en que elegí construir esta **Cuarta Parte** no supone confrontar una obra con relación a la otra, como si ambas fuesen dos universos cerrados e independientes, es decir, dos *ortodoxias*. Por el contrario, lo que se busca es realizar ese cotejo tomando

como horizonte de referencia al Movimiento Psicoanalítico, de acuerdo a la lógica que le es inherente, y que fuera delimitada en los capítulos anteriores.

Es el propio Winnicott quien nos marca el camino a seguir al señalar, en su texto “Mi punto de vista personal sobre la aportación kleiniana” (1962), los acuerdos y diferencias que mantiene con Klein. Brevemente enumerados, ellos son:

En el terreno de los acuerdos:

- La homologación entre el análisis de niños y el de adultos.
- La existencia de algo “previo” al complejo de Edipo, que Winnicott califica de “pregenital”, y que debe incluirse como material del análisis.
- La existencia de la “posición depresiva”.

En el terreno de los desacuerdos:

- La posición esquizo - paranoide.
- La equiparación entre “mecanismos profundos” (tales como la escisión y la proyección) y “aparición precoz”.
- La vinculación de la “destrutividad infantil” con nociones tales como “herencia” y “envidia”.

Será fundamentalmente a partir de los desacuerdos que nos veremos obligados a profundizar en el análisis de la concepción del término “**objeto**” por parte de Winnicott, profundización que a su vez nos llevará a constatar el lugar de este concepto en la teoría freudiana. Ese análisis nos permite situar una **segunda polaridad** en el Movimiento Psicoanalítico, configurada en torno a los diversos modos de concebir el objeto. El problema que esta segunda polaridad plantea puede resumirse en estos términos: *las concepciones acerca del objeto (y por tanto acerca del sujeto) que cada analista construya teóricamente serán correlativas de la ética que sostenga en su clínica.*

El primer contexto en que analizamos esta segunda polaridad se centra en la comparación de las concepciones de Freud y Klein. De esta comparación extraemos la siguiente conclusión: *A diferencia de las gnoseologías tradicionales, el Yo freudiano comienza incorporando al objeto en tanto su cualidad resulte “buena”, y expulsándolo en tanto resulte “mala”, y este principio nunca cesa en su operatoria. Por tanto, la “realidad”, en el sentido de “mundo exterior”, no es concebida como un objeto previo, sino como el producto de una proyección: es “creación” del sujeto bajo el primado del principio del placer. El principio de realidad como factor correctivo introduce otra dimensión del juicio y “salva” en su existencia a la realidad “objetiva”, pero sin sepultar al principio*

del placer. La “gnoseología” que encontramos en Klein, si bien respeta los lineamientos de la gnoseología freudiana, parece regirse por otra ética, en la medida en que para ella lo “bueno” en términos de ética y dirección de la cura es equiparable con lo objetivo. Así, calificará al yo inicial de inmaduro, y la cura se entenderá en términos de “progreso”, de abandono de una posición primitiva para lograr el primado de otras más evolucionadas.

En las concepciones kleinianas sobre el “objeto”, **la Madre** ocupa un papel fundamental. Como habrá de decir Lacan en el Seminario 7, Klein parece equiparar al *das Ding* freudiano con el “cuerpo mítico de la madre”. A su vez, hallamos en sus teorizaciones otra equiparación, que pone en una misma línea al analista y la madre. Pero en este caso, el analista kleiniano, en tanto que “madre”, no ocupa el papel de “objeto”. No se trata del analista alojado en el lugar de *das Ding*, lugar del objeto perdido y añorado. Más bien el analista-madre opera como una madre nutricia que, a través de sus interpretaciones, aporta al paciente un elemento fundamental del que el paciente carece: el alimento del sentido, propiciador de *insight*.

Como destacamos en el capítulo de esta tesis que venimos comentando, muchos críticos han situado a Winnicott en una concepción similar a la de Klein. Intentamos demostrar que, con relación a este asunto, Winnicott adopta una posición diferente, que implica, respecto de la práctica analítica, dos consecuencias importantes:

- La primera opera a la manera de una restricción, un nuevo capítulo de la “abstinencia” analítica, que enunciábamos en estos términos: *“no analizarás a tus propios hijos”*. Al acceder a tomar a uno de los hijos de Klein en análisis, sin permitir que ella supervise el tratamiento, Winnicott realiza un acto que dará fin a una práctica ampliamente difundida en los primeros tiempos del psicoanálisis, y que implicaba justamente la no distinción entre los lugares de madre-padre y de analista.
- La segunda consecuencia está relacionada con el modo en que Winnicott resuelve las relaciones entre la Madre y el lugar del analista en la transferencia, volcando su posición en una dirección que permite concebir estas relaciones en términos de “objeto” (la madre y el analista como objetos), y a la transferencia como una “experiencia” posibilitadora de la pérdida efectiva de ese objeto primordial y añorado.

El análisis pormenorizado de esta **segunda polaridad** permite arribar a un modelo al que calificamos de *freudo –winnicott – lacaniano*, y al que caracterizamos en estos tér-

minos: *el niño adviene al mundo como objeto, y luego de esa primera y necesaria pérdida operada por la frustración, pérdida que hay que entender como de sí mismo, o mejor, del lugar que en tanto objeto se ocupaba sin saberlo, habrá lugar para el nacimiento del sujeto como primera diferencia respecto a ese objeto recortado de lo que, en un inicio, fue unidad madre-niño.*

Situar los planteos de Winnicott en una relación solidaria con los de Freud y de Lacan permite distinguir con claridad el punto de oposición teórica con Klein, y a partir de ello, las consecuencias que esto acarrea en la clínica. El criterio teórico kleiniano se rige, en último término, por la lógica de una gnoseología tradicional que opone desde siempre los lugares del sujeto y del objeto, haciendo de esta oposición su fundamento. Por el contrario, el modelo freudo – winnicott - lacaniano exige una formulación a través de la cual se sostenga que el objeto surge como “proyección”, mientras que la dimensión del sujeto se crea por “introyección”. Al mismo tiempo, o también como otra formulación posible del mismo principio, el sujeto nace en posición de objeto, y luego, al abandonar dicha posición, hace surgir, al mismo tiempo, su lugar y el del objeto.

De este modelo se desprende, como decíamos, un **paradigma clínico**. Para detallar sus características analizamos otro concepto que, relacionado con el de “objeto”, muestra a su vez una fuerte diferencia de concepciones entre Winnicott y Klein: el concepto de **odio**. Sinteticemos esta oposición:

- En Klein, el odio es expresión del sadismo, que encuentra su apogeo en los tiempos más tempranos de la constitución psíquica. Si el modelo del análisis kleiniano es “progresivo”, yendo de lo más primario a lo más elaborado, de lo escindido a lo completo, del odio al amor, esto supone que los efectos iniciales del odio sobre el objeto deberán “curarse” por medio de la reparación del objeto.
- Winnicott, por el contrario, construye una teorización que da al odio un papel fundamental en el pasaje del objeto subjetivo al objeto objetivo, permitiendo al mismo tiempo la creación del espacio transicional. Bajo la forma de destrucción, el odio tiene en este proceso un papel primordial, y el sujeto tiene “derecho”, podríamos decir, a aplicar su odio sobre el objeto, o en otros términos, será sólo a través de esta operación destructiva como resultará posible que exista un objeto en la realidad.

De este modo la lógica kleiniana resulta subvertida: si para esta autora el odio es un elemento propio de estadios tempranos, del cual el sujeto deberá desprenderse en su

evolución, y que en su accionar sólo deja un resultado negativo, que a la vez exige al sujeto la puesta en marcha de mecanismos reparatorios, en los planteos de Winnicott nos encontramos con una versión del odio que lo hace emerger como un componente necesario a los fines de efectivizar el pasaje de una posición a otra con respecto a las relaciones con el objeto. Pero decíamos también que esto acarrea consecuencias en el terreno de la clínica: si para Winnicott el analista siempre ocupa el lugar del objeto, su modo de concebir la evolución del tratamiento supone el pasaje de la “relación” al “uso” de ese objeto particular que es el analista, pasaje que sólo se logra a partir de experiencias de destrucción, en las que el analista “sobrevive”.

La **Quinta Parte** la he dedicado por completo a analizar los modos en que estas concepciones teóricas impactan y se hacen evidentes en la clínica winnicottiana, tomando, para la realización de este examen, algunos aspectos privilegiados de dicha clínica: el uso de la interpretación, del juego, de la entrevista única, etc.

Tanto en lo relativo a la **interpretación** como al **juego** vemos que Winnicott afianza una posición que busca diferenciarse de los cánones kleinianos, haciendo evidente otro aspecto de la **segunda polaridad** que veníamos comentando más arriba, y a la que centrábamos en torno a los diversos modos de concebir teóricamente al “objeto”. En lo relativo al primer tema, rescatábamos una formulación de Winnicott que podría funcionar como definición de lo que él entiende por interpretación: “reconocer un gesto”, es decir, que el analista ocupe el lugar del Otro del mensaje, tan sólo para dar a las manifestaciones del paciente estatuto de gesto comunicativo, *pero sin decidir acerca de su significado*. En este punto en particular el planteo se opone al de Klein, para quien la interpretación es, fundamentalmente, aportación de sentido a partir del Saber del analista sobre las fantasías inconscientes. Así el papel del analista en la cura es propuesto por Winnicott como una “presencia”, y no como un “saber”.

Algo similar ocurre con el tema del juego: mientras que para Klein éste es una “vía regia” para acceder a los contenidos inconscientes de los niños, para Winnicott el juego adquiere el estatuto de una “acción” en la que, nuevamente, no importa tanto qué se comunica como el hecho de que se trata de una actividad comunicativa. Respecto del juego el terapeuta, para Winnicott, no debe sostener una posición de “maestro”, convirtiéndose en alguien que “utiliza” el juego para realizar alguna transmisión de saber. Por

el contrario, el analista será aquel que intervenga toda vez que el juego, en tanto hecho comunicativo, se interrumpa.

A su vez, la **clínica de la psicosis**, tal como es pensada y expuesta por Winnicott, nos permite delimitar otra característica de su clínica que trasciende los límites del campo de la psicosis para establecerse como paradigma general: la clínica es un espacio privilegiado para que el paciente pueda experimentar, y procesar simbólicamente, un acontecimiento vivido pero no simbolizado, o dicho en otros términos: si de lo que se trata es de propiciar un intento por recordar lo imposible de recordar, el espacio analítico ofrece la posibilidad de que *eso* sea vuelto a vivir en el contexto del análisis (cuestión que delimita a la transferencia como una puesta en acto de *eso* imposible de recordar).

Aquello que puede definirse como “clínica winnicottiana” surge con nitidez una vez que Winnicott opera su desprendimiento de Klein, pero esa nueva clínica no será “sin Klein”. Al contrario, se trata de un modelo clínico que se construye, en muchos puntos de su trayectoria, a partir de un diálogo con el modelo kleiniano. Sin embargo, no debemos perder de vista ese resto de “originalidad” propio del gesto espontáneo de Winnicott, aquello que él mismo fue a buscar en sus analistas (incluso, podríamos decir, en la propia Klein) sin lograr encontrarlo: que el analista resulte ser un relevo del tipo de objeto que la madre es para el niño, pero en tanto entendamos que ese objeto sigue un ciclo que lo coloca, en primer término, como Otro de la comunicación, para luego ser atacado por el sujeto, ataque del cual habrá de sobrevivir como un resto de la experiencia que posibilita al sujeto ir más allá de ese Otro primordial.

Como corolario de lo expuesto en torno al papel del odio, tanto en la teoría como en la clínica winnicottiana, surge una pregunta que vuelve a resituar el problema central de esta investigación: ¿qué papel darle a la Teoría Psicoanalítica, que resulte solidario con los modos de concebir el Movimiento Psicoanalítico y su lógica, y al mismo tiempo con las postulaciones teóricas de Winnicott? Hacia el final de nuestra Quinta Parte arribábamos a la siguiente conclusión: *la teoría surge como un Otro, ineludible pero a la vez insoportable, una suerte de telón de fondo al que el analista necesita confrontar (“atacar”) con cada elemento notable de su clínica, no tanto para hallar la buena respuesta*

que calme sus angustias, sino para verlo resurgir, dañado pero renovado, luego de cada combate.

En la **Sexta y última parte** de nuestro recorrido volvemos a resituar el problema de la relación de cada analista con el Movimiento interrogando el papel distintivo que en él juega Freud, y los modos en que cada analista sobrelleva esta relación con el padre-instaurador. Sostenemos allí, a partir de un modelo de “lectura” que extraemos del propio corpus textual freudiano (fundamentalmente de “Tótem y Tabú”), que todo analista, para poder ser reconocido como tal, está “condenado” a ubicarse en el papel de hijo-lector que necesariamente lee el cuerpo textual del padre y, en ese gesto, lo asesina una y otra vez, en una ceremonia antropofágica por la cual deviene hijo de aquel padre, quien le dará un nombre-insignia (“freudiano”) del cual se declina su filiación. No por ello está obligado a permanecer en la ortodoxia, haciendo de su vida como analista un reflejo fiel de las insignias del padre (lo que habrá de reflejarse, en su vida como lector, en una incansable repetición): podrá atacarlo, atacando sus obras, pero nuevamente aparece aquí la necesidad de postular esa relación como siendo *“no sin el padre”*.

Cada analista emprenderá su viaje de una manera singular, aunque las instituciones y las tradiciones establezcan ciertas vías como señaladas, preferenciales. Pero en algún momento ese viajero deberá emprender el camino de regreso, y para ello contará con sus *“nostoi”*, aquellas marcas singulares que “digan el regreso”. *“Decirlo todo de una forma extremadamente simple”* parece ser la marca que asegura, a cada nuevo lector, que se encuentra ante un texto de Donald Winnicott.

Para concluir esta recapitulación recurriré a una nueva cita, y a través de ella intentaré incorporar un par de ideas que me habrán de servir para dar cierre a estas conclusiones:

“Restauración es diferente a Retorno. Tienen en común el ser un movimiento que ‘vuelve’ a su posición inicial. Pero el retorno se sucede en una secuencia que se proyecta hacia delante (...); el retorno, así, no asegura que quien regresa conserve su identidad de partida, ni que el lugar al que arribe sea el mismo, pues el tiempo ha transcurrido entre un momento y otro. La restauración no se proyecta al futuro, sino al pasado; es ‘restaurado’ (...) aquello que está deteriorado o roto, volviéndolo a su estado anterior. Pero en este retroceso al momento anterior, no hay registro del tiempo que

medió entre lo deteriorado y su reparación, de modo tal que lo que se impone es el pasado como abolición del devenir temporal presente” (Visacovsky 2002: 320).

Creo que esta cita condensa tanto las diferencias irreductibles entre las posiciones de Klein y de Winnicott como, a partir de ellas, el papel que a cada uno le toca en el Movimiento Psicoanalítico. Si el término “restauración”, que engloba el concepto de “reparación”, parece definir el modo en que Klein concibe la meta del análisis, el término “retorno” se emparenta con la clínica winnicottiana en la medida en que la definimos como un intento de escribir lo imposible de recordar. Uno y otro, a su vez, nos hablan de dos formas de hacer lugar o de obstaculizar el paso de aquello que, en la obra freudiana, busca cernir lo que el psicoanálisis tiene en el centro de su experiencia. Si la lógica del Movimiento Psicoanalítico se corresponde con lo que hemos venido exponiendo hasta aquí, la relación Klein – Winnicott es un excelente punto en el que analizar los pormenores de los momentos de “olvido” y de “retorno”, el modo en que se conjugan, y por tanto lo que uno le debe al otro en términos de “causa”.

(b) Epílogo.

En su texto “Del psicoanálisis en sus relaciones con la realidad” (1967), Lacan escribe: *“Los psicoanalistas son los eruditos de un saber del que no pueden conversar”* (:54). Como dice Winnicott a propósito de la frase de Tagore que le sirve de epígrafe en uno de los capítulos de “Realidad y Juego” (1970: 129), siempre supuse que esta sentencia contenía algo que no lograba dilucidar. Ahora pienso: tal vez porque no logramos conversar, escribimos. Como si la escritura fuera un modo del diálogo por otros medios, o también esa forma en que el “autoanálisis” (que continúa, interminable, en cada psicoanalista) construye un otro – lector a quien dirigir los signos que no se entienden todavía.

*...incluso en el ritmo
en el aparente silencio que tenuemente susurra y
raya nuevos desacostumbrados ecos, y
traduce devoción para encontrar en los otros
el señorío perdido,
el castillito en la esfera de cristal sin agua,
sin nieve, sin mirada de niño que dirige ese interior,*

*esa tormenta ahora seca
de biscuit que vuelve más ronca la máquina
de la cajita.
El castillo del grillo en un claro de nuestro deseo
para obtener como vida entera una acción
- de cuyos signos obtengamos sólo música,
paciente música clara. La música sin esferas
que obstinada y cruel empuja y nos devuelve
a sólo una manera incompleta de la completud
- dado que la otra
se parece a la muerte.
(Arturo Carrera – Potlatch)*

BIBLIOGRAFÍA DE LA SÉPTIMA PARTE

- LACAN Jacques: (1967) *Del psicoanálisis en sus relaciones con la realidad*. (En: “Intervenciones y Textos II”, Manantial, Bs. As., 1988)
- VISACOVSKY Sergio: (2002) *El Lanús*. (Alianza, Buenos Aires, 2002)
- WINNICOTT Donald: (1970) *Realidad y Juego*. (Gedisa, Barcelona, 1979)

Agradecimientos

Quiero agradecer en primer lugar a Héctor López, mi maestro y amigo, director de la Maestría en Psicoanálisis y de esta tesis. También a los profesores de la Maestría, sobre todo a aquellos que han sabido despertar en mí los ecos del debate en el interior del “Movimiento”. A mis compañeros de la Maestría, con los que compartimos lecturas, discusiones, pasiones y desencantos. Incluyo también a los docentes de una anterior Maestría en Historia, que dejé inconclusa, quienes supieron transmitirme a la vez el amor y el rigor de un método de trabajo. A mis compañeros del Grupo de investigación “Psicopatología y Clínica”, a quienes agradezco la compañía en mi deseo de internarme por estas sendas. A mi mujer, Analía Cacciari, quien, además de estar incluida en muchos de los subgrupos anteriores, brindando en cada uno de ellos su cuota de entusiasmo y sabiduría, ha resultado un acompañamiento insustituible al ocupar el lugar de la lectora de los primeros borradores de esta tesis.

Dedico este texto a la memoria de Donald Winnicott, quien me dio la oportunidad para escribirlo provocándome desde su propia escritura, y a la de Beatriz Grego, primera lectora de Winnicott en lengua castellana.

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

- A.A.V.V.: *Historia del Psicoanálisis*. (Paidós, Buenos Aires, 1968)
- Tomo I, capítulo I: *Karl Abraham* (por M. Grotjahn).
- Tomo II, capítulo II: *Ernest Jones. La biografía de Freud*. (por L. Veszy-Wagner)
- Tomo V, capítulo V: *Melanie Klein* (por John Lindon).
- Tomo VI, capítulo IV: *Karen Horney*. (por J. Natterson)
- Tomo VII, capítulo V: *El psicoanálisis en Inglaterra*. (Por E. Glover)
- Tomo VII, capítulo III: *Kate Friedlander*. (Por. B. Lantos).
- ABBAGNANO Nicola: (1961) *Diccionario de Filosofía*. (F.C.E., México, 1963).
- ABRAHAM Karl: (1908) *Las diferencias psicosexuales entre la histeria y la demencia precoz*.
- (1911) *Notas sobre la investigación y tratamiento psicoanalíticos de la locura maníaco – depresiva y condiciones asociadas*.
- (1916) *La primera etapa pregenital de la libido*.
- (1924 a) *Un breve estudio de la evolución de la libido, considerada a la luz de los trastornos mentales*.
- (1924 b) *La influencia del erotismo oral sobre la formación del carácter*.
- (1925) *La formación del carácter en el nivel genital del desarrollo de la libido*.
- (Todos los textos en: *Psicoanálisis clínico*. Hormé, Buenos Aires, 1980)
- ALLOUCH Jean: (1984) *Letra por letra*. (Edelp, Buenos Aires, 1993)
- BERGSON Henry: (1939) *La risa. Ensayo sobre el significado de lo cómico*. (Losada, Bs. As., 2002).
- BERCHERIE Paul: (1980) *Génesis de los conceptos freudianos* (Paidós, Bs. As. 1988).
- BOTANA Natalio: (1997) *La tradición republicana* (Sudamericana, Bs. As. 1997).
- CACCIARI Analía y otros: *Aportes para una clínica psicoanalítica con niños*, (Revista “Perspectivas en Psicología”, Año 1 N° 1, Facultad de Psicología, U.N.M.D.P., 2004)
- CALVINO Italo: (1983) *Las Odiseas en la Odisea*. (En: “Por qué leer los clásicos”, Tusquets, Barcelona, 1997).
- CARRERA Arturo: (1972) *Escrito con un nictógrafo*. (Interzona, Buenos Aires, 2005)
- CASARES Julio: (1981) *Diccionario ideológico de la lengua española* (G. Gilli, Barcelona, 1981)

- COMTE Auguste: (1844) *Discurso sobre el Espíritu Positivo* (Aguilar, Buenos Aires, 1965)
- CONTI Norberto: (1999) *Una propuesta historiográfica para la historia de la psiquiatría en la Argentina*. (En A.A.V.V. "Historia y memoria", Polemos, Buenos Aires, 2000).
- CHARTIER Roger: (1996) *Escribir las prácticas*. (Manantial, Buenos Aires, 1996)
- DANTO Arthur: (1989) *Historia y narración. Ensayos de filosofía analítica de la historia*. (Paidós, Buenos Aires, 1989).
- DE CERTEAU Michel: (1987) *Historia y Psicoanálisis*. (Universidad Iberoamericana, México, 1995).
- DEUTSCH Helen: (1930) *La importancia del masoquismo en la vida mental de la mujer* (En: "Escritos psicoanalíticos fundamentales", Paidós, Buenos Aires, 1981)
- FAIRBAIN Ronald: (1940) *Revisión de la psicopatología de las psicosis y psiconeurosis*. (En: "Estudio psicoanalítico de la personalidad". Hormé, Buenos Aires, 1970).
- FERENCZI Sandor: (1909) *Transferencia e introyección*. (En: "Psicoanálisis", tomo I, Espasa Calpe, Madrid, 1981).
- FENDRIK Silvia: (1993) *Winnicott: "Not less than everything"*. (En: "Desventuras del Psicoanálisis", Ariel, Bs. As., 1993).
- (2005) *Psicoanálisis de niños. La verdadera historia. Tomo 2: Winnicott y la Sociedad Británica*. (Letra Viva, Bs. As., 2005).
- FLIESS Robert: (1948) *Escritos psicoanalíticos fundamentales*. (Paidós, Buenos Aires, 1981)
- FOUCAULT Michel: (1964) *Historia de la locura en la época clásica*. (F.C.E., Madrid, 1991. Dos tomos)
- (1968 a) *¿Qué es un autor?* (En: Revista Conjetural, No. 4, Sitio, Buenos Aires, 1984)
- (1968 b) *Contestación al círculo de Epistemología*. (En: "El discurso del poder". Folios, Buenos Aires, 1983)
- FREUD Sigmund: (1895 a) *Proyecto de una psicología*.
- (1895 b) *Estudios sobre la histeria*.
- (1896) *Carta Nº 52*. (En: "Los orígenes del psicoanálisis", correspondencia de Freud a Fliess)
- (1897) *Manuscrito M*. (En: "Los orígenes del psicoanálisis", correspondencia de Freud a Fliess)

- (1900) *La interpretación de los sueños.*
- (1905 a) *Tres ensayos para una teoría sexual.*
- (1905 b) *El chiste y su relación con lo inconsciente.*
- (1909) *Análisis de la fobia de un niño de 5 años (caso “Juanito”).*
- (1910 a) *Las perspectivas futuras de la terapia psicoanalítica.*
- (1910 b) *Un caso de paranoia (dementia paranoides) autobiográficamente descrito.*
- (1912 a) *Consejos al médico en el tratamiento analítico.*
- (1912 b) *Tótem y Tabú.*
- (1913) *La disposición a la neurosis obsesiva.*
- (1914 a) *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico.*
- (1914 b) *El Moisés de Miguel Ángel.*
- (1915 a) *Lo inconsciente.*
- (1915 b) *Los instintos y sus destinos.*
- (1917 a) *La aflicción y la Melancolía.*
- (1917 b) *Conferencias de introducción al psicoanálisis. Nº 26: La teoría de la libido y el narcisismo.*
- (1918) *Los caminos de la terapia psicoanalítica.*
- (1919) *Pegan a un niño.*
- (1920) *Más allá del Principio del Placer.*
- (1923 a) *Psicoanálisis y Teoría de la libido.*
- (1923 b) *El yo y el Ello.*
- (1925) *La Negación.*
- (1927) *El humor.*
- (1931) *Sobre la sexualidad femenina.*
- (1932) *Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis. Lección 35: “El problema de la concepción del Universo”.*
- (1937) *Construcciones en psicoanálisis.*
- (1934/38) *Moisés y la religión monoteísta.*
- (Todos los textos en: “Obras Completas”, Biblioteca Nueva, Madrid, 1972 – “Obras Completas”, Amorrortu Editores, Bs. As., 1978)
- GALENDE Emiliano: (1992) *Historia y Repetición.* (Paidós, Buenos Aires, 1992)
- GEREZ AMBERTÍN Marta: (1999) *El superyó en la clínica freudo lacaniana: nuevas contribuciones.* (Universidad Nacional de Tucumán, 1999)

- GOUX Jean Joseph: (1998) *Edipo filósofo*. (Biblos, Buenos Aires, 1998)
- GREGO Beatriz: (1985) *Estudios psicoanalíticos*. (Lugar – Biblos, Bs. As., 1985)
- (1996) *Lecturas de Winnicott*. (Lugar, Bs. As., 1996)
- GROSSKURTH Phyllis. (1986) *Melanie Klein*. (Paidós, Bs. As., 1990)
- GUNTRIP Harry: (1975) *Mi experiencia analítica con Fairbairn y con Winnicott* (publicada originalmente en The International Review of Psycho-Analysis, volumen 2 parte 2, traducido al castellano por Noemí Roseblatt y publicada en la Revista de Psicoanálisis de la A.P.A. Volumen 38 N° 1 de 1981)
- GUYOMARD Patrick y VANIER Alain: (1988) *Las formaciones de la institución*. (En: Mannoni M., “De la pasión del ser a la ‘locura’ de saber”, Paidós, Buenos Aires, 1989).
- ISAACS Susan: (1943) *Naturaleza y función de la fantasía*. (En: “Desarrollos en Psicoanálisis”, Paidós-Hormé, Bs. As., 1978)
- JAQUES Elliot: (1955) *Los sistemas sociales como defensa contra las ansiedades persecutoria y depresiva*. (En: “Defensa contra la ansiedad”, Lumen-Hormé, Bs. As., 1994)
- KLEIN Melanie: (1921) *El desarrollo de un niño*.
- (1923) *El análisis infantil*.
- (1927) *Simposium sobre análisis infantil*.
- (1928) *Estadios tempranos del conflicto edípico*.
- (1932) *El psicoanálisis de niños*.
- (1935) *Contribución a la psicogénesis de los estados maniaco – depresivos*.
- (1937) *Amor, culpa y reparación*.
- (1940) *El duelo y su relación con los estados maniaco – depresivos*.
- (1946) *Notas sobre algunos mecanismos esquizoideos*.
- (1950) *Sobre los criterios para la terminación de un psicoanálisis*.
- (1952) *Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé*.
- (1957) *Envidia y gratitud*.
- (En: “Obras Completas”, Paidós, Bs. As., 1990, 4 tomos).
- LACAN Jacques: (1945) *El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada. Un nuevo sofisma*. (En: “Escritos”. Siglo XXI, México, 1981. Dos tomos).
- (1953) *Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis*. (En: “Escritos”. Siglo XXI, Buenos Aires, 2002. Dos tomos).
- (1958 a) *El seminario, Libro V, “Las formaciones del inconsciente”*. (Paidós, Buenos Aires, 2003).

- (1958 b) *La significación del falo*. (En: "Escritos", Siglo XXI, México, 1975)
- (1958 c) *La dirección de la cura y los principios de su poder*. (Ídem anterior)
- (1959) *De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis*. (Ídem anterior)
- (1960 a) *El Seminario, libro VII, "La ética del psicoanálisis"* (Paidós, Bs. As., 1988).
- (1960 b) *Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano*. (En: "Escritos", Siglo XXI, Bs. As., 2002)
- (1963) *Kant con Sade*. (En: "Escritos", Siglo XXI, México, 1975)
- (1964) *El Seminario, libro XI, "Los cuatro conceptos fundamentales del Psicoanálisis"*. (Paidós, Buenos Aires, 1987)
- (1964/5) *El Seminario, libro XII, "Problemas cruciales del psicoanálisis"*. (Biblioteca y centro de documentación de la E.F.B.A., Buenos Aires, sin fecha de edición. Traducción de A. M. Gómez y S. Rocchietti)
- (1966) *La ciencia y la verdad*. (En: "Escritos". Siglo XXI, México, 1981).
- (1967) *Del psicoanálisis en sus relaciones con la realidad*. (En: "Intervenciones y Textos II", Manantial, Bs. As., 1988)
- (1967) *El Seminario, libro XV, "El acto analítico"*. (Inédito, Versión de S. García Espil, Discurso Freudiano, Buenos Aires, sin fecha).
- (1969/70) *El Seminario, libro XVII, "El reverso del Psicoanálisis"*. (Paidós, Buenos Aires, 2002)
- (1971) *El Seminario, libro XX, "Aún"*. (Paidós, Barcelona, 1981)
- LAING Ronald: (1976) *Las cosas de la vida*. (Crítica, Barcelona, 1977)
- LAMPL DE GROOT Jeanne: (1927) *La evolución del complejo de Edipo en la mujer*. (En: "Escritos psicoanalíticos fundamentales", Paidós, Buenos Aires, 1981)
- LOMBARDI Gabriel: (2004) *Técnicas y condiciones éticas de la investigación clínica en psicoanálisis*. (Propuesta de Trabajo Docente. Material de la Maestría en Psicoanálisis. U.N.M.D.P.)
- LÓPEZ Héctor: (1994) *Psicoanálisis, un discurso en movimiento*. (Biblos, Buenos Aires, 1994)
- (2000) *Humor y fin de análisis*. (En: "Cuadernos Sigmund Freud N° 20", publicación de la Escuela Freudiana de Bs. As.)
- (2003) *Las adicciones. Sus fundamentos clínicos*. (Lazos, Buenos Aires, 2003).
- MANNONI Maud: (1979) *La teoría como ficción*. (Crítica, Barcelona, 1980)

- MALEVAL Jean Claude: (1978) *El delirio histérico no es un delirio disociado*. (En: “La escucha, la histeria”, Paidós, Buenos Aires, 1984)
- MARTINEZ Horacio: (1994) *La escuela inglesa y la conducta antisocial*. (En: “Psicoanálisis, un discurso en movimiento”, de Héctor López. Biblos, Buenos Aires, 1994)
- (1998) *La infancia bajo sospecha*. (Acta psiquiátrica y psicológica de América latina, 1998, 44(4), págs. 358-362).
- (2000) *Apuntes sobre el "mito del héroe" en Psicoanálisis*. (Acta psiquiátrica y psicológica de América latina, 2000, 46(4), págs. 336-344)
- (2004) *La esquizofrenia en debate*. (Acta psiquiátrica y psicológica de América latina, 2004, 50(1)
- (2004) *La “enfermedad” Winnicott*. (Investigaciones en Psicología, 2004, año 9 N° 2, Instituto de investigaciones, Facultad de Psicología, U.B.A.)
- MARTINEZ H. y CACCIARI A.: (2005) *La psicosis infantil en la Psiquiatría del siglo XIX y en el Psicoanálisis*. (Acta psiquiátrica y psicológica de América latina, 2005, 51(1) páginas 37-48).
- MASOTTA Oscar: (1980) *El modelo pulsional*. (Catálogos, Buenos Aires, 1986).
- MILLER Jacques – Alain: (1981) *Problemas clínicos para el psicoanálisis*. (En: “Recorrido de Lacan”, Ed. Hacia el 3° encuentro del Campo Freudiano, Bs. As., 1981)
- NASIO Juan David: (1987) *Los ojos de Laura*. (Ammortu, Bs. As., 1990)
- (1990) *El dolor de la histeria*. (Paidós, Buenos Aires, 1991).
- PIGLIA Ricardo: (2005) *El último lector*. (Anagrama, Barcelona, 2005)
- PONTALIS J. B.: (1979) *Encontrar, acoger, reconocer lo ausente*. (Se lo halla como “Prólogo” a la edición española de “Realidad y Juego”, Gedisa, Barcelona, 1979).
- RABAIN Jean-François: (2004) *El árbol de Winnicott*. (En: “Winnicott insólito”, Nueva Visión, Buenos Aires, 2005)
- RABINOVICH Diana: (1988) *El concepto de objeto en la teoría psicoanalítica*. (Manantial, Buenos Aires, 1988).
- RICOEUR Paul: (1992) *La función narrativa y el tiempo*. (Almagesto, Buenos Aires, 1992)
- RIPESI Daniel: (2003) *¿Intervenciones winnicottianas?* (En: Revista “Imago Agenda” No. 98, Bs. As., abril de 2004).
- RIVIERE Joan: (1952) *Introducción general*. (En: “Desarrollos del Psicoanálisis”, capítulo I. Paidós Hormé, Buenos Aires, 1978)

- RITVO Juan B.: (1983) *Comentario a “El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada. Un nuevo sofisma”*. (Letra Viva, Buenos Aires, 1983)
- RODMAN F. Robert: (1987) *Introducción*. (En: “El gesto espontáneo”, Paidós, Buenos Aires, 1990).
- ROUDINESCO Elizabeth y PLON M.: (1997) *Diccionario de Psicoanálisis*. (Paidós, Buenos Aires, 1998)
- ROUDINESCO Elizabeth: (1986) *La batalla de cien años. Historia del Psicoanálisis en Francia. Tomo 2 (1925-1985)*(Fundamentos, Madrid, 1993).
- SAER Juan José: (2005) *La grande*. (Seix Barral, Bs. As., 2005)
- SAFOUAN Mustapha: (1988) *La transferencia y el deseo del analista*. (Paidós, Bs. As., 1989)
- SAURÍ Jorge: (1999) *La urdimbre creencial*. (En “Historia y Memoria”, Polemos, Bs. As., 2000)
- SOLER Colette: (1984) *Una pasión de transferencia, Marion Milner y el caso de Susanna*. (En: “Psicosis y Psicoanálisis”, Manantial, Buenos Aires, 1984)
- TRAYNOR Teresa: (1994) *La desconstrucción en las fronteras del psicoanálisis. La polémica Derrida-Lacan*. (En: “Psicoanálisis, un discurso en movimiento”, Biblos, Buenos Aires, 1994)
- VEZZETTI Hugo (1999) *Historia del psicoanálisis: complejidad y producción historiográfica*”(En: A.A.V.V. “Historia y Memoria”, Polemos, Buenos Aires, 2000).
- VISACOVSKY Sergio: (2002) *El Lanús*. (Alianza, Buenos Aires, 2002)
- WINNICOTT Donald:
- De: “Acerca de los niños” (Paidós, Bs. As, 1998):
- (1945) *Hacia un estudio objetivo de la naturaleza humana*.
- De: “Deprivación y delincuencia” (Paidós, Bs. As., 1990):
- (1950) *El niño deprivado y cómo compensarlo por la pérdida de una vida familiar*.
 - (1956) *La tendencia antisocial*.
- De: “El proceso de maduración en el niño” (Laia, Barcelona, 1979):
- (1959) *Clasificación: ¿Existe una aportación psicoanalítica a la clasificación psiquiátrica?*
 - (1960 a) *Deformación del ego en términos de un ser verdadero y falso*.
 - (1960 b) *Contratransferencia*.
 - (1962 a) *Proveer para el niño en la salud y en la crisis*.

- (1962 b) *Mi punto de vista personal sobre la aportación kleiniana.*
- (1962 c) *La integración del ego en el desarrollo del niño*

De: "Exploraciones psicoanalíticas 1" (Paidós, Buenos Aires, 1991):

- (1963) *Dos notas sobre el uso del silencio.*
- (1964) *Importancia del encuadre en el modo de tratar la regresión en psicoanálisis.*
- (1965) *La psicología de la locura: una contribución psicoanalítica.*
- (1966) *Los elementos masculino y femenino escindidos que se encuentran en hombres y mujeres.*
- (1968 a) *El uso de un objeto y el relacionarse mediante identificaciones.*
- (1968 b) *La interpretación en psicoanálisis.*
- (1968 c) *El uso de la palabra "uso".*
- (1969) *El uso de un objeto en el contexto de Moisés y la religión monoteísta.*
- (1974) *El miedo al derrumbe.*

De: "Escritos de pediatría y psicoanálisis" (Laia, Barcelona, 1977):

- (1952) *Las psicosis y el cuidado de niños.*

De: El gesto espontáneo. (Paidós, Buenos Aires, 1990):

- (1919) *Carta a Violet Winnicott, del 15/11/19.*
- (1952) *Carta a M. Klein, del 17/11/52.*
- (1954) *Carta a Anna Freud y Melanie Klein, del 3/6/54.*
- (1956) *Carta a Joan Riviere, del 3/3/56.*
- (1958) *Carta a Joan Riviere, del 13/6/58.*

(1970) *Realidad y Juego.* (Gedisa, Barcelona, 1979).

(1971) *Clínica psicoanalítica infantil.* (Hormé, Bs. As., 1980)

(1977) *Psicoanálisis de una niña pequeña.* (Gedisa, Barcelona, 1980)

YOUNG-BRUEHL Elizabeth: (1988) *Anna Freud.* (Emecé, Bs. As., 1991)